



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

X H  
1980  
SUA

**NAPOLEON III Y WILLIAM M. GWIN: EL  
FRACASO DE SUS PLANES DE COLONIZACION  
EN EL NOROESTE DE MEXICO.**

**T E S I S**

**QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:**

**LICENCIADO EN HISTORIA**

**P R E S E N T A**

**ANA ROSA SUAREZ ARGÜELLO**

MEXICO, D. F.

1980



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## I. INTRODUCCION

Después de la independencia, la larga frontera común con los Estados Unidos constituyó una fuente de problemas para México. El aumento de población, el desarrollo económico, los intereses políticos, su "destino manifiesto", hacían sentir a los norteamericanos la necesidad de la expansión. La adquisición de Texas, California, Nuevo México y La Mesilla satisficieron, en parte, esta necesidad. Mas no fue suficiente. Los defensores de la expansión yanqui externaron entonces un gran interés por Sonora. No dudaban que, con el tiempo, aquella provincia formaría parte de su país y que sus abundantes recursos agrícolas, mineros y comerciales serían debidamente explotados por sus conciudadanos. Mientras tanto, los países europeos contemplaban preocupados el creciente poderío de los Estados Unidos. Al parecer su influencia en América constituía una grave amenaza. Fue por esto que, al intervenir en México, Napoleón III tenía el propósito de erigir, en el noroeste, un baluarte capaz de detener la inminente expansión norteamericana.

Pero, además, el emperador francés se proponía llenar las arcas imperiales con el oro y la plata sonorenses. Estaba tan interesado que consiguió del gobierno mexicano de la Regencia una concesión para explotar la minas no denunciadas o no explotadas de Sonora. Respaldó los planes que William M. Gwin, un ex-senador norteamericano, había elaborado para la coloni-

zación y desarrollo de aquella región. Sin embargo, las cosas no se desarrollaron tan bien como esperaba. En Francia, el público, la prensa y los diputados liberales del Cuerpo Legislativo criticaron con gran severidad la concesión sonorensis y, para su sorpresa, Maximiliano, el archiduque austríaco al que había regalado un trono, no aceptó ser su cómplice en el asunto. El nuevo monarca de México no quiso perder una región de su Imperio, ni tampoco se atrevió a desafiar la actitud nacionalista manifestada por los periódicos mexicanos y por algunos sectores de la opinión pública. Creía que, así, no daría ocasión a que Washington negase el reconocimiento de su gobierno.

Por otro lado, en los Estados Unidos, las autoridades, la prensa y la opinión pública manifestaron, desde un principio, su oposición al proyecto francés. Durante algún tiempo, la Guerra de Secesión no permitió que el gobierno yanqui exigiese a Francia el cumplimiento de la Doctrina Monroe y le pidiera una explicación de su interés por Sonora. Pese a ello, Matías Romero, el joven embajador de Benito Juárez en Washington, logró convencer a las autoridades del Norte de que Napoleón III, tanto como Gwin, constituían una amenaza para la integridad y la independencia de México y, por lo tanto, para la influencia de los Estados Unidos en América. De manera que, al terminar la lucha entre la Unión y la Confederación, el asunto Sonora-Gwin estaba listo para constituir, poco después, igual un pretexto para un serio enfrentamiento entre el gobierno norteamericano y el gobierno francés como la oportunidad

para que el primero exigiese al segundo la retirada de sus tropas de México.

Es en esta problemática en la que se encuentran los objetivos del presente estudio. De manera general, no se pretende más que aclarar un aspecto poco estudiado de la Intervención Francesa y del Imperio de Maximiliano y contribuir, de tal modo, a una mejor comprensión de la historia de México.

Antes que otra cosa, se trata de encontrar las raíces de la atracción de Napoleón III por Sonora en las narraciones de viajes, la aventura del conde de Raousset-Boulbon, los informes de los diplomáticos galos y los intereses económicos que algunos especuladores tenían en la región. La influencia que la leyenda de la riqueza sonorenses y su deseo de detener el casi incontenible avance territorial e institucional de los Estados Unidos ejercieron sobre el monarca francés, mereció especial atención. Seguidamente se intenta descubrir el significado que Gwin y el noroeste de México tuvieron para él y colocarlos en el lugar que les corresponde dentro del contexto general de la Intervención.

Se dedica un capítulo a describir los procedimientos empleados por los franceses para obtener, primero de los miembros de la Regencia y luego de Maximiliano, una concesión sobre las minas no denunciadas o no explotadas en Sonora. En él se estudia también la reacción de Ignacio Pesqueira, el gobernador del estado, ante la invitación que recibió de los jefes intervencionistas para colaborar con ellos.

A continuación, se revisan la personalidad, los antecedentes y los planes de colonización de Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Durango de William M. Gwin, su relación con Napoleón III y el desarrollo y fracaso de sus actividades en Francia y en México. Se procura averiguar si el ex-senador tenía propósitos expansionistas que favorecieran a los Estados Unidos o a los Estados de la Confederación y si pretendía, en fin, recrear y repetir la historia de Texas en el noroeste del Imperio Mexicano.

Se aborda, luego, la posición de Maximiliano frente a los planes de Gwin y la desconfianza que siempre le inspiró el ex-senador. Se pasa a analizar las causas de su rechazo y, sobre todo, el evidente desagrado de la prensa nativa y de la opinión pública frente al proyecto. En esta misma sección se percibe con claridad cómo el austríaco se había identificado tanto con su papel de emperador de México que se hallaba dispuesto a defender a toda costa la unidad y la independencia del país que había llegado a gobernar.

Finalmente, se examina la reacción norteamericana ante la posibilidad de que Maximiliano cediese Sonora a Napoleón III y de que se estableciera una colonia de confederados en el noroeste. Se hace énfasis en el cambio que la terminación de la Guerra Civil propició en la política exterior y la diplomacia yanqui y en la forma -a veces demasiado arriesgada- en que Matías Romero contribuyó a poner término a la cuestión de Sonora y a los proyectos del ex-senador Gwin.

Debe señalarse que esta tesis fue elaborada a partir de fuentes bibliográficas publicadas en libros y revistas, ya que en ellas se encontró la documentación suficiente para alcanzar sus propósitos. Asimismo, se trató de utilizar todas o la mayor parte de las investigaciones impresas y accesibles en las bibliotecas de la ciudad de México, al igual que de revisar todos los periódicos relacionados con el tema, editados durante la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano. En ocasiones se llegó hasta el detalle anecdótico por considerarse que con ello se enriquecía la visión de la época.

El problema más importante con el que tropezó la investigación fue el de que la mayoría de las fuentes consultadas no prestan una gran atención al asunto Sonora-Gwin, sino que lo manejan de una manera bastante general. En realidad, puede afirmarse que las principales contribuciones al tema son las de Hallie M. McPherson, James C. Shields y la importante recopilación de cartas, proyectos y memorandos de Gwin, su hijo y uno de sus socios, realizada por el yerno del ex-senador, Evan J. Coleman, publicada en el año de 1891.

Para concluir estas líneas, considero muy importante manifestar mi profundo agradecimiento al Dr. Carlos Bosch García, sin cuya dirección y valiosa amistad no habría podido desarrollar esta tesis. Deseo también reconocer el apoyo que, en todo momento, me brindaron mis padres y mi hermano Roberto.

## II. EL INTERES FRANCES POR SONORA

### A) Lo que lo explica.

#### 1. La leyenda de la riqueza de Sonora según los viajeros franceses.

La leyenda de la riqueza de México se inició con la Conquista. Los españoles soñaron hallar aquí grandes riquezas; al adentrarse anhelantes en tierras americanas esperaban encontrarlas en cualquier momento. El país de Jauja, del que hablaban los viejos cuentos españoles, en el que todo era bello, fácil y rico, recibió un nuevo nombre: El Dorado. La imaginación hispana lo localizó en diferentes puntos de la geografía de América: una vez en las selvas del Amazonas; otras en las regiones que hoy son el centro-oeste de los Estados Unidos; en ocasiones creyeron hallarlo en la ciudad de Jauja, en el Perú,<sup>1</sup> o posteriormente en la lejana provincia de Sonora, en la Nueva España.

Durante los siglos XVI, XVII, XVIII, la producción abundante de metales preciosos,<sup>2</sup> el rígido monopolio que España ejercía sobre sus colonias y el aislamiento en que éstas vivían, alimentaron el interés del resto de Europa por la leyenda de las riquezas americanas, y entre ellas de la mexicana.<sup>3</sup>

A principios del siglo XIX, la leyenda casi adquirió la categoría de verdad científica, cuando el barón Alexander von Humboldt, que había visitado México, publicó el

Ensayo político sobre el reino de la Nueva España. Los europeos y norteamericanos concluyeron, en vista de la fama de su autor, que lo que ahí se decía era una descripción exacta de la región. El erróneo enfoque estribó en que unos y otros se fijaron sólo en la parte optimista de los relatos de Humboldt, aquella que despertaba su codicia al referirse a la gran riqueza minera y agrícola del país, e ignoraron o relegaron la presentación de las dificultades materiales y culturales que encaraba la Nueva España. La influencia de Humboldt en las obras que posteriormente se escribieron sobre México fue decisiva. Los autores se apoyaban en él, repetían sus ideas -pese a que no pocas veces las desvirtuaban, o las empleaban para resaltar sus propios intereses.<sup>4</sup>

Después de la Independencia, México fue visitado por un sinnúmero de viajeros extranjeros. Muchos de ellos escribieron obras sobre el país que habían visitado, obras que, aunque de diferente valor científico y literario, robustecieron a los ojos de los Estados Unidos y de Europa la leyenda de la riqueza mexicana. En esta tarea los viajeros franceses tuvieron una función destacada. Puede decirse que sus libros prepararon, en parte, los objetivos de la expedición francesa de 1861.<sup>5</sup>

Entre 1821 y 1863, los embajadores y agentes diplomáticos franceses proporcionaron a sus gobiernos valiosas informaciones sobre México. Sus comunicados lograron que Francia viera, en la antigua colonia española, un lugar posible, y re

comendable, para la dominación francesa. Pero los que crearon esta imagen no fueron sólo los representantes de Francia en México, pues los relatos de los viajeros franceses coadyuvaban mucho en este sentido. Si se considera que los viajeros fueron numerosos, que no pocos publicaron memorias, novelas, cuentos o estudios basados en sus impresiones de viaje, que algunas de estas obras se imprimieron varias veces y que fueron conocidas por varias generaciones de lectores, no se puede poner en duda su influencia, tanto sobre la opinión pública como sobre sus gobiernos.<sup>6</sup>

Los viajeros franceses que visitaron México durante esos años hablaron con exageración de la inmensa riqueza natural del país, en especial de su riqueza minera. Lamentaban que semejante potencial se explotara deficientemente, en vista de la negligencia de los mexicanos y el desorden político reinante. Aunque advertían los obstáculos humanos<sup>7</sup> y naturales<sup>8</sup> que seguramente habrían de presentarse en caso de una explotación adecuada, consideraban que se podrían superar -más o menos fácilmente- con la ayuda europea. Pensaban que valdría la pena el intento, ya que según ellos los beneficios no sólo aprovecharían a los europeos, sino también a los mexicanos. Las ilimitadas riquezas del país podrían ponerse en movimiento y generar más riquezas. Ayudados por los europeos, los mexicanos formarían una verdadera nación. Lógicamente, los viajeros franceses proponían a su propio país para aprovechar tal abundancia. Aunque advertían que esa intervención debía hacerse con

prontitud, ya que de lo contrario los Estados Unidos podrían ganarle la partida a Francia.<sup>9</sup>

Dentro de la leyenda de la riqueza mexicana tuvo un papel prominente la leyenda de la riqueza de Sonora, que se inició en 1736 con el descubrimiento de las minas conocidas como "Planchas de Plata".<sup>10</sup> En ellas, se dijo, el mineral de plata era tan puro que podía recogerse en grandes esferas o pepitas. El descubrimiento atrajo mucha gente a la zona y de inmediato se formó un campo minero. Fue entonces cuando las autoridades del lugar reclamaron las minas para el rey de España y en 1741 un decreto real cerró su explotación a mineros particulares. Sin embargo, las minas fueron pronto abandonadas por las mismas autoridades españolas. Las razones pudieron ser varias. Parece ser que, si para 1741 las minas no estaban exhaustas, indudablemente las dificultades que se presentaron para la extracción del mineral resultaban difíciles de vencer. Así: el costo muy alto, el peligro de los indios, el derecho del quinto real, y luego del décimo, la falta de mercurio -indispensable para el beneficio de la plata-, el hecho de que en la Nueva España sólo hubiera una casa de moneda o de ensayo y de que se tenían que enviar los metales a la ciudad de México para saber su ley, etc.<sup>11</sup>

Al final de la época colonial, Humboldt difundió en el mundo la leyenda de la riqueza de Sonora. Humboldt señaló que en la provincia de Sonora, la minería se veía entorpecida "por las incursiones de los indios salvajes, la excesiva

carestía de los víveres y la falta de agua suficiente para los lavados". Pero también afirmó que aquella región era "el Chocó de la América septentrional", que en ella se habían encontrado "pepitas de oro puro de peso de dos a tres kilogramos" y que "todas las quebradas y aun los llanos tienen oro de lavadura diseminado en terrenos de aluvi6n o acarreo"<sup>12</sup>

Después de la Independencia, la leyenda de la riqueza de Sonora persistió y ejerció atracción especial sobre los viajeros franceses, varios de los cuales hablaron de Sonora en sus obras. Sin embargo, J. C. Beltrami, autor de Le Mexique -uno de los primeros trabajos escritos en francés en los que se hizo referencia a Sonora- era de origen italiano. Beltrami llegó a México en 1824 y publicó su libro en París en 1830.<sup>13</sup> En él afirmaba, sin conocer la región a la que se refería,<sup>14</sup> que Sonora -para él lo que hoy son los estados de Sonora y Sinaloa- estaba "toda salpicada de minas" y se preguntaba: "¿En dónde ha prodigado la naturaleza más beneficios que en Sonora?. El clima más placentero, más templado y más saludable; oro, plata, la tierra más fecunda, los frutos más deliciosos, las hierbas medicinales, los bálsamos más eficaces, los insectos más útiles para la tintura, etc.; los mármoles más raros, piedras preciosas, caza, pesca, etc.; ¿qué no se encuentra allí?. En ninguna parte los indios son más dóciles, más humanos, más trabajadores..."<sup>15</sup> En este paraíso descrito por Beltrami no faltaba nada. Ni siquiera el mercurio...<sup>16</sup> Sin embargo, comentaba Beltrami, tal increíble riqueza no se ha explotado.

"Sus minas y establecimientos principales están a más de 1500 millas del Atlántico. Sería necesario que pertenecieran a una potencia marítima, que utilizara el Pacífico, por donde pueden comunicarse con Europa atravesando las Indias Orientales, o el Estrecho de Magallanes".<sup>17</sup>

Uno de los primeros viajeros franceses que recorrieron Sonora fue C. Combier. Entre 1828 y 1831 Combier hizo un largo viaje en cuyo derrotero visitó la región y posteriormente escribió Voyage au Golfe de Californie, libro al que puso un atrayente subtítulo: Description de la Sonora et de ses richesses minérales, en el que incluía un mapa en el que se indicaban las minas del lugar.<sup>18</sup> Combier consideraba que el estado de Sonora era, en riqueza minera, "uno de los más ricos de la confederación Mexicana, y eso que ésta es riquísima, en su conjunto, en metales preciosos". Añadía también que en la baja Sonora -Sinaloa-, la riqueza de las minas era tan grande que sus propietarios sólo explotaban cuando tenían "una necesidad importante, dejándolas, el resto del tiempo, cerradas como una caja fuerte inagotable que los ladrones no pueden forzar".<sup>19</sup> Aunque la obra se publicó muchos años después, no hay duda de que Combier divulgó "en distintas formas, y desde luego en la charla familiar, sus impresiones sobre nuestra primera riqueza minera y principalmente lo que oyó por boca de la tradición".<sup>20</sup>

Uno de los más notables viajeros franceses que conocieron Sonora, en el siglo XIX, fue Eugene Duflot de Mofras.

Duflot llegó a México en 1840 como agregado de la Legación de Francia, con órdenes de su gobierno de recorrer las provincias del oeste, desde Nueva Galicia hasta el territorio de Oregon, con el fin de descubrir las ventajas comerciales que aquellas regiones pudieran ofrecer.<sup>21</sup> De regreso a su país y con el patrocinio del Mariscal Soult, Presidente del Consejo Francés, y de Guizot, ministro de Relaciones Exteriores,<sup>22</sup> Duflot publicó en el año de 1844, un libro titulado Exploration du territoire de l'Oregon, des Californies, et de la mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842, libro que se considera "un clásico con relación a la costa del Pacífico en los años anteriores a la llegada de los americanos".<sup>23</sup> En esta obra Duflot afirmaba al referirse a los departamentos de Sonora y Sinaloa: "El clima es templado y las tierras del interior fértiles mas su principal fuente de riqueza consiste en las minas de oro y plata. Hay más de doscientas vetas explotadas, y se puede asegurar que estos metales se encuentran por todos lados".<sup>24</sup> Agregaba que "en los arroyos afluentes del río Gila..., se encuentran, después de la estación de las lluvias, y casi en la superficie del suelo, granos de oro vírgen que pesan varios kilogramos..." Aseguró haber visto en Hermosillo una de esas pepitas cuyo peso representaba más de diez mil piastras (cincuenta mil francos).<sup>25</sup> Lamentaba sin embargo, que las sublevaciones indígenas impidieran la explotación de las minas y disminuyeran el comercio de metales.<sup>26</sup> Recomendaba que la política francesa se propusiera el "establecimiento en México de cualquier monarquía..."

Esto favorecería el comercio francés. Si esto no fuera posible, agregaba, convendría que México se incorporara a la Unión Americana. De esta manera, "nuestras transacciones comerciales no dejarían de adquirir, bajo la administración solidamente establecida de los Estados Unidos, un desarrollo considerable"<sup>27</sup>.

A mediados del siglo XIX, aumentó el interés de Francia por el noroeste de México, al descubrirse el oro de California. En efecto, se pensó que en Sonora, tan cercana a California, debían existir numerosas minas. Durante los años que precedieron a la Intervención Francesa en México, abundaron los escritores que, con esta idea en la mente, ponderaron las riquezas de Sonora y trataron de despertar el interés por colonizar aquella región.<sup>28</sup> Entre estos escritores hubo novelistas, hombres de empresa, turistas, colonos y funcionarios del gobierno francés.

Entre los novelistas destacaron Paul Duplessis y Gabriel Ferry. El primero situó la acción de algunas de sus novelas -La Sonora, Les chercheurs d'or, Un mundo desconocido- en el estado de Sonora, al que consideraba el "más vasto, el más rico, y al mismo tiempo el menos conocido de todos los departamentos que componen la república de México..."<sup>29</sup>, y por boca de algunos de sus personajes insistió en que en Sonora había "todavía riquezas fabulosas y desconocidas, maravillosos montones de oro"<sup>30</sup>. Al contrario de otros escritores, Gabriel Ferry, que había recorrido Sonora en su juventud,<sup>31</sup> pretendió ser más objetivo al hablar de la riqueza del lugar en

Le coureur des bois. Para Ferry los relatos de los gambusinos, que se explicaban por "el deseo de conquista y la sed de oro", tenían más de exageración que de realidad. Añadía que la colonización de la región presentaba dificultades inmensas, dificultades tales como los grandes desiertos y "las naciones de indios belicosos". Pese a esto, Ferry no logró desprenderse de la leyenda, terminó por asegurar con demasiada imaginación que la naturaleza había sido pródiga en Sonora. "El suelo -decía- apenas tocado por el arado, se cubre de dos cosechas cada año, y, en muchos lugares, se puede recoger el oro en descubierto extendido con profusión sobre esta tierra fecunda, que rivaliza en ese sentido, con California<sup>32</sup>." Tanto Paul Duplessis como Gabriel Ferry gozaron de gran popularidad en su tiempo. Sus obras fueron reeditadas en varias ocasiones, y traducidas a otros idiomas. Su importancia mayor actualmente radica, quizá, en que ampliaron muchísimo el círculo de interesados que conocía la leyenda de la riqueza de Sonora.<sup>33</sup>

Hippolyte du Pasquier de Dommartin fue otro visitante francés que viajó por el noroeste de México durante el siglo pasado, aunque su interés por la región era mayor que el de un simple viajero. Dommartin recorrió Sonora y Chihuahua de 1849 a 1850 y obtuvo de los gobiernos estatales concesiones de terrenos baldíos y permisos para llevar colonos de Francia. Sin embargo, el gobierno federal derogó la concesión de Sonora, y al parecer ni siquiera se tomó la moles-

tia de ratificar o rechazar la de Chihuahua. Dommartin regresó a su país y esperó en vano la ratificación. Mientras la aguardaba publicó, en 1852, un libro titulado Les Etats-Unis et le Mexique: l'intérêt européen dan l'Amerique du Nord, en el que describía sus proyectos y pedía el apoyo de sus conciudadanos.<sup>34</sup> Dommartin estaba convencido de que los Estados Unidos planeaban construir un ferrocarril transcontinental que acortara la ruta entre el Océano Pacífico y el Océano Atlántico para lo que sería necesario apoderarse del norte de México, pues las únicas tierras adecuadas para la construcción del ferrocarril -el Paso del Norte y el Valle del Gila- se encontraban en aquella región. El ferrocarril permitiría que los Estados Unidos controlaran todo el mercado de América del Norte, en detrimento de la industria y el comercio europeos.<sup>35</sup> La situación era muy grave. Empero, Dommartin creía que Europa podía conjurar todavía el peligro norteamericano si fortalecía el territorio de Sonora y Chihuahua al través de la colonización. Era preciso "que vigorosos colonos europeos católicos vinieran a ocuparlo, con una mano en el arado y otra en el mosquete..." Los colonos encontrarían ahí, no sólo "la fácil subsistencia de las tierras vírgenes y la fortuna metálica de California", sino también "las ventajas especiales que resultan de una posición que comunica los dos mares y controla una ruta obligatoria". Dommartin daba gran importancia a su proyecto de colonización en Sonora y Chihuahua: consideraba que estos dos estados eran "la llave que abre el continente americano"; agregaba que "es de interés de Europa, y de Francia

en particular, y de un interés apremiante, darse prisa en ayudar a México poblándolo, si no se quiere ver dominado... este refugio súpremo de las razas latinas...".<sup>36</sup>

Jean Jacques Ampère, profesor de historia de la literatura francesa, miembro del Colegio de Francia y de la Academia Francesa, recorrió México como turista en 1852. Producto de sus experiencias en América fue la obra titulada Promenade en Amérique: Etats-Unis - Cuba - Mexique,<sup>37</sup> en la que aseguraba que Sonora era un "vellocino de oro" en el que existían "yacimientos auríferos de gran extensión". Lamentaba que dichos yacimientos estuvieran "controlados por sesenta mil apaches, salvajes muy belicosos que hasta ahora han rechazado siempre a los europeos".<sup>38</sup>

Una de las mejores obras que se escribieron sobre México en el siglo XIX fue Le Mexique de Mathieu de Fossey, quien llegó a México en 1831 como miembro de una expedición de colonización que se estableció a orillas del río Coatzacoalcos. Aunque la colonia fracasó, De Fossey permaneció en México el resto de su vida,<sup>39</sup> lo cual debía otorgar a sus juicios una mayor validez.

En Le Mexique, libro publicado en 1857, De Fossey se sumó al grupo de viajeros franceses que difundieron en el mundo la leyenda de la riqueza de Sonora, al afirmar que México no era, "por así decirlo, sino una sola mina, desde Oaxaca hasta Chihuahua..." y que en los estados del noroeste "no sólo abundan el oro y la plata en el seno de las montañas, y

frecuentemente en su superficie; sino que los ríos y los torrentes acarrean el oro, y la arena y la tierra lo contienen en gran cantidad".<sup>40</sup>

Sin duda, el más importante de los viajeros franceses que escribieron sobre México en el siglo XIX fué Michel Chevalier, senador y miembro del Consejo de Estado durante el gobierno de Napoleón III. Chevalier era famoso por sus estudios de economía política,<sup>41</sup> al punto que se le considera "el estadista primordialmente responsable de la política comercial" francesa durante este período.<sup>42</sup> Chevalier recorrió México entre 1833 y 1835; conocía las obras que habían escrito sobre el país otros viajeros -por ejemplo las de Humboldt, Duflot de Mofras, Ampere, De Fossey, etc.<sup>43</sup>. Napoleón III, que tenía "gran confianza en sus consejos",<sup>44</sup> debió escuchar con gran atención los informes de Chevalier sobre el país,<sup>45</sup> entre ellos los que seguramente se referían a la "riqueza" mexicana. En las obras que Chevalier escribió al comienzo de la intervención francesa en México<sup>46</sup> -con el fin evidente de justificarla ante la opinión pública de su país- reflejó no sólo sus ideas, sino también las metas que perseguía Napoleón III.<sup>47</sup>

Michel Chevalier estaba de acuerdo con la expedición de los franceses. Las ventajas que se podrían obtener pesaban más que los obstáculos que podría enfrentar, según consideraba, aunque en verdad nunca analizó suficientemente tales obstáculos.<sup>48</sup> La expedición, apuntaba Chevalier, habría de favorecer el establecimiento de un gobierno monárquico con posibilidades

de volverse estable, cuya implantación sacaría a México de la anarquía y a sus habitantes del "'ocio'" y de "'las depredaciones de la indolencia'" en que vivían. Las grandes riquezas de México, especialmente "'su riqueza en cereales y oro -las dos fuerzas vitales de las naciones...'", se pondrían en circulación para beneficio de todo el mundo, y de Francia en particular, pues el comercio francés encontraría nuevos "'cauces y salidas provechosas"' y la industria dispondría "'en el porvenir de los materiales indispensables para su éxito...'" Chevalier afirmó que Napoleón III pretendía regenerar a México por medio de una selecta emigración europea, la que al mismo tiempo evitaría "'la degradación de la raza latina al otro lado del océano'"<sup>49</sup> y opondría "una barrera a la inminente invasión de la totalidad del continente americano por los Estados Unidos". A esto último también contribuiría, y su aseveración era audaz, el proyecto de Francia de reconocer a los Estados Confederados,<sup>51</sup> los cuales seguramente se aliarían con los franceses para protegerlos en contra de algún posible ataque del Norte a México.<sup>52</sup>

El consejero del emperador francés no olvidó el tema de Sonora, región en la que muy bien podría llevarse a cabo lo que se proyectaba en general para el país. Anteriormente, en 1846, había publicado un artículo en el que declaraba que los "'yacimientos de oro de aluvión del departamento de Sonora son los más famosos de México'"<sup>53</sup> En 1863 reiteró lo mismo y aseguró que la "falta de brazos" era la causa de que no se

aprovechasen aquellos "bellos yacimientos auríferos".<sup>54</sup> Hablaba también de los "feroces" indígenas que mantenían a los estados del noroeste de México en "una alarma perpetua",<sup>55</sup> y agregaba que a los mexicanos, ante la presión de la ambición norteamericana, sólo les quedaba una disyuntiva: aprovechar de inmediato las riquezas de Sonora o perder "incluso la provincia, como perdieron California".<sup>56</sup> En consecuencia, si los mexicanos aceptaban la ayuda que Francia les ofrecía generosamente, obtendrían no sólo la fuerza de trabajo necesaria para explotar las minas, sino también la posibilidad de controlar a los indios salvajes y de detener, de una vez y para siempre, las pretensiones norteamericanas sobre el noroeste de México.

Así, a través de las obras de los viajeros franceses, el gobierno de Napoleón III se formó una idea muy irreal de las fantásticas posibilidades que ofrecía el estado mexicano de Sonora. Los viajeros franceses habían asegurado que en Sonora el clima era saludable, la tierra fértil para la agricultura, la fauna muy abundante y óptimas las oportunidades comerciales; pero lo más interesante, señalaban, eran los filones inexplorados de oro, plata y otros metales que existían bajo su suelo y que sólo esperaban que alguien llegara a explotarlos, para recompensarlo con riquezas sin límites. Ese alguien, por supuesto, debía ser Francia. Los viajeros mencionaban superficialmente las dificultades que se presentarían al tratar de obtener dichas riquezas -los indios salvajes, los desiertos, la escasez de población-, ya que consideraban que

se podrían vencer con la colaboración de una escogida emigración europea, que de preferencia debía ser latina. Casi todos apuntaban que México estaba a punto de perder Sonora. Para evitarlo, los mexicanos necesitaban la ayuda de Francia con el objeto de detener la impetuosa expansión de los Estados Unidos que, al paso que iban, en poco tiempo lograrían dominar todo el continente americano. Esto, naturalmente, dañaría no sólo a la industria y al comercio de Francia, sino también a su poder e influencia política.

Es difícil determinar, en realidad, hasta que punto las obras de los viajeros franceses influyeron en el interés de Napoleón III por el noroeste de México. Ni siquiera es posible asegurar que el emperador francés leyera o al menos estuviera enterado de la existencia de dichas obras. Sin embargo, no se puede negar que conocía la leyenda de la riqueza de Sonora. Su eminente colaborador, Michel Chevalier, debió haberse la mencionado. Por eso, cuando en marzo de 1863 lo visitó el inglés Bourdillon, un corresponsal del Times considerado en Europa como un experto en asuntos mexicanos, Napoleón III dió una importancia especial a los informes del periodista sobre las perspectivas mineras de Sonora y su gran riqueza potencial. Otro dato que prueba el posible origen literario del interés de Napoleón III por Sonora, así como su equivocada idea de la riqueza mexicana, se encuentra en la carta que dirigió al conde de Flahault, embajador de Francia en Londres, el 9 de octubre de 1861.<sup>57</sup> En ella Napoleón habló de México, "uno

de los más bellos países del mundo", como de un país "dotado de todas las ventajas de la naturaleza".<sup>58</sup> Es cierto que estas ideas se encontraban también en los informes de los diplomáticos que Francia tenía en México,<sup>59</sup> informes en los que Napoleón basó probablemente su política mexicana, más también es claro que estas ideas se centraban en la belleza y en la riqueza del país, apreciaciones que difícilmente podían proceder sólo de un frío texto diplomático, y que más bien parecen derivarse de "lecturas o conversaciones más amplias y generales"<sup>60</sup> basadas en las obras de los viajeros franceses. La literatura francesa sobre Sonora es, pues, uno de los factores que explican el interés de Napoleón III por el noroeste de México, así como los planes de colonización que trataron de realizarse en aquella región durante el Imperio de Maximiliano.

## 2. La aventura de Raousset-Boulbon.

El interés galo por el noroeste de México se manifestó desde mediados del siglo XIX, cuando varias expediciones de franceses trataron de conquistar Sonora desde California. Los miembros de estas expediciones habían llegado a California durante los días de la "carrera del oro" con la esperanza de hacerse ricos fácilmente. Pronto, sin embargo, quedaron defraudados. La competencia era grande, la riqueza de las minas y placeres de oro se agotó con rapidez y, encima de todo, los inmigrantes franceses fueron discriminados por los angloamericanos, quienes los acusaron de no querer nacionalizarse y de unirse con los hispanoamericanos -con quienes los franceses se sentían más identificados- y con los chinos, en contra de ellos. Algunos franceses buscaron entonces mejores horizontes. Dirigieron su atención a Sonora, donde al parecer podrían hacerse ricos sin mayores dificultades y, en todo caso, serían bien acogidos por gente igual a ellos, por latinos. Probablemente conocían la leyenda de la riqueza de Sonora,<sup>61</sup> leyenda que los periódicos franceses de San Francisco no dejaban de recordar. Los periódicos repetían que la tierra sonorense era fértil, los recursos naturales abundantes y no había "una sola montaña que no esté impregnada de metales". Los apáticos mexicanos no habían sabido explotar este paraíso, por lo que era necesario que llegaran allí inmigrantes latinos. Seguramente inyectarían sangre nueva a una decadente sociedad mestiza y no sólo

dominarían a los indios salvajes, sino que también opondrían una barrera a la inminente expansión norteamericana.<sup>62</sup>

El gobierno mexicano estaba bastante preocupado por la frontera norte, la sentía muy vulnerable a las depredaciones de los indios y sobre todo a las ambiciones de los Estados Unidos, cuyos ciudadanos podían intentar de nuevo, en los estados del norte del país, lo que habían hecho con anterioridad en Texas o en California. El gobierno temía perder dichos estados. De hecho, en el noroeste se hablaba ya de algunas próximas invasiones de filibusteros norteamericanos.<sup>63</sup> Con la intención de evitar males mayores, las autoridades planearon establecer a lo largo de la frontera varias colonias de defensa, para cuya formación recurrieron a los franceses residentes en California, ya que los mexicanos no tenían interés alguno en participar activamente en la colonización del norte del país.<sup>64</sup> Se pensó que los franco-californianos eran "valientes, aventureros y no muy amantes de los angloamericanos que parecían amenazar la integridad del territorio mexicano. Se pensaba que podrían ser excelentes hombres fronterizos y el gobierno no fue tardo en reconocer su posible mérito y brindarles la oportunidad de una prueba como colonos".<sup>65</sup> De esta manera, franceses y mexicanos se pusieron de acuerdo. Los primeros podrían buscar la anhelada fortuna en Sonora y los segundos descansar, pese a los proyectos de los filibusteros norteamericanos. Sin embargo, la armonía entre las partes no duró mucho tiempo. En cuanto los franceses se dieron cuenta

de que Sonora, ante la anarquía política mexicana y las débiles defensas fronterizas, ofrecía la posibilidad de "labrar para sí mismos (o posiblemente para Francia), un imperio rico en recursos minerales", no vacilaron en buscar precisamente aquello que se habían comprometido a evitar: la pérdida de Sonora para México.<sup>66</sup>

La primera expedición colonizadora francesa que llegó a Sonora fue la de Charles de Pindray. Este personaje residía en California desde 1850; deseoso de progresar, aceptó una invitación del gobierno mexicano: fundar una colonia de defensa cerca de la frontera. En marzo de 1852 se estableció, junto con un grupo de compatriotas, en el Valle de Cocóspera. Sus primeros objetivos fueron los de desarrollar la agricultura, conocer bien la región y derrotar a los apaches. Luego, pensaban los colonos, buscarían minas y penetrarían más en el territorio. Durante varios meses las cosas marcharon bien. Las autoridades regionales colaboraban con ellos; mas, cuando el gobierno del centro informó que la fama de Pindray en Francia dejaba mucho que desear, tanto que André Levasseur, el embajador francés en México, se había negado a responder por él, les retiraron su apoyo. Dejaron entonces de enviar provisiones. Los apaches atacaron la colonia. La situación se tornaba cada vez más grave. Pindray, desesperado, se trasladó a Ures, capital de Sonora, en busca de la ayuda del gobierno local. Este, alarmado por su violenta actitud, le pidió que abandonara la ciudad. Pindray emprendió entonces el regreso a Cocóspera. Una

noche, durante el viaje, fue encontrado muerto en su habitación con un tiro en la cabeza. Aunque se especuló sobre la posibilidad de un asesinato tanto como sobre la de un suicidio, en realidad los motivos y circunstancias de su muerte permanecen hasta hoy desconocidos.<sup>67</sup>

La segunda colonia francesa en la frontera de Sonora fue la de Lepine de Segondis. De ella se sabe muy poco. Segondis obtuvo, en 1852, una concesión para llevar franceses a trabajar en las minas de la región. Los mineros se establecieron en el Valle de Santa Cruz, pero al no encontrar las riquezas que esperaban, abandonaron pronto la labor. La colonia de Lepine de Segondis, tanto como la de Pindray, adoleció de una pobre organización y los resultados en ambos casos fueron prácticamente nulos. Su importancia estriba en que constituyen un antecedente a la aventura de Raousset-Boulbon, más ambiciosa y significativa.<sup>68</sup>

El conde Gastón de Raousset-Boulbon, antiguo oficial del ejército francés y también político derrotado -fue candidato a diputado de la Asamblea Legislativa, después de la revolución de 1848-, llegó a California en 1850 con la intención de rehacer la fortuna familiar que había derrochado en Europa. Poco acostumbrado al rudo trabajo de las minas, durante algún tiempo vivió de la caza, la pesca y otras actividades. Los proyectos colonizadores de Pindray despertaron su interés por México y aumentaron sus deseos de mando y fortuna. Animado por Patrice Dillon, cónsul francés en San Francisco, Raousset de-

cidió imitar a Pindray. Viajó a la ciudad de México, adonde llegó a fines de febrero de 1852, para negociar un convenio colonizador. El embajador Levasseur, quien con otros socios acababa de obtener del gobierno de Sonora una concesión minera, lo recibió con los brazos abiertos y le consiguió el apoyo de la casa bancaria Jecker-Torre y Cía. Raousset firmó un contrato por el que se constituyó la "Compañía Restauradora de la Mina de Arizona", cuya meta era explotar las minas de Sonora. Raousset se comprometía a formar en San Francisco una compañía de 150 franceses y a trasladarlos al puerto de Guaymas, donde se encontrarían con el apoderado de Jecker-Torre y Cía. Explorarían luego la región de Arizona y tomarían posesión, en nombre de los Sres. Jecker, Torre y asociados, de las tierras, minas y placeres que creyeran convenientes, siempre y cuando estuvieran dentro de los límites que el gobierno sonorense había otorgado a Levasseur y sus socios. Los gastos de la expedición habían de correr por cuenta de la casa bancaria que lo patrocinaba, la que al final obtendría la mitad de los bienes denunciados por Raousset. La otra mitad debería distribuirse entre el conde y sus hombres.<sup>69</sup>

En realidad, los planes de Raousset no se concretaban a la búsqueda de minas para la "Compañía Restauradora". Ambicionaba, entre otras cosas, proclamar la independencia de Sonora. Por lo pronto se sentía seguro del éxito, en especial porque las personas que formaban la "Compañía Restauradora" eran en verdad importantes. Entre ellas podía nombrar al pre-

sidente de México, Mariano Arista; a Aguilar, el gobernador de Sonora; al embajador Levasseur; a Calvo, vicedónsul de Francia en Guaymas y, por supuesto, a los dirigentes de Jecker-Torre y Cía. Empero, las cosas no resultaron tan sencillas como imaginaba el conde. Las autoridades de Sonora, en perenne conflicto con el gobierno del centro, no estaban completamente de acuerdo con la decisión de introducir extranjeros en Sonora. Creían que, a la postre, esto perjudicaría los intereses mexicanos y que los norteamericanos terminarían por sacar ventajas del proyecto. Se apresuraron así a promulgar los reglamentos y restricciones decretados por el propio gobierno del centro, en los que señalaban la necesidad de seleccionar mejor a los franceses que pretendían entrar a México. Uno de estos reglamentos prohibía el ingreso de grupos armados, si no mediaba previamente una consulta con las autoridades.<sup>70</sup>

En San Francisco, Raousset contrató rápidamente a unos doscientos hombres -la mayoría ex-soldados y marineros franceses;<sup>71</sup> "todo el mundo quería formar parte" de la expedición y cambiar California, tierra "gastada, consumida", por Sonora,<sup>72</sup> "país nuevo y desconocido". Los expedicionarios se armaron a conciencia ya que uno de los objetivos principales de su misión era la defensa de la frontera mexicana. Bien equipados, el primero de junio de 1852, desembarcaron en Guaymas, donde fueron cordialmente recibidos por la autoridades locales y los habitantes. No sucedió lo mismo con las autoridades estatales, poco partidarias de la expedición y en verdad preocupadas por los cañones y la actitud militar de los franceses, sobre todo por<sup>73</sup>

Raousset quien se comportaba "como si fuese el amo del lugar..."<sup>74</sup>

Pese a que se había infringido la disposición que prohibía el ingreso de grupos armados al estado, si no mediaba una consulta con las autoridades superiores, el general Miguel Blanco, comandante general e inspector de las Colonias de Occidente, permitió que el grupo de Raousset penetrara en Sonora y se dirigiera a su lugar de destino: la antigua misión de El Sáric, al noroeste. Al mismo tiempo pidió a Raousset y al coronel Manuel María Giménez, apoderado de Jecker-Torre y Cía., que mientras la expedición se dirigía a El Sáric, acudieran a la ciudad de Arizpe a entrevistarse con él, Raousset se negó y en su lugar envió a Aquiles Garnier, uno de sus oficiales. Blanco se molestó; a pesar de lo cual, le transmitió -al través de Garnier y Giménez- las tres condiciones bajo las cuales podría autorizar su permanencia en Sonora;<sup>75</sup> 1] Renunciar a su nacionalidad francesa sometiéndose a las leyes del Estado, con lo que desde luego quedarían en libertad para llevar a cabo sus planes; 2] solicitar del Gobernador 'cartas de seguridad',\* permaneciendo en El Sáric mientras éstas llegaran; 3] proceder al licenciamiento de todos los franceses, a excepción de cincuenta hombres que se retendrían en calidad de trabajadores desarmados y éstos dependerían de las autoridades militares para su protección".<sup>76</sup>

Al conocer las condiciones, Raousset las rechazó. Consideraba "que su contrato con la Compañía no lo obligaba a

\* salvoconductos

renunciar a su nacionalidad; que esperar los tres meses que se requerían para recibir las cartas de seguridad sería fatal para los intereses de la Restauradora" y que no podía licenciar el número de hombres que se le pedía. No sólo perdería con ello mucho dinero, sino que, quienes se quedaran, estarían indefensos ante los apaches.<sup>77</sup>

La relación en Sonora, entre franceses y mexicanos, casi adquirió el carácter de guerra abierta. Como primera medida, las autoridades retuvieron los víveres destinados a los expedicionarios e iniciaron los preparativos de una expedición punitiva. El veinticuatro de septiembre, Blanco envió un ultimátum a Raousset. Permitiría a los colonos que conservaran su nacionalidad, con la condición de que aceptaran las cartas de seguridad y abandonaran la organización y los equipos militares. En caso de que no aceptaran, les daba diez días para regresar a Guaymas y embarcarse de inmediato. Después de ese tiempo, les advertía, serían tratados como piratas. Los franceses recibieron con burlas el ultimátum. Se prepararon para la lucha. Pidieron ayuda de hombres y armas a San Francisco y Mazatlán y trataron de sublevar a varios pueblos fronterizos.<sup>78</sup> Deseaban conquistar Sonora, "enriquecerse con las minas, ...de mostrar su superioridad 'latina' y repetir la historia de Texas".<sup>79</sup> Como símbolo de sus ideales, "enarbolaban una bandera tricolor inscrita con el lema "'Libertad para Sonora'"<sup>80</sup>

Pretendían instaurar una república, cuyo jefe sería desde luego el conde de Raousset-Boulbon.<sup>81</sup> Por lo pronto se

apoderaron de Hermosillo. No llegaron más lejos pues no estableció la revolución local que esperaban. Así que terminaron por pedir una entrevista a Blanco. Raousset, enfermo de disentería, no podía negociar personalmente las condiciones de la capitulación. Fueron dos de sus oficiales los que, sin conocimiento de su jefe, aceptaron la disolución de la compañía y la entrega de sus posesiones al general Blanco. La mayoría de los expedicionarios partió para California, mientras que Raousset todavía enfermo, fue enviado a Mazatlán, donde permaneció varios meses.<sup>82</sup>

En San Francisco, se recibió al conde como un héroe. Sus aventuras causaban admiración en los Estados Unidos y en Francia<sup>83</sup> y confirmaban la leyenda de la riqueza de Sonora. Los periódicos californianos se extendieron sobre el asunto. Aseguraron que "la expedición francesa... [había] servido para verificar la opinión respecto a la inmensa riqueza mineral de Sonora.<sup>84</sup>

A pesar del fracaso, Raousset no había perdido las esperanzas de conquistar Sonora. Patrice Dillon, el cónsul francés en San Francisco, lo alentaba. El conde decidió preparar otra expedición. Algunos sonorenses ofrecieron su ayuda y varios hombres de negocios de San Francisco se acercaron interesados al proyecto. Quizás el más importante entre ellos, por su significación posterior, fue William M. Gwin.<sup>85</sup>

Con todo, la organización de la expedición no avanzó gran cosa, principalmente por la falta de fondos. Raousset no

podía aceptar la colaboración de capitalistas californianos sin traicionar en forma patente sus promesas. Fueron además los mismos hombres de negocios los que dejaron de mostrar interés, cuando corrió el rumor de que el gobierno norteamericano no detendría la expedición de Sonora.<sup>86</sup> Empezaba a despertar preocupaciones "'la ambición del gobierno francés,... sus miras de expansión'" y que, con esto, las facilidades que se dieran al conde terminarían por volverse en contra de los Estados Unidos.<sup>87</sup>

La situación económica de Raousset se agravó de tal manera que los preparativos de la expedición se paralizaron por completo. Recibió entonces, cuando le parecía que ya no podría sacar adelante sus planes, una carta de Levasseur, en la que se le invitaba a visitar personalmente la ciudad de México con el fin de renovar su proyecto de colonización. Santa Anna, otra vez en el poder -tras la caída de Arista<sup>88</sup>, había asegurado personalmente a Levasseur que confiaba en el conde y que estaba dispuesto a abrirle "'las puertas de Sonora'", donde podría colonizar "'a su gusto'", si lo ayudaba "'a destruir a los indios bárbaros y a defender la frontera norte contra los aventureros de California...'"<sup>89</sup>

Raousset aceptó la invitación de Levasseur. En julio de 1853 llegó a la ciudad de México. Se entrevistó con Santa Anna en varias ocasiones y le presentó dos proposiciones: una de colonización y otra para crear una legión francesa que defendiera la frontera. Ambas fueron estudiadas y rechazadas por

Santa Anna y sus ministros, ya que se consideró que no garantizaban de manera suficiente los intereses mexicanos. En realidad, Santa Anna no estaba interesado en los planes de colonización de Raousset. Lo que buscaba era mantenerlo en la ciudad de México -donde era inofensivo-, mientras averiguaba cuanta fuerza podría adquirir. A fines de octubre se presentó a Raousset un contrato. En él se daba participación al gobierno mexicano sobre las minas que explotarían el conde y sus acompañantes y se limitaba a quinientos el número de miembros de la expedición. Raousset, ya resentido por las dilaciones y el rechazo de sus proyectos, se dio cuenta entonces de que Santa Anna lo había engañado. Furioso, rompió definitivamente con el gobierno mexicano y regresó a California. Ahí reanudó sus planes de conquista.<sup>90</sup> Durante su estancia en la ciudad de México se entrevistó varias veces con el general Gadsden, embajador de los Estados Unidos, a quien pidió que obtuviese "cuando menos, la aprobación tácita del gabinete de Washington". Gadsden rechazó las proposiciones del francés. Sin embargo, el hecho es significativo. Muestra claramente que los ideales de que hablaba Raousset eran mucho menos consistentes de lo que él pretendía.<sup>91</sup>

Mientras tanto habían llegado a San Francisco las noticias de la venta de La Mesilla. Raousset, deseoso de justificar su expedición, sostuvo que urgía detener la expansión de los Estados Unidos, cada vez más interesados en el noroeste de México. "La independencia de Sonora -pensaba- proclamada

por su propia gente y sostenida por las armas francesas, vendría a ser un obstáculo al avance de una nación cuyo creciente poderío 'en diez años más no consentiría en Europa un solo disparo de cañón sin su permiso'"<sup>92</sup> Si no se hace algo de inmediato, "'Los Estados Unidos llegarán a ser los verdaderos amos del mundo'"<sup>93</sup>

Lo original del nuevo proyecto de Raousset consistía en que debían ser los propios sonorenses los que habrían de llamarlo en su ayuda después de que, alentados por él, se levantasen contra el gobierno mexicano, con el pretexto de defender el federalismo, y proclamasen la independencia de Sonora, Sinaloa, Baja California y todos los estados que atrajera el movimiento.<sup>94</sup> Raousset no temía la reacción de Santa Anna. Consideraba que el dictador era tan impopular que no se separaría de las tropas que lo protegían en el sur para enviarlas a la lejana costa noroeste de la República.<sup>95</sup>

Raousset se equivocó. Santa Anna conocía sus planes -había interceptado correspondencia del conde- y estaba preparado para enfrentar la expedición francesa. No sólo había enviado tropas a Sonora, sino que había pedido a Alphonse Dano, encargado de negocios de Francia -Levasseur había salido de México-, que comunicara a sus compatriotas en California que todos aquellos que participaran en la expedición de Raousset serían tratados como piratas. Dano escribió a Dillon y le pidió que desalentara a quienes proyectaban unirse al conde. No conforme todavía, Santa Anna dió órdenes a Luis del Valle,

cónsul de México en San Francisco, para que con la ayuda de Dillon se dedicara a seleccionar y enviar a México, en grupos pequeños, a tres mil extranjeros. Estos debían ser franceses preferentemente -desde luego no norteamericanos- y podrían ingresar al país como soldados del ejército, si bien tras un año de servicios se les daría la oportunidad de escoger entre seguir en el ejército u obtener tierras. La finalidad que perseguía Santa Anna era la de lograr que los hombres que Raousset pudiese traer de California, lo abandonaran y entraran a México legalmente, bajo el control del gobierno.<sup>96</sup>

Del Valle empezó a reclutar franceses. No pudo cumplir exactamente las instrucciones de Santa Anna, porque los galos se negaban a ingresar como miembros del ejército mexicano; según las leyes francesas, al hacerlo perderían su nacionalidad. Por lo tanto tuvo que registrarlos como colonos, aunque los comprometió a tomar las armas en favor de México en caso necesario. Entre los colonos que contrató Del Valle se hallaban los soldados de Raousset. El conde había logrado engañar al cónsul y sus hombres entrarían al país como simples colonos.<sup>97</sup>

El dos de abril de 1854 salieron los expedicionarios de San Francisco. Desembarcaron en Guaymas a mediados del mismo mes. Ahí esperaron a Raousset, quien no se reunió con ellos hasta el primero de julio. En Guaymas, Raousset se entrevistó varias veces con el general Yáñez, gobernador y comandante general de Sonora. Probablemente quería saber si Yáñez estaría

dispuesto a apoyarlo en el caso de una revolución, pero las negociaciones no lo condujeron a parte alguna y el rompimiento fue inevitable. El trece de julio se inició la lucha entre franceses y mexicanos, que culminó con la derrota de los primeros y la ejecución, un mes después, de su jefe.<sup>98</sup>

Con la derrota de Raousset-Boulbon terminaron los proyectos franceses de conquistar Sonora desde California. Sin embargo, en 1855, el almirante Jean Napoléon Zerman, ex-oficial de la marina francesa, encabezó otra expedición de franco-californianos que, según parece, tenían la intención de iniciar una revolución en Baja California y Sonora. Desembarcaron en La Paz con el pretexto de tener una autorización del general Juan Alvarez para bloquear puertos y detener los barcos que apoyaran al general Santa Anna. Sus planes fracasaron pues el comandante militar de La Paz no les creyó. Tanto Zerman como sus compañeros pasaron varios meses en prisión.<sup>99</sup>

La importancia de la aventura de Raousset-Boulbon radica en que presentó los conceptos: Sonora, sitio rico en minas, apropiado para la inmigración latina y católica, ideal para levantar una barrera a la expansión norteamericana, que harían del lugar una de las regiones más ambicionadas por Napoleón III durante la intervención francesa en México. Pese a ello, no se puede afirmar que el gobierno francés patrocinara la empresa de Raousset-Boulbon. El conde deseaba obtener el apoyo de su país y pensó que con el triunfo lo conseguiría. Pero, de hecho, el gobierno francés no le dio más que la ayuda

relativa y personal de algunos de sus diplomáticos. Estos colaboraron con él porque pensaron, quizás, que favorecerían los intereses franceses, al mismo tiempo que satisfacían algunas de sus ambiciones personales. Levasseur, por ejemplo, impulsó la primera expedición de Raousset pues antes había considerado la posibilidad de establecer empresas mineras en Sonora, aunque con la ayuda de indios o de mexicanos. Desde luego prefería que los trabajadores de las minas fueran franceses, así que aceptó entusiasmado el proyecto del conde.<sup>100</sup> Creía además que la emigración de franceses a Sonora era una forma de afirmar "'los lazos de amistad entre Francia y México, así como... [de] preservar la independencia de México', de la amenaza de los 'aventureros del norte'"<sup>101</sup>

Levasseur formó parte de la "Compañía Restauradora" y, como un miembro más, apoyo a Rousset. Posteriormente se retiró de la "Compañía" -quizás porque su gobierno desaprobaba que estuviera "'mezclado en esa asociación especuladora de minas de Arizona'"<sup>102</sup>, con lo que también desapareció su interés por los proyectos de Raousset. No deseaba, por lo demás, que el gobierno francés se viera envuelto en dificultades por su causa y si bien, a pedido de Santa Anna, solicitó al conde que regresara a la ciudad de México (1853), él no estuvo de acuerdo. Declaró a Alamán, ministro de Relaciones de Santa Anna, que su gobierno no deseaba tener tratos con Raousset. Aún más exhortó a éste último a posponer su viaje a México hasta el momento en que se le llamara y pidió a Dillon (16 de abril de 1853)

que desalentara a los miembros de la expedición advirtiéndoles que no esperasen ayuda o intervención a su favor por parte del gobierno francés.<sup>103</sup>

La actitud de Dillon, el cónsul galo en San Francisco, fue semejante a la de Levasseur. En un principio impulsó a Raousset; probablemente deseaba quitarse de encima algunas de las muchas dificultades que debían causarle los empobrecidos franceses que vivían en California; al parecer también creía en la posibilidad de que la emigración francesa en Sonora detuviera el avance norteamericano sobre México. Aun después del primer fracaso de Raousset, siguió alentándolo. Mas cuando Levasseur (16 de abril de 1853) y luego Alphonse Dano (21 de enero de 1854) le pidieron que desalentara a los compañeros del conde, aceptó e inclusive escribió a Calvo, vicecónsul de Francia en Guaymas, desaprobando el proyecto de - - Raousset y pidiéndole que advirtiera a las autoridades de Sonora sobre los planes de los filibusteros.<sup>104</sup>

Fue Alphonse Dano, encargado de negocios de la embajada francesa en México, quien enfrentó en 1854 la confusión creada por Raousset. Dano no simpatizaba con él -según Blanchot, por las diferencias que habían tenido en aventuras galantes- ni creía posible su triunfo, así que cuidó sobre todo el no comprometer a su gobierno.<sup>105</sup> Cuando las autoridades mexicanas le aseguraron que tenían documentos que probaban los planes de invasión de Raousset, respondió dignamente que si los documentos eran auténticos -y personalmente creía que lo eran- condenaba "sin vacilaciones la conducta de Raousset y se com-

prometía a "recomendar a nuestros cónsules y agentes que empleen toda su influencia para estorbar los proyectos de invasión, sobre todo para apartar a nuestros nacionales de la participación en tan vergonzosa empresa". Por lo demás, no objetó el tratamiento de piratas que el gobierno mexicano dio a los invasores.<sup>106</sup>

Luego, cuando Raousset fue derrotado, Dano logró que Santa Anna perdonara la vida a los expedicionarios, si bien sus gestiones fracasaron en cuanto se refería al conde y a los principales comprometidos.<sup>107</sup> Al saber la ejecución de Raousset, Dano no pudo evitar cierta sensación de alivio ya que -reflexionaba- a la larga "la legación y el gobierno del Emperador quedarían comprometidos, y por la causa más ridícula, pues hoy no es ya secreto para nadie que, desde hace tres años, Raousset abrigaba las esperanzas más quiméricas: soñaba, ni más ni menos, con el Imperio de México!<sup>108</sup>".

Las aventuras de Raousset despertaron la admiración del pueblo francés. El gobierno galo, por su parte, había negado oficialmente estar conectado con el aventurero, pero esto a la postre no significaba falta de interés por las actividades del conde. Probablemente, en algún momento, el gobierno francés pensó en la conveniencia de estimular a Raousset, de manera que si llegaba a alcanzar el éxito, Francia no desperdiciase lo que el conde le ofrecía. Pero, mientras esa situación no se presentara, convenía que Francia se mantuviese al margen, en actitud amistosa hacia México. En realidad, lo único

que hizo para apoyar a Raousset fue ordenar a Dano -cuando ya era demasiado tarde, pues el conde había dejado la ciudad de México- que hiciera ver al gobierno de Santa Anna la conveniencia de establecer una colonia extranjera en la frontera norte.<sup>109</sup>

Empero, la posibilidad de que Napoleón III ayudase a Raousset no debió ser muy remota. Francisco S. Mora, encargado de negocios de México en Francia, enterado de que los amigos del conde -oficiales del ejército y senadores- pedían que se sostuviera a Raousset, decidió hacer averiguaciones directas en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Se le aseguró que Francia no apoyaría a Raousset, mas él quedó preocupado y advirtió a su gobierno que "como el actual gobierno de Francia necesita halagar y ocupar el espíritu guerrero de ellos [los amigos de Raousset]..., si los acontecimientos ulteriores le hicieran entrever alguna probabilidad de que la atrevida empresa de Mr. Boulbon pueda tener los resultados que él pronostica, no podría resistir el Gobierno francés, a las instancias que sin duda continuarán haciendo sus amigos cerca del Emperador".<sup>110</sup>

Pese al fracaso, la aventura de Raousset-Boulbon estimuló el interés francés por Sonora. Si el conde se había lanzado a la empresa era, seguramente, porque Sonora valía la pena. Las numerosas obras que se escribieron sobre Raousset,<sup>111</sup> algunas por los mismos compañeros del conde, contribuyeron a divulgar tal creencia. No faltó quien considerara que si Raousset hubiese triunfado habría adquirido riqueza, fama y el

eterno agradecimiento de Francia,<sup>112</sup> a la que Sonora hubiera entregado sus riquezas.

Si bien Napoleón III no patrocinó la expedición de Raousset-Boulbon, es claro que la empresa coincidía con las ideas del emperador francés. Por una parte detener el avance norteamericano; por la otra, obtener una base francesa, católica y latina en América.<sup>113</sup> De modo que es posible afirmar que, durante la intervención en México, la aventura de Raousset-Boulbon influyó en los planes franceses de colonización de Sonora.

### 3. Los informes de los diplomáticos franceses.

Otro de los factores que explican el interés galo por el noroeste de México es el de los informes de sus representantes diplomáticos; esta documentación seguramente fue utilizada por el gobierno de Napoleón III para trazar sus proyectos de colonización sobre la región. Embajadores y cónsules advertían al Ministerio de Asuntos Extranjeros acerca del peligro norteamericano; insistían en la necesidad de levantar una barrera que impidiera el avance de los Estados Unidos hacia el sur. Esta barrera podría levantarse en Sonora, cuya gran abundancia natural se mencionaba como un atractivo más.<sup>114</sup>

André Levasseur, embajador en México durante los primeros meses del Segundo Imperio napoleónico, mostró gran interés por Sonora; en donde, según él, "la belleza del clima, la fertilidad del suelo y la riqueza de las minas de oro y plata, pueden contribuir ampliamente a la felicidad de una numerosa población".<sup>115</sup> Intentó fundar algunas empresas mineras en la región y formó parte de la "Compañía Restauradora de la Mina de Arizona", tan importante en la expedición que encabezó Raousset-Boulbon.<sup>116</sup> Levasseur consideraba necesario establecer "un contrapeso a la potencia de Estados Unidos",<sup>117</sup> afirmaba que una colonia francesa en Sonora "'podría preservar la independencia de México', de la amenaza de los'aventureros del norte'".<sup>118</sup>

El mismo Alphonse Dano, encargado de negocios de la Embajada de Francia después de la partida de Levasseur, quien tuvo que enfrentar los problemas creados por la expedición de Raousset,<sup>119</sup> creía en la riqueza del estado de Sonora,<sup>120</sup> cuyo territorio necesitaban los Estados Unidos "para tender la vía del ferrocarril que debe unir las provincias del Este con California". Por eso, explicó Dano a sus superiores, ante "una demanda hecha en un tono tan imperioso...", México tuvo que renunciar al Valle de La Mesilla y a la Cañada de Guadalupe.<sup>121</sup> Meses después añadió que la situación del erario mexicano era tan mala que se temía que "para salir de un nuevo apuro" el gobierno se viera "obligado a vender un nuevo jirón de territorio: Baja California, Sonora y Yucatán".<sup>122</sup>

El vizconde Alexis de Gabriac inició su gestión como embajador en diciembre de 1854. Durante más de cinco años, no cesó de llamar la atención de su gobierno sobre los deseos norteamericanos. Pensaba que los Estados Unidos podrían quintuplicar la producción de las minas mexicanas, lo que impulsaría su industria<sup>123</sup> y sumiría a Europa en "profundas crisis financieras y comerciales".<sup>124</sup> Desde ese momento nada destruiría a tal "coloso... temible por la fuerza que le daría su situación material."<sup>125</sup> Europa -y Francia en especial- tenía motivos más que suficientes para preocuparse y ayudar a México. A cambio de su ayuda, obtendría beneficios considerables. México recibiría a su población flotante, adquiriría sus productos manufacturados y la proveería, a su vez, de

materias primas de gran valor, tales como el algodón y los productos mineros. Creía el vizconde que la mayoría de la población mexicana quería detener el desorden reinante y la invasión de los Estados Unidos: así que no se opondría a una intervención europea.<sup>126</sup> Más aún, reflexionaba, los mexicanos deseaban inspirar a Napoleón III el "suficiente interés para que se compadezca de los profundos males de este país..."<sup>127</sup>

Preocupado por el hecho de que Francia no tuviera colonias de las que pudiera extraer metales preciosos, De Gabriac centró sus inquietudes en Sonora. Creía que el país que llegara a explotar sus minas, controlaría el flujo monetario en Europa.<sup>128</sup> En su correspondencia son numerosas las señales de intranquilidad ante la ambición que mostraban los Estados Unidos. Con frecuencia se basó en simples rumores, pero siempre informó al ministro francés de Asuntos Extranjeros sobre los atentados norteamericanos en la región. Se ocupó no sólo de las expediciones piratas que se organizaban desde California hacia Sonora y Baja California, sino también de las negociaciones que los embajadores de los Estados Unidos, con el mismo fin que los filibusteros, aunque por vías diplomáticas, llevaron a cabo con el gobierno mexicano.

Respecto a las incursiones de los filibusteros, el vizconde hacía referencia a casi todas las que llegaban a su conocimiento. En junio de 1855, por ejemplo, comunicó que el reciente descubrimiento de "bloques de plata nativa" en Sonora

había "producido un gran efecto en San Francisco", donde se organizaba "una banda de filibusteros destinados a invadir esta provincia!..."<sup>129</sup> Posteriormente, en 1857, puso en conocimiento de su gobierno que otra expedición, organizada en San Francisco por Henry Crabb, un norteamericano, se disponía a invadir Sonora. Explicaba que, al parecer, el instigador de dicha expedición era Cripps, antiguo secretario de la embajada estadounidense en México.<sup>130</sup> El trágico final de los filibusteros - todos fueron fusilados, con excepción de un niño de doce años - le preocupó seriamente por la violenta reacción que produjo en la opinión pública norteamericana. "Se asegura -comentó-, que han resuelto apoderarse de Sonora y que realizarán sus propósitos a cualquier precio. Parece que México terminará por perder así, poco a poco, todo su territorio".<sup>131</sup>

De Gabriac concedía gran importancia a las actitudes imperialistas del gobierno norteamericano. Al final del gobierno de Santa Anna, declaró que se "hablaba seriamente de una propuesta de cesión... y de amenaza de invasión en caso de negativa".<sup>132</sup> Luego, al terminar la dictadura santannista y establecerse un gobierno liberal en México, el embajador se dio cuenta de que los Estados Unidos no abandonarían sus proyectos de expansión. Pese a todas las simpatías que pudiera causarles el nuevo gobierno, resultaba claro que tratarían de explotar su mala situación. El general Gadsden, escribió De Gabriac, con tal de ayudar económicamente a sus amigos del gobierno de Comonfort, pensaba proponer a Payno, ministro de Hacienda,

"uno de los hombres más tarados de México", un tratado por el que México debería ceder a los Estados Unidos una parte de Sonora -lo que incluía las ricas minas de Arizona- a cambio de diez millones de dólares: cinco de los cuales se emplearían para pagar las propias reclamaciones norteamericanas; reclamaciones que añadía el vizconde irónicamente, no llegaban a medio millón de dólares.<sup>133</sup>

Después del ascenso de James Buchanan a la presidencia de los Estados Unidos, en 1857, las cartas del embajador francés mostraron una preocupación todavía mayor por las ambiciones norteamericanas. No le faltaban motivos. Buchanan creía firmemente en el "destino manifiesto" de su país y lo pretendía cumplir, a costa de su vecino del sur y con la colaboración de John Forsyth y Robert McLane sus dos embajadores. Ambos intentaron, sucesivamente y sin éxito, obtener algunas ventajas territoriales -en especial en el noroeste mexicano- así como privilegios de comercio y de tránsito, valiéndose de la mala situación económica del país, de las deudas y reclamaciones que tenía que pagar, de las amenazas europeas y de la guerra que, entre 1858 y 1860, enfrentó a liberales y conservadores.<sup>134</sup>

El vizconde de Gabriac trataba de investigar cuanto hacía o pretendía la administración Buchanan sobre el país del sur. En 1857 informó al gobierno francés que sabía, "de fuente segura", que el senador norteamericano Judah P. Benjamin, quien en ese momento estaba en México, había ofrecido a Comon

fort comprar la deuda capitalizada mexicana -valuada en 110 millones de pesos, con un 55 o 60% de descuento. Los Estados Unidos pagarían a los acreedores de 45 a 50 millones de dólares, a cambio de los cuales "el gobierno de México cedería a Estados Unidos los territorios yermos de Sonora y Baja California, vecinos a Alta California; los terrenos necesarios a la gran vía férrea de Texas al Pacífico y, finalmente, el derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec". El resto de la deuda mexicana se cubriría con una hipoteca sobre los bienes del clero y con los ingresos de las aduanas a razón del 6% anual, interés que excluiría al 1 o 2% para la amortización de dichos capitales. De Gabriac relataba en la misma carta que el proyecto de Benjamin había causado "estupor en palacio", pues la oferta parecía tentadora, pero que Comonfort la había rechazado al considerar que aceptarla era casi tanto como renunciar a la soberanía nacional, a más de que con ello se propiciaba la posible anexión del país.<sup>135</sup>

El mensaje que el presidente de Estados Unidos dirigió al Congreso el 6 de diciembre de 1858 causó gran alarma al vizconde. Buchanan, ante la situación reinante en México y los problemas de la frontera, recomendaba "seriamente" que se asumiera "un protectorado temporal sobre la parte norte de Chihuahua y Sonora y establecer puestos militares en esos mismos lugares".<sup>136</sup> El dirigente norteamericano evidenciaba una simpatía clara hacia el partido liberal mexicano,<sup>137</sup> tanta que el embajador francés que personalmente apoyaba al partido con-

trario,<sup>138</sup> decidió enviar a su país una carta -fechada en abril de 1859- en la que varios conservadores mexicanos pedían a Napoleón III que salvara a México del peligro que corría. Afirmaban que el mensaje de Buchanan revelaba "a la faz del mundo, que Estados Unidos no desiste de sus proyectos de expansión a costa del territorio de México..." y que ellos sabían, al través de "personas respetables" que escribían desde Washington, que el gobierno norteamericano había reconocido al gobierno de Juárez,<sup>139</sup> el que, con tal de obtener los medios para derrotar a los conservadores, era capaz de ceder a los Estados Unidos los estados del norte de la república, además del Istmo de Tehuantepec.<sup>140</sup>

Durante 1859, De Gabriac comunicó a sus superiores todos los rumores que le llegaron sobre las supuestas actividades del embajador McLane en Veracruz. Por ejemplo, en junio explicó que McLane tenía instrucciones de ofrecer a Juárez cinco millones de dólares y cinco mil hombres, siempre que cediera a los Estados Unidos "el paso a perpetuidad por el Istmo de Tehuantepec, la línea del Río Bravo hasta Guaymas para su ferrocarril y el norte de Baja California", pero que Juárez y Ocampo se habían negado rotundamente.<sup>141</sup> Luego, en octubre, reconoció que los rumores acerca de las negociaciones entre el gobierno liberal y el embajador norteamericano resultaban muy contradictorios. Algunos aseguraban que McLane había fracasado, otros afirmaban que en el tratado que se pre-

paraba en Veracruz, se acordaría, entre otras cosas, "la creación de un camino entre el Golfo de California y la rica provincia de Arizona, y el derecho [de los Estados Unidos] de -- transportar tropas a través del territorio mexicano, lo cual --comentaba el embajador francés-- sería ya excesivo". A cambio, el gobierno presidido por Juárez recibiría cinco millones de pesos, aunque los norteamericanos se guardarían la mitad para pagar las reclamaciones que tuvieran sus ciudadanos<sup>142</sup>. En noviembre, el vizconde agregaba que, al parecer, McLane había entregado un ultimátum a Juárez. Exigía "el derecho de ocupar militarmente el Istmo, y la parte del territorio de Durango, Chihuahua y Sonora que servirá para el paso del ferrocarril". En caso de una negativa por parte de México, aseguraba De Gabriac, McLane abandonaría el país y su gobierno usaría "la fuerza para obtener lo que se le negó"<sup>143</sup>.

Después de enterarse de la firma y el contenido del "Tratado McLane-Ocampo"<sup>144</sup>, De Gabriac declaró amargamente que el tratado consagraba "el derecho de Estados Unidos a inmiscuirse en los asuntos internos de México, de ocupar militarmente el territorio según lo juzgue conveniente, y la concesión para establecer grandes vías de comunicación que puedan atravesar el país por las provincias del norte, del sur y del centro; en fin, establecer en beneficio de sus materias primas y sus productos fabricados, almacenes portuarios donde sus mercancías puedan salir y circular a través de México sin pagar impuestos si esa es la voluntad del Congreso de Washington..."

Los territorios por los que pasarían esas rutas -entre ellos Sonora y Sinaloa-, agregaba el diplomático francés, estarían definitivamente perdidos para México, que cedería también el dominio sobre el Golfo de México y el Mar de Cortés. En cuanto a Europa, concluía, el nuevo tratado entre México y los Estados Unidos le llegará a causar "perjuicios...incalculables".<sup>145</sup>

El vizconde De Gabriac fue sustituido en su puesto de embajador, en el año de 1860, por el conde Alphonse Dubois de Saligny, quien tenía ya cierta experiencia en asuntos americanos. Como secretario de la Legación Francesa en Washington, durante seis años; después como encargado de negocios de su país en la República de Texas, había desarrollado una gran antipatía por la expansión de los Estados Unidos sobre el territorio del sur, antipatía que acrecentó durante el tiempo que duró su misión en México. En sus cartas al ministro francés de Asuntos Extranjeros, el conde de Saligny insistió -como sus antecesores- en el peligro norteamericano, en la anarquía que prevalecía en México y en la poca capacidad de los liberales -que habían derrotado a los conservadores- para gobernar el país. Desde abril de 1861, fue quien recomendó reiteradamente una intervención armada de Francia.<sup>146</sup>

A Saligny le preocupaban las actividades de Thomas Corwin, el embajador norteamericano -nombrado poco antes por el gobierno de Lincoln. Corwin quería proporcionar a México los medios para pagar las deudas que estaban a punto de provocar una intervención europea, en un momento en que su país,

dividido por la Guerra Civil, no podía exigir el cumplimiento de la Doctrina Monroe y apoyar de manera directa a México. A cambio, el embajador estadounidense se proponía obtener concesiones ventajosas para su país; entre ellas, la cesión de Baja California. Las negociaciones entre Corwin y las autoridades mexicanas se alargaron por varios meses<sup>147</sup>. Aunque Dubois de Saligny creía que dichas negociaciones terminarían por fracasar -como de hecho sucedió<sup>148</sup>, no por eso dejó de narrar a su gobierno los rumores que corrían. En junio de 1861 escribió que, al parecer, Corwin tenía la misión de obtener la península de Baja California, a cambio de la cual se entregarían sesenta millones de pesos y se firmarían tanto un tratado de alianza ofensiva-defensiva, como el compromiso de garantizar "la integridad e independencia" del territorio mexicano<sup>149</sup>. Saligny llegó a transmitir el rumor de que los Estados Unidos, para cumplir su promesa de apoyo en contra de las potencias aliadas -Francia, Inglaterra y España-, habían reunido "aproximadamente doce mil hombres que sólo esperan una señal para dirigirse a las costas occidentales de México"<sup>150</sup>.

Además de los embajadores, los cónsules de Francia en el noroeste contribuyeron a crear la imagen de la región abundante en riquezas naturales, a punto de ser absorbida por la nación vecina. Pueden citarse, por ejemplo, los casos de J.S. Morentrout y de Philippe Martinet.

Morentrout, cónsul francés en Monterey, California, refirió a sus superiores la expedición filibustera que emprendió

dió William Walker, en 1853, para apoderarse de Baja California y Sonora. Consideraba probable que el gobierno norteamericano, con la esperanza de que se repitieran los sucesos de California en 1846, sostuviera a los filibusteros, ya que ambicionaba estas provincias, temía que otra potencia se las arrebatara y pretendía construir un ferrocarril transcontinental que pasaría al sur del Río Gila y terminaría en Guaymas, "único puerto que, por su situación y su capacidad, se presenta como digno rival de San Francisco"<sup>151</sup>.

Más tarde, Morentrout afirmó que Walker había proclamado la república de Baja California y Sonora, de la cual se titulaba presidente, y que estos acontecimientos habían causado gran animación en San Francisco. Mostraba sorpresa ante la reacción popular: que "toda la población americana pueda aprobar semejantes actos y considerar las agresiones de una banda de piratas como hechos importantes, que permiten resultados ventajosos y gloriosos para el pueblo de Estados Unidos", y le indignó comprobar que las autoridades norteamericanas no sólo no reprobaban estos sucesos, sino que mantenían una actitud de "aparente indiferencia"<sup>152</sup>.

La correspondencia diplomática de Philippe Martinet, cónsul en Mazatlán, resulta muy significativa. Durante los cuatro años que desempeñó el puesto -de 1853 a 1857-, se preocupó porque en Francia se recibiera información detallada acerca de las posibilidades económicas del noroeste mexicano,

posibilidades que -era de suponerse- el cónsul debía conocer bien por residir en aquella región. Martinet describió asimismo las luchas políticas regionales, las incursiones de los indios salvajes y, por supuesto, no olvidó expresar su opinión sobre la amenaza norteamericana que se cernía en aquel territorio.

El cónsul pensaba que el noroeste de México tenía un importante futuro económico. A esto contribuirían, sin duda, sus minas de oro y plata, aunque no sabía hasta que punto la riqueza de estas minas era "más o menos real o exagerada"<sup>154</sup>. Empero, reconoció haber visto "una barra de plata natural" en viada de Sonora a Mazatlán "como muestra, de ocho kilos de peso". Así que no vaciló en describir estas riquezas como "las maravillas doradas" de un "nuevo 'El Dorado'"<sup>155</sup>, que también era capaz de suministrar "harina a toda la región comprendida entre la Sierra Madre y la costa"<sup>156</sup>.

En sus cartas, Martinet lamentaba que las luchas políticas nacionales y locales, al igual que las frecuentes y devastadoras incursiones de los indios salvajes, impidieron cualquier movimiento comercial y con ello la debida explotación de los innumera<sup>157</sup>bles elementos de prosperidad del territorio. Temía que los norteamericanos, que siempre lo habían codiciado, aprovecharan la anarquía reinante para satisfacer sus ambiciones.<sup>158</sup> Por ese temor, mencionó a su gobierno todas las expediciones que se organizaron desde San Francisco -y

159

luego desde La Mesilla. Las expediciones eran tan frecuentes que, en marzo de 1854, el cónsul insinuó la posibilidad de que estuvieran relacionadas "con un plan en conjunto, que sin duda dará por resultado una invasión en masa..."

160

Embajadores y cónsules corroboraron la leyenda de la riqueza de Sonora, al través de su correspondencia. Insistieron en que los Estados Unidos con la ayuda de tratados ventajosos, por una parte, y con la de sus filibusteros, por otra, estaban a punto de apoderarse del noroeste de México. En sus informes, el gobierno francés no solo encontró una confirmación -supuestamente objetiva- del mito de los tesoros sonorenses divulgado por los viajeros franceses, sino también una explicación de la aventura del conde Raousset-Boulbon. Probablemente, Napoleón III se basó en ellos para elaborar sus planes de colonización.

La influencia que ejercieron los diplomáticos sobre sus superiores se observa, por ejemplo, en las instrucciones que se enviaron a los encargados de llevar a cabo la intervención militar en México. Se afirmaba en ellas -tal como lo habían dicho tantas veces embajadores y cónsules- que la intención del gobierno norteamericano de ayudar a Juárez a cubrir las deudas con Europa "no tendía, en realidad, sino a asegurarle como premio por el apoyo que ofrecía a México, la frontera de Texas y la ocupación de territorios codiciados desde hace mucho tiempo por Estados Unidos..." Se hablaba de la necesidad de que en México se levantara "un dique al desbordamiento de

161

162

163

los Estados Unidos..."El lugar ideal para levantar ese dique era, por supuesto, Sonora. Es así por lo que los informes de sus representantes explican el interés de Napoleón III por el noroeste de México.

#### 4. Los intereses de Jecker en Sonora.

La intervención francesa en México fue hábilmente azuzada por el grupo del financiero suizo J. B. Jecker, cuyos intereses privados se confundieron, al principio de la expedición, con los intereses económicos de Napoleón III.<sup>164</sup>

Jecker había llegado a México en la primera mitad del siglo XIX, Fundador de la casa bancaria Jecker-Torre y Cía., participó con ella -aunque no siempre con éxito- en numerosos negocios. El más conocido es, sin duda, el que llevó a cabo en 1859 con el presidente conservador Miramón. Este, desesperado por la falta de fondos para continuar la campaña contra los liberales, emitió bonos con valor de quince millones de pesos, pagaderos en las aduanas a plazos determinados. A cambio recibió millón y medio de pesos -\$750 000.00 en efectivo y el resto en bonos, vestuario y equipo.<sup>165</sup>

La derrota de los conservadores en diciembre de 1860 fue paralela a la ruina de Jecker. Desde mayo, el banquero se había declarado en quiebra. Entre su pasivo se encontraban los bonos, de los cuáles sólo había vendido una pequeña parte. Por eso, el 31 de enero de 1861, cuando Juárez declaró nulos todos los contratos, concesiones o nombramientos extendidos por el gobierno conservador desde diciembre de 1857, su situación se tornó desesperada.<sup>166</sup>

Sin embargo, Jecker no tardó en recuperar la confianza. En Europa, X. Elsesser, su cuñado, obtuvo el apoyo de

un medio hermano de Napoleón III, el conde de Morny, en ese momento ministro y presidente del Cuerpo Legislativo, quien se comprometió a conseguir el pago de los bonos por parte del gobierno mexicano, a cambio de un treinta por ciento de comisión.<sup>167</sup> Morny, con gran influencia política en la corte francesa, pudo mezclar el negocio de los bonos entre los motivos de la Intervención en México. El 26 de marzo de 1862 consiguió a Jecker la ciudadanía francesa; después se reorganizó la banca de Jecker como un negocio protegido por Francia. De esta manera, las reclamaciones del financiero podrían ser presentadas al gobierno mexicano por las vías diplomáticas francesas y el conde de Morny obtendría una ganancia fabulosa.<sup>168</sup>

Con objeto de apresurar el cobro de los bonos, Morny influyó en el nombramiento de uno de sus amigos, el conde Alphonse Dubois de Saligny como embajador de México.<sup>169</sup> Mas no bastaba el nombramiento de Saligny; era necesario que Thouvenel, ministro de Negocios Extranjeros, autorizara al nuevo embajador a presentar al gobierno de Juárez las reclamaciones de Jecker. El asunto no era fácil, en vista de los dudosos antecedentes del negocio. Con todo, a Thouvenel lo presionaban los acreedores de Jecker, también arruinados, que exigían al gobierno francés su protección y la indemnización de sus intereses.<sup>170</sup> Thouvenel, al ver que el asunto se presentaba "como una obra de caridad, un crédito legítimo y un interés nacional y una empresa que entrañaba, además, ventajas apreciables para el comercio francés...", ordenó a Saligny -el 28 de

agosto de 1860- exigir al gobierno mexicano, si era necesario "con un despliegue de fuerza", el reconocimiento global de la deuda francesa, incluida la deuda Jecker. Thouvenel trató de salvar su responsabilidad. Para esto pidió a Saligny que, antes de exigir el pago de la deuda Jecker, se convenciera de su legitimidad. <sup>171</sup> Empero, lo cierto es que Saligny, protegido del conde de Morny, sabía que, legítima o no, dicha deuda debía ser cobrada.

El nuevo embajador intentó a toda costa que el gobierno de Juárez reconociera a los bonos Jecker su valor de quince millones de pesos. Se negó a aceptar la proposición mexicana de pagar lo que Jecker había entregado realmente a los conservadores, más los intereses que hubiere devengado tal capital considerando los riesgos que había corrido. Todo acuerdo fue imposible ante la intransigencia de Saligny, quien probablemente tampoco deseaba negociar con el gobierno mexicano. <sup>172</sup> Desde abril de 1861, el embajador francés había asegurado a sus superiores que le parecía "absolutamente necesario" tener "en las costas de México una fuerza naval suficiente" para <sup>173</sup> proteger los intereses de su país.

La situación era grave. En mayo, el Congreso mexicano no nombró una misión para que estudiara el asunto Jecker. Sin embargo, la comisión no tuvo tiempo de trabajar. En junio, Juárez declaró nulos los bonos Jecker. Finalmente, todo arreglo se hizo imposible cuando, el 17 de julio, el gobierno suspendió el pago de la deuda pública por dos años. La reacción

de Saligny fue inmediata. Antes de que transcurrieran veinticuatro horas había roto relaciones con el gobierno mexicano y, días después, pidió a su gobierno la ocupación de Veracruz y Tampico. De esta manera, los bonos Jecker cumplieron su función política: habían proporcionado a Francia un pretexto para intervenir en México.

Junto con los bonos, Jecker reclamaba grandes extensiones de tierras en Sonora y Baja California, regiones por las que había mostrado siempre un interés especial. Tiempo atrás había patrocinado la expedición de Raousset-Boulbon, y había conseguido del gobierno de Santa Anna, en enero de 1854, un contrato para deslindar tierras baldías de Sonora en un plazo de veinte meses. Luego propuso al gobierno de Comonfort que confirmara dicho contrato, que no se llegó a cumplir factiblemente por el estallido de la Revolución de Ayutla.

El gobierno de Comonfort aceptó las propuestas del banquero. En agosto de 1856 se firmó el contrato por el cual Jecker-Torre y Cía. se comprometían a medir, levantar planos y deslindar, en un período de tres años, las tierras baldías de Sonora y Baja California, a cambio de la tercera parte de los terrenos que deslindaran. Las otras dos partes quedarían en posesión del gobierno nacional y, en caso de que éste vendiera parte de esas tierras, Jecker-Torre y Cía. tendrían la opción de la compra preferente de un tercio más, a un precio más bajo.

A fin de cumplir su parte en el convenio, Jecker sucribió un subcontrato con varios capitalistas de San Francisco, Estos, a cambio de la mitad de las tierras que Jecker debía recibir del gobierno mexicano, se obligaron a financiar y dirigir los trabajos. Así, en marzo de 1858, varios ingenieros, geógrafos, geólogos y dibujantes, dirigidos por dos ingenieros del ejército de los Estados Unidos, los capitanes Charles P. Stone y Robert Whiting, iniciaron el reconocimiento de las costas e islas de Sonora. En cuanto al interior del estado, antes de emprender trabajo alguno, Stone <sup>179</sup>decidió pedir la autorización del gobernador Ignacio Pesqueira.

Las actividades de los norteamericanos y el hecho de que fueran patrocinadas por capitalistas de San Francisco, y por la casa Jecker, causaron gran alarma entre los habitantes de la región, que no podían olvidar la aventura de Raousset-Boulbon. Además, varios sonorenses, entre ellos el propio Pesqueira, se oponían a los intentos del gobierno federal de explotar las tierras públicas del estado, pues eran ellos quienes deseaban hacerlo. De este modo, Pesqueira, con el apoyo del Congreso local, se negó -mayo de 1858- a conceder a Stone el permiso que solicitaba, sin que le preocupara la presencia, en la bahía de Guaymas, del St. Mary's, nave que formaba parte <sup>180</sup>del escuadrón norteamericano del Pacífico.

Por encima de la oposición local, Stone decidió continuar con los trabajos de medición. Probablemente se sentía protegido por la presencia del St. Mary's. Sabía, además, que

en Washington había un enorme interés por Sonora y sus riquezas minerales. Esto explica que tanto él como el capitán Davis, al mando del St. Mary's, trataran de provocar un incidente que propiciase la intervención de su país. Por lo pronto, Davis otorgó a Stone el nombramiento de cónsul provisional de los Estados Unidos en Guaymas. Como cónsul, Stone decidió defender -con o sin motivos- todas las actividades de los ciudadanos norteamericanos en el lugar. Luego escribió al secretario de Estado, Lewis Cass, para informarle que la experiencia que había adquirido en Sonora le permitía afirmar "que el único medio de salvar a este estado de un retorno a la casi barbarie se encontrará en su anexión a los Estados Unidos"<sup>181</sup>. Stone no ocupó mucho tiempo el puesto de cónsul provisional. Pero su sucesor, Robert Rose, siguió la misma política de provocación y pidió a su gobierno protección militar para sus conciudadanos.<sup>182</sup>  
<sup>183</sup>  
nos.

Pesqueira poco hizo para detener a Stone antes de mayo de 1859. Sólo entonces envió a los miembros que integraban la comisión de deslinde una orden de expulsión, en la que les fijaba cuarenta días como plazo para abandonar el estado.<sup>184</sup>

La expulsión de los técnicos aumentó los problemas de Pesqueira. Las partes interesadas en el cumplimiento del contrato no se conformaron. Naturalmente, los primeros en protestar fueron Rose y Stone. Este último viajó a los Estados Unidos en busca de ayuda y los capitalistas de San Francisco, asociados con Jecker, trataron de encontrar apoyo en Washington

185

y en México. Uno de ellos, L. W. Inge, escribió al embajador Robert McLane para explicarle que ya se habían gastado cien mil pesos en el proyecto de Sonora y pedirle que interviniera ante el gobierno de Juárez. Casi al mismo tiempo, Jaspar S. Whiting se entrevistó con el presidente Juárez y con Melchor Ocampo, ministro de Relaciones Exteriores. Según parece, Whiting fue bien acogido, los funcionarios reconocieron la legalidad del contrato Jecker y los daños causados por Pesqueira al impedir su cumplimiento. Sin embargo, el gobierno mexicano no hizo nada para obligar a Pesqueira a cambiar de actitud. De hecho, a lo más que llegó fue a informar a Roy de la Reintrie, secretario de la embajada norteamericana, que antes de iniciar cualquier acción quería recabar informes de todas las partes interesadas en el asunto, incluyendo al propio gobernador de Sonora.

186

187

188

Quienes posiblemente lograron obtener ayuda del gobierno norteamericano a la postre, fueron los capitalistas de San Francisco. A principios de octubre, el St. Mary's apareció de nueva cuenta frente al puerto de Guaymas -esta vez al mando del capitán William H. Porter-, protestando con insolencia por la expulsión de Stone y sus compañeros.

189

La situación ofrecía mal cariz, así que Pesqueira decidió trasladarse a Guaymas. Ahí se entrevistó con Porter el día 31 de octubre. El marino norteamericano exigía, entre otras cosas, una explicación sobre el retiro de la comisión de deslinde y demandaba el permiso para que reanudara sus actividades

en Sonora. Pesqueira pretendía evitar problemas mayores; hábilmente respondió que si la comisión había sido proscrita, no se debía a que sus miembros fueran norteamericanos, sino a su calidad de "empleados de una comisión de mensura propia y exclusiva del Gobierno de la República, a cuya decisión se sujetaría el asunto, [y] que como súbditos de una nación amiga como la de los Estados Unidos, podían regresar a Sonora y ejercer las ocupaciones que más a sus intereses convinieran". Porter aceptó la aclaración: la solución del asunto que atañía a Stone y su grupo se aplazaba hasta que los gobiernos <sup>190</sup> mexicano y norteamericano estuvieran enterados del problema.

Después de la entrevista, las relaciones entre Porter y los <sup>191</sup>funcionarios sonorenses guardaron tranquilidad durante unos días, aunque el St. Mary's <sup>192</sup>siguió anclado en la bahía de Guaymas. El vicecónsul norteamericano escribió a Lewis Cass que Pesqueira "'mostraba una amistosa disposición hacia todos los americanos así como hacia el grupo de medición <sup>193</sup>del Cap. Stone..." El capitán R. S. Ewell, enviado por las autoridades del fuerte Buchanan, Arizona, para protestar por la expulsión de Stone, <sup>194</sup>aceptó el acuerdo entre Pesqueira y Porter y emprendió el regreso.

Un nuevo incidente provocó entonces otra dificultad con el comandante del St. Mary's. El capitán Ewell había sido detenido en Hermosillo y se le había privado de una mula robada. Al parecer, el norteamericano había comprado el animal a un tercero, pero la mula había sido reconocida por el dueño

original. El capitán Porter, en espera de una buena ocasión para enfrentarse al gobierno sonoreense, exigió el 17 de noviembre la liberación inmediata de Ewell y la devolución de la mula que le habían quitado. Estupefacto, Pesqueira respondió que no podía actuar antes de recibir los informes sobre el caso. Porter se enfureció: "con escándalo de toda la población de Guaymas, nacionales y extranjeros aún de su misma nación, entre nueve y diez de la noche mandó alistar cien hombre de la corbeta St. Mary's, que en cinco embarcaciones del mismo buque, armadas de dos obuses, se dirigían a esta plaza... Afortunadamente para los que componían esa fuerza, el Sr. Porter entró sin duda más tarde en reflexiones más pacíficas, y cuando ya sus embarcaciones estaban a menos de un tiro de pistola del muelle, recibieron de él orden de suspender su marcha..." En esta relación de los hechos, que Pesqueira envió posteriormente al ministro de Relaciones Exteriores de Juárez, el sonoreense añade que en esa "expedición tan descabellada", Porter habría sacrificado a sus hombres, pues él tenía el doble de <sup>195</sup> fuerzas.

Al día siguiente, Porter amenazó aún con bombardear la ciudad, al tiempo que colocaba su nave en posición de cumplir sus amenazas. Pesqueira le envió entonces un mensaje: probaba en él que no se había cometido ningún acto arbitrario con Ewell y ofrecía para éste cuanto necesitase en su viaje. Hacía ver, también, que en el bombardeo morirían habitantes del puerto, con lo que no podría hacerse responsable por las vidas y

y propiedades norteamericanas en Sonora. La actitud de Pesqueira, a la vez firme y conciliadora, frustró el deseo de Porter de aprovechar el caso Ewell para provocar una dificultad más seria.<sup>197</sup>

Sin embargo, el conflicto pudo haber estallado por otros motivos. Mientras Pesqueira negociaba con Porter, los habitantes de Guaymas, alarmados por la amenaza del bombardeo, e irritados por la actitud de Porter, se precipitaron a las calles vitoreando la independencia e integridad nacionales y lanzando mueras a los norteamericanos;<sup>198</sup> "llegando la exaltación en aquel momento al extremo de dirigirse una gran parte del pueblo a la casa consular, escalarla, arriar la bandera americana... y hacer pedazos el escudo de armas de la misma nación...".<sup>199</sup> Pesqueira restauró el orden rápidamente, aunque prefirió enviar la bandera de los Estados Unidos al St. Mary's, con un comisionado encargado de dar explicaciones. Sorprendentemente,<sup>200</sup> Porter pareció satisfecho con ellas.

En realidad, Porter se había dado cuenta de que tanto el gobierno del estado como la gente del puerto, estaban resueltos a dar la respuesta que fuera necesaria. La carta que recibió de Ewell el 19 de noviembre acabó de convencerlo. Por eso, el día 20 se entrevistó con Pesqueira. En la reunión se limitó a presentar sus respetos, sin aludir a lo ocurrido en días anteriores.<sup>201</sup> Después, se dispuso a levar anclas.

Con estos acontecimientos y con la queja presentada ante Cass por José María Mata, embajador de México en Washington

terminó el incidente del St. Mary's. Un incidente a primera vista absurdo, pero que se comprende mejor si se toma en cuenta lo que buscaba en esos momentos el gobierno norteamericano: un buen pretexto para asegurar la realización del tratado que, en esas fechas, se negociaba entre el embajador McLane y el gobierno de Juárez.<sup>202</sup>

En cualquier forma Jecker y sus colaboradores no perdían el interés por Sonora, así que no cesaron de luchar para que se reconocieran sus pretendidos derechos. Charles P. Stone de una buena prueba: en 1861 publicó en Washington un panfleto de veintiocho páginas, titulado Notes on the State of Sonora, en el que trata sobre los recursos de la zona y destaca la necesidad de incorporarla, en un futuro inmediato, a los Estados Unidos.<sup>203</sup>

Por su parte, Jecker hizo lo posible en México para que se aceptara la validez del contrato firmado con Comonfort, aunque después del triunfo de los liberales resultaba casi imposible que el partido en el poder favoreciera a un colaborador de los conservadores.<sup>204</sup> En marzo de 1861, cuando el gobierno de Juárez ordenó la revisión de todas las concesiones de tierras en el Istmo de Tehuantepec y en otras regiones, incluyó los contratos firmados con la casa Jecker. La decisión final se emitió en noviembre de 1862 y consistió en la anulación de las concesiones otorgadas al banquero en 1854 y en 1856, alegando que no había cumplido con la condición de me-<sup>205</sup>  
dir y deslindar las tierras baldías en los plazos señalados.

Jecker ya estaba en Francia, bajo la protección del duque de Morny quien demostraba gran interés por el noroeste de México. Corroboraba tal disposición, la curiosa entrevista que sostuvo con el general Miramón y que éste narró a varios conocidos. Después de que Miramón, derrotado por los juaristas, tuvo que abandonar México: "'apenas había llegado a París fue a verle desde su quinta M. de Morny, y con frases muy cariñosas le propuso la venta a Francia de Sonora y la Baja California'; a lo cual contestó Miramón: 'que aún cuando había sido presidente con facultades omnímodas, ya no era nada en aquellos momentos'. Replicó M. de Morny que se procuraría buscar una fórmula que obviara este inconveniente, siempre que Miramón accediera a las miras de Francia". El ex-presidente conservador rechazó la propuesta con indignación, más en la entrevista se hizo evidente, tanto el gran interés de Francia por el noroeste mexicano, como el hecho de que el medio hermano de Napoleón III se mostraba dispuesto a utilizar cualquier influencia para apoderarse de él.

Morny trató de ayudar a Jecker en cuanto hacía referencia a las tierras de Sonora. Por su conducto, el banquero propuso al gobierno francés la venta de todos los derechos y acciones que se derivaban del contrato que había firmado en 1856. Pedía, a cambio, varios millones de pesos, pagaderos en plazos de seis meses, o al contado, en bonos del tesoro de Francia. Por supuesto, Jecker parecía no considerar que la concesión de 1856 había sido anulada por el gobierno de Juárez. Se-

gún mencionan algunos historiadores, Jecker también propuso a las autoridades galas el establecimiento en el norte de México de una colonia de confederados norteamericanos, sostenidos por tropas francesas, belgas y austríacas, ya que constituiría una formidable defensa en caso de que surgiera algún conflicto con los Estados Unidos.

Napoleón III no aceptó la oferta de Jecker. En realidad, no había razón para que comprara concesiones, sin validez legal, sobre las tierras de un país al que su ejército estaba a punto de conquistar. Los proyectos sonorenses de Jecker vieron desaparecer, de este modo, su última oportunidad. En adelante, Sonora se convirtió en objeto de planes especiales, pero en ellos Jecker no tuvo la menor participación.

Los intereses del banquero fueron importantes al principio de la Intervención: obviamente dieron al gobierno francés otro motivo para declarar la guerra, otro pretexto para romper las hostilidades contra el gobierno juarista. Sin embargo, no es fácil saber hasta qué punto influyó Jecker en los planes de Napoleón III respecto a la colonización del noroeste de México. Es posible que sus contactos con Morny hayan contribuido a que aumentara y aun se decidiese la participación del duque en tales proyectos. Resulta claro, por lo demás, que sus negocios con algunos capitalistas de San Francisco permitieron que Charles P. Stone, ligado durante el Imperio de Maximiliano a dichos planes, conociera bien el estado de Sonora. Empero, el interés histórico por los negocios de Jecker en

Sonora radica principalmente en dos hechos: primero, manifestaron la constante preocupación norteamericana por el noroeste de México, con lo que hasta cierto punto se anunciaba cuál podría ser la actitud que tomarían los Estados Unidos ante los problemas que se suscitasen a causa de la región, y mostraron, además, que los nativos no aceptarían fácilmente una participación extraña que de cualquier manera amenazara sus bienes o su independencia.

B) El significado de Sonora dentro de los "proyectos mexicanos" de Napoleón III.

Al intervenir en México, Napoleón III tenía un plan más o menos definido: condicionar y subordinar la economía mexicana a la economía francesa, que necesitaba -por su creciente desarrollo industrial- de material primas, metales preciosos y nuevos mercados. México parecía disponer, en abundancia, de riquezas y posibilidades semejantes. Por otra parte, las terribles diferencias sociales y económicas y la inestabilidad política del país garantizaban -si se sabían manejar- el éxito de la intervención. Había que considerar, además la situación de los Estados Unidos: ocupados por su Guerra Civil, no tratarían de hacer respetar la Doctrina Monroe. El momento era propicio y Napoleón III no lo desperdició.

Mas no todos los objetivos que buscaba Napoleón III en México fueron de orden económico. El emperador francés también deseaba llevar a cabo un proyecto que había preparado en su juventud y que después publicó en un folleto titulado Canal de Nicaragua o, un proyecto para comunicar los océanos Atlántico y Pacífico por medio de un canal. En este folleto, Napoleón analizaba la conveniencia de construir una vía interoceánica abierta al comercio mundial. El canal cruzaría regiones de riquezas no utilizadas, cuya explotación aumentaría el bienestar de la humanidad. A los lados del canal florecería

un estado "que restablecería el equilibrio de poder y crearía en la América española un nuevo centro de actividad industrial lo suficientemente poderoso como para que naciera un firme sentimiento de nacionalidad que impidiese, al apoyar a México, nuevas usurpaciones del Norte". Se formaría, así, una nación latina, capaz de detener a los anglosajones.

Estas ideas son las mismas que Napoleón III utilizó al intervenir en México en 1862. Se encuentran, por ejemplo, en las instrucciones dirigidas al general Forey el 3 de julio del mismo año, en las que el emperador francés trazó a grandes rasgos los objetivos de la expedición. Napoleón quería de tener a los Estados Unidos, ya que pretendían apoderarse "de todo el Golfo de México", dominar, "desde allí, a las Antillas y a la América del Sur" y convertirse en los únicos proveedores "de los productos del Nuevo Mundo". A fin de lograrlo, se proponía ayudar a México a conquistar "su independencia", a mantener "la integridad de su territorio" y a constituir "un gobierno estable". México llegaría a ser, de tal modo, "un dique al desbordamiento de los Estados Unidos". Francia irradiaría entonces su "influencia bienhechora" en toda América, crearía "salidas inmensas" a su comercio y proporcionaría "las materias indispensables" a su industria.

Pero, también, se lograría que "la raza latina del otro lado del Océano" recobrará "su fuerza y su prestigio" y que, en toda Hispanoamérica, siguiendo el ejemplo de Francia y de Brasil, se estableciesen monarquías y no prosperaran

las repúblicas, como pretendían los Estados Unidos. Francia, convertida en la potencia más fuerte del mundo, desempeñaría la función de dirigente de un imperio latino y católico que podría superar a Inglaterra y a los Estados Unidos -anglosajones y protestantes. París se convertiría en la capital cultural de este imperio, y la ciudad de Roma sería la capital religiosa.<sup>219</sup>

Napoleón III deseaba que sus proyectos se desarrollasen en todo México; de manera particular, en el noroeste. Las románticas experiencias de los filibusteros y viajeros, los informes de cónsules y embajadores y los intereses de los especuladores coincidían en un punto: Sonora ofrecía múltiples riquezas. No es difícil entender la especial atención que puso el emperador francés sobre la región.<sup>220</sup>

Es explicable el deseo de Napoleón de explotar las minas sonorenses y llevar sus riquezas al tesoro imperial. Los observadores franceses aseguraron siempre que la minería mexicana, en decadencia desde la Guerra de Independencia, podía resurgir fácilmente y sacar adelante la economía del país, en cuyo suelo se escondían vetas insospechadas. Repetían igualmente que en Sonora se guardaba, en numerosas y no trabajadas minas, una buena porción de tales riquezas. La perspectiva de conseguirlas tentaba, pues, en forma poderosa, al emperador francés.<sup>221</sup>

Otro de los motivos por los que Napoleón se interesó en Sonora fue el potencial de la región como productora de

algodón. La industria algodonera francesa, dependiente en un 70% del algodón producido por los estados del sur de la Unión Americana, sufría las consecuencias de la Guerra de Secesión. El Norte había bloqueado las costas de los estados sureños e impedía la venta de su producto básico de exportación. Francia necesitaba con urgencia otro mercado que surtiera de algodón a su industria. México, sobre todo en su parte norte, <sup>222</sup> podría ser ese posible abastecedor.

Al emperador galo, como ya hemos señalado, le preocupaba además la formidable expansión de los Estados Unidos, por su situación como potencia mundial y por su gobierno republicano, en el que veía una amenaza para las monarquías y tradiciones europeas. Esto contribuyó, igualmente, a acrecentar su interés por establecer en México una monarquía fuerte, una monarquía capaz de detener el avance territorial y republicano de los E.E.U.U. Sonora podría ser el primer baluarte, la avanzada que detuviera a los norteamericanos. Su posición geográfica era adecuada, estratégica, en la defensa de la independencia e integridad mexicanas. <sup>223</sup>

Por otra parte Napoleón creía que la única forma de transformar a México en un estado moderno se hallaba en la inmigración en gran escala. Deslumbrado por el progreso norteamericano, que atribuía a las influencias inmigrantes europeas, pensaba que en México se podría provocar un fenómeno paralelo. Cientos de industriosos colonos europeos -latinos seguramente- sustituirían a la atrasada y apática población indígena.

Se formaría una nueva sociedad, vigorosa y trabajadora, que organizaría políticamente a México -daría jefes capaces y acabaría con las luchas intestinas-, haría próspera su economía -al aprovechar con inteligencia los fabulosos recursos agrícolas y minerales- y sabría mantener su independencia frente a las ambiciones de los Estados Unidos. También en estos utópicos proyectos de inmigración ocupaba Sonora un papel destacado. Los inmigrantes colonizarían aquel enorme y lejano estado, atraídos por la fama de su riqueza. El hecho de que su población original fuera tan escasa facilitaría enormemente las cosas, pues los choques inevitables entre inmigrantes y nativos se reducirían al mínimo. Los nuevos sonorenses desarrollarían económicamente la provincia, la defenderían con energía -ya que tendrían intereses en ella- y evitarían que fuera absorbida por los poderosos vecinos del norte.

Sonora era, gracias a tantos factores, la región en la que se podían llevar a cabo, en la forma más directa, todos los proyectos de Napoleón III para México: ahí se hallaban los metales preciosos, el algodón necesario para la industria francesa y los compradores para sus productos; era campo fértil para los inmigrantes que renovarían la sociedad mexicana y, como si esto fuera poco, Sonora podría transformarse en el primer bastión que detuviera a los Estados Unidos.

Mas los planes sonorenses de Napoleón III, como todos los planes en que se refirió a México, se basaron en datos "lamentablemente vagos e del todo erróneos...", en estudios insuficientes

y con frecuencia exagerados, proporcionados por viajeros -sobre todo por Michel Chevalier<sup>225</sup>-, diplomáticos, especuladores ambiciosos y filibusteros audaces. Napoleón, en realidad, estaba muy mal informado sobre Sonora -como lo estaba sobre todo México<sup>226</sup>-, y poco se preocupó por remediar su ignorancia.

Sin embargo, los planes que discurrió para México fueron juzgados por un historiador francés como "'el pensamiento más profundo del Segundo Imperio"<sup>227</sup>'. Sólo que tal profundidad, no lo salva de la grave responsabilidad que contrajo al emprender la fracasada aventura mexicana. Debió evaluar con más objetividad los obstáculos<sup>228</sup> que se le podrían presentar; dar más importancia a la situación política interna y averiguar de modo efectivo si las fabulosas riquezas existían verdaderamente o eran sólo parte de una leyenda.<sup>229</sup>

Y también habría resultado fundamental considerar las costumbres y prejuicios populares del país lejano, que en este caso, por ejemplo, resultaban opuestos a la inmigración extranjera, y se convertían, por consiguiente, en un impedimento decisivo a la utópica renovación de la sociedad indígena. Napoleón III se equivocó seriamente al aceptar y seguir, sin mayores fundamentos, las opiniones ajenas, como erró al dejarse llevar por los recuerdos de su juventud y las desmedidas ambiciones de su madurez. Este error fue la primera causa del fracaso de la Intervención Francesa en México.<sup>230</sup>

Notas.

1. Margarita Martínez Leal, Posibles antecedentes de la intervención francesa de 1862 (a través de las obras de viajeros franceses), introducción de..., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras (tesis), 1963. 256 p., p. 151-152.
2. James C. Shields, Inmigración y colonización durante el segundo imperio mexicano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras (tesis), 1958, [8]-222 p., p.30.
3. Martínez Leal, op. cit., p. 122-123.
4. Margo Glantz, "Introducción", en Margo Glantz (ed.), Viajes en México. Crónicas extranjeras (1821-1855), selección, traducción e introducción de..., dibujos de Alberto Beltrán, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964. 500 p., mapas, p. 11-45, p. 18; M. Maldonado-Koerdell, "La obra de la Commission Scientifique du Mexique", en La intervención francesa y el imperio de Maximiliano cien años después: 1862-1962. Estudiado cien años después por historiadores mexicanos y franceses, edición preparada por Arturo Arnáiz y Freg y Claude Bataillon, México, Asociación mexicana de historiadores, Instituto Francés de América Latina, 1965. 218 - [4] p., ils., p. 161-182, p. 164-165; Martínez Leal, ibidem, p. 123; Shields, op. cit., p. 30.
5. Francisco López Cámara, Los fundamentos de la economía mexicana en la época de la reforma y la intervención. (La vida agrícola e industrial de México según fuentes y testigos europeos), advertencia de..., México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, 1962.

- 96 p. (Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la guerra de Intervención, 7), p. 73; Maldonado Koerdell, ibidem, p. 165, n. 1; Martínez Leal, ibidem, p. 18; Martín Quirarte, Historiografía sobre el imperio de Maximiliano, explicación previa de..., apéndice de Alberto Hans, "La guerra de México según los mexicanos", traducido por..., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. 264 [2] p. (Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 9), p. 13.
6. Maldonado-Koerdell, ibidem; Martínez Leal, ibidem, p. 99-100.
  7. Obstáculos humanos: irregularidad política interna, garantías y seguridad mínimas (préstamos forzosos y asaltantes de caminos), falta de colaboración y preparación para el trabajo de los mexicanos, mala voluntad a los extranjeros, caminos y posadas en estado deplorable. Martínez Leal, ibidem, p. 205-212.
  8. Obstáculos naturales: el clima que afectaba la salud de los extranjeros, la fiebre amarilla, los insectos y reptiles, la falta de ríos navegables, la escasez de agua. Idem.
  9. Ibidem, p. 123, 133, 197, 205-212, 221-222.
  10. Las minas "Planchas de Plata" se localizan cerca de uno de los nacimientos del río Altar, casi en la actual línea divisoria entre Sonora y el estado americano de Arizona. Rufus K. Wyllys, Los franceses en Sonora (1850-1854). Historia de los aventureros franceses que pasaron de California a México, prefacio de ..., nota y traducción de Alberto Cubillas, México, Editorial Porrúa, 1971. X-276 p., ils., mapa. (Biblioteca Porrúa, 49), p. 16, 57.

11. L'Estafette. Journal français, editores: Ch. de Barres y J. E. Caire, diario, ciudad de México, México, 27 de octubre de 1864, p. 2; Martínez Leal, op. cit., p. 153; Shields, op. cit., p. 30; James C. Shields, "Sonora y los franceses", en Revista de Historia de América, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, núm. 46, diciembre de 1958. p. 337-341, p. 338; Horacio Sobarzo, Crónica de la aventura de Raousset-Boulbon en Sonora, proemio de..., México, Librería de Manuel Porrúa, 1954. 222 p. mapa, p. 21; Wyllys, idem.
12. Alejandro de Humboldt, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, estudio preliminar, revisión del texto cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Editorial Porrúa, 1966. CLXXX-696 p., ils., mapas. (Colección "Sepan Cuántos...", 39), p. 191, 335.
13. Glantz, "Introducción", en Glantz, op. cit., p. 16; Martínez Leal, op. cit., p. 105-106, 167.
14. Glantz, ibidem, p. 23.
15. J. C. Beltrami, Le Mexique, prologue et préface par..., 2 v., París, Delaunay Libraire, 1830, v. 1, p. 271-273.
16. Ibidem, v. 1, p. 428.
17. Ibidem, v. 1, p. 272.
18. C. Comber, Voyage au Golfe de Californie. Grands courants de la mer. Courants généraux atmosphériques.- Usages de la vie maritime.- Tempêtes vers le pôle austral. Poissons et oiseaux de la mer. Description de la Sonora et de ses richesses minérales. De la Basse Californie, ses volcans, ses produits. Pêche des perles. La chaîne des cordilleres,

ses forêts, Nuits de la zone torride, préface par..., accompagné d'une carte de la Sonora, dressée par M. V. A. Malte-Brun, Paris, Arthus Bertrand, éditeur, [s.f.]. XVI-544 p. V, 3, 67; Sobarzo, op. cit., p. 33-34.

19. Combier, ibidem, p. 232-233.
20. Sobrazo, op. cit., p. 33-34.
21. M. [Eugène] Duflot de Mofras, Exploration du territoire de l'Oregon, des Californies et de la Mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842, avant-propos et avertissement par..., 2 v., Paris, Arthus Bertrand, éditeur, 1844. ils., v. 1, p. VIII-IX.
22. J. FRED RIPPY, The United States and Mexico, preface by..., New York, F.S. Crofts & Co., 1931. XII-424 p., ils., p. 31, n. 64.
23. Wyllys, op. cit., p. 26, n. 4.
24. Duflot de Mofras, op. cit., v. 1, p. 206-207.
25. Ibidem, v. 1, p. 6.
26. Ibidem, v. 1, p. 210-211.
27. Ibidem, v. 1, p. 29-30, 32.
28. Hallie M. McPherson, "The Plan of William McKendree Gwin for a Colony in North Mexico, 1863-1865", en The Pacific Historical Review, Glendale, California, The Arthur H. Clark Company, v. II, núm. 4, diciembre de 1933. p. 357-386, p. 362; Shields, Inmigración..., p. 30; Sobarzo, op. cit., p. 35; Wyllys, op. cit., p. 43, n. 26.

29. Paul Duplessis, La Sonora, 2 v., 3a. ed., Paris, Alexandre Cadot, éditeur, [s.f.], v. 1, p. 5.
30. Paul Duplessis, Aventures mexicaines, 3a. ed., Paris, Alexandre Cadot, éditeur, [s.f.]. [4] -324 p. (Oeuvres de Paul Duplessis), p. 246.
31. George Sand, "Préface", en Gabriel Ferry, Les révolutions du Mexique, préface par George Sand, notice sur la vie et les ouvrages de Gabriel Ferry par de Bellemare, Paris, E. Dentu et Librairie Centrale, 1864. XX-256-[2]p., p. XII.
32. Gabriel Ferry (Louis de Bellemare), Le coureur des bois ou les chercheurs d'or, 2 v., 4a. ed., Paris, Librairie de L. Hachette et Cie., 1856, v. 1, p. 34.
33. Sand, "Préface", en Ferry, Les révolutions..., p. XII; Martínez Leal, op. cit., p. 108-109.
34. Shields, Inmigración..., p. 18; Wyllys, op. cit., p. 13.
35. M. Hippolyte du Pasquier de Dommartin, Les Etats-Unis et le Mexique: l'intérêt européen dans l'Amérique du Nord, préface par..., Paris, Librairie de Guillaumin, 1852. [4]-88 p., mapa, p. 1-3; Wyllys, idem.
36. Dommartin, ibidem, p. 2-3, 7.
37. Glantz, "Introducción", en Glantz, op. cit., p. 18; Martínez Leal, op. cit., p. 111.
38. Jean Jacques Ampère, Promenade en Amérique. Etats-Unis - Cuba - Mexique, 2 v., nueva ed., Paris, Michel Levy frères, 1856, p. 327-328.

39. Glantz, "Introducción", en Glantz, op. cit., p. 17; Martínez Leal, op. cit., p. 109, 111-112.
40. Mathieu de Fossey, Le Mexique, introduction par..., París, Henri Plon, éditeur, 1857. VIII-582 p., p. 325-326.
41. Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, Napoleón III y México, traducción de Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1973. 290 p., p. 64; Martínez Leal, op. cit., p. 106-107.
42. Arthur Louis Dunham, "Chevalier's Plan of 1859: The Basis of the New Commercial Policy of Napoleon III", en American Historical Review, Durham, North Carolina, The Duke University Press, v. XXX, núm. 1, octubre de 1924, p. 76 (sic), en Hanna, ibidem, p. 65.
43. Michel Chevalier, Le Mexique ancien et moderne, París, Librairie de L. Hachette, 1863. 622. p., p. 433-434; Hanna, ibidem, p. 64; McPherson, op. cit., p. 362; Martínez Leal, op. cit., p. 245-246.
44. [sin autor], "M. Chevalier y la cuestión mexicana", en Tribune, Nueva York, 9 de mayo de 1862, en Matías Romero (éd.), Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868. Colección de documentos para formar la historia de la intervención, introducciones de..., 10 v., México, Imprenta del gobierno, 1870-1892, v. 2, p. 1044.
45. Hanna, op. cit., p. 9, 63-64; Martínez Leal, op. cit., p. 245-246; Christian Schéfer, Los orígenes de la intervención francesa en México (1858-1862), prólogo de..., traducción de Xavier Ortiz Monasterio, México, Editorial Porrúa, 1963. 270 p., ils., pp. 246, 250.

46. Chevalier publicó al principio de la Intervención Francesa en México dos artículos -aparecieron en la Revue des Deux Mondes el 10. y el 15 de abril de 1862-, un panfleto anónimo que se atribuyó a Chevalier -La France, le Mexique et les Etats Confédérés (1863)- y un libro titulado Le Mexique ancien et moderne (1863). Hanna, ibidem, p. 59, n. 3; McPherson, op. cit., p. 362; Martínez Leal, idem.
47. Hanna. ibidem, p. 57, 63-64; Martínez Leal, ibidem, p. 224.
48. Schéfer, op. cit., p. 245-246.
49. Michel Chevalier, France, Mexico and the Confederate States, translation by William Henry Hurlbert, New York, C. B. Richardson Co., 1863, en Hanna, op. cit., p. 59-60.
50. Chevalier, op. cit., p. 478-479.
51. La Guerra de Secesión había empezado en 1861. Desde entonces los diplomáticos confederados buscaron insistentemente el reconocimiento diplomático de Francia e Inglaterra, reconocimiento que ambos países no se decidían a otorgar.
52. Hanna, op. cit., p. 57-65, 171; "M. Chevalier y la cuestión mexicana", en Tribune, Nueva York, 9 de mayo de 1862, en Romero, op. cit., v. 2, p. 171, 1044-1045; Schéfer, op. cit., p. 16, 245-246.
53. M. Michel Chevalier, Des Mines d'Argent et d'Or du Nouveau-Monde, París, [s.e.], 1846, p. 32-33 en McPherson, op. cit., p. 362.
54. Chevalier, op. cit., p. 433-434.
55. Ibidem, p. 521-522.

56. Ibidem, p. 433-434.
57. Egon Caesar Corti, Maximiliano y Carlota, prólogo de..., traducción de Vicente Caridad, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1971. 708 p., p. 83, 147-150; Joan Haslip, Imperial adventurer. Emperor Maximilian of Mexico, London, Sphere Books Ltd., 1974. 495 p., ils., mapa. (Cardinal), p. 179, 202; Martínez Leal, op. cit., p. 241-243; Quirarte, op. cit., p. 14-15, 140.
58. Napoleón III a Flahault, Palais de Compiègne, 9 de octubre de 1861, en Corti, ibidem, p. 601.
59. Vid. supra, p. 41 ss.
60. Martínez Leal, op. cit., p. 242-243.
61. Ernesto de la Torre Villar, "Las notas sobre Sonora, del Capitán Guillet (1864-1866)", en Yan. Ciencias Antropológicas, México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, núm. 1, 1953. p. 46-59, p. 47; Margo Glantz (ed.), Un folletín realizado: la aventura del conde De Raousset-Boulbon en Sonora, prólogo de..., textos de Hypolite Coppey, Henri de la Madéline, Ernest Vigneaux, A. De Lachapelle, Manuel María Giménez, José María Yáñez, México, Secretaría de Educación Pública, 1973. 172p., ils. (SEP/SETENTAS, 75), p. 15; Wyllys, op. cit., p. 25-26, 29-31, 33-34.
62. A. de Lachapelle, Le comte de Raousset-Boulbon et l'expédition de Sonora: Correspondance, souvenirs et oeuvres inédites, París, E. Dentu, 1859, p. 73-77 en Glantz, ibidem, p. 9-11.
63. Las expediciones de filibusteros norteamericanos interesadas en el noroeste de México fueron varias. Afortunadamente para el país, todas fracasaron. Entre ellas cabe men-

- cionar la de Joseph C. Moorehead, en la primavera de 1851; la del famoso William Walker (octubre de 1853 a mayo de 1854) y la de Henry Crabb, en 1857. Luis G. Zorrilla, Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América. 1800-1958, introducción de..., 2 v., México, Editorial Porrúa, 1965. mapas, v. 1, p. 304-305, 307-308, 371-372.
64. Glantz, Un folletín..., p. 12-13; McPherson, op. cit., p. 358; Wyllys, op. cit., p. 14, 24, 42-43; Zorrilla, ibidem, v. 1, p. 304.
65. Wyllys, ibidem, p. 43.
66. Ibidem, p. 35, 43-44.
67. Rodolfo F. Acuña, Sonoran strongman, Ignacio Pesqueira and His Times, Tucson, Arizona, The University of Arizona Press, 1974. X-180 p., ils, p. 11; Glantz, Un folletín..., p. 17; Wyllys, ibidem, p. 4, 44-47.
68. Wyllys, ibidem, p. 48-51 .
69. Acuña, op. cit., p. 11-12; Wyllys, ibidem, p. 50, 52-56.
70. Dano a su gobierno, México, 1o. de agosto de 1853, en Lilia Díaz (ed.), Versión francesa de México. Informes diplomáticos, prólogo, introducciones y traducción de..., prefacio de Luis González, 4 v., [México], El Colegio de México, 1963-1967, v. 1, p. 62; Glantz, Un folletín..., p. 19; Wyllys, ibidem, p. 58-59, n. 21.
- 71 Wyllys, ibidem, p. 61
72. Hypolite Coppey, El Conde Raousset-Boulbon en Sonora, liminar

de Fernando Pesqueira, traducción de Alberto Cubillas, México, Librería de Manuel Porrúa, 1962. 52 p. (Biblioteca sonorensis de geografía e historia, 2), p. 11-12.

73. Glantz, Un folletín..., p. 19, 27; Shields, Inmigración..., p. 30-31; Shields, "Sonora...", p. 338; Wyllys, op. cit., p. 62-63, 67.
74. Glantz, op. cit., p. 27.
75. Wyllys, ibidem, p. 23, 57, 67-68, 73, 75.
76. Ibidem, p. 75.
77. Ibidem, p. 76.
78. Glantz, Un folletín..., p. 34; Wyllys, ibidem, p. 77-80, 82.
79. Glantz, ibidem p. 33.
80. Wyllys, op. cit., p. 83.
81. Glantz, Un folletín..., p. 34.
82. Wyllys, op. cit., p. 88, 91-92, 96-100.
83. Ibidem, p. 101, 107.
84. Daily Alta California, San Francisco, 18 de diciembre de 1852, en ibidem, p. 107, n. 13.
85. Vid. infra, p. 144 ss.
86. Glantz, Un folletín..., p. 37, 39; Wyllys, op. cit., p. 107-108, 112.

87. Joseph Henri de Collet, barón de La Madélene, Le Comte De Raousset-Boulbon, sa vie et ses aventures (d'après ses papiers et sa correspondance), Alençon, Poulet-Malassis et de Broise, 1856, p. 198-199, en Glantz, ibidem, p. 39-40.
88. Glantz, ibidem, p. 40-41; Wyllys, op. cit., p. 112, 115-116.
89. Levasseur a su gobierno, México, 31 de mayo de 1853, en Díaz, op. cit., v. 1, p. 52.
90. Wyllys, op. cit., p. 113-118, 127.
91. Dano a su gobierno, México, 3 de enero de 1854, en Díaz, op.cit., v. 1, p. 85.
92. Cartas de Raousset, 14 de diciembre de 1853 y 29 de abril de 1854, en Wyllys, op. cit., p. 127, n. 19.
93. La Madélene, Le comte De Raousset-Boulbon..., p. 214-215, en Glantz, Un folletín..., p. 45 y en Joaquín Ramírez Cabañas, Gastón de Raousset. Conquistador de Sonora, México, Ediciones Xóchitl, 1941. 192 p., ils. (Vidas mexicanas, 3), p. 125-126.
94. Dano a su gobierno, México 18 de enero de 1854, en Díaz, op. cit., v. 1, p. 95-96; Glantz, idem.
95. Wyllys, op. cit., p. 119.
96. Dano a su gobierno, México 18 de enero de 1854, en Díaz, op. cit., v. 1, p. 94-97; Wyllys, ibidem, p. 118-119, 129-130, 132.

97. Dano a su gobierno, México, 10. de julio de 1854, en Díaz, ibidem, v. 1, p. 115; Glantz, Un folletín..., p. 41; Wyllys, ibidem, p. 132.
98. Acuña, op. cit., p. 11-12; Martinet a su gobierno, Mazatlán, 14 de agosto y 25 de septiembre de 1854 en Lilia Díaz (ed.), Versión francesa de México. Informes económicos. 1851-1867, introducción, selección y traducción de..., prólogo de Carlos Tello, advertencia de Jean Béliard, 2 v., México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974. (Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Serie Documental, 4 y 5). v. 2, p. 21-27; Shields, Inmigración..., p. 31; Shields, "Sonora...", p. 338-339; Wyllys, ibidem, p. 130, 134, 136, 142, 149-150, 152, 159-165, 172.
99. Wyllys, ibidem, p. 138, 178; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 311-312.
100. Glantz, Un folletín..., p. 18, 37, 44; Hanna, op. cit., p. 146; Wyllys, ibidem, p. 55-56, 58, 127, n. 19.
101. Le Vasseur a Calvo, México, 21 de julio de 1852 en Wyllys, ibidem, p. 59
102. Mora a su gobierno, París, 20 de octubre de 1852, en Luis Weckmann (ed.), Las relaciones franco-mexicanas. Tomo II. 1839-1867, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961, XIV-370 p. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Guías para la Historia Diplomática de México, 2), p. 131, documento 11983.
103. Levasseur a su gobierno, México, 31 de mayo de 1853, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 1, p. 52; Glantz, Un folletín..., p. 19; Wyllys, op. cit., p. 58, 65-66, 109, n. 20.

104. Wyllys, ibidem, p. 54-55, 66, 100, 109-110, 129. Con todo, la actitud de Dillon no fue clara y así lo corroboran algunos testimonios. Por ejemplo, John E. Wool, comandante de la Sección del Pacífico, establecido en San Francisco, sospechaba que Raousset y Dillon estuviesen de acuerdo para engañar al cónsul mexicano Del Valle. Dillon, quien ayudaba a Del Valle a reclutar colonos, hacía contratar a los soldados de Raousset como si fueran simples franceses deseosos de viajar a México. Ibidem, p. 132-136.
105. Charles Blanchot, Mémoires. L'Intervention Française au Mexique, préface par M. le Comte de Moüy, 3 v., París, Librairie Emile Nourry, 1911. ils., v. 2, p. 365-366; Hanna, op. cit., p. 153; Wyllys, ibidem, p. 175, n. 1.
106. Dano a su gobierno, México, 18 de enero de 1854, en Díaz, Versión...Informes diplomáticos, v. 1, p. 96.
107. Dano a su gobierno, México, 5 de agosto de 1854, en ibidem, v. 1, p. 130-131.
108. Dano a su gobierno, México, 2 de octubre de 1854, en ibidem, v. 1, p. 144.
109. Dano a su gobierno, México, 1o. de agosto de 1853 y 3 de enero de 1854, en ibidem, v. 1, p. 61, 85; Glantz, Un fo-  
lletín..., p. 39-40; Wyllys, op. cit., p. 66, 101, 111, 175-178.
110. Mora a su gobierno, París, 3 de diciembre de 1852, en Weckmann, op. cit., p. 138, documento 12131.
111. Entre las obras escritas sobre Raousset-Boulbon en aquellos años se pueden mencionar:

- a) AIMARD, GUSTAVE, La grande flibuste, París, Amyot, 1860.
- b) COPPEY, HYPOLITE, Monsieur de Raousset en Sonore, México, Imprenta de J. M. Lara, 1855.
- c) GIMENEZ, MANUEL MARIA, "Especiación a Sonora en 1852 del coronel don Manuel María Gímenez y el conde Gastón Raousset de Boulbon", México, [s.e.], 1862.
- d) LACHAPPELLE, A. de, le comte De Raousset-Boulbon et l'expédition de Sonora: Correspondance, souvenirs et œuvres inédites, París, E. Dentu, 1859.
- e) LA MADELENE, JOSEPH HENRI DE COLLET, barón de, Le comte De Raousset-Boulbon, sa vie et ses aventures (d'après ses papiers et sa correspondance), Alençon, Poulet-Malassis et de Broise 1856.
- f) PIGNE-DUPUYTREN, J. B. Récit de l'expédition de Raousset-Boulbon en Sonora, San Francisco, L. Albin Père et fils, 1854.
- g) VIGNEAUX, ERNEST, Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique, París, Hachette, 1863.

Las obras sobre Sonora son citadas por Glantz, Un folletín..., p. 169-170 y por Fernando Pesqueira, "Liminar", en Coppey, op. cit., p. 5-6.

- 112. Martínez Leal, op. cit., p. 11-12, 110, 154-156; Shields, Inmigración..., p. 31; Shields, "Sonora...", p. 339.
- 113. Jack Autrey Dabbs, The french army in Mexico, 1861-1867. A study in military government, preface by..., The Hague, Mouton & Co., 1963. 340p., ils., mapa. (Studies in Ameri-

can history, 2), p. 14; Glantz, Un folletín..., p. 40; Wyllys, op. cit., p. 177-178.

114. Lilia Díaz, "Introducción", en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 1, p. 10; Carlos Tello, "Prólogo", en Díaz, Versión... Informes económicos..., v. 1, p. 10; Margarita M. Helguera, "Posibles antecedentes de la intervención francesa", en Historia mexicana, México, El Colegio de México, v. XV, núm. 1, julio-septiembre de 1965. p. 1-24, p. 3-4.
115. Levasseur a su gobierno, México 31 de enero de 1852, en Díaz, Versión... Informes económicos..., v. 2, p. 126.
116. Vid. supra, p. 26-27, 31, 36-37.
117. Levasseur a su gobierno, México, 30 de abril de 1853, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 1, p. 44.
118. Levasseur a José Calvo, México, 21 de julio de 1852, en Wyllys, op. cit., p. 59.
119. Vid. supra, p. 37-38.
120. Dano a su gobierno, México, 10. de agosto de 1853, en Díaz Versión... Informes diplomáticos, v. 1, p. 61.
121. Dano a su gobierno, México, 3 de enero de 1854, en ibidem, v. 1, p. 87..
122. Dano a su gobierno, México, 19 de octubre de 1854, en ibidem, v. 1, p. 147.
123. Gabriac a su gobierno. México, 23 de diciembre de 1854, 10. de enero y 6 de julio de 1855, 30 de enero de 1857 y

- 24 de abril de 1860, en ibidem, v. 1, p. 155, 160, 190, 385, y v. 2, p. 151.
124. Gabriac a su gobierno, México, 12 de septiembre de 1858, en ibidem, v. 2, p. 43-44.
125. Gabriac a su gobierno, México, 30 de enero de 1857, en ibidem, v. 1, p. 386.
126. Gabriac a su gobierno, México, 25 de enero y 6 de julio de 1855, 1o. de julio de 1856, 11 de abril de 1858 y 1o. de agosto de 1859, en ibidem, v. 1, p. 161, 190, 303-304 y v. 2, p. 12-13, 35.
127. Gabriac a su gobierno, México, 11 de noviembre de 1856, en ibidem, v. 1, p. 365.
128. Gabriac a su gobierno, México, 11 de abril de 1856, en ibidem, v. 2, p. 147; Hanna, op. cit., p. 146.
129. Gabriac a su gobierno, México, 1o. de junio de 1855, en Díaz, Versión...Informes diplomáticos, v. 1, p. 184.
130. Gabriac a su gobierno, México, 9 de febrero de 1857, en ibidem, v. 1, p. 395.
131. Gabriac a su gobierno, México, 11 de mayo de 1857, en ibidem, v. 1, p. 416.
132. Gabriac a su gobierno, México, 1o. de junio de 1855, en ibidem, v. 1, p. 184.
133. Gabriac a su gobierno, México, 18 de marzo de 1856, en ibidem, v. 1, p. 257.

134. James Morton Callahan, "The mexican policy of southern leaders under Buchanan's administration", en Annual report of the American Historical Association for the year 1910, Washington, [s.e.], 1912. 726 p. p. 133-152, p. 135-136; Lewis Einstein, "Lewis Cass", en Samuel Flagg Bemis (ed.), The american secretaries of state and their diplomacy, 15 v., New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1963-1964. ils. v. 6, p. 297-386, p. 302, 303, 326.
135. Gabriac a su gobierno, México, 26 de agosto de 1857, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 1, p. 427-428.
136. James Buchanan, "Second annual message", Washington, 6 de diciembre de 1858, en Acuña, op. cit., p. 58, en James Morton Callahan, American foreign policy in mexican relations, preface by..., New York, The MacMillan Company, 1932. X-644 p., p. 259, en Hanna, op. cit., p. 28, en James Daniel Richardson (comp.), A compilation of the messages and papers of the presidents, 1789-1897, notes by..., 10 v., Washington, Government Printing office, 1896-1899. ils., v. 5, p. 514, en Ralph Roeder, Juárez y su México, prólogo de Raúl Noriega, ensayo sobre Ralph Roeder de Andrés Henestrosa, México, Fondo de Cultura Económica, 1972. XVI-1102 p., p. 282-283.
137. Roeder, ibidem, p. 282-283.
138. Hanna, op. cit., p. 23.
139. De hecho, los Estados Unidos reconocieron al gobierno liberal de Juárez en los primeros días de abril de 1859. Félix Fulgencio Palavicini, México, historia de su evolución constructiva, escrita en parte y dirigida por Félix F. Palavicini, con la colaboración de José Almaraz, Manuel Andrade Priego, Francisco de A. Benavides [y otros]..., 4 v., México, Distribuidora editorial "Libro, s. de r. l.", 1945. mapas, v. 2, p. 22.

140. El partido conservador mexicano a Napolón III, México, 27 de abril de 1859, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 2, p. 80-82.
141. Gabriac a su gobierno, México, 16 de junio de 1859, en ibidem, v. 2, p. 97.
142. Gabriac a su gobierno, México, 7 de octubre de 1859, en ibidem, v. 2, p. 114.
143. Gabriac a su gobierno, México, 27 de noviembre de 1859, en ibidem, v. 2, p. 120.
144. El tratado se firmó en Veracruz el 14 de diciembre de 1859. José Fuentes Mares, Juárez y los Estados Unidos, 5a. ed., México, Editorial Jus, 1972. 244 p., mapas (Colección "México heroico", 29), p. 143.
145. Gabriac a su gobierno, México, 11 de enero de 1860, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 2, p. 125-126.
146. Corti, op. cit., p. 79; Saligny a su gobierno, México, 28 de abril de 1861, en Díaz, ibidem, v. 2, p. 233-235; Hanna, op. cit., p. 34-35.
147. José Fuentes Mares, Juárez y la intervención, 2a. ed., México, Editorial Jus, 1972, 244 p., ils. (Colección "México heroico", 8), p. 100, 119, 123; Hanna, ibidem, p. 11, 53, 68-69.
148. Porque ni Francia ni Inglaterra deseaban que los norteamericanos intervinieran en su conflicto con México, ya que uno de los motivos de su intervención era precisamente frenar la influencia de los Estados Unidos en América. Además, resultaba casi segura la oposición a los tratados

por parte del Congreso mexicano que seguramente consideraría -con razón- que constituyeran un atentado contra la dignidad e independencia nacionales. Pero la razón más significativa para que fracasaran estos tratados, fue la negativa del Senado norteamericano a ratificarlos, ya que no sólo no quería envolver a su país en acuerdos extranjeros, ni deseaba nuevas anexiones de territorio, sino que consideró que el crédito público no podría sostener un préstamo a México en tiempos de guerra. Fuentes Mares, ibidem, p. 122-123, 127; Hanna, ibidem, p. 67-68.

149. Saligny a su gobierno, México, 22 de junio, 28 de agosto y 16 de octubre de 1861, en Díaz, Versión...Informes diplomáticos, v. 2, p. 255, 275 y 294.
150. Saligny a su gobierno, Veracruz, 31 de diciembre de 1861, en ibidem, v. 2, p. 370.
151. Morentrout a Alphonse Dano, Monterey, California, 15 de noviembre y 15 de diciembre de 1853, en ibidem, v. 1, p. 81, 83.
152. Morentrout a Alphonse Dano, Monterey, California, 15 de diciembre de 1853, en ibidem, v. 1, p. 79-80.
153. La correspondencia de Martinet con su gobierno se inició el 19 de mayo de 1853 y terminó el 16 de abril de 1857. Díaz, Versión...Informes económicos..., v. 2, p. 9-88.
154. Martinet a Alphonse Dano, Mazatlán, 15 de enero de 1854, en Díaz, Versión...Informes diplomáticos, v. 1, p. 94.
155. Martinet a su gobierno, Mazatlán, 10 de mayo de 1855, en Díaz, Versión... Informes económicos..., v.2, p. 52-53.

156. Martinet a Alphonse Dano, Mazatlán, 15 de enero de 1854, en Díaz, Versión...Informes diplomáticos, v. 1, p. 94.
157. Martinet a su gobierno, Mazatlán, 6 de enero de 1855, 16 de junio y 11 de julio de 1856, 4 de enero de 1857, en Díaz, Versión...Informes económicos..., v. 2, p. 29-30, 72, 75, 83.
158. Martinet a su gobierno, Mazatlán, 10 de mayo de 1855, 16 de junio y 17 de diciembre de 1856, en ibidem, v. 2, p. 52-53, 73, 80.
159. Martinet a su gobierno, Mazatlán, 14 de marzo y 15 de mayo de 1854, 10 de febrero de 1857, en ibidem, v. 2, p. 18-19, 85. Martinet mencionó también la expedición de Henry Crabb, Martinet a su gobierno, Mazatlán, 16 de abril de 1857, en ibidem, v. 2, p. 88-90.
160. Martinet a su gobierno, Mazatlán, 14 de marzo de 1854, en ibidem, v. 2, p. 18.
- 161, Vid. supra, p. 45 ss.
162. El ministro de Asuntos Extranjeros de Francia a Jurien de la Gravière, [París], 30 de diciembre de 1861, en Díaz, Versión...Informes diplomáticos, v. 2, p. 366.
163. Napoleón III a Forey, Fontainebleau, 3 de julio de 1862, en Genaro García (ed.), La Intervención Francesa en México según el Archivo del Mariscal Bazaine, textos en español y francés, 2 v., 2a. ed., México, Editorial Porrúa, 1973. ils. (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Publicados por Genaro García. Biblioteca Porrúa, 54 y 55), v. 1, p. 6.
164. Maldonado-Koerdell, op. cit., p. 164.

165. Corti, op. cit., p. 24; Lilia Díaz, "Prólogo", en Versión... Informes diplomáticos, v. 2, p. XIII; Daniel Moreno, Los Intereses Económicos en la intervención francesa, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, 1962. 44 p. (Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la guerra de Intervención, 5), p. 21; Shields, Inmigración..., p. 31; Shields, "Sonora...", p. 339.
166. Corti, idem; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 13; Hanna, op. cit., p. 39; Moreno, idem; Roeder, op. cit., p. 418.
167. El posible enlace entre el conde de Morny y Jecker ha sido muy discutido. Continúa siendo, hasta ahora, una pregunta abierta. (Carl H. Bock, Prelude to Tragedy. The Negotiation and Breakdown of the Tripartite Convention of London, October 31, 1861, preface by..., Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1966. 800 p., p. 99). La prueba más concluyente de su existencia es una carta que se encontró entre los papeles secretos del Segundo Imperio francés. En ella, Jecker aseguraba a Conti, secretario de Napoleón III, que en el negocio de los bonos había tenido "'de socio... al señor Duque de Morny, que se había comprometido, mediante el treinta por ciento de las utilidades, a hacer que lo respetara y pagara el Gobierno mexicano..." [J. B. Jecker a Conti, París, 8 de diciembre de 1869, en Francisco de Paula Arrangoiz, México desde 1808 hasta 1867, prólogo de Martín Quirarte, 3a. ed., México, Editoria Porrúa, 1974, LII-[ 6 ]-968 p. (Colección "Sepan cuántos...", 82), p. 63]. Sin embargo, Emile Ollivier, autor de una obra monumental sobre el imperio de Napoleón III: L'Empire Libéral, miembro del Cuerpo Legislativo, amigo del duque de Morny, aunque también firme opositor de la política francesa en México (Quirarte,

op. cit., p. 110-111, 115), consideró que la carta de Jecker a Conti no era auténtica. Se fundaba en una nota de Bazaine en la que el mariscal aseveraba que, ni en las comunicaciones ni en las instrucciones que le dirigieron los ministros franceses, se había mencionado el interés de Morny por la solución de algún negocio financiero. En cuanto a él, Ollivier se negó a afirmar o a negar la participación del hermanastro de Napoleón III en el asunto Jecker. Emile Ollivier, Expedición de México, presentación del editor, nota preliminar de Martín Quirarte, introducción y traducción de Manuel Puga y Acal, discurso de ingreso de Henri Bergson a la Academia Francesa pronunciado el 24 de enero de 1918, al ocupar el sitio que antes correspondía a Emilio Ollivier, traducido por Juan O. Díaz Lewis, México, Cámara de Diputados, 1972. L-256 p., p. 27, nota 13.

Empero, existen otras evidencias de la relación entre Jecker y el medio hermano de Napoleón. En diez cartas dirigidas al banquero entre agosto y septiembre de 1862, sus amigos y parientes hablaban del conde como de "nuestro amigo" o de "la influencia que sostiene nuestro negocio" o se referían a "tan gran protección". Aunque estas frases no identifican a Morny de manera terminante, existe otra frase -en una carta fechada el 24 de agosto de 1862- que parece ser más definitiva: en ella se alude al "nuevo duque": probablemente el propio conde de Morny, quien recibió el título de duque el 8 de julio de 1862 Bock, op. cit., p. 477, 754, n. 16.

168. Theo Aronson, Las abejas doradas, Historia de los Bonaparte, nota de..., traducción de Enrique de Obregón, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1971. 454 p., ils. (Biografías Ganesa. "Figuras imperiales", 5), p. 284; Bock. ibidem, p. 482; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 26; Gustave Léon Niox, Expédition du Mexique, 1861-1867. Récit politique et militaire, préface par..., París, Librairie Militaire de

- J. Dumaine, 1874, [ 8 ] -770 p., p. 720-721; Roeder, op. cit., p. 418-419; Shields, Inmigración..., p. 31, 36; Shields, "Sonora...", p. 339, 344.
169. Vid. supra, p. 49-50.
170. Corti, op. cit., p. 144; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 24, 26; Hanna, op. cit., p. 35, 39; Niox, op. cit., p. 23-24, 720-721; Roeder, op. cit., p. 420; Schéfer, op. cit., p. 75.
171. Roeder, ibidem, p. 419-420.
172. Hanna, op. cit., p. 37-40; María de la Luz Topete, Labor diplomática de Matías Romero en Washington. 1861-1867, introducción de..., México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1976. 460 - [ 4 ] p., ils. (Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Tercera época. Serie Obras Monográficas, 8) p. 24-25.
173. Saligny a su gobierno, México, 28 de abril de 1861, en Díaz, Versión...Informes diplomáticos, v. 2, p. 234.
174. Corti, op. cit., p. 75-76; Saligny a su gobierno, México, 27 de julio de 1861, en Díaz, ibidem, v. 2, p. 264; Hanna, op. cit., p. 40-41; Shields, Inmigración..., p. 31; Shields, "Sonora...", 339.
175. Bock, op. cit., p. 484. Una buena prueba de cómo fueron utilizados los bonos Jecker por el gobierno de Napoleón III para intervenir en México, se encuentra en una conversación que sostuvo el emperador francés con Lord Cowley, embajador de Gran Bretaña en París, el 8 de marzo de 1862, cuando las tropas aliadas -franceses, ingleses y españoles- ya habían llegado a México. Napoleón III aseveró en esa ocasión que había sido él quien había deseado que se insistiera en las reclamaciones de Jecker. Esto había sido necesario, comentó,

pues de lo contrario el gobierno de Juárez habría negociado con los aliados, los cuales -sin "'excusa'" para permanecer en México- tendrían que dejar el país. (Cowley a Russell, París, 1o. de marzo de 1861 (sic), en Bock, ibidem, p. 632, n. 30).

176. Vid. supra, p. 26-27.
177. Francisco R. Almada, Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses, introducción de..., Chihuahua, Impresión en los talleres arrendatarios de impresora Ruiz Sandoval, 1952. 860- [27] p., p. 400, 402; Vicente L. Manero (ed.), Documentos interesantes sobre colonización: los ha reunido, puesto en orden cronológico y los publica Vicente L. Manero, México, Imprenta de la V. e hijos de Murguía, 1878. 120 p., ils., mapas, p. 51; Shields, Inmigración..., p. 20, 31; Shields, "Sonora...", p. 339.
178. Acuña, op. cit., p. 52, 56; Almada, ibidem, p. 400; Pablo Gaulot, Sueño de imperio. La verdad sobre la expedición a México según documentos inéditos de Ernest Louet, pagador en jefe del cuerpo expedicionario, prefacio de..., traducción de Enrique Martínez Sobral, México, A. Pola, editor, 1905. 372- [8] p., p. 248-249; Manero, idem; Shields, Inmigración..., p. 20.
179. Acuña, ibidem, p. 55-56; W. M. Gwin, "Memorandum for the Archduke Maximilian", París, septiembre de 1863 y "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo de 1865, en Evan J. Coleman (comp.), "Senator Gwin's plan for the colonization of Sonora", en The Overland Monthly, San Francisco, Overland publishing company, segunda serie, v. XVII y XVIII, núm. 101 y 102, mayo y junio de 1891, p. 497-519, 593-607, v. XVII, p. 499-500, 517; Bazaine a Garnier, México, 21 de mayo [de 1865], en García, op. cit., v. 1, p. 767; Gaulot, idem; Moreno, op. cit., p. 21.
180. Acuña, ibidem, p. 53-57; Almada, op. cit., p. 401; W.M. Gwin,

- "Memorandum for the Archduke Maximilian", en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 500; Gaulot, idem; Moreno, idem; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 392-393.
181. Acuña, ibidem, p. 56-58.
182. Stone a Cass, Guaymas, 23 de diciembre de 1858, en Acuña, ibidem, p. 57-58.
183. Acuña, ibidem, p. 57-59.
184. Acuña, ibidem, p. 58-59; Almada, op. cit., p. 401; W. M. Gwin, "Memorandum for the Archduke Maximilian", en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 500; Gaulot, op. cit., p. 248-249.
185. Acuña, ibidem, p. 59-61; Almada, idem; Rippy, op. cit., p. 194.
186. Acuña, ibidem, p. 60.
187. Idem.
188. Idem.
189. Acuña, ibidem, p. 61-62; Almada, op. cit., p. 401; Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero, op. cit., v. 1, p. 11; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 392-393.
190. Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Almada, idem y en Romero, ibidem, v. 1, p. 11-12.
191. Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero, ibidem, v. 1, p. 12.

192. Robert Rose había regresado a Washington. Acuña, op. cit., p. 59.
193. Allden a Cass, Guaymas, 31 de octubre de 1859, en Acuña, ibidem, p. 64.
194. Acuña, ibidem, p. 62; Almada, op. cit., p. 401; Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero, op. cit., v. 1, p. 12; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 392-393.
195. Acuña, idem; Almada, idem; Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero ibidem, v. 1, p. 12-13; Zorrilla, idem.
196. Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero, idem.
197. Acuña, op. cit., p. 63; Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero, ibidem, v. 1, p. 13; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 392-393.
198. Acuña, idem; Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero, ibidem, v. 1, p. 14.
199. Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero, idem.
200. Acuña, op. cit., p. 63; Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero, idem.
201. Acuña, idem; Pesqueira a su gobierno, [sin lugar], 21 de noviembre de 1859, en Romero, idem.

202. Acuña, idem; Mata a Cass, Washington, 30 de diciembre de 1859, en Romero, ibidem, v. 1, p. 10. Estas negociaciones duraron varios meses y culminaron con el tratado que firmó el gobierno liberal en diciembre de 1859. Los Estados Unidos obtenían el derecho de tránsito a perpetuidad por el Istmo de Tehuantepec y por dos rutas a través del norte de México: de Nogales a Guaymas, por Magdalena y Hermosillo y, de un punto del río Bravo, en Tamaulipas, a Mazatlán, pasando por Monterrey, Saltillo y Durango; conseguían igualmente puertos libres en los puntos terminales; el derecho de proteger militarmente esas rutas y de intervenir en casos de extremo peligro, con o sin el consentimiento de las autoridades mexicanas. Los Estados Unidos se subrogaban también la facultad de ejercer, a discreción de su gobierno, el mantenimiento y la vigilancia del orden y la seguridad en todo México. A cambio, el gobierno de Juárez recibiría cuatro millones de pesos.

En realidad, el Tratado Mc Lane-Ocampo implicaba un protectorado perpetuo de los Estados Unidos sobre su vecino del sur. Afortunadamente para México, el Senado norteamericano, dividido por el problema de la esclavitud, lo rechazó en mayo de 1860. José Fuentes Mares, Juárez y los Estados Unidos, p. 144-145, 184; Hanna, op. cit., p. 28; Palavicini, op. cit., v. 2, p. 25; Noël Salomon, Juárez en la conciencia francesa. 1861-1867, introducción de..., prólogo de Emilio O. Rabasa, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1975. 162- [6] p., ils., mapa. (Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Tercera época. Serie Obras Monográficas, 7), p. 133.

203. Acuña, ibidem, p. 63, 162; "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 517; Rippey, op. cit., p. 194-195, n. 25.

204. Vid. supra, p. 55.
205. Acuña, op. cit., p. 63; Almada, op. cit., p. 401-402; Manuel Rivera Cambas, Historia de la Intervención Europea y Norte-Americana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo, introducciones de..., advertencia y apuntes para una bibliografía sobre Manuel Rivera Cambas de Jorge Denegre Vaught, prólogo de Leonardo Pasquel, 5 v., México, Editorial Academia Literaria, 1961. ils. (Colección Reforma e Imperio), v. 2a, p. 120; Ministerio de Fomento, Justicia e Instrucción Pública. Sección de Fomento al Ministerio de Relaciones Exteriores, México, 18 de noviembre de 1862, en Romero, op. cit., v. 3, p. 134-135.
206. Fue expulsado de México por el gobierno de Juárez el 2 de octubre de 1862. Rivera, ibidem, v. 2a. p. 119-120.
207. Arrangoiz, op. cit., p. 569-570.
208. En una carta dirigida al banquero por su sobrino, Luis Elsesser, éste le dice: "'M... [probablemente Morny: vid. supra, p. 95-96, n. 167] desea ayudarte con Su Majestad respecto a tus tierras en Sonora. Ha tomado nota de cuantos detalles he sido capaz de proporcionarle'". Elsesser a Jecker, París, 27 de octubre de 1862, en Niox, op. cit., p. 728.
209. Almada, op. cit., p. 402; McPherson, op. cit., p. 365; Rivera, op. cit., v. 2a. p. 489; Roeder, op. cit., p. 868.
210. Niox, op. cit., p. 465, n. 1; Roeder, idem.
211. Vid. infra, p. 248-250,

212. Luis Chávez Orozco, "Introducción al estudio de la historia de la intervención francesa y del imperio de Maximiliano", en La intervención francesa y el imperio de Maximiliano cien años después: 1862 y 1962. Estudiado cien años después por historiadores mexicanos y franceses, edición preparada por Arturo Arnáiz y Freg y Claude Bataillon, México, Asociación mexicana de historiadores, Instituto Francés de América Latina, 1965. 218- [4] p., ils , p. 35-49, p. 40; Maldonado-Koerdell, op. cit., p. 164; Martínez Leal, op. cit., p. 229; Georges Pradalié, Le second empire, 5a. ed. puesta al día, París, Presses Universitaires de France, ce, 1974, 126- [2] p. ("Que sais-je?", 739), p. 99; Schéfer, op. cit., p. 10; Ernesto de la Torre Villar, La Intervención francesa y el triunfo de la República, introducción, selección y notas de..., 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1968. (Vida y pensamiento de México), v. 1, p. 11; Shields, Inmigración..., p. 2.
213. El príncipe Luis Napoleón Bonaparte realizó el estudio sobre el canal de Nicaragua entre 1840 y 1845, años en los que permaneció prisionero en el castillo de Ham. El gobierno nicaraguense, interesado en la construcción de una ruta interoceánica en sus territorios, le pidió que dirigiese los trabajos, pero el gobierno de Luis Felipe de Orfèans no lo autorizó. En 1845, Luis Napoleón huyó a Inglaterra y al año siguiente publicó, en Londres, el folleto que contenía su estudio. Su meta era formar una sociedad que financiara la empresa del canal. No encontró suscriptores y, por lo pronto, no pudo hacer más, pero jamás abandonó su idea. Corti, op. cit., p. 34; Adrien Dansette, Deuxieme république et second empire, París, Librairie Arthème Fayard, 1942. 344 p. (Connaissance de l'histoire), p. 213-214; Hanna, op. cit., p. 15; Maldonado-Koerdell, idem; Pradalié, ibidem, p. 108; Schéfer, ibidem, p. 30-31.

214. Corti, idem; Dansette, idem; Hanna, idem; Maldonado-Koer-dell, idem; Pradalié, idem; Schéfer, ibidem, p. 29-30, 237.
215. Louis Napoléon Bonaparte, Canal de Nicaragua o, un proyecto para comunicar los océanos Atlántico y Pacífico por medio de un canal, [s.p.i.], en Dansette, idem y en Pradalié, op. cit., p. 109.
216. Corti, op. cit., p. 136; Dansette, idem; Haslip, op. cit., p. 175; Pradalié, idem. Napoleón III también menciona los objetivos que buscaba en México en las cartas que dirigió al conde Flahault en octubre de 1861 y luego al general Bazaine en diciembre de 1863. La primera fue publicada por Egon Caesar Corti en Maximiliano y Carlota, pp. 601-602. La segunda fue reseñada por James Shields en la página 337 del artículo "Sonora y los franceses", publicado en el número 46 de la Revista de Historia de América.
217. Napoleón III a Forey, Fontainebleau, 3 de julio de 1862, en García, op. cit., v. 1, p. 6.
218. Existen dos versiones de la carta dirigida por Napoleón III al general Forey el 3 de julio de 1862. Una es la carta original, la recibida por el general francés, encontrada en el Archivo del Mariscal Bazaine y publicada posteriormente por Genaro García en La Intervención Francesa en México según el Archivo del Mariscal Bazaine. La segunda es la que, debidamente corregida y expurgada, se dio a conocer a la opinión pública en los Documents Diplomatiques ("Libro amarillo"). Este fue el documento utilizado por varios historiadores, entre ellos por Francisco de Paula Arrangoiz, quien probablemente ignoraba las modificaciones que había sufrido.

Entre las dos versiones existen diferencias significativas. Por ejemplo, en la carta preparada para la opinión pública, Napoleón III sustituyó la referencia a un nuevo gobierno mexicano que sería un "dique al desbordamiento de los Estados Unidos" -frase quizás demasiado fuerte para los oídos norteamericanos- por otra más suave en la que señalaba su deseo de fortalecer a la raza latina de América. Napoleón III a Forey, Fontainebleau, 3 de julio de 1862, en Arrangoiz, op. cit., p. 522-523 y en García, ibidem, v. 1, p. 6-8; Hanna, op. cit., p. 73-75.

219. Dansette, op. cit., p. 221; Hanna, ibidem, p. 8; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 29; Salomon, op. cit., p. 133-137; Shields, Inmigración, p. 2. Es interesante señalar el papel que desempeñaron algunos conservadores mexicanos -sobre todo José Manuel Hidalgo y Juan Nepomuceno Almonte- en la elaboración de los proyectos "mexicanos" de Napoleón III. Estos hombres, recibidos cordialmente en la corte de las Tullerías, tuvieron la oportunidad de explicar al emperador su versión de México. Le hablaron del peligro que significaban los Estados Unidos, interesados en dominar el comercio mundial en los océanos Atlántico y Pacífico, como amenaza inminente que terminaría con cualquier influencia latina en los países de América. Le describieron las luchas internas que dividían al país y señalaron a los norteamericanos como responsables de la transformación de México en una república. Insistieron en que el sistema adecuado de gobierno era la monarquía -ya que el país estaba históricamente acostumbrado a ella- y en que, con cierto orden y alguna administración. México se desarrollaría de manera magnífica, ideal para la inversión y multiplicación de capitales (Corti, op. cit., p. 61; Dansette, ibidem, p. 214-215; Fuentes Mares, ibidem, p. 33-34; Salomon, ibidem, p. 35; Schéfer, op. cit., p. 42). "Parece que, entre otros,

Almonte convenció a Napoleón de la existencia de un verdadero "El Dorado" mexicano, apoyándose en la autoridad de Humboldt, quien... había recalcado la riqueza del país" (Salomon, idem). Todas estas ideas coincidían, en forma verdaderamente sorprendente, con las del propio Napoleón III. No es difícil suponer, por tanto, la influencia que ejercieron las palabras de los conservadores mexicanos en los proyectos del emperador francés.

220. McPherson, op. cit., p. 362-363; Wyllys, op. cit., p. 177-178.
221. Paul Gaulot, La vérité sur l'expédition du Mexique d'après les documents inédits de Ernest Louet, payeur en chef du corps expéditionnaire, préface par..., 3 v., 3a. ed., París, Paul Ollendorf, éditeurs, 1889-1890. v. 2, p. 146; Eugène Lefèvre, Documentos oficiales recogidos en la secretaría privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en México, introducción y traducción de..., 2 v., Bruselas y Londres, [s.e.], 1869, v. 2, p. 91; López Cámara, op. cit., p. 72; McPherson, ibidem, p. 361-363.
222. Napoleón III a Forey, Fontainebleau, 3 de julio de 1862, en Arrangoiz, op. cit., p. 522; Oscar Castañeda Batres, La Convención de Londres. (31 de octubre de 1861), México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, 1962. 76 p. (Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la guerra de Intervención, 1), p. 40-42; Napoleón III a Flahault, Palais de Compiègne, 9 de octubre de 1861, en Corti, op. cit., p. 601; Hanna, op. cit., p. 135; Maldonado-Koerdell, op. cit., p. 164; Salomon, op. cit., p. 101, n. 11; Schéfer, op. cit., p. 106-107; Shields, Inmigración..., p. 32; Shields, "Sonora...", p. 340-341.

223. Dansette, op. cit., p. 214-215; Hanna, ibidem, p. 7, 17; McPherson, op. cit., p. 361-362; Shields, "Sonora...", p. 338.
224. Emmanuel Domenech, Histoire du Mexique. Juárez et Maximilien. Correspondances inédites de présidents, ministres et généraux Almonte, Santa-Anna, Gutiérrez, Miramón, Márquez, Mejía, Woll, etc., etc., de Juárez, de l'empereur Maximilien et de l'impératrice Charlotte, 3.v., 2a. ed., París, Librairie internationale, 1868, v. 2, p. 259; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 29; Hanna, ibidem, p. 171; Alfred J. Hanna y Kathryn Abbey Hanna, "The Immigration Movement of the Intervention and Empire as seen through the Mexican Press", en The Hispanic American Historical Review, Durham, North Carolina, The Duke University Press, v. XXVII, núm.2, mayo de 1947. p. 220-246, p. 220; Shields, Inmigración..., p. 1-3; Shields, "Sonora...", p. 337-338.
225. Vid. supra, p. 17-19.
226. Schéfer, op. cit., p. 221, 245-248. Un buen ejemplo de su desconocimiento sobre México y de la pobreza de su información, lo ilustra el hecho de haber consultado sobre la minería mexicana a un personaje nada versado en la materia. En junio de 1862 -cuando las tropas francesas acababan de ser derrotadas delante de Puebla -, el ingeniero Jean-Baptiste Boussingault, especialista en química agrícola y miembro destacado del Instituto de Francia, fue llamado a las Tullerías para tratar con el emperador el asunto mexicano. Su única experiencia en América consistía en un viaje que, cuarenta años antes, había hecho a Colombia, ocasión en la que había mostrado cierto interés por las minas del lugar. Sin embargo, Napoleón lo interrogó acerca del rendimiento de las minas mexicanas -de las que Boussingault no tenía conocimiento alguno-, pues contaba con este

renglón como medio principal para el fortalecimiento económico del país. Sorprendido, Boussignault respondió que de México sólo conocía algunos puertos, aunque dio a Napoleón algunas indicaciones generales (Henry Blumenthal, France and the United States; their diplomatic relations, 1789-1914, Chapel Hill, University of North Carolina, 1970, XIV - 312 p., p. 108; Schéfer, ibidem, p. 219-221) "e, invocando su experiencia de América Latina, se esforzó por poner en guardia al Emperador contra ilusiones mal fundadas" (Schéfer, ibidem, p. 220).

227. Albert Guérard, Napoleón III, Cambridge, [s.e.], 1943, en Hanna, Napoleón III..., p. 9.
228. Vid. supra, p. 8-9, 76, n. 7 y 8.
229. Blumenthal, op. cit., p. 108; Quirarte, op. cit., p. 80; Schéfer, op. cit., p. 240-241, 248.
230. Schéfer, ibidem, p. 241, 250; Shields, Inmigración..., p. 204.

### III. Francia busca asegurar las minas de Sonora.

#### A) La conveniencia de intervenir en Sonora.

La suspensión del pago de la deuda pública que decretó el gobierno de Juárez proporcionó a los gobiernos de Francia, Inglaterra y España un buen pretexto para intervenir en México. En octubre de 1861, los ministros plenipotenciarios de las tres naciones europeas firmaron la Convención de Londres, por la que se comprometían a enviar fuerzas marítimas y terrestres que se apoderasen de las fortalezas y establecimientos militares de los litorales mexicanos y obligaran al gobierno del país tanto a pagar sus deudas, como a garantizar la protección de los bienes y personas de los residentes extranjeros. Asentaban también, que no buscarían en México adquisiciones territoriales o ventajas particulares y que no intervendrían en los asuntos internos del país.<sup>2</sup>

Como es sabido, tras acordar la acción común, las tres escuadras se reunieron en Veracruz en enero de 1862. Sus representantes -el embajador Saligny y el almirante Jurien de la Graviere, por Francia; sir Charles Wyke y el comodora Dunlop, por Inglaterra; el general Prim, por España- iniciaron las negociaciones con el gobierno de Juárez. Pronto surgieron dificultades entre ellos; especialmente por parte de Saligny, que a toda costa quería presentar a las autoridades mexicanas un ultimátum inaceptable. Las relaciones entre aliados se complicaron de tal manera que la Convención de Londres acabó por

romperse. Se determinó, entonces, que cada país seguiría la conducta que más le conviniese. Ingleses y españoles decidieron reembarcarse. Los franceses acababan de recibir refuerzos al mando del general Lorencez -prueba fehaciente de que su emperador no tenía intenciones de abandonar fácilmente la empresa mexicana-, por lo que prefirieron seguir adelante e iniciaron su avance hacia la ciudad de México. Las tropas republicanas los detuvieron en Puebla en el mes de mayo y los obligaron a retroceder.<sup>3</sup>

Tenían ahora otro motivo para permanecer en México: debían reivindicar el honor de las armas francesas. Napoleón III envió al general Elías Federico Forey a dirigir las operaciones de guerra. Durante los meses siguientes desembarcaron en Veracruz refuerzos numerosos. Forey decidió lanzar sus tropas sobre Puebla el 16 de marzo de 1863. Los defensores de la ciudad resistieron heroicamente, aunque después de sesenta y tres días de sitio, el 17 de mayo, tuvieron que capitular.<sup>4</sup>

Las noticias de la caída de Puebla llegaron pronto a la ciudad de México. El presidente Juárez resolvió salir de ella con su gobierno. A fines de mayo se retiró hacia el interior del país. Empezaba un largo recorrido, tan largo que no lo terminó sino hasta Paso del Norte, en la frontera norteamericana, en agosto de 1865.<sup>5</sup>

Forey entró triunfalmente a la capital el 10 de junio de 1863. Sin dilación, se dedicó a organizar políticamente

el país. Nombró una Junta Superior de Gobierno, formada por treinta y cinco personas, que a su vez designó a una Regencia. Se escogieron como miembros de la Regencia al general Juan N. Almonte, al general José Mariano Salas y al arzobispo de México, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. De manera provisional, los miembros de la Regencia debían ejercer las funciones del poder ejecutivo.<sup>6</sup>

La Junta Superior de Gobierno seleccionó, además, a doscientas quince personas y se sumó a ellas para constituir una Asamblea de Notables. Este organismo definió, al cabo de varios días, cuál era, a su parecer, la forma adecuada de gobierno para el país, y -en tanto se consideraba representante de toda la nación- emitió en julio un dictamen definitivo. Acorde a los deseos de París, consideró conveniente establecer una monarquía hereditaria y moderada, con un príncipe católico al que se debía dar el título de Emperador de México. Propuso ofrecer la corona al archiduque Fernando Maximiliano de Austria, mas también acordó que, en caso de que el archiduque no la aceptara, Napoleón III propusiese a otro príncipe católico para que ocupara el trono mexicano.<sup>7</sup>

La Regencia nombró, así, una Comisión de Notables para que viajara a Europa con una doble misión: agradecer al emperador francés cuánto había hecho por establecer la monarquía y viajar al castillo de Miramar, en Italia, a ofrecer la corona al príncipe austriaco. En tanto no se recibiera una respuesta, la

Regencia gobernaría al país. Quedaba claro, por supuesto, que sólo en la medida en que los franceses lo permitiesen.

Durante este tiempo hubo algunos cambios en las filas francesas. El general Forey y el embajador Saligny fueron llamados a Europa. El general Bazaine, que había estado al frente de una de las dos divisiones de infantería enviadas a México, asumió a principios de octubre la dirección militar y, a la vez, la responsabilidad diplomática de la intervención, mientras el marqués de Montholon, nombrado embajador, no llegase a ocupar el puesto que Saligny había desempeñado varios años.

Apenas se supo en París el éxito de la expedición y la entrada triunfal de los franceses en la ciudad de México, se especuló con muchos proyectos de negocios. Uno de los que más entusiasmo causó fue el referente a las ricas minas de Sonora. Numerosas personas deseaban emigrar hacia aquel estado. En el gobierno francés, los miembros del gabinete imperial habían discutido varias veces -aún desde el comienzo de la expedición- la posibilidad de que Francia se apoderase de una parte de aquella región y cubriese, con la explotación de sus minas, los gastos de guerra. El ministro de Agricultura, Comercio y Obras Públicas había comisionado -cuando los franceses todavía no habían llegado a la ciudad de México- a un ingeniero minero, el ingeniero Laur, para que explorase las provincias de Sonora y Sinaloa y verificara la existencia de riquezas mine-

ras. El ministro de Hacienda, Achille Fould, proponía la concesión de amplios monopolios mineros a grandes corporaciones francesas, como fórmula idónea para desarrollar la colonización de la región. Creía que Francia había gastado ya demasiados millones de francos en la expedición y era tiempo de que lo invertido produjese algo.

Drouyn de Lhuys, ministro de Asuntos Extranjeros, escribió por su parte al general Bazaine. Le decía que era necesario buscar en México los recursos que solventasen tanto las reclamaciones como los gastos de guerra, y que para ello se requería un estudio de las riquezas inexploradas. El 17 de agosto envió instrucciones significativas. Señalaba que el gobierno imperial había pensado limitar la extensión y el tiempo de la ocupación de México por las tropas francesas, en vista de la oposición que se había levantado en el Cuerpo Legislativo y en la opinión pública. Pese a esto, añadía que, si Francia no deseaba obtener de México privilegios que excluyeran a otras naciones, pretendía cobrar sus reclamaciones y sus gastos, obtener todas las ventajas económicas posibles y, sobre todo, realizar el proyecto favorito del emperador: la explotación de las famosas minas de Sonora.

Napoleón III sabía que el gobierno mexicano, carente de recursos en ese momento, no tenía capacidad para cubrir siquiera las deudas de guerra. Consideró, así, las riquezas mineras de Sonora como el medio más seguro de pago de, cuando menos, los intereses de dicha deuda. El 12 de septiembre ordenó a Ba-

zaine que se informase "confidencialmente sobre las minas de Sonora" y que le comunicara "si más tarde sería fácil su ocupación"<sup>15</sup>.

En respuesta al deseo de su emperador, Bazaine remitió un informe del ingeniero Laur sobre las minas de México. Las conclusiones de Laur se apoyaban en lo que había podido observar y aprender durante una visita efectuada tiempo antes a los placeres auríferos de Alta California y en sus estudios recientes de las minas de plata del centro de México. Aseguraba que el país estaba maravillosamente dotado con metales preciosos, de los que no había entregado más que una mínima parte. Consideraba que las minas de Sonora -aunque no las había podido examinar de manera directa, pues los ataques de los apaches lo habían obligado a suspender sus estudios -eran riquísimas y que sólo necesitaban un trabajo racional para otorgar ganancias significativas.<sup>16</sup> Laur habló de la explotación de las minas mexicanas como de "una obra eminentemente nacional" para Francia, la que a la vez obtendría una producción minera verdaderamente "importante" y "con la perspectiva de un futuro... brillante". Indicaba también cómo llevar a cabo esta obra y precisaba cuáles serían los beneficios que podría lograr con ella el tesoro francés.<sup>17</sup>

Junto con el informe del ingeniero Laur, Bazaine envió a Napoleón un plan sobre la ocupación de Sonora. La invasión sería posible, pensaba el general, con la ayuda de una flota de apoyo en el Pacífico, que mantuviese con la infantería una comunicación constante para que la tropa pudiera "desembarazarse de sus enfermos" y "proveerse de los víveres

que uno no podría procurarse en las regiones atravesadas". Calculaba llegar a Guaymas en "por lo menos cuatro meses", aunque si la gente de a pie, fatigada por el largo camino desde la ciudad de México, viajase por mar desde Manzanillo podría emplear menos tiempo. Al llegar a Guaymas, se crearía "una sólida línea de operaciones, recibiendo los abastecimientos de California..."; luego se ocuparía la provincia y, por último, se podría "llamar a los emigrantes y ponerse inmediatamente a colonizar".<sup>18</sup>

Bazaine comentaba que el clima de Sonora era sano; su tierra, afirmaba, produce "todo lo que el trabajo agrícola le pide", aunque resultaría necesario "luchar por largo tiempo con los indígenas salvajes" que, armados con rifles y flechas, habían causado el terror y la despoblación del nordeste del estado. Empero, la empresa le parecía "gloriosa..., y, sobre todo, provechosa a la preponderancia, así como a los intereses políticos y comerciales de la Francia".<sup>19</sup>

En diciembre, después de recibir esta correspondencia, Napoleón III ordenó a Bazaine que obtuviera de la Regencia, tan pronto como pudiera, "'la concesión al gobierno francés, de todas las minas inexploradas en Sonora, o mejor, como se dice en español, no denunciadas todavía'". Le informaba sobre la organización, en París, de una compañía que explotarían dichas minas y que "'ofrecería grandes ventajas al gobierno francés y aún al gobierno mexicano, porque se encargaría de formar un pequeño cuerpo militar y de hacer a sus expensas todos los traba-

jos...'" Francia y México recibirían una participación de los beneficios de la explotación minera: Francia, una parte de los productos extraídos, y México el impuesto que cobrara por ellos. El ingreso mexicano se emplearía para pagar el costo de la expedición francesa, aunque posteriormente se podrían descontar de esta suma ciertas cantidades, como compensación, por la concesión de las minas.

El trabajo de las minas, apuntaba Napoleón, se encomendaría a colonos europeos, los cuales "'muy pronto'" formarían "'una barrera contra los avances de los Estados Unidos...'", si bien se podía prever "'que gran número de americanos del sur irían a establecerse allí'". Además, pensaba en la posibilidad de aprovechar el resentimiento creado en los Estados Unidos por la Guerra de Secesión y convencer a los confederados para que se establecieran en Sonora, donde, según él, impedirían el avance norteamericano sobre México. El emperador francés creía que estos norteamericanos serían colonos ideales, pues -al contrario de los europeos- sabían mucho de minería, estaban acostumbrados a la dura vida de la frontera y, por estar cerca de México, transportarlos sería menos costoso.

El nuevo embajador francés, el marqués de Montholon, recibió instrucciones semejantes a las de Bazaine. Montholon debía negociar un tratado con la Regencia, por el que México -pese a que continuaría como titular de los territorios sonorense- permitiría, durante quince años, que Sonora quedase bajo la "'inmediata y soberana protección'" de Francia, a la

~~que~~ concedería todos los derechos de explotación de las minas. A cambio de estos derechos, el gobierno mexicano percibiría un impuesto del diez por ciento.<sup>26</sup>

Montholon llegó a México en enero de 1864. Era partidario decidido de los proyectos sobre Sonora, región a la que también consideraba "El Dorado mexicano".<sup>27</sup> Arguía que su explotación podría ser "la justa compensación a los sacrificios" impuestos a Francia por su intervención en México. Para él había dos medios de conseguirla: el primero -inspirado quizás en las proposiciones del banquero Jecker al gobierno francés- consistía en "pedir la concesión de terrenos no ocupados que se entregarían a una compañía francesa en condiciones ventajosas para Francia" y para la propia compañía. El segundo -preferido por Montholon- estribaba en demandar, "como garantía" de lo que México debía a Francia, "el derecho de ocupación momentánea de Sonora y Chihuahua", con objeto de explotar "como nosotros lo entendemos los recursos de estos dos Estados..." Ya que daba por descontado el hecho de que la deuda crecería constantemente, la ocupación sería "muy larga y tal vez definitiva".<sup>28</sup> Fue Montholon, según él mismo afirmó posteriormente, quien tuvo "primero la idea de esta importante garantía de nuestros derechos y del reembolso de nuestros anticipos..."<sup>30</sup> Antes de salir de Francia había tratado el asunto del noroeste mexicano con varios personajes -franceses y norteamericanos- interesados en la región y había presentado un plan de colonización de Sonora al ministro de Asuntos Extranjeros.<sup>31</sup> En<sup>32</sup>

Montholon, Napoleón III encontró un importante y entusiasta colaborador de sus proyectos.

A fines de 1863, Napoleón había echado a andar así la empresa sonorenses. Las bases en las que apoyaba su decisión eran endeble<sup>33</sup> y los informes de Laur y Bazaine no habían añadido ninguna solidez a sus conocimientos. Pero las circunstancias le permitieron llevar a cabo sus deseos. El costo de la expedición enviada a México, en vidas y dinero, se había vuelto enorme; tanto él, como la mayoría de su gabinete, estuvieron de acuerdo en la misma idea: las riquezas de Sonora eran la única forma de justificar tal inversión ante el pueblo francés, cada día más inquieto por la aventura mexicana. Sonora, además, se convertía en la fórmula para garantizar el pago, por parte del gobierno de México, de todas las deudas de guerra y las reclamaciones francesas, aun en el caso de que la expedición tuviese que retirarse antes de lo previsto. Napoleón olvidaba que en la Convención de Londres se había comprometido a no buscar en México adquisiciones territoriales o ventajas<sup>34</sup> particulares.

Ante las circunstancias, el emperador se vió constreñido a conceder menos significado a lo que poco antes había pregonado como grave expansión anglosajona y protestante en el mundo. Por eso aceptaba el establecimiento de norteamericanos cerca de la frontera mexicana y aparentaba cerrar los ojos ante un razonamiento indudable: los colonos europeos pronto serían

serían superados en número por los confederados. Estos, no por abandonar los Estados Unidos, dejarían de creer en el "destino manifiesto" de su país y de considerarse representantes de dicho destino: constituirían, pues, una amenaza a la integridad e independencia mexicanas. Napoleón, en realidad, había dejado ya para un último lugar -así lo muestran sus cartas a Bazaine durante esos meses- el deseo de transformar a México en un estado moderno. Los asuntos económicos eran los que primordialmente le interesaban: las deudas de guerra, las reclamaciones, las inversiones francesas... Sonora <sup>35</sup> como garantía de su pago, su reconocimiento y su recuperación.

B) El tratado con la Regencia.

La correspondencia que llegaba de Guaymas dio a los franceses un pretexto suficiente para pedir a la Regencia el derecho de explotar las minas de Sonora. Se decía en ella que el gobierno de Juárez había otorgado "concesiones" a varias compañías norteamericanas, cuyos miembros -filibusteros y mineros- estaban desembarcando en ese puerto y que, a cambio, el presidente mexicano había aceptado "un empréstito, comprometien-<sup>36</sup>do así, en cierto modo, a Sonora, en calidad de garantía". Se aseguraba además que Juárez había recibido de los Estados Unidos -no se sabía si del gobierno federal o de una compañía particular- "una suma muy considerable como pago de una cierta porción de territorios de Sonora o de Chihuahua" y que el gobierno norteamericano, interesado en esos territorios, tenía frente al puerto de San Blas, Nayarit, una fragata de primera <sup>37</sup>línea.

Preocupado por los rumores, el general Bazaine solicitó informes más precisos al ~~comandante de~~ La Cordeliere, <sup>38</sup>navío francés que se hallaba anclado frente a San Blas. No conforme con eso, recomendó al embajador Montholon que escribiera a su colega de Washington pidiéndole que levantase una protesta ante el gobierno norteamericano por las "usurpaciones que no podrían justificarse con los títulos de concesiones dadas por el Gobierno caído". <sup>39</sup>Bazaine informó de tales sucesos a su go-  
<sup>40</sup>bierno y el 9 de febrero de 1864 escribió a Napoleón III comu-

nicándole que se ocuparía "inmediatamente de la concesión de las minas no denunciadas de Sonora...", si bien, añadía, a fin de realizar estos proyectos pronto resultaría urgente la toma de Guaymas.<sup>41</sup>

Poco después, Bazaine recibió noticias sobre los privilegios otorgados por Juárez. Supo que se había formado en San Francisco "una compañía americana... para adquirir del ex-presidente Juárez una porción de la Baja California, con la intención de ceder más tarde una parte de sus derechos... al Gobierno de los Estados Unidos, mediante una indemnización pecuniaria". Bazaine informó de inmediato al general Almonte: se trataba de que éste pudiera reclamar ante quien correspondiese por "usurpaciones que no podrían tolerarse bajo ningún título..." Para convencer a Almonte sobre la conveniencia de ceder las minas de Sonora a Francia y garantizar así la integridad del territorio mexicano, es posible que Bazaine haya utilizado el argumento de la inminente amenaza norteamericana.<sup>42</sup><sup>43</sup><sup>44</sup>

Atento a los deseos de su emperador, el general Bazaine demandó a la Regencia el otorgamiento al gobierno francés del derecho de explotación de todas las minas no denunciadas de Sonora. La Regencia, preocupada por las facilidades acordadas por Juárez a los intereses mineros norteamericanos, decidió acceder a la petición del francés.<sup>45</sup>

La concesión formó parte del tratado que se firmó el 27 de febrero de 1864 entre José Miguel Arroyo, subsecretario de Relaciones Exteriores del gobierno mexicano, y el marqués

de Montholon, representante de Napoleón III. Se estipulaba en él que México pagaría a Francia 210 millones de francos -los que se decían gastados por el ejército expedicionario durante los años de 1862 y 1863-, además de un interés anual del 5%,<sup>46</sup> interés que sería retroactivo al 1° de enero de ese año. A pesar de que el convenio resultaba oneroso para el país, la Regencia no presentó objeción alguna. Más aún, Almonte colaboró estrechamente con los franceses ofreciendo "las mejores disposiciones para todo lo que podía facilitar la conclusión de un arreglo..."<sup>47</sup>

Con objeto de garantizar el cumplimiento del tratado y "como testimonio de gratitud al gobierno de S. M. el emperador de los franceses", el gobierno mexicano le otorgó el derecho de explotación -durante quince años- de todas las minas sonorenses que hasta entonces no hubieran sido denunciadas o trabajadas.<sup>48</sup> Se convino que México obtendría cuando menos el 10% de los beneficios de las minas y que estos beneficios se abonarían al pago de la deuda militar y del interés correspondiente. Se estableció que Francia podría explotar las minas directamente o bien permitir que compañías particulares lo hiciesen por ella. El gobierno de Napoleón III o, en su caso, las compañías concesionarias, obtuvieron finalmente el derecho de mantener en Sonora tropas encargadas de la vigilancia de las minas.<sup>49</sup>

Los comentarios que despertó el tratado fueron de índole diversa. Desde luego, el documento gozó de la aprobación

del embajador Montholon, quien había mostrado un gran interés por conseguir la garantía sonorese, única forma, en su opinión, de que Francia recuperase sus inversiones. Montholon estaba convencido de que el gobierno de México no podría cumplir el compromiso de pagar 210 millones de francos, puesto que los ingresos con que contaba -aduanas e impuestos- bastaban apenas para cubrir sus necesidades cotidianas. Creía que uno de los pocos medios capaces de "restablecer el orden en las finanzas" mexicanas, y de que Francia cobrara sus deudas, era la explotación de unas minas cuya producción juzgaba "incalculable". Por tanto -explicaba Montholon a sus superiores en carta del 27 de febrero-, había sido necesario aprovechar la influencia que tenía sobre la Regencia y que, quizás, no sería la misma con el gobierno que la sucediese.<sup>50</sup> Se trataba, así, de que Maximiliano se enfrentara a un acto consumado:<sup>51</sup> la firma de un tratado con el cual se determinaba para su imperio la pérdida de las riquezas del noroeste.

El embajador galo afirmaba que la explotación de las minas de Sonora beneficiaría no sólo a Francia, sino también a México y al "mundo entero..." Consideraba que el tratado no tendría por qué inspirar desconfianza a los gobiernos extranjeros, puesto que Francia no había obtenido ninguna propiedad, sino sólo un derecho de explotación, al que podría renunciar si fuese necesario. Además, pensaba, el hecho de mantener fuerzas armadas en aquella provincia, permitiría utilizarlas "en caso de que haya el peligro de ver a la América del Norte tratar de

dirigirse de este lado". Juzgaba que estas fuerzas resultarían esenciales para proteger a la emigración que se establecería en la región, "en el momento en que van a formarse grandes empresas para la explotación de las riquezas del nuevo imperio..."<sup>53</sup>

Otras opiniones a favor del tratado fueron la del coronel Blanchot y la de José Manuel Hidalgo. Blanchot, oficial que estuvo a las órdenes de Bazaine, justificó de manera sorprendente, en sus memorias sobre la intervención francesa en México, el derecho de su país a las minas sonorenses. Alegaba la existencia de "un precedente... la cesión de una parte de los yacimientos minerales [de aquella provincia] hecha anteriormente a un francés, Raousset-Boulbon..."<sup>54</sup> Varios años después de su aventura, la figura del conde resultaba vigente. En cuanto a José Manuel Hidalgo, uno de los conservadores responsables de la intervención, el asunto no le preocupó mayormente. En sus Proyectos de Monarquía en México, Hidalgo manifestó que la concesión "era ventajosísima, especialmente para México", tanto porque se explotarían riquezas hasta entonces improductivas -de las que México recibiría "fuertes sumas"- como porque se formaría en el noroeste "una barrera de raza latina" que impediría la expansión de los Estados Unidos.<sup>55</sup>

Pero también abundaron los comentarios adversos, propiciados por el rumor que circuló entre el público de que Sonora había sido entregada a los franceses.<sup>56</sup> Francisco de Paula Arrangoiz, conservador mexicano radical, no reaccionó de la misma manera que Hidalgo. Arrangoiz escribió en su México desde

1808 hasta 1867 que los privilegios mineros con los que la Regencia había garantizado el pago de los gastos de guerra "eran una cesión encubierta de Sonora a Francia..."<sup>57</sup> Arrangoiz no fue el único en pensar de esta manera. Eugene Lefèvre, oponente político de Napoleón III, editor del periódico mexicano Tribune, declaró en su historia sobre la Intervención Francesa que la "alienación" de Sonora durante quince años habría terminado, a la larga, en una "cesión".<sup>58</sup>

Años más tarde, el escritor Paul Gaultot, autor de otra historia sobre la Intervención, acusó a los miembros de la Regencia por haberse extralimitado al permitir "la enajenación de una parte del territorio mexicano", decisión que sólo correspondía a Maximiliano, cuya llegada a México deberían haber esperado. A su parecer, Napoleón III había mostrado "mucho precipitación" al pretender obtener la concesión minera de "un gobierno provisional, interino, desprovisto de consistencia..." Si bien aclaraba que, aparentemente, esto se debió a la "prisa" del emperador por "asegurar alguna ventaja que compensara un poco los enormes sacrificios a que le había obligado un conjunto de adversas circunstancias".<sup>59</sup>

En verdad, el tratado que había suscrito la Regencia satisfacía todas las aspiraciones de Napoleón III. El aprovechamiento de las minas no denunciadas garantizaba el pago de los gastos de guerra. Las legendarias riquezas sonorenses llenarían las arcas de Francia y tranquilizarían al pueblo francés. Al mismo tiempo, permitirían el desarrollo de la inmigración.

ción y el establecimiento de una barrera de colonos y soldados que frenase la expansión norteamericana hacia el sur. Francia no obtenía ninguna propiedad: ni los Estados Unidos ni cualquier otro país podría acusarla de llevar a cabo una política imperialista en México.<sup>60</sup> No era siquiera necesario que el gobierno francés se comprometiese directamente a la explotación de las minas, ya que podía otorgar su concesión a las compañías particulares que se estaban ya gestando en Francia.<sup>61</sup> Por otra parte, las negociaciones se habían realizado en el momento adecuado y con los personajes apropiados: antes de que un nuevo gobierno mexicano pudiera oponerse a lo que parecía una pérdida de territorio y con los miembros de una Regencia a la que sostenía el poder del ejército extranjero, por lo que no había podido negarse a otorgar fácilmente lo que se le pedía.

El tratado establecía realmente "un protectorado francés sobre Sonora".<sup>62</sup> Por lo pronto, el gobierno de Napoleón III había logrado el derecho para controlar económica y militarmente la región, lo que no resultaba muy diferente a un auténtico dominio político que, en todo caso, podría hacerse efectivo en el momento que se quisiera. No es extraño, de tal modo, que corriese el rumor de una cesión del territorio. Se puede decir que la Regencia -indudablemente presionada por el general Bazaine y el marqués de Montholon- jugó con imprudencia una parte de México. El que no hiciera para impedir que Juárez continuase otorgando concesiones a los norteamericanos en las pro-

vincias del norte, no es suficiente para justificarla. El caso fue que, al dar a los franceses el derecho de explotar las minas sonorenses, la Regencia repitió aquello de que acusaba al gobierno liberal: arriesgar la independencia e integridad del territorio mexicano.

C) Tras la adhesión de Sonora.

Con el apoyo que le brindaba el tratado con la Regencia, Bazaine tomó las primeras medidas para intervenir en el noroeste de México. Escribió al contralmirante Bouet-Willau-  
mez, comandante de la escuadra francesa en el Pacífico, a fin de que vigilase el puerto de Guaymas, frente al cual debería dejar un navío en forma casi permanente. Le pidió además que le enviara informes exactos sobre la situación en que se encontraban Sonora y los centros mineros de Ures y Arizpe, cercanos a la frontera con los Estados Unidos.<sup>63</sup>

Pese al interés de Napoleón III por controlar de inmediato las minas, Bazaine consideró conveniente buscar, por medio de la diplomacia, la adhesión del gobernador Ignacio Pesqueira. Lo que, desde luego, resultaba mejor que emprender una campaña militar hasta aquella lejana provincia. La idea de negociar con Pesqueira partió de Arturo de Zeltner, cónsul en Panamá, tanto del gobierno francés como del gobierno mexicano de la Regencia. A principios de 1864, Zeltner había escrito al subsecretario Arroyo proponiéndole que Pablo de Fourniel, comerciante sonorenses, conocido del cónsul y pariente de Pesqueira, viajase a Sonora para obtener la colaboración del gobernador.<sup>64</sup>

Arroyo y la Regencia aprobaron el plan de Zeltner. Fourniel, quien por sus ideas antirrepublicanas había tenido que dejar patria y amigos, aceptó entusiasmado la proposición.

Todos -Arroyo, Zeltner, Fourniel- parecían seguros de alcanzar el éxito. Con las instrucciones que le proporcionó Zeltner, el 3 de mayo Fourniel se embarcó en Panamá rumbo a Acapulco, en donde transbordó a otro barco que navegaba hacia el norte de México.<sup>65</sup>

Durante el viaje, Fourniel tuvo tiempo suficiente para reflexionar. Poco a poco, su entusiasmo disminuyó. En la carta que escribió a José Miguel Arroyo, desde San Blas, el comerciante mostraba ya sus dudas sobre el éxito de la misión. Insistía en que le faltaba autoridad para negociar con Pesqueira. No bastaban, en su opinión, las instrucciones que le había dado el cónsul de Panamá. Quizás Fourniel había recordado, también, las ideas y el carácter de su pariente. Se hacía evidente que el gobernador sonoreño, leal a la República y a la Constitución de 1857, enemigo de la Intervención Francesa y del Imperio,<sup>66</sup> se mostraría refractario a cualquier trato con el enemigo. Lo sorprendente es que Fourniel hubiese creído, por un solo instante, que podía lograr lo contrario.

A pesar de sus dudas, Fourniel continuó el viaje a bordo de la fragata D'Assas, en la que llegó a Guaymas en el mes de julio. De inmediato, el día nueve, escribió a Pesqueira ofreciéndole el mando del estado a cambio de su cooperación con la Intervención, su reconocimiento a los actos de la Regencia y su aceptación de Maximiliano como emperador.<sup>67</sup>

Dos días después, el gobernador le respondió indignado. Le molestaba que alguien que lo conocía lo juzgara capaz

de colaborar con los franceses y de traicionar a la República. El, afirmaba, estaba dispuesto a sacrificar todo por la independencia de México. Por lo tanto, rechazaba el ofrecimiento<sup>68</sup> y se negaba terminantemente a discutir el asunto. Con dignidad, Pesqueira afirmaba que Sonora tendría "la gloria de combatir por la patria en oposición perpetua del figurado Imperio establecido en la Capital de al República"<sup>69</sup>.

El emisario de la Regencia tuvo que comunicar su fracaso. En carta dirigida a Arroyo, Fourniel le informó que se le había prohibido viajar por el interior del estado y que, incluso, se había ordenado a las autoridades locales impedirle el paso. El resentido comerciante recomendaba la inmediata ocupación de Sonora. Presentaba un plan para conquistar la provincia: sugería que primero se pacificara Sinaloa, lo que haría más fácil su posterior invasión y sometimiento. Aconsejaba el bloqueo de Guaymas donde, advertía, los comerciantes norteamericanos habían agitado al populacho en contra de los franceses. No se debía, por lo tanto, confiar en ellos ni tampoco darles consideraciones especiales. Fourniel aseguraba que, sin el gobierno arbitrario de Pesqueira, Sonora se convertiría en un estado próspero.<sup>70</sup>

El rechazo de Fourniel terminó con la esperanza francesa de ocupar pacíficamente Sonora. El general Bazaine decidió enviar una expedición militar en el mes de octubre. La conquista se volvía urgente, no sólo porque aseguraba la explota-

ción minera sino porque extendía el dominio de Francia a las zonas más lejanas del país. Debía evitarse que Juárez recibiera ayuda económica y militar de los sonorenses -que desde 1863 trataban de reunir dinero y voluntarios para la causa republicana- y que le llegasen los recursos que, por Guaymas, se le enviaban desde California.<sup>71</sup>

El general Castagny recibió instrucciones precisas y quedó al frente de las tropas encargadas de la campaña. Bazaine le hizo ver que no era definitiva todavía la entrega de las minas no denunciadas de Sonora, pero que, en todo caso, no se trataba de una adquisición territorial. Por lo tanto, la ocupación y administración del estado deberían llevarse a cabo en nombre del emperador Maximiliano.<sup>72</sup>

Bazaine confiaba, sin embargo, en que la cesión pronto se haría realidad. Recomendó a Castagny, por lo tanto, que se estudiase e hiciese el censo de los terrenos adecuados para el cultivo y el establecimiento de centros agrícolas. Lo autorizó a otorgar tierras a los inmigrantes, dentro de los límites marcados por las leyes y reglamentos mexicanos, en forma provisional y con la especificación de que el otorgamiento no sería definitivo mientras no se obtuviese la sanción imperial.<sup>73</sup>

Las tropas francesas iniciaron la marcha sobre Sonora entre diciembre de 1864 y enero de 1865.<sup>74</sup> Ante la inminente invasión extranjera, Pesqueira llamó al pueblo a la lucha. Se trataba, les dijo, "de una guerra santa...la de la independen-

cia nacional...'", en la que Sonora tenía un interés particular: liberarse de la amenaza de convertirse en una colonia de Francia.  
75

Los soldados sonorenses no tenían preparación suficiente para luchar contra el experimentado ejército invasor. Poco a poco, los franceses tomaron el estado. El avance, pese a todo, no fue muy rápido. En la primavera de 1865, el dominio francés en el norte de México era todavía reducido. Las tropas extranjeras eran pocas y las comunicaciones inseguras. Aunque los franceses obtuvieron el apoyo de una parte de la población, extendieron la zona de ocupación y conquistaron las ciudades más importantes del estado -Guaymas, Hermosillo, Ures-, las dificultades para preservar sus conquistas se volvieron graves. Un sector de la población les era adverso y las guerrillas republicanas, aunque no muy numerosas, significaban una constante amenaza. Las ciudades que los franceses evacuaba, en seguida eran ocupadas por los partidarios de Juárez. Estos, nunca resultaban derrotados completamente; en cuanto se les atacaba, se dispersaban para reunirse otra vez, a la primera oportunidad.  
76

Las negociaciones con Pesqueira retrasaron los proyectos de Napoleón III sobre Sonora. Bazaine buscó la solución pacífica, pese a la dilación, tanto porque esperaba facilitar de tal modo la conquista de Sonora, como porque con ella evitaba la dispersión del ejército francés y su consecuente debilidad.  
77

Con todo, Bazaine pudo haber previsto la respuesta de

Pesqueira a las proposiciones de Fourniel. Pocos años antes, en ocasión de la reclamación de tierras baldías presentada por Jecker, el sonorenses había mostrado de manera inequívoca su conducta ante la intromisión extranjera y la entereza de sus convicciones, aun frente a una amenaza violenta. En 1864 y 1865, Pesqueira respondió a los franceses de la misma manera en que, en 1858 y 1859, había respondido a Jecker y a los norteamericanos.

Tras el fracaso de la diplomacia, Bazaine ordenó la conquista militar, preñada de dificultades, que fue lenta. Sin embargo, los franceses pudieron pensar que, en unos meses, Sonora se pacificaría totalmente. Con la provincia en paz, los proyectos que se discutían en Francia y en la ciudad de México podrían llevarse a cabo. El gobierno de Napoleón III consideraría entonces a Sonora como la garantía del pago de sus deudas y podría justificar la expedición ante el cada vez más preocupado pueblo francés.

Notas.

1. Vid. supra, p. 55.
2. Lilia Díaz, "El liberalismo militante", en Historia general de México, obra preparada por el Centro de Estudios Históricos, 4 v., México, El Colegio de México, 1976. ils., mapas. v. 3, p. 85-162, v. 3, p. 120, 125-126; "Convención de Londres", Londres, 31 de octubre de 1861, en Díaz, Ver-sión...Informes diplomáticos, v. 2, p. 304-305; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 53-56.
3. Díaz, "El liberalismo...", v. 3, p. 126, 129, 132; Fuentes Mares, ibidem, p. 178.
4. Díaz, ibidem, v. 3, p. 133-134; Fuentes Mares, ibidem, 175, 181.
5. Díaz, ibidem, v. 3, p. 134; José Fuente Mares, Juárez y el imperio, advertencia de..., 2a. ed., México, Editorial Jus, 1972. 252 p., ils. (Colección "México heroico", 25), p. 91; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 182.
6. Corti, op. cit., p. 165-167; Díaz, ibidem, v. 3, p. 134-135; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 182, 187-188; Palavicini, op. cit., v. 2, p. 34-35; Niceto de Zamacois, Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados histo-riadores, y en virtud de documentos auténticos no publi-cados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco existían en las de los conventos de aquel país, introducción de..., 20 v., Barcelona y Méjico, J. F. Parrés y Cía., 1876-1882. ils., mapa, v. 16, p. 887.

7. Corti, ibidem, p. 167, 170; Díaz, ibidem, v. 3, p. 135; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 187-188; Palavicini, idem.
8. Corti, ibidem, p. 170; Díaz, idem; Fuentes Mares, ibidem, p. 191; Palavicini, idem.
9. Corti, ibidem, p. 135, 198-201; Fuentes Mares, ibidem, p. 200, 205; Hanna, Napoleón III..., p. 83-84. Forey fue sustituido por Bazaine porque Napoleón III no estaba conforme con la manera en que estaba dirigiendo los asuntos. Su proceder se había considerado lento y vacilante. Para suavizar el golpe, se le ascendió a mariscal de Francia. En cuanto a Saligny, la destitución obedeció a sus ligas con los intereses clericales y reaccionarios del partido conservador mexicano. El emperador francés, que siempre trató de pasar por liberal, quiso evitar que su gobierno fuera acusado -como ya lo hacían los liberales mexicanos- de implantar en México una tiranía, Corti. ibidem, p. 168, 198-199; Fuentes Mares, ibidem, p. 200.
10. Arrangoiz, op. cit., p. 556, 569; Blanchot; op. cit., v. 2, p. 254; Dabbs, op. cit., p. 241; McPherson, op. cit., p. 363, 383, n. 111; Niox, op. cit., p. 465; Salomon, op. cit., p. 135; Shields, Inmigración..., p. 32-33; Shields, "Sonora...", p. 340-341; Zamacois, op. cit., v. 16, p. 887.
11. Hanna, Napoleón III..., p. 93.
12. Ibidem, p. 84.
13. Corti, op. cit., p. 201-202; Hanna, ibidem, p. 85
14. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 126.

15. Napoleón III a Bazaine, Biarritz, 12 de septiembre de 1863, en García, op. cit., v. 1, p. 108.
  
16. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 49, 128; p. 241; Informe del ingeniero P. Laur sobre la riqueza minera de México, a Montholon, México, 29 de agosto de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 23; Bazaine a Napoleón III, (México), 26 de octubre de [1863], en García, ibidem, v. 1, p. 154-155, n. 3; H. Mercier de Lacombe, Le Mexique et les Etats Unis, revue et augmentée par..., 2ª. ed., París, E. Dentu, Libraire-éditeur, 1864. 164 p., p. 15-16; Shields, Inmigración..., p. 32; Shields, "Sonora...", p. 340.
  
17. Informe de Laur, [sin lugar y fecha], en Gaulot, La vérité..., v. 2, p. 145; ver también Blanchot, ibidem, v. 2, p. 254-255. Charles Blanchot apunta en sus Mémoires. L'Intervention Française au Mexique el nombre de otro personaje que proporcionó a Bazaine informes sobre Sonora: un tal Salar, ex-oficial de las marinas francesa y mexicana, antiguo compañero de Raousset-Boulbon, posteriormente "rey de los filibusteros y de todas las gentes de mar..." en la costa americana del Pacífico, Blanchot, ibidem, v. 2, p. 75.
  
18. Bazaine a Napoleón III, (México), 26 de octubre (de 1863), en García, op. cit., v. 1, p. 154-155, n. 1 y 3.
  
19. Bazaine a Napoleón III, (México), 26 de octubre (de 1863), en ibidem, v. 1, p. 154-155, n. 4.
  
20. Vid. infra, p. 155 ss.
  
21. Napoleón III a Bazaine, Compiègne, 16 de diciembre de 1863, en Gaulot, Sueño..., p. 245-246; ver también García, op. cit., v. 1, p. 230; Shields, Inmigración..., p. 33; Shields, "Sonora...", p. 341.

22. Hanna, Napoleón III..., p. 146-147.
23. Napoleón III a Bazaine, Compiègne, 16 de diciembre de 1863, en Gaulot, Sueño..., p. 245-246; ver también García, op. cit., v. 1, p. 230; Shields, Inmigración..., p. 33; Shields, "Sonora...", p. 341.
24. Napoleón III a Bazaine, Compiègne, 16 de diciembre de 1863, en Gaulot, idem.
25. Shields, Inmigración..., p. 34; Shields, "Sonora...", p. 342.
26. Corti, op. cit., p. 240-241.
27. Montholon a su gobierno, México, 28 de julio de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 10.
28. Roeder, op. cit., p. 868-869. Vid. supra, p. 66-67.
29. Montholon a su gobierno, México, 9 de febrero de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 3, p. 328.
30. Montholon a su gobierno, México, 28 de noviembre de 1864, en ibidem, v. 4, p. 67.
31. Vid. infra, p. 155-156.
32. Montholon a su gobierno, México, 28 de julio de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 11; McPherson, op. cit., p. 375.
33. Vid. supra, p. 73-74.
34. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 255; Salomon, op. cit., p.

- 58,60; Shields, Inmigración..., p. 33; Shields, "Sonora ...", p. 341.
35. Haslip, op. cit., p. 188.
36. Bazaine a su gobierno, (México), 8 de febrero (de 1864), en García, op. cit., v. 1, p. 274-275; ver también Blanchot, op. cit., v. 2, p. 127; Gaulot, Sueño..., p. 269-270; Rivera, op.cit., v. 2B, p. 539.
37. Montholon a su gobierno, México, 9 de febrero de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 3, p. 327-328.
38. Bazaine a su gobierno, (México), 8 de febrero (de 1864), en García, op. cit., v. 1, p. 275.
39. Bazaine a su gobierno, (México), 9 de febrero (de 1864), en ibidem, v. 1, p. 279.
40. Bazaine a su gobierno, (México), 8 de febrero (de 1864), en ibidem, v. 1, p. 274-275.
41. Bazaine a Napoleón III, México, 9 de febrero de 1864, en ibidem, v. 1, p. 278.
42. Al través de una carta de Drouyn de Lhuys, quien a su vez recibió la noticia del cónsul de Francia en San Francisco. Bazaine a Almonte, (México), 22 de febrero (de 1864), en ibidem, v. 1, p. 292.
43. Bazaine a Almonte (México), 22 de febrero (de 1864), en ibidem, v. 1, p. 292-293.
44. La noticia que recibió Bazaine era más que un simple rumor. Un mes después, en marzo, a cambio de cien mil pesos oro

americano, Juárez autorizó a Jacobo Leese a colonizar, con unas doscientas familias norteamericanas, en un plazo de cinco años, aproximadamente la mitad de Baja California. El presidente mexicano recibió acérbas críticas por este acto (Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 225-226; Shields, Inmigración..., p. 91), con el que de hecho expuso al país "a que se repitiera la historia de Texas en la Baja California" (Fuentes Mares, ibidem, p. 227). Empero, las cosas no pasaron a mayores. Seis años después, cuando se canceló el compromiso, sólo había una pequeña colonia -unos 500 norteamericanos y algunos ecuatorianos- instalados en Bahía de Magdalena, al sur de la península. Shields, Inmigración..., p. 91.

45. Shields, ibidem, p. 32-33; Shields, "Sonora...", p. 341.
46. El tratado no incluía ni las reclamaciones de los ciudadanos franceses ni los gastos de la expedición militar desde 1864, ya que éstos serían objeto de acuerdos posteriores. Arnold Blumberg, The diplomacy of the mexican empire, 1863-1867, preface by..., Philadelphia, The American Philosophical Society. New Series. Volume 61, part 8, p. 11-12; Corti, op. cit., p. 284; Bazaine a su gobierno, México, 25 de febrero de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 3, p. 330; Bazaine a Napoleón III y al ministro de la Guerra de Francia, México, 25 de febrero y 9 de marzo de 1864, en García, op. cit., v. 1, p. 296-297, 320; Hanna, Napoleón III..., p. 149; McPherson, op. cit., p. 363; Shields, Inmigración..., p. 32-33; Shields, "Sonora..." p. 341-342.
47. Montholon a su gobierno, México, 27 de febrero de 1864, en Díaz, ibidem, v. 3, p. 333.
48. Bazaine a su gobierno, México, 25 de febrero de 1864, en ibidem, v. 3, p. 330; Bazaine a Napoleón III, México, 25

- de febrero de 1864, en García, op. cit., v. 1, p. 296-297; ver también Blanchot, op. cit., v. 2, p. 127-128; Blumberg, op. cit., p. 12; Corti, op. cit., p. 284; Bazaine al ministro de la Guerra de Francia, México, 9 de marzo de 1864, en García, ibidem, v. 1, p. 320; Gaulot, Sueño..., p. 269-270; Hanna, Napoleón III..., p. 149; Shields, Inmigración..., p. 32-33; Shields, "Sonora...", p. 342.
49. Blanchot, ibidem, v. 2, p. 127-128, 255; Blumberg, idem; Bazaine a su gobierno, México, 25 de febrero de 1864, en Díaz, idem; Bazaine a Napoleón III y al ministro de la Guerra de Francia, México, 25 de febrero y 9 de marzo de 1864, en García, ibidem, v. 1, p. 296-297, 320; Gaulot, idem; Hanna, idem.
50. Montholon a su gobierno, México, 27 de febrero de 1864, en Díaz, ibidem, v. 3, p. 333-334; ver también Hanna, ibidem, p. 148.
51. Blumberg, op. cit., p. 11.
52. Montholon a su gobierno, México, 27 de febrero de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 3, p. 333-334; ver también Hanna, Napoleón III..., p. 148.
53. Montholon a su gobierno, México, 9 de febrero de 1864, en Díaz, ibidem, v. 3, p. 328.
54. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 127; ver también Hanna, Napoleón III..., p. 267.
55. José María Hidalgo, Proyectos de Monarquía en México, introducción de..., prólogo de Angel Pola y Benjamín de Gyves, México; F. Vázquez, ed., 1904. XVI 384 XXX p., p. 221-222.

56. Idem.
57. Arrangoiz, op. cit., p. 556; ver también Corti, op. cit., p. 190.
58. Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 91; ver también McPherson, op. cit., p. 358. n. 1.
59. Gaulot, Sueño..., p. 249-250.
60. Hanna, Napoleón III..., p. 148.
61. Vid. supra, p. 155.
62. Blumberg, op. cit., p. 11.
63. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 128; Gaulot, Sueño..., p. 270; Rivera, op. cit., v. 2B, p. 539.
64. Acuña, op. cit., p. 80-81; Hanna, Napoleón III..., p. 150, n. 26. Zeltner tenía ciertos conocimientos sobre Sonora. Lo prueba la publicación en París, ese mismo año, de su prefacio y traducción al francés de la obra de José Francisco Velasco (Noticias estadísticas del estado de Sonora acompañadas de ligeros reflexiones. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1850). En dicho prefacio, el cónsul se sumaba a la leyenda de Sonora al explayarse sobre la riqueza de sus minas. Es probable que Zeltner no hubiese tenido en sus manos la obra en español pues, curiosamente, preparó su traducción basándose en una traducción inglesa: José Francisco Velasco, Sonora: Its Extent, Population, Natural Production, Indian Tribes, Mines, Mineral Lands, Etc. traducido por William F. Nye, San Francisco, H. H. Bancroft and Co., 1861. El título de la versión en francés fue: La Sonora, traducido del inglés

- por W. F. Nye con notas de M. A. de Zeltner, París, (s.e.). 1864. Acuña, ibidem, p. 82, 162; Francia, Archives de la Commission Scientifique du Mexique publiées sous les auspices du Ministère de l'Instruction Publique, 3 v., París, Imprimerie Impériale, 1865-1867, ils., v. 1, p. 203.
65. Acuña, idem.
66. Acuña, ibidem, p. 79-81.
67. Acuña, ibidem, p. 81; Almada, op. cit., p. 577; Ramón Corral, "El señor general don Ignacio Pesqueira. Reseña Histórica del Estado de Sonora, 1856-1877", en Obras históricas, prólogo de Horacio Sobarzo, Hermosillo, Fondo "Alberto Cubillas", 1959. (Biblioteca sonorensis de geografía e historia), v. 1, p. 25-146, v. 1, p. 48; Hanna, Napoleón III..., p. 150.
68. Acuña, idem; Almada, ibidem, p. 577-578; Hanna, idem.
69. Pesqueira a Fourniel, [Ures, 11 de julio de 1864], en Almada, ibidem, p. 578; ver también Acuña, idem.
70. Acuña, ibidem, p. 81-82.
71. Acuña, ibidem, p. 78, 80; Almada, op. cit., p. 577; Montholon a su gobierno, México, 28 de julio de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 10; Bazaine a Napoleón III, (México), 10 de mayo (de 1864), en García, op. cit., v. 1, p. 409; Hanna Napoleón III..., p. 150; Niox, op. cit., p. 465.
72. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 257-258; Dabbs, op. cit., p. 99-100; Gaulot, La vérité..., v. 2, p. 149-150; Rivera, op. cit., v. 2B, p. 673.

73. Blanchot, idem; Gaulot, idem; Rivera, idem.
74. Arrangoiz, op. cit., p. 599-605; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 110-111.
75. Pesqueira al pueblo de Sonora [Ures, 30 de noviembre de 1864], en Almada, op. cit., p. 578; ver también Acuña, op. cit., p. 82-83.
76. Acuña, ibidem, p. 84,88; Almada, ibidem, p. 578-579; Dabbs, op. cit., p. 99-100, 152-153; Díaz, "El liberalismo...", v. 3, p. 138; Lilia Díaz López, "Prólogo", en Díaz, Versión ... Informes diplomáticos, v. 4, p. XII; Bazaine al ministro de la Guerra de Francia, (México), 10 de abril (de 1863), en García, op. cit., v. 1, p. 732; Hanna, Napoleón III..., p. 118, 201-202; Roeder, op. cit., p. 877-878, Zamacois, op. cit., v. 17, p. 927.
77. Díaz, "El liberalismo...", v. 3, p. 138; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 110-111.
78. Vid. supra, p. 59 ss.

IV. William M. Gwin interviene en los "proyectos sonorenses" de Napoleón III.

A) El nuevo colaborador.

Mientras en México se negociaba el tratado con la Regencia y se buscaba la cooperación de Pesqueira, en Francia los proyectos sonorenses recibían el impulso de un ex-senador norteamericano, William M. Gwin. Napoleón III había encontrado en él al dirigente que necesitaba: Gwin conocía no sólo el noroeste de México, sino que estaba dispuesto a participar activamente en la colonización y explotación de la región. Los planes del norteamericano se llegan a confundir con los de Napoleón III y lo que, en un principio, fue proyecto galo<sup>1</sup> recibió posteriormente el nombre de "Plan Gwin".

William McKendree Gwin nació en Summer County, Tennessee, en 1805. Estudió medicina en la Universidad de Transilvania (Lexington, Kentucky) y, al titularse, se trasladó al estado de Mississippi, donde en vez de ejercer su profesión, inició la carrera de leyes. Se recibió como abogado en 1833 y ese mismo año obtuvo el cargo de alguacil en el distrito de Mississippi. En 1840 fue electo diputado ante el congreso del estado. En 1844 decidió retirarse a la vida privada por motivos financieros y se mudó a la ciudad de Nueva Orleans.<sup>2</sup> Cinco años después cambió de opinión y manifestó que estaba "'decidido no a hacer dinero, sino a dedicar todas mis energías a obtener y mantener un poder político'<sup>3</sup>".

Gwin viajó entonces al recién adquirido territorio de California, donde consideraba que le sería más fácil emprender la carrera pública.<sup>4</sup>

Gwin empezó a intervenir en política en cuanto llegó a San Francisco en el verano de 1849. Su educación y su experiencia política y las necesidades de una colectividad en formación, le permitieron ocupar en breve puestos prominentes. Asistió como representante de San Francisco a la Convención constitucional que se reunió en el mes de septiembre en Monterey y pronto destacó en ella. Luchó dentro de la Convención por apresurar la formación de un gobierno estatal y por asegurar su propia elección como senador de los Estados Unidos. Fue miembro de la comisión que elaboró la constitución de California y, aunque en lo personal se inclinaba por el establecimiento de la esclavitud, astutamente prefirió no insistir demasiado ya que la mayoría era antiesclavista.<sup>5</sup>

Sagaz como para luchar abiertamente por una causa perdida, propuso en forma sutil la creación de un extenso estado de California, cuyo territorio conservaría los límites de la cesión territorial hecha por México y en el que estarían incluidos los actuales estados de Utah, Nevada y Arizona. Gwin consideraba que un estado tan extenso no podría durar mucho tiempo y que su desintegración favorecería la esclavitud: no sólo algunas porciones de California pasarían a los estados sureños, sino que, en el sur del territorio, se podría delimitar un estado esclavista al que se añadirían partes de

México - el noroeste, sin duda - y las islas Hawai. Pero, la proposición fue rechazada y, a cambio, se optó por la formación de un estado más pequeño, limitado al este por la Sierra Nevada y al oeste por el Océano Pacífico.<sup>6</sup>

Gwin aceptó el fracaso de buen grado. Pensaba que en un futuro no muy lejano la situación podría variar. Sería posible así la constitución de un estado abierto a la esclavitud; además, no quería arriesgar el cargo de senador. Mas tenía asegurado el puesto; en las elecciones no encontró mayor oposición. Gwin y John C. Frémont formaron la primera representación de California en el Senado. Sus credenciales fueron aceptadas en Washington después de que California fue reconocida -en septiembre de 1850- como un nuevo estado de la Unión.<sup>7</sup>

Durante once años, Gwin representó a la nueva entidad en el Senado.<sup>8</sup> Fue "el líder más inteligente, brillante,<sup>9</sup> sutil, afable y marrullero que California jamás haya tenido". Tuvo varias oportunidades de tratar asuntos mexicanos. En todos ellos se manifestó como un firme defensor del "destino manifiesto"<sup>10</sup> y apoyó la expansión hacia el sur.

Una de las ocasiones importantes en que Gwin trató asuntos del país vecino fue la relacionada con el problema de los títulos de propiedad en los territorios adquiridos por los Estados Unidos, después de la guerra con México. El senador de California intervino de manera tan decisiva que la ley que se promulgó al respecto -en 1851- lleva su nombre.

La Ley Gwin obligaba a los propietarios a presentar en revisión sus títulos ante una Junta de tres comisionados. Establecía que los propietarios que tuvieran su documentación en regla podrían conservar sus propiedades y que aquel que no aceptase el fallo de la Junta podría apelar ante la Corte del Distrito o la Suprema Corte de Justicia de la Nación.<sup>11</sup>

La Ley Gwin contrariaba el Tratado de Guadalupe-Hidalgo. Este había garantizado las propiedades existentes en los territorios conquistados y el nuevo ordenamiento prácticamente aseguraba su despojo. Aunque la mayoría de las veces la Junta falló a favor de los dueños originales, mexicanos, lo cierto es que éstos terminaron por arruinarse ante los largos trámites o las complicaciones que surgían por la pérdida o carencia de documentos, o ante los grandes recorridos que tenían que emprender para llegar a los tribunales, los gastos ocasionados por los juicios o los altísimos honorarios de los abogados -hombres de pocos escrúpulos- que aprovechaban la situación para quedarse con sus tierras más valiosas.<sup>12</sup>

Con frecuencia las cosas se complicaron todavía más para los primitivos terratenientes. Mientras los tribunales discutían la validez de los títulos, grupos de norteamericanos, seguros de vencer a los mexicanos, invadían las propiedades y levantaban cercas para sembrar o criar ganado. Cuando el veredicto favoreció a los mexicanos, los norteamericanos se resistieron violentamente a su expulsión en no pocas ocasiones y presionaron políticamente a los jurados, legislaturas y se-

13  
 nadores. Gwin, por ejemplo, consideraba que los invasores  
 eran "pobres desposeídos cuyos intereses debían tenerse en  
 cuenta..."<sup>14</sup> Presentó ante el Senado un proyecto de ley -recha-  
 zado a la postre- por el cual los propietarios debían entre-  
 gar ochenta acres de tierras a los invasores y recibir en com  
pensación ochenta acres de tierras públicas. Lo que buscaba,  
 en realidad, era conservar los votos que lo habían llevado al  
 Senado.<sup>15</sup>

Gwin presidió por varios años el comité senatorial  
 encargado de estudiar la construcción de un ferrocarril trans-  
 continental. Reunió información sobre las posibles rutas y  
 llegó a la conclusión -movido por sus simpatías- de que la  
 ruta más recomendable era la que cruzaba por el Sur. El único  
 inconveniente que ofrecía este trayecto era el de atravesar  
 territorio mexicano; empero, la dificultad se solucionó a  
 través del Tratado de la Mesilla, por el cual México vendió a  
 los Estados Unidos parte del noroeste.<sup>16</sup>

El Senado norteamericano<sup>17</sup> discutió ampliamente la  
 ratificación del tratado. Gwin había estudiado la región y  
 conocía su riqueza, así que abogó por ampliar la compra de  
 territorio e incluir en ella a todos los estados mexicanos  
 dentro de una zona que se extendiese de treinta millas al  
 sur de Mazatlán a treinta millas al sur del río Bravo. La am-  
 biciosa propuesta no tuvo éxito, mas Gwin no se dio por ven-  
 cido e hizo otras proposiciones que, finalmente, también fra-  
 casaron.<sup>18</sup> El senador quedó tan descontento con los límites

aceptados que, cuando fueron puestos a votación, se negó a  
<sup>19</sup>  
 votar a favor del tratado.

Como senador por California, Gwin estuvo indudablemente bien informado de todas las expediciones de filibusteros que se organizaron para explotar Sonora, teniendo San Francisco como base de operaciones. Si no las favoreció de una manera abierta, al menos explicaba en forma benévola los motivos que impulsaban a los piratas. Durante las negociaciones para la firma del Tratado de la Mesilla, la cláusula en la que se asentaba que los gobiernos mexicano y norteamericano debían cooperar en contra de dichas expediciones, fue su-  
<sup>20</sup>  
 primida a instancias suyas.

El senador manifestó un gran interés por la expedi-  
<sup>21</sup>  
 ción de Raousset-Boulbon. En un principio (1852-1853) se preocupó por "el informe de que estos franceses habían tomado posesión de Sonora con la intención de conservarla 'como una  
<sup>22</sup>  
 provincia del Imperio Francés'", aunque luego (1854) -el senador asistió a los preparativos de la segunda expedición de Raousset-Boulbon- "se había lisonjeado, según parece, con la idea de poder volver a empezar más tarde esta empresa por su  
<sup>23</sup>  
 propia cuenta" y había proclamado en Washington que Sonora y Baja California pronto estarían "'comprendidas dentro de los  
<sup>24</sup>  
 límites de la Unión'".

Durante los años siguientes, Gwin siguió favoreciendo el expansionismo norteamericano. En 1858, por ejemplo, apoyó fervientemente la propuesta del senador Sam Houston en el

sentido de investigar la conveniencia de establecer un pro-  
tectorado sobre México y los estados centroamericanos.<sup>25</sup>

En 1859, Gwin se reunió en varias ocasiones con los capitanes Whiting y Stone quienes, después de ser expulsados de Sonora,<sup>26</sup> habían viajado a Washington en busca de ayuda. Desearían que su gobierno les proporcionara la protección necesaria para proseguir su trabajo de medición. Gwin les consiguió una entrevista con el presidente Buchanan. El capitán Stone aseguró que si mil dragones y un parque de artillería desembarcaban en Guaymas y viajaban hasta la ciudad de Arizpe, la compañía de medición obtendría la suficiente protección. Stone afirmó, además, que dicho "puesto militar sería el núcleo de un establecimiento minero y desde allí, en unos pocos meses, miles de robustos y emprendedores mineros ocuparían la región, se apoderarían de los bienes de los indios y harían que la población de esa parte de Sonora creciera tan rápidamente como lo había hecho la de California". Añadió que convenía a los Estados Unidos contar en Sonora con "una población civilizada y valiente". De otra manera no se podría cumplir con la cláusula del Tratado de La Mesilla por la que el gobierno norteamericano se había comprometido a proteger a México de las tribus merodeadoras de indios. Aparentemente convencido por estas razones, Buchanan dio órdenes para que el general Scott, en ese momento estacionado en San Francisco, se trasladara a Guaymas. A las veinticuatro horas, sin embargo, Gwin tuvo una gran desilusión: Buchanan revocó la orden y

27

"nada pudo inducirlo a renoverla."

Durante los años que permaneció en el Senado, Gwin tuvo varias ocasiones de investigar la historia de Sonora y de Chihuahua.<sup>28</sup> Supo así que los españoles habían descubierto en aquellas regiones "minas de riqueza fabulosa, especialmente de plata y que las habían explotado con éxito". Una anécdota le impresionaba sobremanera, la de una mina que había "producido una pieza de plata sólida con un valor de \$4, 700, que fue enviada como regalo al Rey de España". Lamentaba que los indios hubieran reconquistado la región más de ciento treinta años antes y que, desde entonces, las minas estuviesen abandonadas.<sup>29</sup>

Stone y Whiting ayudaron a Gwin a aumentar sus conocimientos sobre el noroeste mexicano, lo informaron sobre la gran riqueza mineral y agrícola de la región, "superior incluso a la de California..." El senador supo en poco tiempo que muchos pueblos y ciudades estaban abandonados, que los indios que merodeaban por ellos eran hostiles y salvajes y que el gobierno mexicano se encontraba desorganizado y en condiciones de gran debilidad.<sup>30</sup>

Congruente con su formación sureña, Gwin apoyó al grupo esclavista a lo largo del conflicto que culminó con la Guerra de Secesión. En diciembre de 1859 declaró en el Senado que los estados esclavistas podrían establecer un gobierno independiente y que California los apoyaría en caso de que se separaran.<sup>31</sup> Si alguna vez manifestó su deseo de que la

Unión fuera "'imperecedera'",<sup>32</sup> creía en el fondo que los estados del Sur terminarían por independizarse y que los seguirían los estados fronterizos. Suponía que se formarían dos repúblicas, la del Norte y la del Sur, y posiblemente con el tiempo una tercera república que materializaría uno de sus antiguos proyectos: el de una República del Pacífico, cuyos límites orientales serían la Sierra Madre y las Montañas Rocallosas.<sup>33</sup>

Gwin terminó su carrera política en el Senado norteamericano en el mes de marzo de 1861. No fue reelecto, entre otras razones, porque los californianos no favorecían -como él- la separación entre el Norte y el Sur, ni tampoco aprobaban el proyecto de formar una tercera república.<sup>34</sup>

Regresó a California en los momentos en que estallaba la Guerra de Secesión. Al enterarse de las noticias, el ex-senador decidió regresar al este y se embarcó de inmediato en el vapor "Orizaba" que hacía el trayecto entre San Francisco y Panamá. Para su desgracia en el mismo barco viajaban tropas norteamericanas al mando del general Sumner. Este, al descubrir que Gwin era partidario del Sur, lo arrestó bajo sospecha de deslealtad. Gwin no se conformó. Al llegar al Istmo de Panamá, solicitó su libertad a las autoridades locales; Sumner no sólo se negó a entregar al prisionero, sino que lo embarcó nuevamente y lo llevó a Nueva York, donde fue encarcelado en el fuerte Lafayette. Llevaba consigo documentos que expresaban su deseo de anexar Baja California, Sonora y Chihua-<sup>35</sup>

36  
hua a los Estados Confederados. Sin embargo, el gobierno de Lincoln consideró que no existía fundamento suficiente para la acusación de traición. Después de casi un mes de prisión,  
37  
Gwin fue puesto en libertad.

El antiguo senador por California salió de la cárcel para encontrarse con que la Guerra Civil había trastornado en exceso su existencia y sus ideas. Sureño por nacimiento, posición social y simpatías, dueño de una gran plantación y de numerosos esclavos en Mississippi, Gwin tenía valiosas propiedades en un estado "norteno": California, pero además, aunque estaba seguro de que la Unión ya no existía, de algún modo sentía cariño por ella. No en vano había ocupado un  
38  
puesto en el Senado durante once años, cargo del que Gwin se sentía realmente orgulloso. Posteriormente escribiría a su hermano: "Nada puede ser tan importante como lo que yo he sido, como senador, en el más grande cuerpo de la nación más grande de la tierra"  
39

Con intereses en el Norte y en el Sur, Gwin prefirió abandonar los Estados Unidos. Después de una breve estancia en el Sur, para arreglar sus asuntos de negocios, viajó a Fran  
40  
cia donde se reunió con su familia a fines de 1863.

Napoleón III encontró en el ex-senador Gwin, no sólo a un colaborador para sus proyectos, sino a un hombre dispuesto a participar personalmente en la colonización y explotación del noroeste mexicano y a encabezar una empresa con la que Francia podría obtener mucho -cuando menos, los recursos

suficientes para cubrir la garantía del pago de sus deudas.

Desgraciadamente, los antecedentes de Gwin no lo acreditaban como al dirigente más apropiado para el proyecto sonoreense. Ciertamente es que tenía algunos conocimientos sobre la región, mas esto no bastaba para confiarle el puesto. Su actuación a favor de sus compatriotas y en contra de los propietarios mexicanos que luchaban por conservar sus tierras en California; sus propuestas para ampliar la compra de territorio durante las discusiones para ratificar el Tratado de la Mesilla; su interés y simpatía por las expediciones filibusteras; su apoyo a la política expansionista del senador Houston y a la demanda de ayuda militar hecha por los capitanes Whiting y Stone; su sueño de construir una república del Pacífico; sus intereses sureños y esclavistas, todo, en fin, lo señalaba como a un firme defensor de la expansión norteamericana, capaz, sin duda, de emplear la fuerza en caso necesario.

Napoleón III, que pretendía levantar en México un dique a la expansión norteamericana, podía haber comprendido que el ex-senador Gwin constituía una amenaza para sus proyectos. Al permitirle participar en ellos, el emperador francés iba a demostrar una vez más la poca consistencia de los ideales con que se había lanzado a México.

B) El "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua".

Gwin estableció su residencia en París, donde pronto se cansó de la vida ociosa. Sentía deseos de reconstruir su fortuna personal -arruinada por la Guerra Civil- y de dirigir sus energías hacia una empresa importante. Fue entonces cuando concibió y se comprometió en el llamado proyecto de Sonora: un ambicioso plan de colonización para explotar las minas y el suelo del noroeste de México.<sup>42</sup>

En París, Gwin hizo amistad con el duque de Morny, un aliado poderoso para sus planes. Morny, interesado desde tiempo antes en el noroeste mexicano y dispuesto a utilizar cualquier recurso para controlar la región, se sintió atraído por las descripciones de Gwin y ofreció su colaboración. Se acordó que primero se establecería en Sonora una colonia dirigida por el norteamericano, después de lo cual el duque, como "'socio silencioso'", proporcionaría el capital necesario para trabajar las minas, construir ferrocarriles e inaugurar líneas de vapores. Morny recomendó encarecidamente el proyecto a Napoleón III; pensaba que si tenía éxito, no sólo él se enriquecería enormemente, sino que con el ingreso derivado de la nueva colonia, Francia podría cubrir en cierta medida el costo de la expedición mexicana.<sup>43</sup>  
<sup>44</sup>

Gwin conoció también al marqués de Montholon, recientemente nombrado embajador de Francia en México. Con él habló varias veces acerca de las excelentes posibilidades de desarro-

llar los recursos mineros del norte de México. Animado, el  
45  
marqués decidió ayudarlo.

Con el apoyo de estos dos personajes, Gwin fue recibido rápidamente por Napoleón III: sostuvo con él varias conversaciones y encontró a un escucha atento, dispuesto a tomar notas, a consultar mapas militares o geológicos, interesado en cada parte del plan y listo para hacer cualquier sugerencia que pudiera aclararlo. A lo largo de las reuniones, Gwin informó ampliamente al emperador sobre la historia de Sonora y Chihuahua. Aseguró que en el noroeste de México había minas valiosas, cuyas riquezas inexploradas describió en forma brillante. Planteó la posibilidad de establecer en la región una población minera, que crecería, según él, tan rápidamente como la de California. Propuso que la colonización se efectuara con familias de confederados y pidió que, para convencerlos, un ejército francés garantizase su seguridad. Insistió en que la inmigración confederada sería conveniente para el Imperio Mexicano; se contaría con ciudadanos leales, dispuestos a defender una frontera que, sin defensas, corría el peligro de ser invadida por los soldados licenciados del ejército del Norte, cuyos últimos triunfos presagiaban el fin  
46  
de la Guerra de Secesión y el triunfo definitivo de la Unión.

Napoleón III había encontrado en Gwin al jefe que necesitaban sus "proyectos sonorenses". En consecuencia, el emperador no sólo aceptó sus propuestas, sino que le pidió que se entrevistara con Fould, el ministro de Hacienda. Gwin

así lo hizo. Trató además el asunto con otros personajes influyentes y, a instancias de Drouyn de Lhuys, el ministro de Asuntos Extranjeros, envió a Napoleón III un memorando en el que esbozaba un plan de colonización de Sonora y Chihuahua y sugería la manera de realizarlo con seguridad y rapidez. El emperador, favorablemente impresionado por el documento, solicitó que elaborara un plan más formal, mismo que, junto con unas notas explicativas, presentó al gobierno francés en el mes de marzo de 1864.

El "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua" sugería la creación, por decreto imperial, de un Departamento militar que recibiría el nombre de "Departamento Minero del Norte de México". Su territorio debía extenderse por el este de Sonora y el oeste de Chihuahua y excluiría, en la medida de lo posible, las tierras ocupadas por población mexicana.

La administración del Departamento quedaría integrada por un Director en Jefe de Colonización y Minas, por un Ensayador, un Comisario Extraordinario y un Consejo Técnico supervisado por un Ingeniero en Jefe. El responsable del gobierno sería el Director, que aplicaría a su juicio los códigos municipales y militares. La vigencia de la ley militar sería factor indispensable para mantener el orden entre los colonos y para controlar a los audaces que nunca faltaban en la colonización de la regiones ricas en minas.

Gwin pensaba que el nuevo Departamento debía contar con la protección del ejército francés. Solicitaba, como lo

había hecho el capitán Stone cuatro años antes, una tropa de caballería de mil hombres y una batería de artillería de montaña. Sugería que tropas y armas se embarcaran en San Blas o en Manzanillo y desembarcasen en Guaymas, sitio en el cual los jinetes podrían montar los veloces y resistentes potros de la región. En el caso de que las tropas que se destinaran al noroeste fuesen tomadas entre las que perseguían a Benito Juárez, Gwin proponía que viajaran hasta Chihuahua, y de ahí, a través de las montañas, llegasen a Sonora. De esta manera cruzarían una parte importante de Chihuahua, donde su presencia sería muy benéfica.

El ex-senador de California creía que este pequeño ejército sería suficiente para apoderarse de la región, evitar las hostilidades de los indios o eliminarlos en caso necesario. Los mil hombres constituirían el núcleo de la futura colonia. Pedía que fuesen los mejores soldados que Francia pudiera tener en México, ya que la riqueza de las minas sería una tentación tan grande para ellos que, fácilmente, podrían desertar o insubordinarse. A fin de evitarlo, proponía dividirlos en tres cuerpos que cambiarían de labor cada seis meses: mientras un grupo trabajaba en las minas, los otros dos servirían en tareas de campamento y participarían en expediciones militares. Con lo que obtuviesen de la explotación minera, se formaría un fondo común que se distribuiría pro rata entre los soldados. De tal manera, comentaba Gwin con entusiasmo, cada soldado sería un hombre rico al terminar su servicio mi-

52  
litar.

El norteamericano preveía el establecimiento de un tribunal que juzgase sobre las reclamaciones de tierras y minas concedidas por gobiernos anteriores. Creía que estas reclamaciones carecían de validez por la ocupación indígena de la región, pero que era al tribunal al que competía decidirlo y que, aquella que lo ameritase, podría ser pagada con fondos del tesoro imperial. Todas las concesiones otorgadas después del desembarco aliado en Veracruz, quedarían anuladas. El senador consideraba muy importante evitar que las reclamaciones, en su mayoría con más de cien años de existencia, retrasaran o evitaran la colonización. Convenía que los inmigrantes que llegaran a Sonora y Chihuahua pudiesen ocupar las tierras cultivables y las minas abandonadas sin temor a futuros litigios por su propiedad.<sup>53</sup>

El preveía que todas las tierras cultivables y sin dueño que hubiese en el departamento se declarasen propiedad imperial y se abrieran a la colonización. Debía darse preferencia a los primeros inmigrantes que llegasen; se les permitía adquirir un máximo de 160 acres.<sup>54</sup> El título de propiedad se entregaría después de dos años consecutivos de ocupar y cultivar una parte del terreno, de pagar \$1.25 por acre y de jurar fidelidad al emperador mexicano.<sup>55</sup>

Gwin afirmaba que la región de Sonora y Chihuahua podía considerarse una de las más ricas en minerales del continente americano. Por tanto, su plan reglamentaba también

la explotación minera. Estimaba que las minas ya denunciadas, pero no ocupadas y trabajadas en la fecha del decreto, pudiesen denunciarse otra vez por el primero que llegase. Estipulaba que el tesoro imperial recibiría en forma de lingotes un impuesto del 6% de la producción total de oro y plata. Se sugería el establecimiento de oficinas de ensaye, cuyas principales funciones serían las de recoger toda la producción minera, examinar su calidad, cobrar el 6% del gobierno y pagar a los dueños de las minas el valor correspondiente a su depósito, en moneda nacional. De esta manera, podía asegurarse una fuerte reserva de capital.<sup>56</sup>

Para lograr la permanencia del Imperio Mexicano, apuntaba el norteamericano, era importante desarrollar sus "inmensos recursos mineros y agrícolas" y convertirlo en "uno de los más prósperos Imperios del mundo", lo que significaba necesariamente fomentar la colonización.<sup>57</sup> Así, en su plan proponía invitar al nuevo Departamento, mediante incentivos especiales, a colonos de los distritos mineros de los Estados Unidos, región donde Gwin era muy conocido; esto permitiría formar una colonia que enriquecería y fortalecería al Imperio. Los compatriotas del ex-senador serían los pioneros de una gran inmigración, procedente de Canadá, Francia, Alemania, España y de América del Sur. Los inmigrantes llegarían atraídos por la gran riqueza de las minas, por la facilidad de acceso y por la rapidez con que podrían tener dispuestas provisiones, maquinaria minera y cuanto necesitasen.<sup>58</sup>

La colonización del noroeste beneficiaría en mucho al Imperio. Sonora y Chihuahua llegarían a estar habitados por "una población robusta y vigorosa" a la que los mexicanos no debían temer. Los recién llegados no sólo desarrollarían los recursos naturales, sino que lograrían decuplicar el precio de sus propiedades y acabar con la hostilidad de los indios que, durante años, habían sido el azote de la región. Las ventajas comerciales y financieras también llegarían a ser enormes. El tesoro imperial recaudaría los derechos mineros y los de aduanas de la maquinaria y las provisiones importadas. Sobre la base de estos ingresos, el gobierno podría negociar un empréstito con el que alcanzaría a pagar a Francia lo que le debía y consolidaría, además, en términos favorables, la deuda total del Imperio.<sup>59</sup>  
<sup>60</sup>

Desde un punto de vista estratégico, la colonización del noroeste serviría para proteger el territorio "más débil, más expuesto y con más probabilidades de ser asaltado" del Imperio entero y constituiría una barrera inexpugnable contra cualquier agresión. Gwin insistía en la urgencia de la colonización. En cuanto terminara la Guerra de Secesión, miles de soldados licenciados caerían sobre la región, sojuzgarían a los indios y se la arrebatarían a México para siempre, sin que ningún ejército mexicano pudiera recuperarla jamás. Era indispensable que la región fuese ocupada por inmigrantes -en los que el Emperador debería confiar- que no pretendieran dirigir el Imperio, sino ser parte de él y que, como parte in-

teresada, defendiesen aquellas provincias de los indios, de los invasores de dos ejércitos cesantes y de los ataques de naciones extranjeras.<sup>62</sup>

El "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua" fue discutido, punto por punto, en un consejo del gabinete de Napoleón III y aprobado como la política que tendría que adoptar el Emperador mexicano, Napoleón III lo prefirió al del ministro Fould, quien proponía otorgar amplios monopolios mineros a grandes corporaciones francesas para el desarrollo y colonización de la región.<sup>63</sup> Se nombró a Gwin director del proyecto, ya que se consideró que sus antiguas relaciones políticas le permitirían persuadir a sus partidarios de California -mineros y con simpatías sureñas- para que viajaran al noroeste de México.<sup>64</sup>

Para el norteamericano la aprobación del plan se convirtió en la posibilidad de ver realizadas sus ambiciones -por supuesto, algunas de ellas no expresadas claramente en el texto del proyecto. Gwin podía reconstruir ahora su fortuna personal.<sup>65</sup> "Intento, manifestó, hacer lo contrario de lo que hice en California. Fui ahí con la determinación, no de hacer dinero, sino de dedicar todas mis energías a obtener y mantener un poder político. Ahora voy por dinero y me olvidaré del poder".<sup>66</sup>

Gwin quería explotar las minas del noroeste de México y poner los cimientos de un gran imperio comercial. Soñaba con un ferrocarril que comunicase Mazatlán con la boca

del Río del Norte y que conectara con los ferrocarriles texanos, con los puertos del norte y del sur. De esta manera se obtendría el monopolio del tránsito comercial de China, Japón y las Indias Orientales con América del Norte, América del Sur y Europa.<sup>67</sup> También deseaba dedicarse al "'gran trabajo'" de poblar "'la región minera más rica del mundo'", con inmigrantes de todas las regiones de los Estados Unidos, en especial de la costa del Pacífico, a los que seguiría una amplia<sup>68</sup> inmigración mundial.

El antiguo senador no pretendía que el nuevo departamento pasase a ser propiedad de los Estados Unidos. En los documentos relacionados con su proyecto, aseguraba claramente que formaría parte del Imperio Mexicano. Negó al embajador de Francia en Washington que la colonización nortamericana de la región significase algún peligro: ni los inmigrantes se rebelarían contra el gobierno ni intentarían anexar Sonora a su país de origen. Tampoco creía posible que California y los estados vecinos se separasen de la Unión, formasen un gobierno independiente y se quedaran con Sonora. Sin embargo, el norteamericano no mencionó la posibilidad de que en el futuro se presentasen acontecimientos que él no pudiera controlar y que podrían culminar con la pérdida del territorio. Pensaba que, tal vez, con el triunfo del Norte en la Guerra de Secesión, el nuevo departamento se incorporaría a la Unión. Pero que, si triunfaba el Sur, sería posible formar una República del Pacífico a la que se unirían los estados mexicanos del

69  
norte.

Pese a las simpatías de Gwin por los confederados, el proyecto no constituía una amenaza contra el gobierno norteamericano. El mismo Napoleón III le había aconsejado que se abstuviese de intentar cualquier conexión con la Guerra Civil y que no favoreciera a ninguno de los grupos en pugna. Por otra parte, sus propuestas satisfacían sin duda a los jefes sureños. Era evidente que la fundación de una colonia francesa en el norte de México podía desembocar en un conflicto entre Francia y la Unión; la Confederación podría obtener así la importante ayuda militar y el no menos valioso reconoci-<sup>70</sup> miento diplomático del gobierno de Napoleón III.

De hecho, el plan aceptado por Napoleón III era irrealizable: partía de supuestos no comprobados -la leyenda de la riqueza de Sonora, la buena voluntad de los inmigrantes confederados-, mencionaba pocos obstáculos -la ambición de los colonos y de los soldados, la hostilidad de los indios-, sugería soluciones simplistas -organización, un pequeño ejército, eliminación de los nativos- y proponía objetivos ambiciosos -desarrollo extraordinario de los recursos naturales, fortalecimiento de las finanzas, pago de las deudas, fin de las agresiones norteamericanas-, difíciles de llevar a cabo.

El plan, además, implicaba riesgos considerables. Los antecedentes de Gwin no lo acreditaban como un jefe adecuado para dirigir la explotación y poblamiento del noroeste de México. La presencia de un ejército francés en Sonora y

Chihuahua podía terminar en una guerra con los Estados Unidos. La colonización del territorio con inmigrantes norteamericanos abría la puerta a una posible repetición de la historia de Texas. El más perjudicado sería el Imperio Mexicano; una vez más, perdería una parte importante de su territorio. Napoleón III, preocupado por las dificultades de la aventura mexicana e interesado sobremanera en cubrir los gastos, traicionaba de nuevo, al intervenir en México, una de sus metas: aquélla en la que mencionaba la urgencia de detener la expansión de los Estados Unidos.

C) La desconfianza de Maximiliano.

El éxito del plan de Gwin no dependía solamente de Napoleón III, sino también del archiduque Fernando Maximiliano de Austria quien, en octubre de 1863, había aceptado provisionalmente la corona del Imperio Mexicano. Para aceptar definitivamente, el archiduque pidió que la nación lo apoyase y que se garantizara la independencia y la integridad del Imperio. En febrero del año siguiente, las numerosas cartas de adhesión que llegaban a México le permitieron creer que la nación mexicana adoptaba la monarquía y lo llamaba al trono.  
72

Pronto Gwin intentó ganar el apoyo del archiduque austríaco. Desde octubre pidió a Gutiérrez de Estrada, uno de los conservadores mexicanos más relacionados con el Imperio,  
73 que lo recomendase a Maximiliano. Gutiérrez de Estrada, "alucinado sin duda con la idea de llevar a México enemigos de los Estados Unidos y una raza enérgica",  
74 envió a Miramar un memorando de Gwin sobre el plan de colonización de Sonora y Chihuahua, en el que el norteamericano explicaba los motivos de su interés por aquellos estados, insistía en que las minas podían explotarse fácilmente y la región colonizarse con rapidez, a la vez que indicaba la necesidad de proteger la frontera norte contra los designios de los Estados Unidos y los ataques de los indios salvajes.  
75 Gutiérrez de Estrada consideraba que, aunque el plan de Gwin causaba una primera im-

presión "'alarmante'", merecía en realidad un examen cuidadoso. Comentaba a Maximiliano que Gwin era un "'auténtico pionero'" que contaba con la ayuda de varios generales confederados y que, en el fondo, muchos sureños eran monárquicos.<sup>76</sup>

A pesar de las recomendaciones, el memorando no agradó a Maximiliano; de inmediato, el austríaco sintió desconfianza hacia Gwin. Al margen de la comunicación de Gutiérrez de Estrada y escrito con lápiz, el archiduque anotó que Gwin era un "'pionero a favor del Sur'" y que los confederados, a los que no deseaba como súbditos, habían sido siempre, y siempre serían, "'los enemigos jurados de México, sea cual fuere su forma de gobierno"<sup>77</sup>.

En el mes de noviembre, Gwin comunicó su proyecto a Francisco de Paula Arrangoiz, otro de los conservadores mexicanos. Arrangoiz, en lugar de recomendarlo a Maximiliano, le escribió "manifestándole que no se debía conceder lo que pedía Mr. Gwin ni a él ni a ningún otro extranjero, y menos de los Estados Unidos..."<sup>78</sup> Envió además otro plan que, aunque era tan poco práctico como el del ex-senador, debió impresionar al archiduque, quien no dejó de tomar en cuenta las adver-<sup>79</sup>tencias del mexicano contra el norteamericano.

Pese a la desconfianza de Maximiliano, Gwin tuvo la oportunidad de entrevistarse con él en las Tullerías, en el mes de marzo, cuando el archiduque viajó a París para tratar con Napoleón acerca de las garantías que consideraba indis-

pensables para viajar a México. Fue el mismo Napoleón III quien intercedió a favor del antiguo senador de California y pidió al archiduque que adoptara el plan del norteamericano como uno de sus programas de gobierno. Maximiliano, obligado a complacer al emperador francés, concedió la entrevista. Después de informarse de todos los detalles, aprobó el proyecto y comentó que la inmigración norteamericana reforzaría la región más débil del Imperio Mexicano. Pidió a Gwin que personalmente dirigiera el plan y el norteamericano, alentado por la respuesta de Maximiliano, decidió viajar a México.<sup>80</sup>

Sin embargo, Maximiliano no tenía la menor intención de perder, ni provisional ni definitivamente, la soberanía de una región de su futuro Imperio. Napoleón III se dió cuenta de ello durante las conferencias en las que se discutieron los artículos del Tratado de Miramar. Maximiliano hizo a Francia una serie de generosas concesiones, que en realidad significaban una catástrofe financiera para México: se comprometió, entre otras cosas, a pagar 270 millones de francos como gastos de la expedición francesa hasta el 1o. de julio de 1864; a entregar, después de esta fecha, mil francos anuales por cada soldado que Napoleón III tuviera en México; a cubrir un interés del 6% anual sobre un préstamo de más de 200 millones de francos que se conseguirían en Europa; a indemnizar a aquellos franceses residentes en México, cuyos<sup>81</sup> daños y perjuicios habían sido el pretexto de la expedición.

Maximiliano se comprometió incluso a ratificar las

medidas tomadas por la Regencia y por el general en jefe del ejército francés, pero se negó terminantemente a aprobar una cláusula que, basada en el tratado firmado en México entre el marqués de Montholon y la Regencia, reservaba al gobierno francés el derecho de explotación de las minas no denunciadas o no explotadas de Sonora; lo autorizaba a dar concesiones a compañías particulares -como la del senador Gwin- y a mantener en la región tropas que luego serían sustituidas por fuerzas organizadas por las compañías; y le permitía quedarse con la participación que se diera a México por la explotación de las minas, como pago de los gastos de guerra franceses hechos durante los años 1862 y 1863. Maximiliano no quería empear su gobierno cediendo una provincia de su Imperio a Francia y aseguró al gobierno francés "que dejaría más bien de venir a México que firmar tal estipulación..."

La negativa de Maximiliano ha suscitado comentarios muy diversos entre los historiadores de la intervención francesa en México. Para el capitán Blanchot Maximiliano debió aceptar las propuestas de Napoleón III ya que le daban la oportunidad de reducir las cargas económicas contraídas en el Tratado de Miramar y de impedir que Juárez otorgara las minas a norteamericanos. Al rechazarlas, Maximiliano contribuyó al "lúgubre fin de su imperio..." En Napoleón III y México, Alfred y Kathryn Hanna consideraron que la actitud de Maximiliano fue inexplicable. No sólo acababa de suscribir una deuda terrible para su imperio, escribieron, sino que se negaba

a aceptar "lo que parecía por el momento la forma más rápida de descubrir nuevas riquezas"<sup>87</sup>. James Shields, autor de "Sonora y los franceses" y de Inmigración y colonización durante el segundo imperio mexicano afirmó que Maximiliano se había negado a firmar la cláusula sonorensis porque tenía la intención de quedar libre para negociar la concesión con los franceses, si después quería hacerlo. Por su parte, en su Histoire du Mexique, Emmanuel Domenech justificó al futuro emperador Maximiliano, como algunos presidentes mexicanos, escribió Domenech, pudo haber cedido a Francia una parte de México. La cesión le habría facilitado las cosas, pues habría obtenido dinero para pagar las reclamaciones francesas,<sup>88</sup> mas si se negó fue porque "tal abandono no podía más que echar un velo desfavorable sobre el nuevo imperio; el archiduque debía por lo tanto mantener la integridad del territorio mexicano..."<sup>89</sup>

La negativa de Maximiliano disgustó a Napoleón III. La obtención de la concesión sonorensis era una forma de calmar a la opinión pública francesa, cada vez más inquieta por la expedición mexicana. Hubo de ceder frente al archiduque, ya que, antes que otra cosa, deseaba su aceptación definitiva. Empero, no abandonó el proyecto. Había de insistir en cuanto Maximiliano fuese emperador y necesitare dinero para pagar la deuda francesa. Pronto tuvo ocasión de presionarlo. El 28 de marzo, Napoleón III le notificó que habían surgido dificultades para el empréstito entre los financieros ingleses y que Fould, el ministro de Hacienda, consideraba de la

mayor importancia que aceptase las propuestas de Gwin.<sup>91</sup>

Drouyn de Lhuys, el ministro de Asuntos Extranjeros, también estaba persuadido sobre la conveniencia de obtener la garantía sonorenses. Pensaba que la explotación de las minas en el noroeste de México beneficiaría no sólo a Francia, sino también al nuevo Imperio, el cual, de tal manera, podría liberarse de las deudas francesas y desarrollar sus riquezas naturales. En consecuencia giró a Montholon, su embajador en México, instrucciones para renovar la propuesta ante Maximiliano o sus ministros y manifestar la gran importancia que el asunto investía para el gobierno de Napoleón III.<sup>92</sup>

Drouyn de Lhuys entregó, por otra parte, una copia del "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua" a José Manuel Hidalgo, quien había sido nombrado representante de Maximiliano en París, y le explicó "'repetidas veces'" que no se trataba de una recomendación, sino del deseo de que el gobierno mexicano "'tuviese conocimiento de ello y supiese a qué atenerse'"<sup>93</sup>. Hidalgo, pese a que aprobaba con entusiasmo la idea de otorgar la concesión sonorenses a Francia,<sup>94</sup> encontró que el proyecto de Gwin contenía "'proposiciones... inadmisibles para México...'"<sup>95</sup> Se lo envió a José Miguel Arroyo, ministro de Relaciones Exteriores de la Regencia, mas le comunicó al mismo tiempo su desconfianza tanto sobre los americanos del Norte como sobre los del Sur y aconsejó que una tropa bien escogida vigilase la frontera con los segundos.<sup>96</sup> Le preocupaba que Gwin confundiese "la benevolencia de Drouyn de Lhuys con

un apoyo..." y, aunque las personas que conocían al ex-senador le habían asegurado que obraba de buena fe, se opuso a la colonización norteamericana de Sonora, ya que temía la repetición del "levantamiento criminal de Texas".<sup>97</sup>

El nuevo emperador mexicano había salido de Miramar el 14 de abril de 1864. Recibió el despacho de su representante en Francia al llegar a Veracruz, a fines de mayo. No había cambiado de opinión respecto a la concesión sonoreense. En una carta breve, en la que no se hacía más que dar largas al asunto, informó a Hidalgo -para que lo comunicara a Drouyn de Lhuys- que el plan de Gwin había sido especialmente recomendado a la Secretaría de Fomento y que había solicitado un informe sobre la materia.<sup>98</sup> Sin embargo, su posición era tan firme en este asunto que, a los pocos días de haber llegado a la ciudad de México, destituyó a José Miguel Arroyo,<sup>99</sup> pues "se había prestado a firmar con el Ministro francés el tratado relativo a Sonora."<sup>100</sup>

La concesión sonoreense había adquirido una alta prioridad en el gobierno francés. Por medio de ella podría tranquilizarse a la preocupada opinión pública, quizá se garantizase el pago de las deudas y se lograra, en suma, evitar que el final de la expedición fuera un completo fracaso. Pese a ello, Maximiliano no comprendió lo que la concesión significaba para el emperador galo y mantuvo su oposición al proyecto.<sup>101</sup> El nuevo gobernante mexicano no estaba dispuesto a entregar a Francia la producción de las minas del noroeste de

su país. Tampoco estaba dispuesto a permitir que las explotase el ex-senador Gwin, por quien sintió siempre gran desconfianza, originada tal vez, en las advertencias de algunos conservadores mexicanos frente a la inmigración norteamericana. Es posible que al rechazar el proyecto de Gwin, Maximiliano haya sido poco realista y perdiese, así, una oportunidad de pagar sus deudas, de atraer capitales, de desarrollar recursos, en fin, de salvar su Imperio... Lo cierto es que Maximiliano se había identificado seriamente con su papel de emperador mexicano y, como tal, se hallaba dispuesto a defender la independencia y la integridad de la nación que había llegado a gobernar.

Notas.

1. McPherson, op. cit., p. 364; Shields, Inmigración..., p. 34; Shields, "Sonora...", p. 342.
2. Hanna, Napoleón III..., p. 10, 145; Allén Johnson y Dumas Malone (ed.), Dictionary of American Biography, under the auspices of the American Council of Learned Societies, 22 v., New York, Charles Scribner's Sons, 1946. mapas, v. 8, p-64; McPherson, ibidem, p. 358; Shields, Inmigración..., p. 34-35; Shields, "Sonora...", p. 343.
3. Gwin a su hermano, [sin lugar y fecha], en Johnson, ibidem, v. 8, p. 65.
4. Gertrude Atherton, California. An Intimate History, revised and enlarged by..., New York, Blue Ribbon Books, Inc., 1935. XII-356 p., ils., p. 164; McPherson, op. cit., p. 348.
5. Atherton, ibidem, p. 166; John Walton Caughey, California, New York, Prentice-Hall, Inc., 1940. XIV-680 p., ils., mapa (Prentice-Hall books on history), p. 334; Johnson, op. cit., v. 8, p. 65; McPherson, ibidem, p. 358; Shields, Inmigración..., p. 34-35; Shields, "Sonora...", p. 342-343.
6. Atherton, ibidem, p. 166-167; Hubert Howe Bancroft, History of California, preface by..., 7 v., San Francisco, A. L. Bancroft & Company, 1884-1890. (The works of Hubert Howe Bancroft, 18-24), v. 6, p. 653-654.
7. Bancroft, ibidem, v. 6, p. 291, 311-312, 654; Caughey, op. cit., p. 334; Hanna, Napoleón III..., p. 10, 145; Johnson, op. cit., v. 8, p. 65; Robert E. Riegel, America moves west, preface by..., 3a. ed., New York, Henri Holt and Company, 1957. XII-660 p., p. 392; Shields, Inmigración..., p. 35; Shields, "Sonora...", p. 343.

8. Coleman, op. cit., v. XVII, p. 502; Johnson, idem.
9. Atherton, op. cit., p. 164.
10. McPherson, op. cit., p. -357-358, 364; Shields, Inmigración ..., p. 35; Shields, "Sonora...", p. 343.
11. Leonard Pitt, The decline of Californios. A social history of the spanish-speaking californians 1846-1890, preface by ..., Berkeley, University of California press, 1966. X [2]-324 p., ils., p. 86; Riegel, op. cit., p. 584-585 Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 265,
12. Atherton, op. cit., p. 128-129; Pitt, ibidem, p. 85, 91; Riegel, idem; Zorrilla, idem.
13. Zorrilla, ibidem, v. 1, p. 268.
14. Ibidem, v. 1, p. 265.
15. Bancroft, op. cit., v. 6, p. 539; Zorrilla, ibidem, v. 1, p. 268.
16. Bancroft, ibidem, v. 6, p. 726, v. 7, p. 519; W. M. Gwin, "Memorandum for the Archduke Maximilian, París, septiembre de 1863, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 499; Riegel, op. cit., p. 469; Shields, Inmigración..., p. 35; Shields, "Sonora...", p. 343.
17. McPherson, op. cit., p. 365; Rippy, op. cit., p. 151; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 352. J. Fred Rippy duda, en su The United States and Mexico (p. 151), que Gwin haya hecho realmente esta propuesta pues, aunque el mismo senador lo afirma en sus memorias, escritas en 1878, no hay ninguna indicación al respecto en el diario de debates del senado.

18. Rippy, idem. Gwin hizo otras proposiciones de límites, el 5 y el 10 de abril de 1854, por las que México debía perder más territorio del que finalmente se determinó, e incluía en ellas la faja de tierra que comunica Sonora y Baja California (idem) con lo que la península quedaba separada del resto de México y hacía más fácil su futura anexión.

El 5 de abril, el senador sugirió que el nuevo límite con México descendiera por la mitad del río Colorado y el Golfo de California hasta el paralelo 31 y, por este paralelo, hasta la intersección con el meridiano 111°; luego, en línea recta, hasta el punto en el que el paralelo 31°, 47' y 30" toca el río Bravo. Esta propuesta fue rechazada, pero el 10 de abril Gwin presentó otra: el nuevo límite comenzaría en la intersección entre el río Bravo y el paralelo 31°, 47' y 30", se dirigiría 150 millas hacia el oeste, luego 30 millas al sur, y después, por una línea recta, hasta llegar a un punto del Golfo de California: a una legua marina al sur del punto más al sur del golfo de Adair. De ahí, el límite correría hasta la mitad del Golfo de California y luego, hacia arriba por el medio del Golfo y del río Colorado, hasta llegar a la frontera acordada en 1848. (idem).

Esta nueva proposición también fue rechazada (idem) y, finalmente, los límites aprobados fueron los señalados en el artículo primero del Tratado de la Mesilla: a partir del punto donde se cruzan el río Bravo y el paralelo 31° 47', se continúan "cien millas en línea recta hacia el oeste; de ahí al sur hasta tocar el paralelo 31° 20'; de este punto al oeste [en] línea recta hasta encontrar el meridiano 111° y de ese lugar en línea recta al noroeste hasta un punto en el río Colorado situado a veinte millas inglesas abajo de su unión con el río Gila; de este punto por medio del río hacia el norte hasta encontrar la frontera establecida entre las dos Californias conforme al Tratado de Guadalupe". Zorrilla, ibidem, v. 1, p. 353.

19. Bancroft, op. cit., v. 6, p. 654, n. 25.
20. Caughey, op. cit., p. 357; McPherson, op. cit., p. 358, 364; Wyllys, op. cit., p. 124; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 356.
21. Vid. infra, p. 22 ss.
22. Congressional Globe, 30 Cong., 2nd. sess., p. 146, en Rippy, op. cit., p. 32.
23. Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 95.
24. Congressional Globe, 33 Cong., 1st. sess., p. 882, en McPherson, op. cit., p. 364-365.
25. El 17 de febrero se pospuso la propuesta de Houston. Algunos meses después, en junio, después de enmendarla -redujo la expansión sólo a México-, la presentó de nuevo al Senado e insistió en que se votara; la votación (16 a favor, 32 en contra) hizo fracasar su proyecto. Acuña, op. cit., p. 58; McPherson, ibidem, p. 357, 359.
26. Vid. supra, p. 60-61.
27. W. M. Gwin, "Memorandum for the Archduke Maximilian", París, septiembre de 1863, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 499-500; ver también W. M. Gwin "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua," París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 505.
28. Por desgracia, tanto las fuentes y datos que el senador empleó en la investigación, como los dos mil volúmenes que reunió durante su permanencia en el Congreso y que estaban guardados en su plantación del río Mississippi, fueron destruidos por el ejército del general Grant durante la Guerra Civil. W. M. Gwin, "Memorandum for the Archduke Maximilian", París, septiembre de 1863, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 499.

29. W. M. Gwin, "Memorandum for the Archduke Maximilian", París, septiembre de 1863, en Coleman, idem y en McPherson, op. cit., p. 365.
  
30. W. M. Gwin, "Memorandum for the Archduke Maximilian", París, septiembre de 1863, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 500.
  
31. El senador sabía que estas aseveraciones no serían bien recibidas por sus electores de California, por eso tuvo buen cuidado de borrar los comentarios comprometedores de su declaración oficial y, cuando se le reclamó más tarde por su afirmación de que California apoyaría al Sur, Gwin negó terminantemente haberla hecho. Atherton, op. cit., p. 241-242; Bancroft, op. cit., v. 7, p. 258-259; Daniel Dawson, The Mexican adventure, preface by..., Londres, G. Bell & Sons LTD, 1935. VIII-434 p., ils., p. 358.
  
32. Congressional Globe, 36 Cong., 1st. sess., p. 1728, en Bancroft, idem y en McPherson, op. cit., p. 385.
  
33. Bancroft, idem; McPherson, idem.
  
34. Atherton, op. cit., p. 263; Bancroft, ibidem, v. 7, p. 265, 272-273.
  
35. Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 606; Hanna, Napoleón III..., p. 10, 145; McPherson, op. cit., p. 366; Romero a su gobierno, Washington, 16 y 24 de noviembre de 1861, en Romero, op. cit., v. 1, p. 598, 606; Shields, Inmigración..., p. 35-36; Shields, "Sonora...", p. 343., Romero a su gobierno, Washington, 16 de noviembre de 1861, en Topete, op. cit., p. 177-178.
  
36. Romero a su gobierno, Washington, 16 de noviembre de 1861, en Romero, idem y en Topete, idem; Rivera, op. cit., v. 1B, p. 632.

37. Hanna, Napoleón III..., p. 10, 145; McPherson, op. cit., p. 366; Shields, Inmigración..., p. 35-36; Shields, "Sonora...", p. 343.
38. Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 606; Dawson, op. cit., p. 335, 358; McPherson, ibidem, p. 357, 366, 383; Rippy, op. cit., p. 247.
39. Gwin a su hermano, [sin lugar], 1º de junio de 1864, en McPherson, ibidem, p. 382.
40. Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 606; McPherson, ibidem, p. 366.
41. McPherson, ibidem, p. 357.
42. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 256; Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 606; Dawson, op. cit., p. 335; McPherson, ibidem, p. 357-358, 366, 383.
43. Vid. supra, p. 66-67.
44. Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 606; McPherson, op. cit., p. 367; Romero a su gobierno, Washington, 20 de marzo de 1865, en Romero, op. cit., v. 5, p. 179; Shields, Inmigración..., p. 36; Shields, "Sonora...", p. 344.
45. Coleman, ibidem, v. XVII, p. 497; Hanna, Napoleón III..., p. 84; McPherson, op. cit., p. 367; Shields, Inmigración..., p. 36-37; Shields, "Sonora...", p. 345.
46. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 256-257, 284; Blumberg, op. cit., p. 11; Gwin a Napoleón III, París, 5 de enero de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 497, 501; Dawson, op. cit., p. 335-336, 358; Hanna, ibidem, p. 10, 145, 149;

- McPherson, idem; Rippy, op. cit., p. 247-248; Shields, Inmigración..., p. 36-37, 69, n. 33; Shields, "Sonora...", p. 345, n. 33; Zamacois, op. cit., v. 16, p. 887, v. 17, p. 966; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 441.
47. Gwin a Napoleón III, París, 5 de enero de 1864, Nota de W. M. Gwin a su "Plan of colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864 y Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 497, 501-502, v. XVIII, p. 596; Dawson, ibidem, p. 358; McPherson, ibidem, p. 367-368; Shields, Inmigración..., p. 37; Shields, "Sonora...", p. 345.
48. W. M. Gwin, "Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua" y "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 502-503; McPherson, ibidem, p. 368; Shields, Inmigración..., p. 37; Shields, "Sonora...", p. 345; W. M. Gwin, "Exposé d'un plan de colonisation dans les Etats de Sonora et Chihuahua", París, marzo de 1864, en Weckmann, op. cit., v. 2, p. 320-321.
49. W. M. Gwin, "Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua" y "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, idem; McPherson, idem; Shields, Inmigración..., p. 38-39; Shields, "Sonora...", p. 347; W. M. Gwin, "Exposé d'un plan de colonisation dans les Etats de Sonora et Chihuahua", París, marzo de 1864, en Weckmann, idem.
50. Vid, supra, p. 150.
51. W. M. Gwin, "Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua" y "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, op. cit.,

- v. XVII, p. 503-504; Shields, Inmigración..., p. 39; Shields, "Sonora...", p. 347; W. M. Gwin, "Exposé d'un plan de colonisation dans les Etats de Sonora et Chihuahua", París, marzo de 1864, en Weckmann, op. cit., v. 2, p. 320-321.
52. Gwin a Napoleón III, París, 5 de enero de 1864 y W. M. Gwin, "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 501, 504; McPherson, op. cit., p. 368; Shields, Inmigración..., p. 39; Shields, "Sonora...", p. 347.
53. W. M. Gwin, "Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua" y "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 503; McPherson, idem; Shields, Inmigración..., p. 37-38; Shields, "Sonora...", p. 346; W. M. Gwin, "Exposé d'un plan de colonisation dans les Etats de Sonora et Chihuahua", París, marzo de 1864, en Weckmann, op. cit., v. 2, p. 320-321.
54. Es interesante señalar que la extensión territorial propuesta por Gwin en su plan era la misma que, nueve años antes, los colonos norteamericanos de California habían pedido que se dejara a los antiguos propietarios residentes en la región. Los colonos habían propuesto quitarles las tierras que excedieran los 160 acres para que así aprendieran, decían, a vivir sin lujos y a "compartir las modestas pero respetables comodidades" de los nuevos granjeros norteamericanos. Pitt, op. cit., p. 87-88.
55. W. M. Gwin, "Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 502; McPherson, op. cit., p. 368; Shields, Inmigración...,

- p. 37-38; Shields, "Sonora...", p. 346; W. M. Gwin, "Exposé d'un plan de colonisation dans les Etats de Sonora et Chihuahua", París, marzo de 1864, en Weckmann, op. cit., v. 2, p. 320-321.
56. Gwin a Napoleón III, París, 5 de enero de 1864, W. M. Gwin, "Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua" y "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 501-503, 505; Hanna, Napoleón III..., p. 145; McPherson, idem; Shields, Inmigración..., p. 38; Shields, "Sonora...", p. 346; W. M. Gwin, "Exposé d'un plan de colonisation dans les Etats de Sonora et Chihuahua", París, marzo de 1864, en Weckmann, idem.
57. W. M. Gwin, "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 505.
58. Gwin a Napoleón III, París, 5 de enero de 1864, W. M. Gwin, "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 501-502, 504-505; Rippey, op. cit., p. 248; Shields, Inmigración..., p. 36, 39; Shields, "Sonora..." p. 344-345, 347; W. M. Gwin, "Exposé d'un plan de colonisation dans les Etats de Sonora et Chihuahua", París, marzo de 1864, en Weckmann, op. cit., v. 2, p. 320-321.
59. Gwin a Napoleón III, París, 5 de enero de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 502; ver también W. M. Gwin, "Exposé d'un plan de colonisation dans les Etats de Sonora et Chihuahua", París, marzo de 1864, en Weckmann, idem.
60. Gwin a Napoleón III, París, 5 de enero de 1864 y W. M. Gwin, "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in

Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 497, 501-502, 504; Shields, Inmigración..., p. 36-39; Shields, "Sonora...", p. 344-347.

61. W. M. Gwin. "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 504.
62. Gwin a Napoleón III, París, 5 de enero de 1864 y W. M. Gwin, "Notes Explanatory of the Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 502, 504-504; Shields, Inmigración..., p. 36, 39-40; Shields, "Sonora...", p. 344-345, 347-348.
63. Vid. supra, p. 113.
64. Nota de W. M. Gwin a su "Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1864, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 497, 502; Lawrence F. Hill, "The confederate exodus to Latin America. I", en Southwestern Historical Quarterly, Austin, The Texas state historical association, v. XXXIX, núm. 2, octubre de 1935. p. 100-134, p. 118; McPherson, op. cit., p. 368, 383, n. 11; Romero a su gobierno, Washington, 8 de febrero de 1865, en Romero, op. cit., v. 5, p. 56-57; Shields, Inmigración..., p. 36, 40; Shields, "Sonora...", p. 344, 348
65. Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 606; McPherson, ibidem, p. 383-384.
66. Gwin a su hermano, [sin lugar], 1o. de junio de 1864, en McPherson, ibidem, p. 383.
67. Ibidem, p. 386.

68. Gwin a su hermano, [sin lugar], 10. de junio de 1864, en McPherson, ibidem, p. 383.
69. Gwin a Mercier, París, 12 de marzo de 1864, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 505; McPherson, ibidem, p. 385-386; Shields, Inmigración..., p. 42; Shields, "Sonora...", p. 350.
70. Blumberg, op. cit., p. 11; Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 605-606; Corti, op. cit., p. 240; Dabbs, op. cit., p. 238, n. 92; Haslip, op. cit., p. 202; McPherson, ibidem, p. 382; Rippy, op. cit., p. 248.
71. Blumberg, idem.
72. Corti, op. cit., p. 194; Díaz, "El liberalismo...", v. 3, p. 135, 139; Fuentes Mares, Juárez y el imperio, p. 19-20; Hanna, Napoleón III..., p. 149; Shields, Inmigración..., p. 40; Shields, "Sonora...", p. 348.
73. Arrangoiz, op. cit., p. 556; Dawson, op. cit., p. 335; Shields, Inmigración..., p. 40; Shields, "Sonora...", p. 348; Zamacois, op. cit., v. 16, p. 887-888, v. 17, p. 966.
74. Arrangoiz, idem.
75. Arrangoiz, idem; W. M. Gwin, "Memorandum for the Archduke Maximilian", París, septiembre de 1863, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 499-501; Hanna, Napoleón III..., p. 145; Shields, Inmigración..., p. 40; Shields, "Sonora...", p. 348; Zamacois op. cit., v. 16, p. 887-888, v. 17, p. 966.
76. Gwin a Gutiérrez, [sin lugar], octubre de 1863, en Dawson, op. cit., p. 335-336; ver también Hanna, idem.

77. Idem.
78. Arrangoiz, op. cit., p. 556.
79. Arrangoiz, ibidem, p. 556-557., Shields, Inmigración..., p. 41; Shields, "Sonora...", p. 349; Zamacois, op. cit., v. 16, p. 888, v. 17, p. 966. El plan de Arrangoiz aconsejaba que se colonizara Sonora por cuenta del gobierno con familias católicas vascongadas, gallegas, francesas y alemanas. Proponía explotar las minas "empleando a los presidiarios que iban a perecer del vómito a Veracruz, condenándolos de hecho a la pena de muerte" y que podrían enviarse a Sonora en tres vapores comprados por el gobierno. Reconocía que esto era muy costoso, mas aclaraba que los productos de las minas cubrirían totalmente los gastos. Señalaba que la prosperidad de Sonora atraería a los inmigrantes que defenderían el territorio contra las invasiones procedentes de California y que, extendiéndose sobre Chihuahua y Durango, podrían impedir los designios de los Estados Confederados, en caso de que éstos lograsen separarse de la Unión. Arrangoiz idem; ver también Zamacois, ibidem, v. 16, p. 888-889.
80. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 556; Gwin al editor del Diario del Imperio y a Napoleón III, México 27 de junio y 3 de julio de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 497, v. XVIII, p. 595-596; Díaz, "El liberalismo...", v. 3, p. 139; McPherson, op. cit., p. 368; Shields, Inmigración..., p. 40-41; Shields, "Sonora...", p. 348-349.
81. Corti, op. cit., p. 239-240; Hanna, Napoleón III..., p. 111; Palavicini, op. cit., v. 2, p. 42. A cambio, Maximiliano obtuvo ciertas ventajas militares; veinticinco mil soldados franceses se quedarían en México hasta que fuesen gradualmente sustituidos por soldados mexicanos; la legión extranjera, compuesta por ocho mil hombres, permanecería ocho años, etc.

El Tratado de Miramar, concluido con carácter provisional entre Napoleón III y Maximiliano el 12 de marzo, no adquirió carácter definitivo sino un mes después, cuando el archiduque austríaco, en el castillo de Miramar, fue proclamado oficialmente emperador. Corti, ibidem, p. 239, 241; Fuentes Mares, Juárez y el imperio, p. 27, 29; Gaulot, Sueño..., p. 309; Palavicini, idem.

82. Vid. supra, p. 122.
83. Blumberg, op. cit., p. 12; Corti, op. cit., p. 240-241, 284; Dawson op. cit., p. 358-359; Gaulot, La vérité..., v. 2, p. 146-147, 150-151; Gaulot, Sueño..., p. 311; Hanna, Napoleón III..., p. 149; Lefèvre, op. cit., p. 91-92; McPherson, op. cit., p. 364; Roeder, op. cit., p. 869; "Convenio de Miramar", Miramar, 10 de abril de 1864, en Manuel Tello (ed.), Voces Favorables a México en el Cuerpo Legislativo de Francia 1862-1867], recopilación, prólogo, notas y traducción de..., 2 v., México, Edición del Senado de la República, 1967. XX-738 p., v. 2, p. 708-709.
84. "Defensa del archiduque de Austria por los CC. Lics. Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega en el proceso que se le formó en la ciudad de Querétaro", en Mariano Riva Palacio y Rafael de la Torre, Memorándum sobre el proceso del archiduque Fernando Maximiliano de Austria, México, Imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1867. IV-110-56 p., p. 44.
85. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 255, 257.
86. Ibidem, v. 2, p. 258.
87. Hanna, Napoleón III..., p. 111.
88. Shields, Inmigración..., p. 42; Shields, "Sonora...", p. 349.

89. Domenech, op. cit., v. 2, p. 144, v. 3, p. 144.
90. Ibidem, v. 3, p. 144.
91. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 256; Blumberg, op. cit., p. 12, 76-77; Corti, op. cit., p. 241, 251-252, 619; Gaulot, La vérité..., v. 2, p. 147-149; Hanna Napoleón III..., p. 149; Haslip, op. cit., p. 203.
92. Montholon a su gobierno, México, 10 de mayo de 1864, en Díaz, Versión..., Informes diplomáticos, v. 3, p. 397; Hanna, ibidem, p. 149-150; Gaulot, ibidem, v. 2, p. 148-149; Rivera Cambas, op. cit., v. 2 B, p. 672-673.
93. Hidalgo a su gobierno, París, 30 de abril de 1864, en Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 92; ver también Arrangoiz, op. cit., p. 586-587; Nota de W. M. Gwin a su "Plan of Colonization in Sonora and Chihuahua", París, marzo de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 502; McPherson, op. cit., p. 368-369; Shields, Inmigración..., p. 41; Shields, "Sonora...", p. 349; Weckmann, op. cit., v. 2, p. 320; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 967-968.
94. Vid supra, p. 124.
95. Hidalgo a su gobierno, París, 30 de abril de 1864, en Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 94; ver también Arrangoiz, op. cit., p. 586; McPherson, op. cit., p. 369; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 967-968.
96. Arrangoiz, idem; Lefèvre, ibidem, v. 2, p. 93; McPherson, ibidem, p. 366; Shields, Inmigración..., p. 41,43; Shields, "Sonora...", p. 349, 351; Zamacois, idem.

97. Hidalgo a Arroyo, París, 14 de mayo de 1864, en Weckmann, op. cit., v. 2, p. 321.
98. Corti, op. cit., p. 264; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 96; McPherson, op. cit., p. 369; Shields, Inmigración..., p. 43-44; Shields, "Sonora...", p. 351-352; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 966-968.
99. Corti. ibidem, p. 284; Dano a su gobierno, Nueva York, 1<sup>o</sup> de septiembre de 1867, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 550; Lefèvre, ibidem, v. 2, p. 92; "Defensa del archiduque de Austria por los CC. Lics. Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega en el proceso que se le formó en la ciudad de Querétaro", en Riva Palacio, op. cit., p. 44; Weckmann, op. cit., v. 2, p. 393.
100. "Defensa del archiduque de Austria por los CC. Lics. Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega en el proceso que se le formó en la ciudad de Querétaro, en Riva Palacio, idem.
101. Blumberg, op. cit., p. 12.
102. Corti, op. cit., p. 284

V. El primer fracaso de Gwin en México.

A) Maximiliano aplaza su decisión.

Dos semanas después de la partida de Maximiliano, Gwin salió de Francia rumbo a Veracruz. Llegó a fines de junio y se trasladó a la ciudad de México, donde fue recibido en la Casa Amarilla, en Tacubaya, como huésped del coronel Andrew Talcott. El ex-senador pretendía llevar a cabo su "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua" y lograr, además, que Maximiliano reconociese al gobierno de los Estados Confederados. Creía contar con el apoyo del gobierno francés y del gobierno mexicano y tenía gran confianza en el éxito de sus proyectos. Su entusiasmo era tan grande que, generosamente, ofreció a los sureños reunidos en México compartir con ellos las ganancias de la empresa. Según él, todos se volverían ricos: "cada dólar invertido, iba a transformarse en miles; cada mil, en millones".

Gwin se entrevistó con Bazaine inmediatamente después de llegar a la capital mexicana. Le entregó una carta de Napoleón III en la que el emperador francés aseguraba al general que Gwin era el hombre adecuado para llevar a cabo la empresa de Sonora. Le comentaba que, equivocadamente, Maximiliano desconfiaba de la inmigración americana, pero que Gwin sólo quería llevar a México americanos del Norte, "disgustados con su gobierno republicano". Le pedía que apoyase al antiguo senador de California con toda su autoridad y que

le proporcionase las tropas necesarias para establecer una colonia en el noroeste de México.<sup>6</sup>

Después de examinar detenidamente el "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua" y de sugerir algunos cambios, el general Bazaine dijo a Gwin que se podría llevar a cabo con buen fin y que lo intentaría en cuanto triunfase la expedición militar de Sonora. Le aconsejó también que no se comunicase con Maximiliano, ya que sus consejeros, celosos de los franceses, usarían toda su influencia para impedir la realización del plan y le aseguró que, muy pronto, mostraría al gobierno mexicano quien tenía la supremacía. Gwin no quedó satisfecho con la entrevista. Las relaciones entre las autoridades militares francesas y el gobierno imperial mexicano no parecían cordiales y la tensión, a la larga, podría serle perjudicial. Sin embargo, en tanto que el sostén del ejército resultaba esencial para el triunfo de su proyecto, tuvo que conformarse.<sup>7</sup>

Mas, no obstante las advertencias de Bazaine, Gwin intentó conseguir una audiencia con Maximiliano. Se le respondió que el emperador estaba a punto de emprender un viaje, por lo que lo recibiría a su regreso, pero que, mientras tanto, podría hablar del asunto con los miembros de su gabinete. Gwin trató entonces de entrevistarse con ellos. Fue casi en vano. Los consejeros de Maximiliano veían con desconfianza el establecimiento de colonos bajo el patrocinio de Francia; eludían al ex-senador para no disgustar a Francia con una ne-

gativa y, de cualquier modo, evitar el desarrollo del proyecto. Ese fue el caso de José Fernando Ramírez, recientemente nombrado ministro de Relaciones Exteriores; como no favorecía el asunto de Sonora, evitó en dos ocasiones recibir al norteamericano. Sucedió lo mismo con Félix Eloy, jefe del gabinete privado de Maximiliano, el cual se oponía a que los franceses recibieran privilegios mineros especiales, por lo que, cuando finalmente recibió a Gwin, se molestó al saber que había visitado a Bazaine antes que al emperador.

Mientras el ex-senador de California intentaba conseguir una entrevista con Maximiliano, el marqués de Montholon, con instrucciones de su gobierno, presionaba al gobierno mexicano a fin de convencerlo sobre la conveniencia de conceder a Francia la explotación de las minas de Sonora. El embajador creía que la concesión era indispensable para salvar aquel territorio de la amenaza norteamericana y dar a México una "fuente de riqueza" que pudiese compensar a Francia de sus "sacrificios" y hacer comprender, a los dos países, "el inmenso alcance de nuestra generosa empresa y la grandeza del genio que la ha concebido". Se sintió desalentado cuando Maximiliano se negó a recibir a Gwin, aunque no perdió las esperanzas de que se llevase a cabo la colonización del noroeste. Escribió a Drouyn de Lhuys para manifestarle que insistiría en la concesión sonorensis en cuanto los mexicanos le pidiesen facilidades para pagar sus deudas. Le aseguró que, por lo pronto, los franceses actuarían por sus propios medios -sin la

autorización de Maximiliano- y que Gwin acompañaría al general Bazaine cuando éste iniciase la campaña de Sonora y Chihuahua, campaña que se justificaba, según Montholon, por el hecho de que Juárez había escogido la región como último refugio de su gobierno.<sup>13</sup>

La garantía sonorenses fue motivo de discusiones "sumamente desagradables" entre el emperador mexicano y el embajador francés. Montholon estaba convencido; la garantía "bastaría para extinguir pronto la deuda mexicana..."<sup>14</sup><sup>15</sup>, pero Maximiliano se negó terminantemente a concederla. En agosto, el marqués decidió posponer el asunto. Creía que Maximiliano no cambiaría de opinión sino hasta que el ejército francés ocupase el noroeste y llegasen los inmigrantes norteamericanos. Mientras tanto decidió esperar y mantener al gobierno mexicano en el temor de que, más tarde o más temprano, en aquella remota región del Imperio se pusiese en práctica el ejemplo texano.<sup>16</sup><sup>17</sup>

El verano de 1864 transcurrió sin que progresasen los planes de Gwin. Los funcionarios mexicanos deseaban que el norteamericano terminara por desesperarse y salir del país;<sup>18</sup> mas, a pesar "de sus impaciencias, de sus desilusiones y de sus cóleras",<sup>19</sup> Gwin no se dió por vencido. Se había dado cuenta de que Maximiliano al igual que sus ministros se oponía a la inmigración de norteamericanos a la frontera, por lo que hizo lo posible para que las autoridades intervencionistas obligasen al gobierno mexicano a colaborar con él. Envió



una nota al duque de Morny solicitándole el envío de hombres y dinero; le insistía, además, en la necesidad de convencer al emperador francés para que ordenara el traslado de tropas que ayudasen a la colonización del noroeste. También escribió directamente a Napoleón III diciéndole que sólo un gobierno con mano dura podría sacar a México de la situación deplorable en que se encontraba y le aseguró que, el triunfo y la permanencia del nuevo imperio, dependían de la colonización del norte bajo la protección del ejército francés, la práctica del código minero español y de la legislación norteamericana de tierras públicas.<sup>20</sup>

La oportunidad que buscaba Gwin se presentó a fines de septiembre de 1864. Charles Corta, miembro del Cuerpo Legislativo, enviado por Napoleón III a México para que reorganizase las finanzas, preparaba su regreso a Francia. El diputado, Montholon y Bazaine estuvieron de acuerdo en que, antes de partir, presentase el proyecto de concesión sonoreense a la emperatriz Carlota. Por estar Maximiliano de viaje por el interior del país, la emperatriz estaba encargada de dirigir los asuntos de Estado. De esta manera, Corta podría informar personalmente al emperador francés sobre la actitud de Maximiliano y Carlota respecto a la garantía sonoreense.<sup>21</sup>

El diputado Corta acudió a la entrevista con un tratado y una nota explicativa, preparados especialmente por Montholon, y con un memorando redactado por Gwin, casi idéntico

22

a la nota del marqués. De acuerdo en todo, Bazaine no quiso colaborar más; así, en caso de que los emperadores mexicanos rechazasen el proyecto, no tendría dificultades al avanzar las tropas hacia el noroeste. De hecho, Gwin no estaba seguro del deseo de colaboración del general. En varias ocasiones le había pedido que le proporcionase equipo y escolta militar para viajar a Sonora, y, como Bazaine siempre encontraba pretextos para no hacerlo, tuvo que concluir que sus planes amenazaban algún proyecto del militar.

23

La nota de Montholon y el memorando de Gwin intentaban demostrar al gobierno mexicano -en especial a la emperatriz Carlota- la conveniencia de la concesión sonorenses. Señalaban que era urgente ocupar militarmente las provincias del noroeste de México; los juaristas habían escogido Sonora y Chihuahua como refugio y, en cuanto terminase la Guerra de Secesión, los soldados norteamericanos licenciados apoyarían al antiguo presidente mexicano, a cambio de la promesa de tierras mineras. Con el tiempo, estos aventureros traicionarían a Juárez y se apoderarían de aquellas provincias. Ahora bien, si las tropas de Bazaine las ocupaban antes de que Juárez reclutara nuevas fuerzas, los ex-soldados norteamericanos no se atreverían a luchar contra el ejército francés y terminarían colocándose bajo la protección de la bandera de Francia. Por lo demás, la ocupación militar de Sonora y Chihuahua no debía "ser eterna". Era indispensable asegurar su posesión por medio de leyes basadas en la experiencia -el sistema norteameri-

cano de tierras públicas y el código minero español-, que convertirían a estas regiones "por su riqueza, [en] un ejemplo sin paralelo en los anales del mundo".<sup>24</sup>

Si por primera vez llegó a decir que Sonora no era precisamente "el territorio... más rico en minas",<sup>25</sup> también es verdad que el marqués -al igual que el ex-senador norteamericano- aseguró a los emperadores mexicanos que no había "ninguna parte más rica en oro y plata" que Sonora y Chihuahua. La presencia francesa y la riqueza de las minas bastarían para atraer los inmigrantes -europeos y norteamericanos- y los capitales indispensables para la explotación. Además, la población que llegase no tendría problemas para satisfacer sus necesidades, pues las tierras del noroeste eran muy fértiles, el clima saludable y el comercio se desarrollaría con facilidad.<sup>26</sup>

Tanto Montholon como Gwin afirmaban que los beneficios que proporcionaría la explotación minera al gobierno mexicano no serían tan importantes como los que obtendría de las aduanas y de los impuestos directos. Debíase esto a que las comarcas mineras consumían todo tipo de artículos importados en vista de los altos ingresos de su población y a que se cobraría una tarifa sobre el oro y la plata, aunque moderada para no desalentar a los inmigrantes, suficiente para poner a disposición del tesoro público el 6% de los metales en estado bruto. Proponían que el gobierno se encargase de la exportación del oro y la plata que entregarían los mineros a cambio de

de un certificado de depósito. De esta manera se desarrollaría el comercio con el extranjero: el oro se enviaría a Europa y la plata a China o a la India. Con el tiempo, soñaban ambos, se podría abrir una vía interoceánica que, a través del norte del Imperio, comunicase directamente Asia con Europa.<sup>27</sup>

El francés y el norteamericano afirmaban que los capitales y la mano de obra extranjeros no provocarían una repetición de la historia de Texas en el noroeste de México. Explicaban que la situación de Texas era muy diferente a la de Sonora y Chihuahua; se evitarían, además, los errores cometidos por el gobierno mexicano en aquella época y la colonización no se realizaría con "merodeadores huyendo de la justicia, sin medios de existencia y sin fortuna", sino con experimentados californianos -en su mayoría de origen extranjero- que huían de las consecuencias de la Guerra de Secesión, de los impuestos excesivos, de la falta de seguridad "para la vida, la libertad individual y la propiedad" y que buscaban las garantías que Francia les ofrecía. Los recién llegados constituirían un fuerte apoyo para el Imperio Mexicano y las tropas francesas ya no serían indispensables.<sup>28</sup>

Montholon concluía su nota en forma diferente al memorando de Gwin. Aseveraba que Francia necesitaba una razón para permanecer en aquellas comarcas y afirmar así el dominio del Imperio. Sugirió que la concesión al gobierno francés de "un derecho de explotación y no de posesión" sería

suficiente; dicha concesión haría solidarios al Imperio Mexicano y al Francés, aseguraría la integridad territorial del primero y garantizaría al segundo el pago de sus gastos y "la <sup>29</sup> justa compensación de los sacrificios que se ha impuesto..."

La emperatriz Carlota leyó con gran atención los documentos que le presentó Charles Corta. Aunque la petición le <sup>30</sup> pareció "exagerada", reconoció que Francia merecía obtener <sup>31</sup> una garantía y que, en todo caso, la concesión sonorenses beneficiaría también al gobierno mexicano. Propuso la elaboración de un contraproyecto que, con algunos ligeros cambios, se presentaría al emperador a su regreso a la capital. Finalmente sugirió al diputado la posibilidad de que Napoleón III escribiese a Maximiliano para que éste disipase sus dudas <sup>32</sup> acerca de la concesión. Si el emperador francés la creía indispensable, ellos consentirían en "hacer un sacrificio". Pese a <sup>33</sup> todo, la emperatriz se negó a firmar los documentos que se le <sup>34</sup> presentaron diciendo que temía la cólera del emperador.

Montholon y Gwin quedaron muy satisfechos con el <sup>35</sup> resultado de la entrevista. Montholon escribió a Drouyn de Lhuys. Por primera vez en varios meses, le comentaba, la idea de la concesión parecía admitirse; el contraproyecto solamente tenía por objeto evitar que Francia se aprovechara y transformara "un derecho de explotación en uno de posesión". Montholon estaba dispuesto a contraer el compromiso y aceptar los cambios que se pidiesen, ya que estaba convencido de las <sup>36</sup> ventajas de la explotación minera. Por su parte, Gwin estaba

seguro de que, en cuanto regresara Maximiliano, se entrevistaría por varias horas con él y con la emperatriz y podría, por fin, defender su proyecto contra todas las objeciones que le presentasen.<sup>37</sup>

Maximiliano regresó a la ciudad de México un mes después de la reunión de Corta con la emperatriz. Sin embargo, la audiencia que deseaba Gwin jamás se celebró. El ex-senador vio al emperador en dos ocasiones: en una boda y en una misa al aire libre. Aunque Maximiliano lo trató amablemente, en ningún momento aludió a sus proyectos o mencionó, siquiera, la reunión que habían tenido en París. Gwin no perdió la confianza; pensaba, quizás, que el hecho de ser aceptado como miembro de la sociedad del Imperio significaba que su plan sería finalmente adoptado. Por lo pronto, las figuras de Maximiliano y Carlota lo habían conquistado; creía que merecían tener éxito y que estaban haciendo lo posible por obtenerlo.<sup>38</sup>

La boda a la que asistió el norteamericano fue uno de los acontecimientos sociales del Segundo Imperio que vale la pena comentar. Maximiliano invitó a los novios -la hija del embajador Montholon y un oficial del ejército francés- a celebrarla en palacio; él y la emperatriz firmaron como testigos. Fue ésta la primera vez que, en la historia mexicana, se dio el caso de que el matrimonio civil y el religioso se celebraran en el mismo edificio y que un obispo firmara aun los documentos de la boda civil, lo cual provocó cierta inquietud en

los círculos eclesiásticos pues no faltó quien considerara el hecho como un ataque a la Iglesia.<sup>39</sup>

Mientras Gwin esperaba que Maximiliano lo recibiese, Montholon entregó al emperador unas notas adicionales sobre el proyecto de Sonora. Trató de discutir el asunto con él, mas la presencia de José Fernando Ramírez, enemigo de la garantía sonorensa, se lo impidió. Tuvo que esperar a que Maximiliano tomase una resolución. Los días pasaban sin que supiera algo, hasta que Eloin, el jefe del gabinete privado, comentó a Bazaine a fines de noviembre que el emperador pronto se ocuparía seriamente de la petición, aunque le parecía fuera de proporciones. El embajador, lleno de esperanza y con poca discreción, escribió al ministro francés de Asuntos Extranjeros comunicándole que Maximiliano estaba dispuesto a discutir las condiciones de la concesión y que, por mucho que quisiese reducir su extensión territorial, acabaría por darse cuenta de que la aplicación del plan en una escala mayor favorecería el desarrollo agrícola y minero del Imperio y el pago de la deuda francesa. En la primera oportunidad trató de convencer a Eloin: la extensión territorial no era mayormente importante, lo que urgía en realidad era la ocupación de Sonora y los retrasos obligarían al poder militar a actuar de todas maneras. Montholon sabía que a Maximiliano le molestaría la idea de que los franceses ocuparan y dispusiesen de Sonora en su beneficio y sin el consentimiento imperial. Esperaba que, presionado por tal posibilidad, el emperador otor-

gase la garantía y no presentara ningún obstáculo para la marcha de Bazaine a Sonora.<sup>40</sup>

Sin embargo, Maximiliano no estaba dispuesto a aceptar las presiones del embajador. Hábilmente, se valió de ellas para postergar su decisión. Comunicó a Montholon -que le resultaba bastante antipático- que trataría directamente con Napoleón III sobre la concesión minera. Lo acusaba de haber ido más allá de sus instrucciones; se basaba en que, durante sus reuniones en París con el emperador francés, el asunto no había sido discutido.<sup>41</sup> Manifestó también al mariscal Bazaine<sup>42</sup> que el marqués de Montholon se había mostrado "demasiado inflexible y demasiado exigente", había asustado incluso a los miembros de su gabinete al declarar que, si no accedía a sus pretensiones, los franceses tomarían la región minera por la fuerza. Bazaine trató de tranquilizar al austríaco asegurándole que no se emprendería nada en aquellos territorios sin el consentimiento de su gobierno,<sup>43</sup> mas el emperador no modificó su actitud hacia el embajador. Este soñaba con ser quien obtuviese la garantía sonoreense, así que se sintió muy decepcionado por el rechazo de Maximiliano. Culpó a José Manuel Hidalgo, embajador mexicano en París, de atacarlo desde Francia y, pese a que seguía pensando que la garantía era cada día más indispensable, decidió no tratar de nuevo el asunto.<sup>44</sup>

Mientras tanto, Charles Corta llegó a Francia; el 14 de noviembre proporcionó a Napoleón III un informe sobre

los asuntos de México. A los dos días, el emperador francés escribió a Maximiliano una carta. Utilizando los argumentos empleados por Gwin y Montholon en los documentos dirigidos a la emperatriz Carlota, recomendaba al norteamericano como el hombre más adecuado para llevar a cabo la colonización del noroeste. Advertía que Sonora terminaría por convertirse en una provincia norteamericana, a menos que el gobierno de Maximiliano dominase la región, la organizara y se pusiese a la cabeza de la inmigración.<sup>45</sup>

La carta mostraba claramente la importancia que Napoleón III daba a la garantía sonoreense. Maximiliano se vió en un compromiso. No quería concederla, pero tampoco podía oponerse rotundamente a los deseos del francés. Por eso trató de dar largas al asunto. A fines de diciembre escribió a Napoleón III diciéndole que deseaba que en Sonora se estableciese un gobierno regular "bajo la protección simultánea de las banderas francesa y mexicana" para que así se pudiesen desarrollar los recursos de esa "interesante porción" de su imperio. Aclaraba -con cierta ironía y sin fijar fecha para la operación- que estaría "encantado de ver a Mr. Gwin atraer a los numerosos colonos americanos que parecen no esperar más que su señal para venir a buscar fortuna..."<sup>46</sup> De esta manera, Maximiliano salió del paso y retrasó una vez más el comienzo de las actividades del norteamericano en el noroeste de México.

A fines de diciembre de 1864, a pesar de que Gwin creía contar con el apoyo de Napoleón III y, especialmente, con el respaldo del embajador francés, sus proyectos de colonización de Sonora y Chihuahua no habían registrado avance alguno. Montholon, persuadido de la conveniencia de la garantía minera, secundado por el ex-senador de California, había empleado todos los métodos para conseguirla. Trató de convencer al gobierno mexicano de que la concesión sonorense le permitiría desarrollar los recursos del noroeste, llenar las arcas imperiales, pagar la deuda francesa, evitar que la región se convirtiese en un estado norteamericano... Amenazó con tomar la región por la fuerza, en caso de que no se otorgase voluntariamente lo que pedía. Trató incluso de obtener de la emperatriz Carlota lo que Maximiliano había negado; obligó al austriaco -que eludía toda entrevista con Gwin- a hablar con él en reuniones sociales. Empero, en todos los casos, Montholon y Gwin tropezaron con los mismos obstáculos: la falta de colaboración del mariscal Bazaine, la desconfianza del gabinete hacia la inmigración extranjera y, sobre todo, la oposición del emperador a los planes de Gwin. Maximiliano no quería que la explotación de las ricas minas de Sonora beneficiase exclusivamente a franceses y norteamericanos. Deseaba, además, mantener la integridad del territorio mexicano. Mantuvo siempre su oposición a estos proyectos que, a la larga, según él juzgaba, sólo podrían perjudicar a su Imperio,

B) Napoleón III suspende su apoyo al proyecto de Sonora.

Mientras Gwin y Montholon luchaban por obtener la aprobación de Maximiliano, los periódicos oficiales y oficiales de Francia explicaban al público que el gobierno de Napoleón III no tenía más interés en el noroeste de México que el de explotar las minas para cobrar directamente sus deudas y que no tenía la menor intención de apoderarse del territorio. A pesar de tales aclaraciones, la garantía minera suscitó comentarios muy desfavorables. Los franceses temían que la proximidad de Sonora y Chihuahua con los Estados Unidos provocase una dificultad; "la cesión de [estas] dos grandes y hermosas provincias... no los hubiera consolado de una guerra cuya duración y resultados asustaban a los espíritus más firmes".<sup>48</sup>

La prensa liberal manifestó su oposición en algunos artículos que, dentro de los límites permitidos por la censura gubernamental, criticaron los proyectos sonorenses. A principios de 1865, un periódico parisiense afirmaba que Sonora era, sin duda, "un hermoso país" que llegaría a ser "muy productivo", aunque se preguntaba si, con el tiempo, los costos de la intervención en aquella región no superarían las "compensaciones pecuniarias" obtenidas por Francia en México.<sup>50</sup> Meses después, la revista Le Charivari ridiculizaba la colonización del noroeste. Mencionaba todos los atractivos: Sonora se convertiría en un segundo París, los ferrocarriles

harían "excursiones 'de ida y vuelta' en seis meses ", el emperador Maximiliano daría dotes a las muchachas y protegería a los colonos con los numerosos cañones -más de 34 000 arrebatados a Juárez. Todavía más: si los inmigrantes morían en la aventura, México se vería beneficiado: las viudas se casarían con los nativos y mejoraría la raza mexicana.<sup>52</sup>

Los críticos más severos de los proyectos de Napoleón III en relación con México fueron los diputados liberales y republicanos del Cuerpo Legislativo: año tras año, condenaron públicamente la expedición y señalaron que estaba destinada al fracaso. Con su insistencia contribuyeron a despertar en el pueblo francés conciencia de la injusticia que se cometía contra la nación intervenida.<sup>53</sup> Desaprobaron también los proyectos sonorenses. Jules Favre, preocupado por la suerte que corría el ejército galo en las remotas provincias, declaró que los heroicos soldados de Francia seguramente padecían lo indecible a causa de "lo insalubre del clima, a la mala alimentación, a las privaciones...", a que estarían "condenados a transportar en peso sus cañones..."<sup>54</sup> Exigía que no se esperase el final de la Guerra de Secesión para retirar las tropas; para entonces, decía, una turba de ex-soldados norteamericanos desocupados se precipitaría sobre México.<sup>55</sup>

Por su parte, Adolphe Thiers afirmó que el clima de Sonora era "de lo más peligroso para los europeos" y sus habitantes, los apaches, eran unos "salvajés feroces" que, prác

ticamente, habían despoblado la región. La tierra no era adecuada para cultivar el algodón que la industria francesa reclamaba, lo que se necesitaba eran tierras parecidas a las texanas, como las que había a lo largo del Golfo de México.<sup>57</sup>  
 Explicaba que la explotación minera en México presentaría muchas dificultades. Los mexicanos carecían de la constancia, los capitales y los administradores necesarios. No tenían mercurio -índispensable para la amalgama de la plata- lo que aumentaría los gastos, pues sería necesario importarlo de Europa o California. Indicaba, desalentado, que algunas casas mineras serias lo habían dicho: "no había nada más peligroso que la explotación de las minas de plata en México"; en todo caso, sería preferible dedicarse a las de cobre.<sup>58</sup>

Confesaba el legislador que, en realidad, no se sabía nada de la riqueza minera de Sonora. Aun suponiendo que fuese muy grande, los beneficios de su explotación no serían tan importantes, ya que se presentarían los mismos problemas que se habían presentado en California después del descubrimiento del oro. La riqueza de los placeres se había agotado rápidamente. Los gambusinos se habían arruinado por su falta de previsión y por el alza de precios de las mercancías. La miseria los había obligado a trabajar como obreros de las compañías que tenían los recursos técnicos y el capital necesarios para explotar las minas. El gobierno estatal y el nacional no habían obtenido mucho de la bonanza, ni siquiera -contra lo que aseguraban Gwin y Montholon- de los ingresos de

las aduanas. Thiers pensaba que el gobierno debería proceder con más cautela en aquella región: lo mejor, insinuaba, sería no intervenir. Bastaba conformarse con salvar el honor y los intereses de Francia, ya muy comprometidos por la expedición.<sup>60</sup>

Las críticas de la prensa y las del Cuerpo Legislativo y la oposición popular influyeron, posiblemente, en la suspensión de los proyectos de Sonora. Mas lo que sin duda determinó la decisión de Napoleón III fue el próximo fin de la Guerra Civil en los Estados Unidos.<sup>61</sup>

A fines de noviembre de 1864, Drouyn de Lhuys informó a Montholon que el gobierno francés apreciaba enormemente su labor, pero que había decidido olvidar la explotación y colonización del norte mexicano. Le daba una serie de explicaciones que, en realidad, carecían de valor. La extensión territorial que el embajador pedía era "excesiva" y su ocupación podía presentar muchas dificultades: desórdenes populares, discusiones judiciales sobre títulos de propiedad, otorgamiento de concesiones a compañías que, como seguramente necesitarían protección, obligarían a Francia a permanecer en México. Esto provocaría "'demasiadas críticas malévolas'" se refería, quizá, a las de la prensa y los diputados liberales; por consiguiente, el emperador -que dos semanas antes había escrito a Maximiliano recomendándole el proyecto de Gwin- y su Consejo de Estado consideraban "'más prudente y oportuno renunciar..." Además, aunque Carlota había mostrado buena voluntad hacia la empresa, el emperador mexicano había titubeado dema-

siado antes de acceder. Se esperaba, por lo tanto, que su go-  
 bierno utilizase otros medios para pagar la deuda francesa.<sup>63</sup>

El cambio de actitud del gobierno francés se debió, en efecto, al cada día más próximo triunfo de la Unión en la Guerra de Secesión. En una reunión del gabinete imperial, el ministro de Asuntos Extranjeros explicó a sus compañeros que cualquier intento de colonización en la frontera norte de México podría desembocar en una guerra con los Estados Unidos. Los proyectos de Gwin fueron discutidos; el duque de Morny y Fould, el ministro de Hacienda, los defendieron en vano. El gabinete apoyó a Drouyn de Lhuys. Se consideró necesario actuar con prudencia y evitar, a toda costa, la enemistad norteamericana.<sup>64</sup>

El mismo Napoleón III, quien había mostrado tanto entusiasmo por la colonización del noroeste de México, se sentía inquieto por las noticias procedentes de los Estados Unidos. El 10. de marzo de 1865 comunicó al emperador Maximiliano y al mariscal Bazaine el temor que le causaba el hecho de que se hubiesen enviando destacamentos franceses a Sonora. Sugirió que fuesen sustituidos por tropas mexicanas y que fueran éstas las que pacificasen la entidad. Declaraba que la situación norteamericana no le preocupaba: la guerra civil duraría, al parecer, mucho tiempo y, si terminaba antes de lo previsto, seguramente Estados Unidos no se atrevería a declarar la guerra a Francia e Inglaterra. Sin embargo, su confianza no era tan firme como trataba de manifestar. Por eso acon-<sup>65</sup>

sejaba "tener los ojos abiertos... y mantener siempre a mano un buen núcleo de tropas." Por lo visto, de fondo creía que la paz con los norteamericanos sería difícil de mantener.

La resolución de su gobierno defraudó al marqués de Montholon. De inmediato aseguró a Drouyn de Lhuys que la garantía minera sería el único medio con el que podría contar Francia, más tarde o más temprano, para recuperar sus inversiones. Le aclaró que los planes del noroeste de México no requerían la presencia indefinida del ejército, pues los inmigrantes sustituirían a los soldados; sería suficiente un navío de guerra en la costa y mil hombres en tierra para mantener el orden y sostener la administración. Sin embargo, la decepción no le impidió cumplir las instrucciones al pie de la letra. A principios de 1865 informó a Eloin -para que lo comunicase a Maximiliano y a José Fernando Ramírez- que su gobierno había desistido del proyecto. Eloin se sintió tan sorprendido que quiso justificar la negativa del emperador mexicano: lo que éste había pretendido, dijo, era enterarse del valor real de la concesión, incluso había dispuesto que el propio Eloin viajase a estudiar la región. Montholon pensó que el jefe del gabinete privado de Maximiliano se había dado cuenta de la importancia que revestía la garantía sobre las finanzas mexicanas. Mas era demasiado tarde. El marqués respondió que no discutiría de nuevo el asunto; en caso de que se plantease otra vez, tendría que tratarse directamente con París.

La situación de Gwin en México se complicó con la

suspensión del proyecto sonoreense. Sin apoyo y desilusionado, porque ya no podría "otorgar a la población de la confederación del sur una nueva patria"<sup>68</sup>, el antiguo senador de California resolvió regresar a Francia: deseaba reconquistar el favor de Napoleón III. Montholon le aconsejó que discutiese con el emperador el futuro de los hombres del Sur; le sugirió, además, la posibilidad de preparar un refugio para ellos en Argelia. Con este bagaje, Gwin se dirigió al puerto de Veracruz, donde zarpó en el mes de enero rumbo a Europa.<sup>69</sup>

Al mismo tiempo que en México y en Francia se discutían los proyectos de Gwin, llegaron a las costas de Sonora, Sinaloa y Baja California, numerosos norteamericanos originarios de California y de los Estados Confederados, interesados en el comercio y la colonización. En marzo de 1864, un periodista calculó exageradamente que, en los últimos catorce meses, habían desembarcado cerca de tres mil inmigrantes.<sup>70</sup> El cónsul francés en Mazatlán comentaba posteriormente que, en el mes de noviembre, había parecido iniciarse una "era nueva"<sup>71</sup> en la colonización.

Antes de salir de México, convencido de que lograría recuperar el apoyo de Napoleón III, Gwin había pedido a cinco de sus compatriotas que se dirigieran a Mazatlán con objeto de preparar la colonización de Sonora. Dos agentes más, provistos de una carta del embajador Montholon para el cónsul francés, viajaron a San Francisco a reclutar colonos. Tan efectiva fue su labor, tanta era la confianza que tenían en

el éxito de la empresa, que, para junio de 1865, muchos inmigrantes habían llegado a Veracruz. Sureños, o de simpatías sureñas en su mayoría, tenían la certeza de salvar al Imperio de Maximiliano y, bajo la dirección del ex-senador californiano, transformar a Sonora en un baluarte capaz de resistir los ataques de los Estados Unidos. Pero no todos los partidarios de los proyectos de Gwin viajaron a México. Algunos prefirieron esperar que la región se pacificase antes de embarcar. Otros -centenares-, procedentes de Oregón, California y Nevada, fueron detenidos por órdenes expresas del comandante de la Unión en el Pacífico, el general McDowell<sup>72</sup> quien, de esta manera, desalentó la inmigración.

Frente a la fe -casi ciega- en la abundancia agrícola y minera de Sonora, a la creencia de que la colonización del noroeste detendría la expansión norteamericana y favorecería el pago de la terrible y creciente deuda francesa, se había formado en Francia, en 1865, una opinión definitiva. El público y la prensa de oposición manifestaron -aun a través de ciertos comentarios que se encargaban de ridiculizarlos- su gran desconfianza hacia los proyectos de Napoleón III. Destacó, sobre todo, la actitud de los diputados liberales. Estos negaron, casi punto por punto, la realidad de la leyenda sonorensis. Aseguraron, por ejemplo, que el clima insalubre, los habitantes salvajes y el incierto futuro de las minas -cuya riqueza ni siquiera se había probado- no merecían el sacrificio de Francia. Temían especialmente la vecindad de los

norteamericanos: las tropas francesas en la frontera, reflexionaban, no sólo no detendrían su expansión, sino que provocarían un conflicto de grandes alcances. Se conformaban con que Francia asegurase sus intereses y diese fin, con dignidad, a su intervención en México.

Las palabras de los legisladores influyeron en la determinación de Napoleón III, posiblemente de manera definitiva. El gobierno del emperador francés prefirió esperar, aunque debió imaginar que en vano, que México pagara sus deudas empleando otros medios que no fuesen los de la garantía minera. De hecho, los franceses ya no querían adquirir más compromisos. Respaldo la empresa sonorenses hubiese implicado una gran inversión económica: conservar la presencia, por varios años, de las tropas francesas en México y, quizá, el enorme desembolso que significaría una guerra con los Estados Unidos.

El embajador Montholon tuvo que aceptar la decisión de su gobierno. Si Gwin no se conformó y emprendió el viaje a Europa dispuesto todavía a luchar por sus intereses, lo cierto es que en sus planes no había previsto claramente el futuro. La gran emigración con la que había soñado jamás se realizó; los sueños que llegaron a México, pensando en las grandes riquezas del noroeste, quizá soñando en encontrar un nuevo lugar para vivir, hubieron de renunciar pronto a sus ambiciones.

Notas.

1. Gwin se había encontrado en La Habana, camino de Veracruz, con el general William Preston, nombrado enviado extraordinario de los Estados Confederados ante la corte del nuevo emperador. Gwin, cuyo plan dependía en buena medida de la inmigración de sureños, se ofreció a conseguirle una invitación de Maximiliano para visitar el Imperio Mexicano. Sin embargo, Maximiliano no deseaba establecer relaciones oficiales con los Confederados. Así que, al través del Marqués de Montholon, pidió a Preston que aplazase su viaje. Hanna, Napoleón III..., p. 123-124; McPherson, op. cit., p. 383, n. 108; Rippey, op. cit., p. 243-244, 248.
2. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 256; Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498; Hanna, ibidem, p. 150; McPherson, ibidem, p. 369; 383; Rippey, ibidem, p. 248; Shields, Inmigración..., p. 43; Shields, "Sonora...", p. 351.
3. Sara Yorke Stevenson, Maximilian in Mexico. A Woman's Reminiscences of the French Intervention, 1862-1867, New York, [s.e.], 1899, p. 176, en McPherson, ibidem, p. 370.
4. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 256; Gwin a Napoleón III, México, 12 de septiembre de 1864 y 3 de julio de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498; 507, v. XVIII, p. 596; Gaulot, La vérité..., v. 2, p. 147-148; McPherson, ibidem, p. 369.
5. Napoleón III a Bazaine, [sin lugar], 14 de mayo de 1864, en Gaulot, idem.
6. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 257; Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498; Gaulot, idem; McPherson, ibidem, p. 369.

7. Gwin a Napoleón III, México, 12 de septiembre de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 498, 507; McPherson, ibidem, p. 370, 372.
8. Ramírez ocupó el Ministerio de Relaciones Exteriores desde el 3 de julio de 1864 hasta el 17 de octubre de 1865. Neckmann, op. cit., v. 2, p. 393.
9. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 257; Blumberg, op. cit., p. 76-77; Gwin a Napoleón III, México 3 de julio de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498, v. XVIII, p. 596; Corti, op. cit., p. 284, 313; Montholon a su gobierno, México, 10 y 28 de noviembre de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 57, 66; Gaulot, La vérité..., v. 2, p. 151; McPherson, op. cit., p. 370, 372; Niox, op. cit., p. 504, 753; Ollivier, op. cit., p. 221; Palavicini, op. cit., v. 2, p. 42; Shields, Inmigración..., p. 5, 43-45; Shields, "Sonora...", p. 351-353.
10. Vid. supra., p. 171.
11. Lilia Díaz López, "Prólogo", en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. IX; Shields, Inmigración..., p. 44; Shields, "Sonora...", p. 352.
12. Montholon a su gobierno, México, 28 de julio de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 10-11.
13. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 258; Montholon a su gobierno, México, 28 de julio, 28 de agosto y 10 de septiembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 10-11, 21, 28; Hanna, Napoleón III..., p. 150.
14. "Defensa del archiduque de Austria por los CC. Lics. Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega en el proceso que se

- le formó en la ciudad de Querétaro", en Mariano Riva Palacio y Rafael de la Torre, Memorandum sobre el proceso del archiduque Fernando Maximiliano de Austria, México, Imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1867. IV-110-56 p., p. 44; ver también Dano a su gobierno, Nueva York, 1º de septiembre de 1867, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 550; Lefevre, op. cit., v. 2, p. 92; Zamacois, v. 18, p. 1777.
15. Montholon a su gobierno, México, 28 de agosto de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 22.
16. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 258.
17. Montholon a su gobierno, México, 28 de agosto de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 20-22; Hanna, Napoleón III..., p. 150. La importancia que Montholon daba en ese momento a la explotación de las minas de Sonora se debía, entre otras razones, al informe que acababa de entregarle al ingeniero Laur (Montholon a su gobierno, México, 28 de agosto de 1864, en Díaz, idem; vid. supra, p. 112). Basado en "observaciones muy generales" y no en el estudio directo del terreno, Laur manifestaba que en Sonora, Chihuahua y Sinaloa se podía extraer oro, plata y cobre. Para ello, afirmaba, era indispensable asegurar primero la obtención de las materias primas necesarias para el trabajo y solucionar el problema del transporte. El ingeniero aseguraba que los tres estados constituían un "inmenso almacén de minas pronto a entrar en producción" y que bastaría con la mano de obra nativa, y la de 20 a 25 mil inmigrantes blancos, para que la producción alcanzase "pronto a una cifra cercana a los cien millones de francos al año". (Informe del ingeniero de minas P. Laur sobre la riqueza minera de Sonora a Montholon, México, 29 de agosto de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 23-24). El informe debió entusiasmar a Montholon; éste, de inmediato, lo remitió al ministro francés de Asuntos Extranjeros. Montholon a su gobierno, México, 28 de agosto de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 21-22.
18. Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498; McPherson, op. cit., p. 371.
19. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 257.
20. El código minero mencionado por Gwin confería el dominio

de las minas al gobierno español, el que podía otorgar concesiones temporales a quien descubriese una veta y deseara explotarla. Sin embargo, cuando el concesionario abandonaba la mina durante algún tiempo, el gobierno quedaba en libertad de autorizar su explotación por cualquier otra persona que lo solicitase.

En cuanto al sistema norteamericano de tierras públicas, Gwin se refería a la legislación basada en el pre-emption system que, en los Estados Unidos, concedía al colonizador de una porción de tierras públicas el privilegio de adquirirlas, a un precio fijo, antes de que fuese ofrecida a otros aspirantes. Henry Campbell Black, Black's Law Dictionary. Definitions of the Terms and Phrases of American and English Jurisprudence, Ancient and Modern with Guide to Pronunciation, prefaces to the first and second edition by..., prefaces to the third and fourth edition by the publisher, 4a. ed., St. Paul, Minn., West Publishing Co., 1951. XVI-1882 p., p. 1342; Gwin a Napoleón III, México, 12 de septiembre de 1864, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498, 506-508; McPherson, op. cit., p. 370-371; Matías Romero, México and the United States. A study of subjects affecting their political, commercial, and social relations, made with a view to their promotion, Nueva York, G. P. Putnam's sons, 1898. XXVI-760 p., ils., p. 25; Shields, Inmigración..., p. 43-44; Shields, "Sonora...", p. 351.

21. Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 33-34; McPherson, ibidem, o, 372-373; Shields, Inmigración..., p. 44; Shields, "Sonora...", p. 352.
22. Gwin a su esposa, México, 29 de septiembre de 1864, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 508; Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, idem. Lamentablemente el tratado que elaboró Montholon no ha sido reprodu-

cido o utilizado por ningún autor. Gwin lo mencionó en una carta a su esposa (Gwin a su esposa, México, 29 de septiembre de 1864, en Coleman, idem) y Montholon se refirió a él cuando escribió a Drouyn de Lhuys acerca de un "proyecto de concesión" que debía discutirse, artículo por artículo, en el que pedía un derecho de explotación -no de posesión- agrícola y minera de una gran extensión territorial, además de la exención, por diez años, de los derechos de explotación. Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, idem.

En cuanto a la nota de Montholon y el memorando de Gwin, cabe observar que en el archivo del Mariscal Bazaine existe un documento idéntico al del embajador francés y muy parecido al del norteamericano. Fue dirigido desde la Legación Francesa, sin nombre del autor, al emperador Maximiliano, en el mes de octubre de 1864. Tiene el título de Memoria anónima sobre la conveniencia de que el Gobierno del Archiduque Maximiliano, para asegurar su dominio en Chihuahua y Sonora, hiciera poblar estos Estados con colonos californianos y explotar sus minas. Fue publicado por Genaro García en La Intervención Francesa en México según el Archivo del Mariscal Bazaine, v. 1, p. 556-578. Acuña, op. cit., p. 82.

23. Coleman, ibidem, v. XVII, p. 498; McPherson, op. cit., p. 373; Shields, Inmigración..., p. 43, 45; Shields, "Sonora...", p. 351, 353. Vid. infra, p. 276-277, n. 51.
24. Montholon, "Nota sobre la situación de México", México, 24 de septiembre de 1864, en Díaz, versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 36-40; ver también W. M. Gwin, "Memorandum accompanying the Project of a Treaty Giving a Concession of the Mines of North Mexico to France", México, septiembre de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 509-511; Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en

- Díaz, ibidem, v. 4, p. 34; Napoleón III..., p. 147; Shields; Inmigración..., p. 48; Shields, "Sonora...", p. 356.
25. Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, idem.
26. Montholon, "Nota sobre la situación de México", México, 24 de septiembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 38-39; ver también W. M. Gwin, "Memorandum accompanying the Project of a Treaty Giving a Concession of the Mines of North Mexico to France", México, septiembre de 1864, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 510-511; Hanna, Napoleón III..., p. 147; López Cámara, op. cit., p. 39.
27. Montholon, "Nota sobre la situación de México", México, 24 de septiembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 40-41; ver también W. M. Gwin, "Memorandum accompanying the Project of a Treaty Giving a Concession of the Mines of North Mexico to France", México, septiembre de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 511-512; Hanna, idem.
28. Montholon, "Nota sobre la situación de México", México, 24 de septiembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 41-43; ver también W. M. Gwin, "Memorandum accompanying the Project of a Treaty Giving a Concession of the Mines of North Mexico to France", México, septiembre de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 512-513; Hanna, idem; Shields, Inmigración..., p. 49-50; Shields, "Sonora...", p. 358-359.
29. Montholon, "Nota sobre la situación de México", México, 24 de septiembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 44; ver también Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 34.
30. W. M. Gwin a su hija, México, 29 de septiembre de 1864,

en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 508-509.

31. Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 35. En Napoleón III y México, Alfred y Kathryn Hanna comentan que la extensión que demandó el marqués de Montholon a "la Regencia" equivalía a la mitad norte de México e incluía el golfo de California y parte de nueve estados: Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Sinaloa, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí. Los autores se apoyan en una "Nota sobre Sonora", fechada por el embajador el 24 de septiembre de 1864 (Hanna, Napoleón III..., p. 147), siete meses después de haberse concluido el tratado con la Regencia. Sin embargo, en la versión publicada por Lilia Díaz con el título de "Nota sobre la situación de México" y citada por López Cámara con el nombre de "Note sur la Sonora", no aparece tal afirmación. Empero, en una carta anexa a este documento, Montholon escribió a Drouyn de Lhuys que se le podía acusar de pedir una concesión territorial demasiado grande y que, como Sonora no era la región más rica en minas, debía legislarse de la misma manera sobre todos los distritos mineros del norte de México. Estas frases -que difieren de otras declaraciones del embajador- apoyan, quizás, la aseveración hecha por los norteamericanos. Montholon, "Nota sobre la situación de México", México, 24 de septiembre de 1864 y Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 34, 36-44; López Cámara, op. cit., p. 73-76.
32. Gwin a su hija, México, 29 de septiembre de 1864, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 508-509; Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 34-36; Hanna, ibidem, p. 151; McPherson, op. cit., p. 372-373; Shields, Inmigración..., p. 44-45; Shields, "Sonora...", p. 352-353.

33. Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4. p. 36.
34. McPherson, op. cit., p. 373.
35. Gwin a su hija, México, 29 de septiembre de 1864, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 508-509; Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos. v. 4, p. 34-35.
36. Montholon a su gobierno, México, 27 de septiembre de 1864, en Díaz, idem.
37. Gwin a su hija, México, 29 de septiembre de 1864, en Coleman, op. cit., v. XVII, p. 508-509.
38. Gwin a su hija, México, octubre de 1864, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 514-515; Hanna, Napoleón III..., p. 151; McPherson, op. cit., p. 373, n. 65; Shields, Inmigración..., p. 45; Shields, "Sonora...", p. 353.
39. Gwin a su hija, México, octubre de 1864, en Coleman, idem.
40. Montholon a su gobierno, México, 10 y 28 de noviembre de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 57-59, 66-68; Hanna, Napoleón III..., p. 151.
41. Corti, op. cit., p. 313; Montholon a su gobierno, México, 10 de diciembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 70; Hanna, ibidem, p. 120.
42. Napoleón III otorgó el bastón de mariscal al general Bazaine el 30 de agosto de 1864. Corti, ibidem, p. 295.

43. Montholon a su gobierno, México, 28 de diciembre de 1864, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 71.
44. Montholon a su gobierno, México, 28 de noviembre, 10 y 28 de diciembre de 1864, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 67, 70, 72; Hanna, Napoléon III..., p. 151-152.
45. Corti, op. cit., p. 302, 634; Hanna, ibidem, p. 151; McPherson, op. cit., p. 371-372; Shields, Inmigración..., p. 45-46; Shields, "Sonora...", p. 353-354.
46. Maximiliano a Napoleón III, Chapultepec, 27 de diciembre de 1864, en Corti, ibidem; p. 311; Hanna, ibidem, p. 152; McPherson, ibidem, p. 372; Shields, Inmigración..., p. 46; Shields, "Sonora...", p. 354.
47. Corti, ibidem, p. 303
48. Clément Duvernois, L'intervention française au Mexique accompagnée de documents inédits et d'un long mémoire adressé par l'empereur Maximilien à l'empereur Napoléon et remis à Paris par l'impératrice Charlotte, préface et introduction par..., Paris, Amyot, éditeur, 1868, XVI-414 p., p. 237-238; Bigelow a Seward, Paris, 9 de febrero de 1865, en EE.UU. National Archives, MP (ms), Despatches from United States Ministers to France, 1789-1869, v. 56, núm. 25; Lefevre, op. cit., v. 2, p. 102-103; El pájaro verde. Religión, política, literatura, artes, ciencias, industria, comercio, medicina, tribunales, agricultura, minería, teatros, modas, revista general de la prensa europea y del nuevo-mundo, editor: Mariano Villanueva, diario, ciudad de México, 20 de marzo de 1865, p. 3 y 21 de marzo de 1865, p. 3; Dexter Perkins, A History of the Monroe Doctrine, acknowledgements, foreword and preface

by..., Boston, Little, Brown and Company, 1955, XIV-462 p., p. 120.

49. P. G. Leclerc a su gobierno, Nancy, 24 de abril de 1865, en Lynn M. Case (ed.), French Opinion on the United States and Mexico, 1860-1867. Extracts from the Reports of the Procureurs Généraux, preface and introduction by..., New York, D. Appleton-century company, 1936. XXIV-452 p., mapa, p. 377-378; ver también Roeder, op. cit., p. 869. Este comentario representó, quizás, el sentir general del pueblo francés. Fue tomado de los informes enviados a Napoleón III por los "procuradores generales", funcionarios que actuaban como agentes legales del Ministerio de Justicia en los 28 distritos de las Cortes Imperiales y tenían la misión de comunicar, cada mes, el estado de la opinión pública. Los numerosos informes existentes muestran la importancia que Napoleón III concedía a este tipo de notas. Case, ibidem, p. XIII-XIV: Hanna, Napoleón III..., p. 130.
50. Hanna, ibidem, p. 127; Perkins, op. cit., p. 120.
51. (sin autor), "México", en La Sombra. Periódico joco-serio ultra-liberal y reformista. Escrito en los antros de la tierra por una legión de espíritus, dirigidos por Asmodeo, editor: Pedro P. Sánchez, bisemanal, ciudad de México, 14 de marzo de 1865, p. 4.
52. A. Bremond, "Patrons pour Sonora" y "Colonizons, Colonizons", en Le Charivari, 2 de julio de 1865, en Hanna, Napoleón III..., p. 127-128.
53. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 159; Hanna, ibidem, p. 126; Palavicini, op. cit., v. 2, p. 30; Salomon, op. cit., p. 54, 56, 59; Topete, op. cit., p. 38-39; Carlos Tello, "Prólogo", en Tello, op. cit., v. 1, p. XII, XV-XVI.

54. Discurso del legislador Jules Favre, París, 10 de abril de 1865, en Tello, ibidem, v. 2, p. 335.
55. Discurso del legislador Jules Favre, París, 8 de junio de 1865, en, ibidem, v. 2, p. 392.
56. Discurso del legislador Jules Favre, París, 10 de abril de 1865, en ibidem, v. 2, p. 338.
57. Discurso del legislador Adolphe Thiers, París, 26 de enero de 1864, en ibidem, v. 1, p. 212.
58. Discurso del legislador Adolphe Thiers, París, 26 de enero de 1864, en ibidem, v. 1, p. 208-209.
59. Discurso del legislador Adolphe Thiers, París, 26 de enero de 1864, en ibidem, v. 1, p.209-210.
60. Discurso del legislador Adolphe Thiers, París, 26 de enero de 1864, en ibidem, v. 1, p. 212-215.
61. Corti, op. cit., p. 211, 331-332, 342; Hanna, Napoleón III ..., p. 126, n. 2, p. 130; Salomon, op. cit., p. 63. Vid. infra, p. 247.
62. Vid. supra, p. 202.
63. Drouyn de Lhuys a Montholon, (sin lugar), 29 de noviembre de 1864, en Hanna, Napoleón III..., p. 153.
64. Hanna, ibidem, p. 187; Romero a su gobierno, Washington, 9 de marzo de 1865, en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 112; Shields, Inmigración..., p. 46; Shields, "Sonora p. 354.

65. Corti, op. cit., p. 332, 651; Napoleón III a Bazaine, (sin lugar), 1° de marzo de 1865, en García, op. cit., v. 1, p. 675; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 129; McPherson, op. cit., p. 386; Romero a su gobierno, Washington, 9 de marzo de 1865, en Romero, idem.
66. Napoleón III a Bazaine, (sin lugar), 1° de marzo de 1865, en García, idem; ver también Lefèvre, idem.
67. Montholon a su gobierno, México, 8 de enero de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 74-76.
68. Montholon, a su gobierno, México, 8 de enero de 1865, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 76.
69. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 284; Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498; Montholon a su gobierno, México, 8 de enero de 1865, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 76-77, Hanna, Napoleón III..., p. 154; McPherson, op. cit., p. 373.
70. L'Estafette..., México, 29 de marzo de 1864, p. 1; Hanna, ibidem, p. 152, 252.
71. Forest a su gobierno, Mazatlán, 31 de enero de 1866, en Díaz, Versión... Informes económicos..., v. 2, p. 92-93.
72. Hanna, Napoleón III..., p. 152; McPherson, op. cit., p. 379; Shields, Inmigración..., p. 46, 49, 55, 78; Shields, "Sonora...", p. 354, 356-357, 363. Vid. infra, p.
73. McPherson, ibidem, p. 385.

VI. El regreso de Gwin a Francia,

Gwin llegó a Francia en el mes de marzo de 1865, convencido de que lograría recuperar el apoyo de Napoleón III. De inmediato trató de entrevistarse con el duque de Morny, su aliado más poderoso cerca del emperador durante mucho tiempo. De Morny se encontraba muy enfermo. Comunicó al norteamericano que lo recibiría, tan pronto como el médico lo autorizase, mas ese momento no llegó jamás. El duque falleció pocos días después.

La muerte de De Morny fue un rudo golpe; el ex-senador, sin embargo, no se dio por vencido. La prensa comentó que podría obtener, a lo sumo, una pequeña compensación del emperador, en vista de que la colonización se había planeado de buena fe y había fracasado por circunstancias inevitables. Gwin no se conformó; se entrevistó con Drouyn de Lhuys y se esforzó por convencerle de que la realización de sus proyectos era la única forma de que México incrementase su producción minera que, después de todo, era la única fuente de riqueza del país. Afirmaba que de esta manera solucionaría su problema más grave: el económico, que sus egresos ya no serían superiores a sus ingresos y que, finalmente, podría pagar la deuda francesa.

Gracias a una carta de recomendación del embajador Montholon al ministro de Asuntos Extranjeros, Gwin obtuvo rápidamente una audiencia con Napoleón III. Pintó entonces un

panorama sombrío del Imperio Mexicano; aseguró al soberano que su plan era el único remedio para que el país desarrollara sus recursos, adquiriese fuerza y estabilidad y mantuviera su rango y poder.<sup>4</sup> Declaró que Maximiliano -cuya oposición probablemente le había provocado un gran resentimiento personal- era un sujeto del todo inadecuado para la alta posición que ocupaba; la influencia y poder de que gozaba derivaban, en todo caso, de la protección que le brindaban el emperador y el ejército galos.<sup>5</sup> Le acusó de ser "'un soberano de figurón'" y recomendó que se le tratase como tal: "no como un soberano independiente, sino como un vasallo de Francia".<sup>6</sup>

Napoleón III escuchó con atención las acusaciones del norteamericano. Quizá estuvo de acuerdo con ellas, mas señaló que la investidura de Maximiliano debía respetarse. Empero, la entrevista no fue un fracaso. El emperador mostró de nuevo un gran interés por la colonización de Sonora; pidió, inclusive, la elaboración de otro plan,<sup>7</sup> que incluyese "una o más provincias disponibles".<sup>8</sup>

El ex-senador de California se apresuró a satisfacer los deseos del soberano. En el mismo mes de marzo le envió una carta y un memorando con los que, en realidad, no hacía más que reiterar y completar el "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua", aprobado un año antes por el gabinete imperial.<sup>9</sup> Gwin describía otra vez las ventajas que México y Francia obtendrían de la colonización del noroeste, indicaba los problemas que se presentarían y las soluciones que creía

10  
 adecuadas para el triunfo de la expedición. Manifestaba su gran deseo de regresar a México a poner en marcha sus proyectos, si bien puntualizaba que no lo haría a menos que las tropas intervencionistas ocuparan la región y apoyasen la empresa. De otra manera, sabía que sus planes carecían de futuro.

11  
 El norteamericano declaraba que el gobierno francés podría ayudar a México a solucionar sin riesgo alguno sus más urgentes problemas económicos, si Maximiliano consentía en extender la colonización a todos los estados del noroeste -no sólo Sonora y Chihuahua, sino también Durango y Sinaloa- y en aplicar los ingresos de las minas y las aduanas de esas provincias, al pago de los intereses y, si alcanzaban, aun al capital de la deuda mexicana.

12  
 La población indígena que las tropas francesas encontrarían al ocupar Sonora, según la caracterizaba Gwin, pertenecía en buena medida a una raza en extinción, hostil a los blancos con quienes luchaba continuamente desde la época colonial. Mencionaba algunas tribus: los yaquis y mayos, los cuales podrían aceptar al gobierno imperial mediante una política amistosa y seguramente se incorporarían a la civilización; los ópatas, onavas y pápagos, dueños de hecho de la porción norte de la entidad, y los seris, próximos a desaparecer, que habitaban la isla de Tiburón. Todos ellos podrían someterse a las autoridades, pero no así los apaches, "la tribu de indios más salvaje y feroz del continente americano... ladrones y asesinos naturales". Desde la expulsión de

los jesuitas en el siglo XVIII, sus incursiones y depredaciones habían convertido "una de las regiones mineras y agrícolas más ricas del mundo [del río Gila a las cercanías del puerto de Guaymas] en un mero desierto". Si bien evitaban la guerra siempre que podían, cuando la hacían no daban ni esperaban cuartel. El ex-senador consideraba que jamás se dejarían someter o civilizar: la lucha contra ellos tendría que ser de exterminio. Sólo un pueblo enérgico lograría eliminarlos o, en último caso, expulsarlos definitivamente del territorio mexicano.

En cuanto a los blancos y mestizos, sometidos durante muchos años, tanto al pillaje y la violencia de los apaches, como a las guerras civiles en el estado y el país, Gwin juzgaba que habían caído en un "abyecto" estado de sumisión; habían perdido, al parecer, su "orgullo viril y nacional". Eran indolentes, al grado de no llevar a cabo ningún trabajo si no lo podían realizar "a caballo", y cobardes. Los apaches se burlaban de ellos llamando a Sonora el "Rancho Apache" y diciendo que les permitían habitarlo "con el propósito de que críen y guarden el ganado" que, al fin y al cabo, iban a aprovechar los propios indios.

El ex-senador aseguró al emperador francés que Juárez contaba con un gran ejército y que, en Sonora, haría un último esfuerzo por recuperar el dominio de México. Aclaraba, no obstante, que el ex-presidente no era de temer pues, ciertamente, las tropas expedicionarias eran capaces de derrotarlo

y obligarlo a buscar refugio en los Estados Unidos. Lo que revestía gran importancia era considerar, en el momento en que Juárez abandonase el país, que el gobierno francés tendría que decidir entre retirar o dejar a sus soldados en la región. La retirada constituiría un error. Los sonorenses, solos, eran incapaces de defender el territorio contra los enemigos del Imperio, de someter a las tribus indígenas y de exterminar o expulsar a los apaches. Por otra parte, mantener un ejército en un lugar prácticamente deshabitado, sin cultivos, lejos de una base desde la cual se pudiese abastecer, representaría para Francia una enorme inversión.

El norteamericano sabía que a Napoleón III no le resultaría agradable tomar alguna de esas medidas, ya que podrían complicar seriamente su política mexicana. Insistió, por ello, en que su plan de colonización superaría todos los obstáculos. La atracción del capital y la mano de obra de otros países, por medio de concesiones y privilegios, pondría a trabajar y producir las tierras agrícolas y las minas desocupadas. Se aseguraría así un rápido poblamiento de las provincias del noroeste. Pronto podrían defenderse de las devastaciones indígenas y de las invasiones extranjeras y, en consecuencia, prescindir poco a poco de las tropas francesas. Se exigiría a los inmigrantes un solo requisito: lealtad al gobierno imperial, al que deberían apoyar en el caso de que estallase una revolución o sobreviniese un ataque del exterior.

Lamentaba que su primer proyecto de colonización no se hubiera llevado a cabo ésa primavera. Numerosos mineros y agricultores de los estados norteamericanos del Pacífico se habían mostrado dispuestos a reunirse con el ejército galo apenas llegase éste al límite norte de Sonora. Deseaban explotar las minas abandonadas: "las más ricas de México en oro, plata y otros metales" y, asimismo, obtener del fértil suelo las dos cosechas que anualmente producía. El mismo Bazaine había juzgado posible que, para el mes de junio, se encontrara en aquel territorio esa "audaz, vigorosa y enérgica raza de hombres" que, además de trabajar la tierra y las minas, sabría defenderlas de cualquier invasión enemiga o incursión de los indios. Esto habría permitido que el mariscal retirase gradualmente a sus soldados y que dejara, nada más, una serie de puestos militares en la frontera.

Empero, aunque se había perdido una preciosa oportunidad, el ex-senador no había renunciado al proyecto. El noroeste se podía transformar en "una de las regiones más ricas y prósperas" del mundo a base de trabajo y sólo los inmigrantes extranjeros estaban dispuestos a realizar ese esfuerzo. Contaba para la colonización con los sureños, con sus partidarios de California y con los miles de enemigos del gobierno de Lincoln que, en los estados que lo apoyaban, sufrían la hostilidad de sus defensores. Todos deseaban establecerse en el norte de México y dedicarse a desarrollar los recursos de la región, a fortalecer el poder del Imperio y a defenderlos

de las guerras civiles y de los ataques del exterior. Obedecerían las leyes si éstas los protegían y sólo demandarían del gobierno de Maximiliano estabilidad y protección para sus propiedades. El país obtendría indudables ventajas: resolvería, por ejemplo, sus problemas financieros, gracias a los ingresos derivados del trabajo de los nuevos habitantes, cuyo número seguiría aumentando.<sup>20</sup>

Por lo demás, la colonización extranjera del norte de México no podía provocar el enojo del gobierno norteamericano o de cualquier otro gobierno, puesto que no se pretendía ofender a nadie. Gwin descartaba la idea de que la inmigración fuera un peligro y de que la convivencia de razas diferentes en un mismo territorio pudiese desembocar en un conflicto. Su conclusión era bastante evidente: el capital y la mano de obra de otros países eran la única forma de desarrollar el noroeste de México; no sólo eso: estaba también en ellas la única esperanza de que, algún día, el Imperio Mexicano pudiera superar la dependencia que significaba la ayuda económica extranjera y, por lo tanto, de que las tropas francesas llegasen a abandonar el territorio sin peligro.<sup>21</sup>

Preocupado por el mal estado de las cosas en México e impresionado por el optimismo del ex-senador, Napoleón III aprobó su plan y le pidió que retornase a tierras mexicanas de inmediato. En una carta que le envió Conti, secretario del emperador, se le encomendó entregar un despacho de éste a Bazaine, donde, según se le aclaró, se pedía al mariscal que defendiera su plan de coloni-

zación ante Maximiliano, aunque de ninguna manera debía arriesgar la seguridad de la ocupación con expediciones peligrosas. Gwin sólo deseaba iniciar su empresa; quizá por esto mal interpretó el contenido del mensaje y supuso que Bazaine recibía órdenes de respaldarlo con tropas. Confiado, emprendió el viaje de regreso el día 10. de abril.<sup>22</sup>

Napoleón III creía todavía, al parecer, en los grandes beneficios que la explotación de Sonora reportaría al Imperio Mexicano. Sin embargo, no estaba dispuesto a comprometer a Francia en aquella región. Advirtió a Bazaine irónicamente, en la propia carta transmitida por Gwin- que era a Maximiliano a quien tocaba decidir si se podría obtener algún provecho de las "'habilidades'" e "'inteligencia'" del norteamericano. Dejaba a su juicio la cuestión del apoyo militar, recomendándole "'la mayor prudencia para no comprometerse en una nueva expedición, que podría acarrear grandes gastos y grandes dificultades'". El asunto quedaba así, precisamente,<sup>23</sup> en manos de aquellos que no tenían ningún interés en que se realizara: el monarca mexicano y el militar francés.

Es interesante señalar que el plan de colonización del noroeste de México influyó en el nuevo imperio de una manera no prevista por el ex-senador. Durante su estancia en París, Gwin había enviado al diputado Corta, experto en finanzas, conocedor de la situación mexicana y defensor de sus proyectos, un memorando en el que le comentaba sus propósitos.<sup>24</sup> Corta aprovechó la descripción de las riquezas del país lejano<sup>25</sup>

para preparar el discurso que el 10 de abril pronunció ante el Cuerpo Legislativo. Reconoció que lo mejor sería que Francia se retirase de México pero añadió que, lamentablemente, no existía una forma honorable de hacerlo. No quedaba más que seguir apoyando a Maximiliano: para ello el gobierno emitiría un empréstito que traería a Francia importantes beneficios. México era, después de todo, una tierra de promisión con un suelo extraordinariamente fértil y un futuro económico digno de tomarse en cuenta. El discurso de Corta fue tan elocuente que, pese a las críticas de los diputados de oposición y la antipatía general hacia la empresa, el pueblo francés <sup>26</sup> "se deslumbró y suscribió, incluso con exceso, el empréstito"<sup>27</sup>. De esta forma, sin darse cuenta, Gwin contribuyó al endeudamiento del Imperio Mexicano.

El ex-senador de California permaneció en Francia menos de un mes. Empezó el regreso sólo cuando creyó haber recuperado el apoyo de Napoleón III. La muerte del duque de Morny no le hizo renunciar a sus empeños. Por el contrario, consiguió que el emperador lo escuchase y aprovechó la entrevista para convencerlo de la incapacidad de Maximiliano. Sus violentas acusaciones tenían cierto fundamento, aunque lo que en realidad mostraban era su resentimiento hacia el príncipe austriaco, quien en ningún momento había mostrado intenciones de colaborar con él. La demanda de convertir a México en un feudo de Francia, transparentaba el deseo del norteamericano de conquistar el favor de Napoleón III. Empero, el medio es-

cogido no era el más apropiado: el monarca difícilmente aceptaría; de hacerlo, la aventura mexicana corría el peligro de alargarse indefinidamente.

Gwin trató de probar que la explotación agrícola y minera del noroeste era la única forma de evitar que Sonora, Chihuahua, Sinaloa y Durango, siguiesen en poder de los indios salvajes o cayeran en manos de juaristas o norteamericanos. Describió a la gente que habitaba la región exclusivamente para demostrar que no se contaba con ella; no pudo evitar que en sus comentario se trasluciera claramente el profundo desprecio que sentía hacia los mexicanos y el futuro que, bajo su gobierno, aguardaba a los habitantes de aquellas provincias. Los indios correrían, probablemente, la misma suerte que los primitivos habitantes de Norteamérica: la extinción. En cuanto a los cobardes y perezosos blancos y mestizos, habrían de aceptar las condiciones que impusiera o perder sus propiedades, como había sucedido, por ejemplo, con los habitantes de California después de la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo. De hecho, los antecedentes de Gwin garantizaban que esto terminaría por suceder.

Napoleón III debía decidir el destino del noroeste de México, según indicó el ex-senador. Si Francia dejaba sus tropas, el tesoro francés tendría que desembolsar una cantidad enorme de dinero. Si las retiraba, las depredaciones indígenas continuarían y, finalmente, los enemigos del Imperio conquistarían el territorio. Gwin sabía que el emperador no

deseaba perderlo, mas tampoco quería gastar más de lo que ya había gastado. Hábil y oportunamente propuso una tercera solución: la atracción de capital e inmigrantes extranjeros, especialmente californianos, confederados y enemigos de Lincoln. A diferencia de los pobladores de la región, estos inmigrantes la defenderían y la harían productiva. Su presencia permitiría la retirada gradual de los soldados galos y la reducción de sus gastos de manutención. El Imperio mexicano mantendría su dominio sobre el noroeste y, junto con Francia, lograría obtener claras ventajas económicas. Los inmigrantes serían leales a Maximiliano, afirmaba Gwin, si éste mantenía el orden y las garantías de la propiedad. El punto que el norteamericano no quiso o no pudo explicar fue el de la posición de los recién llegados si el gobierno se negaba a cumplir sus requerimientos. Es fácil suponerlo: seguramente se repetiría el caso tejano. Gwin negó rotundamente tal posibilidad, mas los colonos, cansados del desorden y la falta de seguridad, con certeza acabarían por proclamar su independencia.

La confianza de Gwin, su entusiasmo, determinaron al parecer que Napoleón III se replantease la decisión de renunciar a la concesión sonoreense. El proyecto seguía interesándole, pero sabía que su apoyo aumentaría el compromiso de Francia en México. Prefirió dejar que otros actuaran por él. De esta forma, pensó, no perdía nada. Si Gwin fracasaba, la responsabilidad no caería sobre él. Si triunfaba, su gobierno se vería beneficiado; podría, incluso, recuperar sus inversio-

nes. No pensó en ningún momento que, en ambos casos, México corría graves riesgos: el de perder su soberanía en una gran parte del territorio o convertirse en escenario de un enfrentamiento entre Francia y los Estados Unidos. Al terminar la Guerra de Secesión, los yanquis probablemente reclamarían a Napoleón III la presencia de sus tropas cerca de la frontera y la ayuda brindada a los enemigos de la Unión. En cuanto a Gwin, el emperador francés no se tomó la molestia de aclararle que había dejado la decisión final del proyecto a Maximiliano y Bazaine. Es posible que, de haberlo sabido, el norteamericano hubiese preferido olvidar definitivamente sus planes; en lugar de regresar a México, quizá hubiera decidido permanecer en Francia.

Notas

1. Vid. supra, p. 155-156, 208.
2. Aronson, op. cit., p. 327; Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 606; McPherson, op. cit., p. 373; Romero a su gobierno, 30 de marzo de 1865, en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 179; Shields, Inmigración..., p. 46-47; Shields, "Sonora ...", p. 354-355.
3. Coleman, idem; McPherson, idem; Shields, Inmigración..., p. 46-47; Shields, "Sonora...", p. 354-355.
4. Coleman, ibidem, v. XVII, p. 498; Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 596; McPherson, ibidem, p. 374; Shields, Inmigración..., p. 47; Shields, "Sonora...", p. 354-355.
5. Coleman, ibidem, v. XVII, p. 498; Shields, Inmigración..., p. 47; Shields, "Sonora..."; p. 355.
6. Coleman, idem.
7. Idem; Hanna, Napoleón III..., p. 154; Hill, op. cit., p. 118; McPherson, op. cit., p. 374; Shields, Inmigración..., p. 47; Shields, "Sonora...", p. 355.
8. Coleman, idem.
9. Vid. supra, p. 162.
10. Gwin a Napoleón III, París, 25 de marzo de 1865 y W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 515-519; Shields, Inmigración..., p. 50; Shields, "Sonora...", p. 358.

11. Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 593; Gwin a Napoleón III, París, 25 de marzo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 515; McPherson, op.cit., p. 374; Shields, Inmigración..., p. 50; Shields, "Sonora...", p. 358.
  
12. Gwin a Napoleón III, París, 25 de marzo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 515-516; Hill, op.cit., p. 118; McPherson, idem; Shields, Inmigración..., p. 48, 50; Shields, "Sonora...", p. 356, 358.
  
13. W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo de 1865 y Gwin a Napoleón III, París, 25 de marzo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 516-518; McPherson, ibidem, p. 374-375; Shields, Inmigración..., p. 48; Shields, "Sonora...", p. 357.
  
14. W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 517; ver también Shields, Inmigración..., p. 48-49; Shields, "Sonora...", p. 357.
  
15. W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 517-518; ver también Shields, Inmigración..., p. 49; Shields, "Sonora...", p. 357.
  
16. W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 518.
  
17. W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo de 1865 y Gwin a Napoleón III, París, 25 de marzo de 1865, en ibidem, v. XVII, p. 515-516, 518; McPherson, op.cit., p. 374-375; Shields, Inmigración..., p. 48; Shields, "Sonora...", p. 356.

18. W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 518; ver también Shields, Inmigración..., p. 50; Shields, "Sonora...", p. 358.
19. W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleón", París, marzo de 1865, en Coleman, idem.
20. W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 518-519; Hill, op. cit., p. 118; Shields, Inmigración..., p. 48-49; Shields, "Sonora...", p. 356-357.
21. W. M. Gwin, "Memorandum for Emperor Napoleon", París, marzo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVII, p. 519; McPherson, op. cit., p. 374-375; Shields, Inmigración..., p. 49; Shields, "Sonora...", p. 357.
22. Arrangoiz, op. cit., p. 618; Coleman, ibidem, v. XVII, p. 498; Conti a Gwin, París, 31 de marzo de 1865 y Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 593, 595; Duvernois, op. cit., p. 235; Hanna, Napoleón III..., p. 154; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 94-95; McPherson, idem; Shields, Inmigración..., p. 50; Shields, "Sonora...", p. 358.
23. Hanna, idem; Shields, Inmigración..., p. 47; Shields, "Sonora...", p. 355.
24. Napoleón III a Bazaine, Las Tullerías, 31 de marzo de 1865, en García, op. cit., v. 1, p. 722; ver también Hanna, ibidem, p. 154-155; Shields, Inmigración..., p. 50-51; Shields, "Sonora...", p. 358-359; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 1128.
25. Vid. supra, p. 194-198, 201-202.

26. Corti, op. cit., p. 336; Hanna, Napoleón III..., p. 126, 131; McPherson, op. cit., p. 374-375; Discurso del legislador Ernest Picard, París, 11 de abril de 1865, en Tello, op. cit., v. 2, p. 343-345.
27. Corti, idem.
28. Vid. supra, p. 144 ss.

VII. El segundo fracaso de Gwin en México.

A) La actitud nacionalista de la prensa mexicana.

Mientras Gwin trataba de recuperar el apoyo de Napoleón III, sus planes daban mucho que hablar en México. En todas partes se discutía y comentaba su proyecto. Habían pasado muchos rumores, corregidos y aumentados, de la corte del archiduque a las calles y a los cafés.<sup>1</sup> Se decía, por ejemplo, que si Maximiliano se podía sostener en ese momento de penuria económica, era gracias a "que estaba derrochando los millones que había recibido por la venta de Sonora".<sup>2</sup>

En breve, los periódicos reflejaron el debate público. Ante el silencio del gobierno acudieron, en busca de alguna novedad, a los artículos publicados por la prensa norteamericana. De esta manera, los lectores mexicanos se enteraron, entre otras cosas, de que Gwin había sido nombrado -por Napoleón III según unos, por Maximiliano según otros- director de inmigración, gobernador, gran duque, incluso virrey de diversas provincias del norte. Supieron también que Francia había obtenido la concesión de Sonora como garantía por el pago de sus deudas, que los franceses planeaban establecer, cerca de la frontera, una colonia a la que llegarían miles de inmigrantes y que el gobierno norteamericano, preocupado ante esto, había enviado al Pacífico a uno de sus generales,<sup>3</sup> con el objeto de que observara las actividades de los colonos.

En realidad, las noticias de la prensa norteamericana eran inquietantes, aunque no todos los periódicos les daban el mismo crédito. Los grandes diarios afirmaban estar convencidos: Maximiliano no aceptaría jamás un convenio que pusiese en peligro la integridad del territorio. Uno de ellos, El Pájaro Verde, de gran circulación, ultraclerical y pro-imperial, dio cabido a muchos rumores, si bien también se encargó de desmentirlos. Acusó a quienes los "echaron a volar" de haberlos elaborado "en sus gabinetes": añadió que se habían inventado con el propósito de predisponer a la opinión pública. Efectivamente, el ex-senador había estado en México con el fin de obtener la aprobación del gobierno para un extenso plan de colonización, pero su proyecto había sido rechazado.

No toda la prensa mostró la misma tranquilidad. Varios periódicos humorísticos, como La Orquesta, La Sombra, El Buscapié, La Cuchara y Los Espejuelos del Diablo, exponentes de la causa liberal, armaron un gran alboroto. Bien porque creyeran en la posibilidad de que Sonora pasase a poder de Francia sin el consentimiento popular, o porque aprovecharon la oportunidad de criticar al gobierno imperial, sacaron a luz alarmantes artículos sobre las ambiciones de Napoleón III. La Sombra, por ejemplo, predijo que Sonora, "la vírgen dorada de la América septentrional, la fuente de la riqueza de México", sería el escenario de una lucha sangrienta entre "sus miles de adoradores": los miembros de la expedición que se preparaba para ocuparla -franceses- y "los audaces hijos del Norte" que,

con cualquier pretexto, harían lo preciso para obtenerla.<sup>9</sup>  
Estos periódicos divulgaron, según declaró La Presse de París,  
"rumores sobre la falsa suposición de una cesión de Sonora,  
sobre la actitud de los Estados Unidos hacia México"; se de-  
dicaron "a levantar la animadversión popular contra los ex-  
tranjeros, y a echar, por medio de caricaturas, el ridículo  
sobre las tropas europeas, el desprecio sobre las cosas más  
dignas de respeto"<sup>10</sup>.

Preocupado por el tono exaltado de las críticas  
contra Francia, Bazaine decidió ponerles fin. Citó a los edi-  
tores de todos los periódicos de la capital en su casa de  
Buenavista y allí, el 22 de marzo de 1865, uno de sus oficia-  
les, el coronel Boyer, recordó perentoriamente los deberes de  
la prensa:<sup>11</sup> "calmar las pasiones en lugar de excitarlas y  
envenenarlas"<sup>12</sup>. Acusó a varias publicaciones, entre otras co-  
sas, de propagar noticias falsas e insultantes y de suscitar  
la discordia. En consecuencia, los responsables de los periód-  
icos humorísticos fueron detenidos, en nombre del emperador  
y del mariscal, y puestos a disposición de un tribunal mili-  
tar. Bazaine fundamentó su decisión, a fin de darle un viso  
de legalidad, en el todavía vigente decreto de estado de gue-  
rra proclamado en noviembre de 1863, por el cual se había es-  
tablecido que todos los delitos contra la paz pública queda-  
rían bajo la jurisdicción militar.<sup>13</sup>

Maximiliano se enteró de lo ocurrido cuando ya nada

podía hacer para evitarlo. El arresto de los periodistas y el hecho de que no se le hubiera informado con anterioridad lo contrariaron de tal manera que hizo que el jefe de su gabinete privado, Eloin, manifestara su disgusto a Bazaine y le pidiese una explicación sobre las medidas tomadas. Empero, Eloin no consiguió que el mariscal modificase su decisión: los detenidos fueron juzgados por un consejo de guerra compuesto por franceses y condenados, algunos, al pago de multas; a varios meses de prisión los otros.

El austríaco pareció aceptar los acontecimientos. Mas, si él no podía hacer otra cosa, la opinión pública no se conformó. Simpatizaba con los acusados que, después de todo, no habían hecho más que defender la integridad de su patria. La voz de la calle consideraba que Bazaine había obrado en forma arbitraria; los delitos de la prensa debían ser juzgados por civiles, no por militares. La situación de Maximiliano se tornó delicada: o demostraba su autoridad o se le acusaría de ser un títere del emperador de Francia. No esperó mucho para mostrar su posición. El 10 de abril promulgó la "Ley sobre libertad de imprenta". Puso a la prensa bajo su jurisdicción y, con el pretexto de celebrar el primer aniversario de su ascenso al trono, concedió la libertad a los periodistas que habían sido detenidos. Llegó todavía más lejos, pues permitió -con la consecuente protesta del mariscal- que uno de ellos, Juan A. Mateos, redactor de La Orquesta, reasumiera su puesto de secretario del Ayuntamiento de la ciudad de México.

Los franceses trataron de justificar la actitud de Bazaine. Pronto se informó que Francia no había gastado una fortuna para establecer un Imperio Mexicano y luego mutilarle, sino todo lo contrario: se trataba de prevenir una pérdida semejante a la de 1848. Diarios como L'Estafette des Deux Mondes y L'Ere Nouvelle, publicados en francés por paladines de la Intervención y del Imperio, alentaron con entusiasmo el plan de colonizar la frontera con inmigrantes extranjeros. No importaba que procediesen del Sur de los Estados Unidos: la Guerra de Secesión había transformado a los confederados en enemigos irreconciliables de la Unión, de modo que no serían capaces de jugar una mala pasada al país que los había acogido cuando más lo necesitaron. Si ocurriese una invasión norteamericana, ellos, al igual que los colonos europeos y franco-californianos, defenderían a su nueva patria con lealtad y valor. L'Estafette instó a los hacendados para que favorecieran el programa de Gwin. Con ello se evitarían una investigación sobre los títulos legales de propiedad, de los que casi todos carecían, pues los inmigrantes se dedicarían a la explotación minera, no al cultivo de la tierra.<sup>16</sup>

La propaganda francesa no tuvo éxito. La prensa siguió mostrando su repudio al proyecto de Gwin. Los primeros en oponerse habían sido periódicos de menor importancia. Ahora los apoyaban sus colegas más grandes que -sintiéndose amparados por la legislación imperial- expresaron su indignación cuando creyeron que era inminente la ocupación de Sonora.<sup>17</sup>

Uno de ellos declaró que la cesión de aquella provincia sería una forma poco honorable de que México pagase su enorme deuda. Era evidente que Napoleón III podría forzar la colonización del noroeste; en ese caso, se tendría que recurrir al honor de Maximiliano. Este había prometido "'sostener bien alta y con mano firme la bandera de la independencia y mantener incólume nuestro territorio'<sup>18</sup>". La prensa abrigaba una preocupación especial por la inmigración que los franceses defendían con fervor. Alegaba que el Imperio no estaba en condiciones de recibir colonos, puesto que los extranjeros no harían más que aumentar el desorden existente; para que no se repitiese la historia de Texas con los confederados con que se planeaba poblarla, debía protegerse celosamente la frontera. De esta forma la letra impresa reflejaba la habitual suspicacia de los mexicanos hacia sus vecinos del norte. No sólo temían el despojo de riquezas, tierras y empleos, sino también que, bajo su dominio, se extinguieran las tradiciones y costumbres del país.<sup>19</sup>

La preocupación de los periódicos, tanto los que criticaron directamente los proyectos de Sonora como los que sólo se atrevieron a reproducir rumores -para negarlos y así no correr riesgos-, reveló que en ciertos sectores de la población urbana se empezaba a gestar un sentimiento nacional. Un nacionalismo dispuesto a defender la unidad e independencia del país, amenazada por las ambiciones francesa y norteamericana y por la posibilidad de que se llevase a cabo una

gran inmigración extranjera. Aunque es innegable que la prensa no reflejaba del todo una voz colectiva, el pensamiento de un pueblo en general, sino, más bien, el parecer de sus clases propietarias, la actitud que asumió tuvo gran importancia. Con tribuyó a formar y dirigir la opinión de los lectores -no muchos, puesto que eran pocos los mexicanos que sabían leer y escribir-, y, a partir de ellos, a desarrollar actitudes comunes, a unificar criterios frente a la cuestión sonorenses. Impulsó, de esta manera, el surgimiento de una conciencia nacional.

B) Las nuevas esperanzas de Gwin.

Gwin volvió a México a principios de mayo de 1865. En La Habana, durante el viaje de regreso, se enteró de la rendición -el 9 de abril- del ejército confederado. La noticia lo sorprendió desagradablemente. Se daba cuenta de que el gobierno norteamericano podría exigir a Napoleón III la retirada de sus tropas y de que el asentimiento del emperador francés sería el fin de sus proyectos de colonización. Empero, procuró no desanimarse. Ahora, más que nunca, estaba seguro de que la adopción de sus planes constituía la salvación del Imperio Mexicano.<sup>21</sup>

En una carta a su esposa, el ex-senador describió el efecto provocado en México por los acontecimientos en los Estados Unidos. A los liberales les regocijaba la idea de recibir ayuda para suprimir la monarquía y regresar al poder, sin darse cuenta de que sus "libertadores" esclavizarían a toda la población. En cuanto a los residentes norteamericanos, había dos corrientes de opinión. Los partidarios de la Unión, muy animados, aseguraban que pronto se llevaría a cabo la conquista de toda la parte norte del continente. Los de la Confederación pensaban que, en adelante, ningún sureño estaría seguro en su patria.<sup>22</sup> Esta idea llevó a uno de ellos a escribir que se sentía "enfermo al pensar en la agonía sangrienta que va a padecer el pueblo del Sur..."<sup>23</sup> Por su parte, Gwin agradecía a "la Providencia" la oportunidad que le brindaba

de probar suerte en un país donde podría prosperar, en forma "inmediata y permanente"; y vivir, junto con su familia, a salvo de la opresión.<sup>24</sup>

Para sustituir el apoyo que le había ofrecido el duque de Morny,<sup>25</sup> Gwin formó una sociedad con dos militares: Pierre Soulé y Charles P. Stone, y con un periodista, Massey. El primero, al que probablemente conoció durante su estancia en Washington, había sido senador por Louisiana, embajador en España y general de brigada del ejército del Sur, durante la Guerra Civil. Al llegar a México en 1865 apoyó el plan de enviar inmigrantes al noroeste, ya que tenía un gran interés en ayudar a los veteranos confederados a establecerse en aquella región.<sup>26</sup>

Stone, coronel y general brigadier, había dejado el ejército de la Unión en el mes de septiembre anterior. Se encontró casualmente con Gwin -a quien ya conocía-<sup>27</sup> en el vapor que lo transportaba de Cuba a Veracruz. Viajaba a México para arreglar algunos asuntos personales, relacionados con los trabajos de deslinde que había efectuado para Jecker-Torre y Cía. en 1859;<sup>28</sup> quería aprovechar la revisión de algunas de las reclamaciones del banquero que había emprendido el gobierno imperial. Su conocimiento de Sonora, según consideraron sus socios, podía ser de suma utilidad para el desarrollo de la colonización.<sup>29</sup>

En cuanto a Massey, corresponsal del New York Daily

30

News, se sentía entusiasmado por su participación en una sociedad que, muy pronto, abriría "un territorio tan extenso como Francia, y compuesto por cuatro de los más ricos estados de México... a la más hermosa especie de inmigración que jamás se haya visto", sin dejar por eso de pertenecer al Imperio Mexicano. Confiaba ciegamente en el "animoso y noble" ex-senador de California a quien consideraba incapaz de no cumplir sus promesas y que, junto con Stone y Soulé, le había prometido realizar cualquier plan que propusiera. El periodista estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad: creía que había en ella mucho dinero por ganar. Contaba con la ayuda de su editor, el señor Benjamin Wood, al que aparentemente encomendó la misión de reunir los fondos necesarios para el proyecto. A cambio, Massey le aseguró que haría su fortuna.

Los cuatro llegaron a un acuerdo completo. Varias veces al día se reunían a conversar sobre la empresa; tenían tanta confianza en su éxito que nombraron al ex-senador de California director general y empezaron a ofrecer concesiones. Se habló, por ejemplo, de la construcción de los ferrocarriles sonorenses y del desarrollo de los recursos mineros. Para Gwin quien se arriesgase a invertir en aquellas provincias podría transformar sus millones "en decenas de millones". Uno de los más beneficiados sería su hijo, William, que lo había acompañado a México y a quien se había propuesto explotar una mina de Sinaloa, "la más rica en oro en el mundo".

Por el momento no cabía más que aguardar a que Maximiliano, en viaje de descanso por el este del país, regresase a la ciudad de México y diera solución a los problemas acumulados durante su ausencia. Deseaban conseguir su aprobación para facilitar el desarrollo de las actividades de la empresa, aunque en realidad no la consideraban indispensable. Después de todo, los nuevos socios gozaban de la protección de Napoleón III. El emperador francés, según creían, había dado órdenes a Bazaine para que respaldase a la nueva colonia. El proyecto se convertiría en una realidad, aun si el monarca mexicano <sup>36</sup> trataba de impedirlo.

Les desagradaba el "letargo" de la espera, mas estaban dispuestos a practicar la "admirable virtud de la paciencia" hasta que Maximiliano se hubiese "divertido bastante con sus pasatiempos rurales". Cada día se sentían más seguros <sup>37</sup> de obtener su consentimiento. Conocían, probablemente, su política favorable a la inmigración. El emperador había formado una Junta y una Comisaría encargadas de todo lo relativo a la colonización <sup>38</sup> y reconocido públicamente que el aumento de la población y la explotación de las tierras vírgenes eran "los únicos y vigorosos medios de robustecer nuestra patria..." <sup>39</sup> Además, los alentaban los rumores de cambios en el gabinete imperial. Cambios que, al parecer, fortalecían los apoyos al plan de Gwin. Se decía, por ejemplo, que Félix Eloy y José Fernando Ramírez, dos de sus principales opositores, <sup>40</sup> habían sido enviados al extranjero, "si no como desterrados, como <sup>41</sup>

cosa equivalente". Eloin, por lo menos, había partido "en el vapor sin siquiera volver a la capital 'a arreglar su ropa'".

Se comentaba asimismo que Ramírez sería sustituido en el ministerio de Relaciones Exteriores por el general Almonte, quien anteriormente había apoyado la concesión de Sonora a favor de Francia. La victoria del Norte en la Guerra de Secesión hacía temer a Almonte que los Estados Unidos, sin pugnanzas internas, decidiera invadir Sonora y Chihuahua y apoderarse de sus minas. Pensaba que la única posibilidad de evitar tal contingencia se encontraba en la colonización y explotación del noroeste. Por eso ofreció a Gwin su respaldo y le aseguró personalmente que, en cuanto de él dependiese, no hallaría obstáculos en el camino.

Mientras esperaba el regreso del emperador, Gwin llevó a Bazaine la carta de Napoleón III. El mariscal lo recibió cordialmente, le prometió, incluso, luchar hasta el fin por sus demandas. No se preocupó por explicarle que el emperador francés había puesto su futuro en sus manos, ni tampoco le aclaró que no tenía la menor intención de colaborar con él. De hecho se conformó con recomendar a Maximiliano que aceptase "'con complacencia'" los ofrecimientos del norteamericano.

Gwin quedó en una vana espera; pasaba el tiempo sin que sus asuntos progresasen lo más mínimo. En un principio, el ex-senador creyó que Bazaine estaba exclusivamente dedicado a

cortejar a una joven mexicana de 17 años de quien, según el  
 emperador mexicano, "a pesar de sus 54 años, estaba enamora-  
 do como un tonto..."<sup>50</sup> El romance divertía a Gwin, mas también  
 lo disgustaba. Las continuas evasivas del militar, la ignoran-  
 cia en que lo mantenía acerca de sus planes y el hecho de que  
 hubiese fijado la boda para junio, mes en el que Bazaine debía  
 estar al frente de la expedición del noroeste, lo molestaban  
 profundamente. Pero no le quedaba más que aguardar y tratar de  
 confiar en el mariscal. Posiblemente lo animó el enérgico arres-  
 to de los periodistas que habían criticado sus planes. De ser  
 así, no entendió que de fondo la actitud de Bazaine obedecía  
 sólo al deseo de proteger el nombre de Francia.<sup>51</sup> Por otra par-  
 te, la verdad era que Gwin no conocía a nadie que pudiese ace-  
 lerar sus proyectos. Quizá el marqués de Montholon hubiese  
 intervenido en su favor, pero ya no se encontraba en México.  
 Napoleón III lo había nombrado embajador en Washington y,  
 pocos días antes del regreso del norteamericano, había embar-  
 cado en Veracruz rumbo a los Estados Unidos.<sup>52</sup>

Su sucesor, Alphonse Dano, que había enfrentado  
 -como encargado de negocios de la embajada francesa- los pro-  
 blemas causados por la aventura de Raousset-Boulbon, a dife-  
 rencia de sus antecesores, se mostraba bastante escéptico en  
 la cuestión de Sonora.<sup>54</sup> Antes de partir de Francia, Dano había  
 enviado a Drouyn de Lhuys un memorando titulado Sobre las mi-  
 nas de Sonora, en el que describía aquella región como "inacce-  
 sible y desagradable", escasa en agua y difícil para la agri-

cultura. Aceptaba la existencia de una riqueza potencial en sus minas, mas aclaraba que no era tan extraordinaria como se pretendía: si lo fuese, los norteamericanos se hubiesen apoderado de ellas al empezar a agotarse el oro de California. Su explotación requeriría de una inversión prohibitiva y de mano de obra extranjera. Como sería difícil atraer europeos, se tendría que aceptar a los colonos procedentes de los Estados Unidos, quienes eran "incapaces de resistir a la fiebre del oro", si bien, lamentablemente, "nunca se habían asimilado a otros pueblos; eran indisciplinados y vivían revólver en mano". Para mantener el orden se necesitaría la presencia del ejército francés, lo que molestaría al gobierno norteamericano y complicaría la situación de Maximiliano. Dano consideraba que el proyecto de explotación de las minas del noroeste era "de una utilidad poco práctica" y que -como se desprende con claridad del memorando- constituiría una amenaza para la integridad y la independencia del Imperio Mexicano. No sería él, por lo tanto, quien ayudaría a Gwin a llevar a cabo sus planes.

Nada parecía amilanar al norteamericano. La ambigua actitud de Bazaine, la partida de su amigo Montholon, el realismo del nuevo embajador, el nacionalismo manifestado por la prensa, la prolongada ausencia de Maximiliano y el apoyo que había dado a los periodistas que criticaban sus planes, el retraso indefinido de sus proyectos, constituían una larga serie de vallas aparentemente infranqueables. Sin embargo,

Gwin no desistió. Consideraba que el apoyo de Napoleón III -contenido en la misiva que había entregado al mariscal Bazaine- sería suficiente para vencer todos los obstáculos. Ignoraba, por supuesto, que ese "apoyo" era bastante relativo y que tanto el monarca mexicano como el militar francés podían interpretarlo como mejor les pareciese. Pero el ex-senador tenía tanta confianza en el éxito de su proyecto que consiguió nuevos socios, ofreció concesiones, se forjó, en fin, grandes ilusiones. Las necesitaba para seguir adelante. Ser realista significaba aceptar un posible fracaso y, de ser así, sus planes no se llevarían a cabo, no podría rehacer su fortuna y se vería obligado a terminar su carrera pública. Tendría que dejar México; probablemente regresar a su patria, donde con seguridad encararía muchas y graves dificultades. El gobierno no lo recibiría bien: el ex-senador nunca había disimulado sus simpatías por los confederados y había puesto en peligro, al colaborar con Francia, tanto la influencia norteamericana en México como la hegemonía de los Estados Unidos en el continente americano.

C) El rechazo de Maximiliano.

Durante algún tiempo, Gwin se dedicó a soñar con el momento en que se llevaría a cabo la colonización y explotación del noroeste de México. Sin embargo, ese momento nunca llegó. Sus planes tropezaron con la oposición de Maximiliano: el norteamericano no la había considerado importante, mas constituyó al cabo una barrera insuperable para el desarrollo de la empresa.

Gwin inspiraba gran desconfianza al emperador. Maximiliano la había manifestado con anterioridad y, en esta ocasión, tampoco se mostró dispuesto a autorizar el establecimiento de confederados en la frontera. Si era posible que, en un principio, el ex-senador de California y sus socios actuaran de buena fe, el emperador tenía la certeza de que, a la postre, no resistirían la tentación de encabezar un movimiento separatista de las provincias del norte, donde los colonos anglosajones, sólidamente establecidos, con un sentimiento de superioridad ante la población nativa y de cansancio por el dominio mexicano, terminarían por proclamar su independencia. Maximiliano no quería perder una parte del territorio. Por ello, libre de la presión de Napoleón III, resolvió rechazar el proyecto del norteamericano. Probablemente influyeron en su determinación los informes alarmantes que Luis de Arroyo, cónsul en Nueva York, había enviado a su gobierno. Arroyo indicaba que Gwin no gozaba de buena reputación en su

patria, donde no se dudaba que "'por intereses de partido'" fuese capaz de "'cometer una traición'" y de "'dar un paso desleal'" que gestase "'un hecho como el de Texas'".

A más de conservar la integridad del Imperio, Maximiliano tenía otras razones para oponerse a los planes de Gwin. Una de ellas era la de no atraerse la enemistad de los Estados Unidos. Comprendía que el fin de la Guerra de Secesión facilitaría al gobierno de Washington la oportunidad de ayudar, material y moralmente, quizá militarmente, a Juárez, lo cual favorecería el avance republicano. Mas él tenía la esperanza de obtener el reconocimiento norteamericano. Mientras existiese tal posibilidad, estaba decidido a tratar a los Estados Unidos "'con los más grandes miramientos y evitar todas las ocasiones de hacerle sombra'". Para que de ningún modo se creyese que simpatizaba con la creación de centros de resistencia al gobierno de Washington, cerca de la frontera, optó por rechazar el proyecto de colonización del noroeste. Creyó suprimir así un motivo de hostilidad del vecino país del norte hacia su Imperio.

Maximiliano debió tener también presentes las repetidas manifestaciones de la opinión pública. El desagrado frente a los planes de Gwin era evidente. No convenía que aprobase los proyectos de Sonora: se exponía a ser acusado de debilidad ante las exigencias de Napoleón III. En cambio, al rechazarlas, probaría a sus súbditos que no era un vasallo

de Francia, sino el soberano responsable de una nación independiente; demostraría que era capaz de defender la integridad territorial de su nueva patria; de comportarse, en fin, como un "mexicano nacionalista"<sup>67</sup>.

El emperador, que seguía su viaje por el interior del país, citó en Puebla a Alphonse Dano, el nuevo embajador francés, para comunicarle su decisión y explicarle sus motivos. En el curso de varias entrevistas realizadas en el mes de junio de 1865, Maximiliano demostró que no tenía intenciones de cambiar de opinión. Cuando Dano sintió la obligación de comentar que Napoleón III tenía en gran estima al ex-senador de California, replicó que si el norteamericano había "'fascinado'" al monarca francés, él no compartía tal simpatía: sus ojos se habían abierto al estudiar de cerca la realidad mexicana. El embajador propuso entonces la fundación de colonias a lo largo de la frontera, a fin de evitar el "'peligro de juntar centenas de miles de norteamericanos en las provincias del norte'". De este modo, Gwin podría dirigir, en Sonora, a un grupo de confederados, "'sin ser bastante poderoso para convertirse en una amenaza'". El austríaco no se dejó convencer. Respondió que no quería "'norteamericanos de ninguna clase'" ni en aquellas regiones ni en el Istmo de Tehuantepec. Esto no significaba que se opusiese a la inmigración. Estaba dispuesto, por el contrario, a admitir a todos aquellos que desearan establecerse en el interior del Imperio, aunque no permitiría que lo hiciesen en un solo lugar, Los esparciría

"de tal modo que en lugar de imponernos su influencia estén obligados a sufrir la nuestra"<sup>68</sup>.

Dano no pudo o no quiso presentar más objeciones. El mismo se daba cuenta de que las "aprehensiones del emperador Maximiliano no carecerían de fundamento"<sup>69</sup>. Empero, le pareció extraño descubrirlas en él: prefirió atribuir su origen a José Fernando Ramírez quien, a pesar de lo que se decía,<sup>70</sup> no había sido sustituido por Almonte sino que seguía al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores.<sup>71</sup>

Así, Maximiliano comunicó al embajador su rechazo definitivo de los planes de Gwin. Le pidió, además, que transmitiese a París un contraproyecto. En él concedía al gobierno francés el derecho de iniciativa en lo que se refiriese a la colonización de Sonora, con lo que eliminaba el peligro de una intervención privada -en especial, la de Gwin. El documento parecía contrariar la prohibición de establecer confederados cerca de la frontera. Maximiliano, que quizá lo redactó con el fin de suavizar su negativa, debió suponer que Napoleón III no aceptaría otra vez la responsabilidad de la empresa sonorenses. Dano pensó que el contraproyecto era inaceptable.<sup>72</sup> Su aprobación podría "herir mucho más vivamente las susceptibilidades del gobierno de Washington" y alejar "sus buenas disposiciones" hacia la Intervención Francesa y el reconocimiento del Imperio Mexicano.<sup>73</sup>

Mientras tanto, el retorno del ex-senador había

resucitado el temor popular ante el peligro de la cesión de Sonora. Los rumores habían aumentado. La prensa se encargó de reproducirlos nuevamente. El 21 de junio <sup>74</sup> El Pájaro Verde publicó un artículo del Express de Nueva York. Se afirmaba que, acompañado de tropas al mando del mariscal Bazaine, Gwin estaba a punto de salir para Arizpe, donde establecería su gobierno y pondría en marcha un plan de colonización que tenía como objetivo principal el pago de la deuda francesa, aprovechando para este efecto todo lo que produjese la región. El norteamericano sería el director en jefe de la colonia, con un sueldo de 60 mil pesos al año. <sup>75</sup>

Al volver a la capital, la actitud nacionalista de los periódicos obligó a Maximiliano a romper el silencio que había guardado durante 13 meses. Aunque se exponía a que los franceses lo desmintiesen, el monarca decidió cortar, de una vez por todas, los rumores. No quería ser acusado de debilidad frente a las ambiciones de Napoleón III. El 26 de junio apareció, en El Diario del Imperio, el órgano oficial del régimen, un artículo <sup>76</sup> que impugnaba las noticias de la prensa norteamericana. Las calificaba de "absolutamente falsas en todas sus partes" y de tener como designio el de provocar "descontentos en el interior [del Imperio] y enemigos en el exterior". Señalaba que el emperador, fiel a su juramento de conservar y defender la integridad del territorio nacional, no había "comprometido, ni menos enajenado el Departamento de Sonora". El ex-senador Gwin no tenía nin-

guna relación con los miembros de la administración -que ni siquiera lo conocían-, ni tampoco había recibido de Maximiliano comisión a título alguno. Su presencia en el país no tenía ningún significado especial: se debía a que "las puertas del Imperio están abiertas para todo el mundo". Añadía que "el magnánimo e inteligente monarca que rige los destinos de la Francia" había notificado a su colega mexicano -al través de su embajador- que no tenía nada que ver con el proyecto sonorensé. Por consiguiente, Maximiliano no haría nada que pudiese perjudicar la dignidad, la unidad y la independencia de México.<sup>77</sup>

La prensa acogió favorablemente la noticia. El Pájaro Verde insistió en que nunca había dado crédito a rumores que tachó de absurdos. La Orquesta<sup>78</sup> manifestó que la conducta asumida por el emperador lo honraba. La opinión pública, reflejo y fuente de inspiración de los periódicos, debió haber pensado complacida lo mismo que ellos.

Gwin se indignó muchísimo al leer las declaraciones del diario imperial. Después de intentar, en vano, que alguno de los periódicos de la capital publicara su réplica, el ex-senador escribió una violenta misiva al editor del periódico gubernamental,<sup>79</sup> protestando por "la insolencia y falsedad" de su manifiesto. Aseguraba que, antes de salir de Europa, el emperador francés y el entonces archiduque austriaco habían aprobado su plan de colonización. Napoleón III lo había considerado el mejor medio para que el nuevo imperio

obtuviese "fuerza y estabilidad" y para que sus recursos agrícolas y mineros se desarrollaran con rapidez y sus instituciones se hiciesen permanentes. Los había recomendado -a él y a su plan-, "en los términos más categóricos", al comandante en jefe de sus tropas en México y "a través de él al Emperador Maximiliano"<sup>80</sup>.

En apoyo de sus palabras, Gwin incluía la carta que, junto con otra "del mismo estilo e importancia" dirigida al mariscal Bazaine, le había remitido Conti, el secretario de Napoleón III.<sup>81</sup> Estimaba que estos documentos probaban, tanto su veracidad, como la estrecha relación de Napoleón III con sus proyectos. El artículo del Diario del Imperio podía tener, por lo tanto, dos significados: lo habían "timado" a fin de que cometiese un engaño sin precedentes -lo que era imposible, tomando en cuenta "la firme rectitud y la elevada y caballerosa moralidad del Monarca Francés"- o bien, querían convertirlo en víctima de la "vileza" más grande que jamás había "deshonrado" a un hombre que gozaba de la privanza y el reconocimiento oficial.<sup>82</sup>

Antes de enviar su respuesta, Gwin acudió a Bazaine. Había resuelto dejar México, pero tenía la esperanza de que el mariscal exigiría al editor del periódico oficial una rectificación, ya que con ello se evitaría su protesta. Bazaine se negó a intervenir. Maximiliano le había asegurado que regresaría a Europa si el ejército francés apoyaba la empresa

sonorense y no quería tener dificultades con él. Como creía que el emperador había inspirado los comentarios de la prensa gubernamental, se opuso con firmeza a la publicación de la misiva, pues en ella se hacía referencia a asuntos de naturaleza <sup>83</sup>confidencial.

La negativa del militar desvaneció la última esperanza de Gwin y su deseo de reivindicar su nombre. Desilusionado, resentido, sin nadie a quien recurrir, decidió partir de inmediato. Correría el riesgo de regresar a su patria, ya que no podría encontrar en todo el mundo -según él- un lugar en donde no se sintiera el poderío norteamericano. Dirigió, el 3 de julio, una carta a Napoleón III. Le pedía que lo ayudara a defenderse o, al menos, permitiera la publicación del escrito que había redactado. Naturalmente, el emperador francés no <sup>84</sup>respondió a su demanda.

Al día siguiente, Gwin abandonó la ciudad de México. Viajaría bajo la protección de la escolta militar que había exigido al mariscal Bazaine, a fin de que lo condujera con seguridad hasta la frontera. Al despedirse, el ex-senador aconsejó al militar que tanto él como Maximiliano regresaran a Europa en cuanto les fuese posible. Era de dudarse <sup>85</sup>-decía- que, de no hacerlo pronto, les permitieran partir después.

Luego de un viaje difícil y peligroso, Gwin llegó a San Antonio, Texas. Tenía la intención de conseguir un permiso para cruzar los Estados Unidos y luego embarcarse para Fran-

cia. Se presentó ante el general Merritt, quien al conocer su deseo le dió un salvoconducto para Nueva Orleáns. Al llegar a esta ciudad, el ex-senador compareció ante el general Sheridan, jefe de las fuerzas de la Unión a lo largo del río Bravo. Este, al poco tiempo, lo arrestó por órdenes superiores. Sus actividades en México habían suscitado la desconfianza de Washington. Irritaba el hecho de que un ciudadano norteamericano conspirase con Napoleón III, a pesar de la oposición de su gobierno a la Intervención Francesa y al Imperio de Maximiliano.<sup>86</sup>

Gwin fue encerrado en el fuerte Jackson en el mes de octubre. Permaneció varios meses en prisión, sin que se levantasen cargos en su contra. Nunca le comunicaron los motivos de su detención, mas él supuso que se trataba de evitar que convirtiese en realidad el proyecto sonorenses. Sus amigos intentaron liberarlo en varias ocasiones. Por último, uno de ellos, George D. Prentice, editor del Courier-Journal de Louisville, viajó a Washington a finales de ese año. Su influencia debía ser grande, porque en abril de 1866 se ofreció a Gwin la libertad si prometía por escrito salir del país y no regresar sin el consentimiento presidencial. Indignado, el ex-senador se negó a aceptar. No obstante, fue puesto al poco tiempo en libertad, esta vez sin condiciones. Según él, cuando fue evidente que el Imperio Mexicano no podría prosperar y que él ya no constituía peligro alguno.<sup>87</sup>

La carrera pública de Gwin había terminado. Al morir, en Nueva York, en 1885, el antiguo miembro del Senado norteamer-

ricano, socio y amigo de Napoleón III, autor de un ambicioso proyecto de colonización del noroeste, era prácticamente un desconocido. No había alcanzado ni la riqueza, ni el poder, ni la fama soñados.

La desconfianza que Maximiliano sentía hacia la persona y los planes de Gwin, su deseo de no contrariar la actitud nacionalista que manifestaba la opinión pública, su temor a provocar el enojo de los Estados Unidos y, en consecuencia, a no ser reconocido como soberano de México, ocasionaron en definitiva su rechazo de la empresa sonoreense. Hábilmente concedió a Napoleón III -con quien no deseaba tener una dificultad-, la iniciativa de la colonización del noroeste. Supuso, probablemente, que el emperador francés no la aceptaría, pues al hacerlo debía asumir una tremenda responsabilidad: mantener aquella región unida al Imperio Mexicano y defenderla, aun por la fuerza de las armas, de cualquier penetración norteamericana.

Es bastante claro el hecho de que Maximiliano se sintió seguro de haber obrado correctamente al rechazar los planes de Gwin. Se desprende esta conclusión de los argumentos empleados por sus abogados en 1867, cuando el gobierno republicano lo acusó de haber sido "un instrumento de los franceses". Basados en las notas que le proporcionó el mismo archiduque, los defensores declararon que tal acusación era falsa. Lo probaban varios hechos: Maximiliano se había rehusado a incluir en el Tratado de Miramar un artículo que significaba

"la pérdida de Sonora para la Nación y su adquisición para el Gobierno Francés"; al llegar a México, había destituido a José Miguel Arroyo, a quien hacía responsable de haber autorizado la concesión sonorense y había establecido un Ministerio antifrancés: el de José Fernando Ramírez, que se había opuesto a la cesión de Sonora y había defendido, a toda costa, la integridad territorial.

El rechazo de su proyecto hizo que el ex-senador se diera cuenta de que en México carecía ya de futuro. Antes de partir, quiso reivindicar su nombre públicamente. Acudió a Bazaine, a quien suponía con órdenes de respaldarlo. Pero el mariscal, que nunca había estado de acuerdo con sus planes, se negó a colaborar con él. Tenía problemas suficientes como para provocar una discusión con Maximiliano por este punto. Gwin escribió entonces a Napoleón III. Fue en vano. El monarca francés no podía exigir al gobierno mexicano que rectificase sus declaraciones; no podía correr el riesgo de llegar a un rompimiento con Maximiliano. El austríaco podría llegar, inclusive, a abandonar México y dejar la responsabilidad de la Intervención y el Imperio en manos de sus iniciadores.

Derrotado así, Gwin emprendió el regreso a su patria. No ignoraba el peligro que corría: ser acusado de complicidad con los confederados y de contrariar la política exterior de su gobierno. Sin embargo, prefirió esto a convertirse en un fugitivo. Sentía que la influencia de los Estados

Unidos era tan grande que, más tarde o más temprano, tendría que enfrentarse a sus tribunales. Prefirió hacerlo cuanto antes. Sabía, de algún modo, que su carrera pública había ya terminado.

Notas.

1. Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 102; McPherson, op. cit., p. 376; Niex, op. cit., p. 465; Shields, Inmigración..., p. 51; Shields, "Sonora...", p. 359.
2. (sin autor), "Integridad del territorio nacional", en El pájaro verde..., México, 1° de febrero de 1865, p. 2-3.
3. Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498; McPherson, op. cit., p. 376; La Orquesta. Periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas, editor: Manuel Villegas, bisemanal, ciudad de México, 15 de marzo de 1865, p. 3; El pájaro verde..., México, 8 de marzo de 1865, p. 2-3, 21 de marzo de 1865, p. 3, 24 de marzo de 1865, p. 3; Shields, Inmigración..., p. 53; Shields, "Sonora...", p. 361; La Sombra..., México, 21 de marzo de 1865, p. 4; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 1129-1130.
4. Hanna, Napoleón III..., p. 274; Henry Lepidus, The History of Mexican Journalism, preface by..., Columbia, Missouri, The University of Missouri Bulletin, 1928. 88 p. (Journalism series, 49), p. 48-50; El pájaro verde..., México, 1° de febrero de 1865, p. 2-3, 8 de marzo de 1865, p. 2-3, 10 de marzo de 1865, p. 3, 20 de marzo de 1865, p. 3; 21 de marzo de 1865, p. 3; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 971, 1130.
5. (sin autor), "El imperio y los vecinos", en El pájaro verde..., México, 8 de marzo de 1865, p. 2-3.
6. El pájaro verde..., México, 21 de marzo de 1865, p. 3, 24 de marzo de 1865, p. 3.

7. Los franceses llamaban a estas publicaciones la petite presse, posiblemente por su tamaño más pequeño, su escaso número de páginas y los pocos ejemplares distribuidos, igual que por su menor importancia en cuanto a información y contenido general de sus artículos.
  
8. Arrangoiz, op. cit., p. 618; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 102; Lepidus, op. cit., p. 48-50; McPherson, op. cit., p. 376; La Orquesta..., México, 15 de marzo de 1865, p. 3, 22 de marzo de 1865, p. 3; Shields, Inmigración..., p. 53; Shields, "Sonora...", p. 361; La Sombra..., México, 14 de marzo de 1865, p. 4, 21 de marzo de 1865, p. 1-2, 4; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 968-969.
  
9. (sin autor), "El porvenir de México", en La Sombra..., México, 21 de marzo de 1865, p. 1-2.
  
10. La Presse, París, 30 de abril de 1865, en Duvernois, op. cit., p. 237-238 y en Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 102-103; ver también Rivera, op. cit., v. 2B p. 977; Shields, Inmigración..., p. 53; Shields, "Sonora...", p. 361.
  
11. Duvernois, idem; Lefèvre, idem; McPherson, op. cit., p. 376; La Orquesta..., México, 27 de marzo de 1865, p. 2-3; El pájaro verde..., México, 24 de marzo de 1865, p. 3; Shields, idem; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 969-970.
  
12. La Presse, París, 30 de abril de 1865, en Duvernois, idem y en Lefèvre, idem.
  
13. Arrangoiz, op. cit., p. 618; Duvernois, idem; Gaulot, La vérité..., v. 2, p. 196-197; Lefèvre, idem; McPherson, op. cit., p. 376; La Orquesta..., México, 27 de marzo de 1865, p. 2-3; El pájaro verde..., México, 24 de marzo de 1865, p. 5; Shields, Inmigración..., p. 53; Shields, "Sonora...", p.

- 361; La Sombra..., México, 28 de marzo de 1865, p. 1; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 969-970.
14. Arrangoiz, ibidem, p. 618-619; Gaulot, idem; Zamacois, idem.
15. Arrangoiz, idem; Gaulot, ibidem, v. 2, p. 197-199; Hanna, "The Immigration...", v. 27, p. 222-223; McPherson, op. cit., p. 376; México, Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político, administrativo y judicial del imperio, 7 v., México, Imprenta de Andrade y Escalante e Imprenta de A. Boix, a cargo de M. Zornoza, 1865. ils., v. 6, p. 175-177; Zamacois, ibidem, v. 7, p. 969-971.
16. L'Ere nouvelle. Journal des idées et des intérêts Franco-Mexicains, editor: E. Masseras, diario, ciudad de México, 21 de mayo de 1865, p. 1; L'Estafette..., México, 5 de octubre de 1863, p. 348, 29 de marzo de 1864, p. 1, 4 de mayo de 1864, p. 1, 16 de noviembre de 1864, p. 1; Gaulot, ibidem, v. 2, p. 88-90; Hanna, "The immigration...", v. 27, p. 222-223; Hanna, Napoleón III..., p. 116, 172-173, 175; Lepidus, op. cit., p. 48-50; Salomon, op. cit., p. 19, 21, 61, n. 28; Shields, Inmigración..., p. 53; Shields, "Sonora...", p. 361-362.
17. Lefevre, op. cit., v. 2, p. 104; McPherson, op. cit., p. 376; Shields, Inmigración..., p. 53, 55-56, 207-209; Shields, "Sonora...", p. 362-364.
18. (sin autor), "Proyecto sobre Sonora", en El pájaro verde..., México, 27 de marzo de 1865, (sin página), en Shields, Inmigración..., p. 55-56 y en Shields, "Sonora...", p. 363-364.
19. L'Ere Nouvelle..., México, 9 de junio de 1865, p. 1; Hanna, Napoleón III..., p. 172-173, 175, 178; Rippey, op. cit., p. 249; Shields, Inmigración..., p. 66, 204, 207-209; Shields, "Sonora...", p. 374.

20. Case, op. cit., p. VII-VIII; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 102; McPherson, op. cit., p. 376; Frederick C. Turner, La dinámica del nacionalismo mexicano, prefacio de..., traducción de Guillermo Gaya Nicolau, México, Editorial Grijalbo, 1971. 406 p. (Colección nuestras cosas, 6), p. 75.
21. Gwin a su esposa, México, 11 de mayo de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 593; (Gwin) a su esposa e hijas, (México, 18 de mayo de 1865), en ibidem, v. XVIII, p. 599, en Luis Chávez Orozco (ed.), Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México. 1865-1866, investigación y prólogo de..., México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961. 168 p. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Segunda Serie, 13), p. 51-52, en Andrew F. Rolle, The 1st cause. The Confederate Exodus to Mexico, preface by..., foreword by A. L. Rowse, Norman, University of Oklahoma Press, 1965. XVI 248 p., ils., p. 65, n. 10 y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 404-405; (Gwin) a Winthrop, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 599-600, en Chávez, ibidem, p. 50-51 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 403-404; Corti, op. cit., p. 343.
22. Gwin a su esposa, México, 11 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 593.
23. Gwin hijo a su madre, (México), 18 de mayo (de 1865), en Chávez, op. cit., p. 53 y en Romero, Correspondencia...; v. 5, p. 406.
24. (Gwin) a su esposa e hijas, (México, 18 de mayo de 1865), en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 599, en Chávez, ibidem, p. 52, en Rolle, op. cit., p. 65, n. 10 y en Romero, ibidem v. 5, p. 404-405.

25. Vid. supra, p. 155, 255.
26. Massey a Wood, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 600, en Chávez, op. cit., p. 54 y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 406-407; H. Barrett Learned, "William Learned Marcy", en Samuel Flagg Bemis, The american secretaries of state and their diplomacy, 15 v., New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1963-1964. ils., v. 6, p. 145-296, v. 6, p. 175-176; Johnson, op. cit., v. 17, p. 406; George D. Harmon, "Confederate Migration to Mexico", en The Hispanic American Historical Review, Durham, North Carolina, The Duke University Press, v. 17, núm. 4, noviembre de 1937. p. 443-387, p. 459; Rolle, op. cit., p. 62; Shields, Inmigración..., p. 54; Shields, "Sonora...", p. 363.
27. Vid. supra, p. 150-151.
28. Vid. supra, p. 59-60, 67.
29. Coleman, op. cit., v. XVII, p. 499-500; Journalist al editor del New York Daily News, México, 19 de mayo de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 602, en Chávez, op. cit., p. 56 y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 407-408; Johnson, op. cit., v. 18, p. 72.
30. Romero a su gobierno, Washington, 24 de junio de 1865, en Chávez, ibidem, p. 50 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 401-403.
31. Journalist al editor del New York Daily News, México, 19 de mayo de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 601-602, en Chávez, ibidem, p. 56 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 407-408; McPherson, op. cit., p. 376.

32. Massey a Wood, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 601, en Chávez, ibidem, p. 54-55 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 406-407; Romero a su gobierno Washington, 24 de junio de 1865, en Chávez, ibidem, p. 50 y en Romero, ibidem v. 5, p. 401-403.
33. (Gwin) a su esposa e hijas, (México, 18 de mayo de 1865), en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 599; en Chávez, ibidem, p. 52 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 404-405; (Gwin) a Winthrop, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 600, en Chávez, ibidem, p. 51 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 403-404; Massey a Wood, México 18 de mayo de 1865, en Coleman, idem, en Chávez, ibidem, p. 54 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 406-407; Shields, Inmigración..., p. 54 y Shields, "Sonora...", p. 362-363.
34. (Gwin) a Winthrop, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, idem, en Chávez, ibidem, p. 51 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 403-404.
35. (Gwin) a su esposa e hijas, (México, 18 de mayo de 1865), en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 599, en Chávez, ibidem, p. 52 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 404-405; ver también "Correspondence of the New Orleans Times," Veracruz, 1° de junio (de 1865), en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 602, en Rippey, op. cit., p. 248-249 y en Rolle, op. cit., p. 63.
36. Gwin a su esposa, México, 11 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 593; (Gwin) a su esposa e hijas, (México, 18 de mayo de 1865), en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 599, en Chávez, idem y en Romero, idem; (Gwin) a Winthrop, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, idem, en Chávez, ibidem, p. 50 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 403-404; Gwin hijo a su madre, México, 16 de mayo de 1865, en

Chávez, ibidem, p. 52 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 405; Massey a Wood, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 600-601, en Chávez, ibidem, p. 54-55 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 406-407; Journalist al editor del New York Daily News, México, 19 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 601, en Chávez, ibidem, p. 55 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 407-408; Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 596; Corti, op. cit., p. 344-345, 350; Haslip, op. cit., p. 284-285; Hill, "The confederate...", p. 118; McPherson, op. cit., p. 376; Shields, Inmigración..., p. 54-55; Shields, "Sonora...", p. 363.

37. Gwin hijo a su madre, México, 16 de mayo de 1865, en Chávez, ibidem, p. 52 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 405.
38. (Gwin) a su esposa e hijas, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 599, en Chávez, idem y en Romero, ibidem, v. 5, p. 404-405; (Gwin) a Winthrop, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 606, en Chávez, ibidem, p. 51 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 403-404; Gwin hijo a su madre, (México), 18 de mayo (de 1865), en Chávez, ibidem, p. 53 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 405-406; Journalist al editor del New York Daily News, México, 19 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 602, en Chávez, ibidem, p. 56 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 407-408; Hanna, Napoleón III..., p. 178; Hill, op. cit., p. 118; McPherson, op. cit., p. 376; "Decreto estableciendo una Junta de Colonización", México, 28 de marzo de 1865, en México, op. cit., v. 5, p. 51-52 y en El Diario del Imperio, oficial, diario, ciudad de México, 29 de marzo de 1865, p. 293; Shields, Inmigración..., p. 5, 54; Shields, "Sonora...", p. 362-363.

39. Ministerio de Fomento, "Colonización", México, 5 de enero de 1865, en El Diario..., México, 12 de enero de 1865, p. p. 33-34.
40. Vid. supra, p. 192, 200, 209.
41. (Gwin) a su esposa e hijas, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 599, en Chávez, op. cit., p. 52 y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 404-405; (Gwin) a Winthrop, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 599-600, en Chávez, ibidem, p. 50 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 403-404; Gwin hijo a su madre, (México), 18 de mayo (de 1865), en Chávez, ibidem, p. 53 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 405-406; Journalist al editor del New York Daily News, México, 19 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 601, en Chávez, ibidem, p. 55-56 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 407-408; McPherson, op. cit., p. 376; Shields, Inmigración..., p. 54; Shields, "Sonora...", p. 362.
42. (Gwin) a Winthrop, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 600, en Chávez, ibidem, p. 55 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 403-404.
43. Journalist al editor del New York Daily News, México, 19 de mayo de 1865, en Chávez, ibidem, p. 55 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 407. Por estas fechas, Maximiliano envió a Europa a Eloin en una misión confidencial: entregar a Napoleón III, al rey de Bélgica -su suegro- y a Lord Palmerston -primer ministro de Inglaterra-, cartas en las que planteaba cuestiones financieras así como la posibilidad de organizar una acción conjunta de las potencias europeas contra los deseos de conquista manifestados por los Estados Unidos. Empero, en Maximiliano y Carlota, Corti expli-

ca que lo que en realidad pretendía el emperador mexicano era deshacerse de un colaborador del que había empezado a desconfiar y que estaba asumiendo demasiada importancia. Corti, op. cit., p. 345; Haslip, op. cit., p. 289-290.

44. Vid. supra, p. 122.
45. (Gwin) a Winthrop, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 600, en Chávez, op. cit., p. 50 y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 403-404; Gwin hijo a su madre, (México), 18 de mayo (de 1865), en Chávez, ibidem, p. 53 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 405-406; Journalist al editor del New York Daily News, México, 19 de mayo de 1865, en Chávez, ibidem, p. 55 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 407; Shields, Inmigración..., p. 54; Shields, "Sonora...", p. 362.
46. Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 596; McPherson, op. cit., p. 375-376.
47. Arrangoiz, op. cit., p. 619; Gwin hijo a su madre, (México), 18 de mayo (de 1865), en Chávez, op. cit., p. 53 y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 405-406; Duvernois, op. cit., p. 235; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 971.
48. Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 117.
49. Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498; Gwin a su esposa, México, 11 de mayo de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 593; Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 596; McPherson, op. cit., p. 375-376.

50. Maximiliano al archiduque Carlos Luis, Puebla, 20 de junio de 1865, en Corti, op. cit., p. 350.
51. Gwin llegó a pensar que el mariscal tenía sus propios planes de colonización. De hecho, no se hallaba muy lejos de la realidad. Bazaine había mostrado gran interés en los proyectos de Charles Thiele. Este, en el mes de mayo, le había propuesto que se colonizara el noroeste de México con los miles de franceses que, como él, habían inmigrado a California en busca de trabajo, sin que después de quince años hubiesen logrado algo más que pobreza, opresión y cada vez menos esperanzas de regresar a Francia (Vid. supra, p. 22). Le había asegurado, además, que 10 mil franco-californianos, leales, católicos y latinos, continuarían con su trabajo agrícola y minero la labor de regeneración iniciada por sus tropas y que, impulsados por el odio que sentían hacia los yanquis, defenderían a su nueva patria contra cualquier intento de invasión de los norteamericanos.

Bazaine alentó a Thiele para que sometiese sus planes al gobierno imperial mexicano. Por lo pronto, ordenó al coronel Garnier, estacionado en Guaymas, que ayudase a los franco-californianos que habían llegado recientemente a Sonora, donde habían sido recibidos con hostilidad tanto por el gobierno como por el pueblo de aquella provincia. Garnier los instaló en unos terrenos desocupados del municipio a pesar de que era ilegal hacerlo. Bazaine los recomendó, igualmente, al general Manuel Gamboa, comisario imperial en Sonora y Sinaloa, quien le ofreció que apoyaría activamente toda nueva inmigración en el territorio de su jurisdicción y que haría todo lo que estuviese de su parte para regularizar la situación de los colonos ya establecidos.

Thiele pidió ayuda a Maximiliano en el mes de julio. Insistió, naturalmente, en la riqueza que traería al erario la colonización de Sonora. Impresionado, el emperador pidió su opinión al Consejo de Estado. Se le respondió que cualquier plan de reforzar al ejército con franco-californianos daría a los Estados Unidos una buena excusa para invadir el país. Pese a ello, Maximiliano nombró a Thiele agente de colonización en California. Se le proporcionó un barco de vapor de la marina francesa, Le Rhin, para que transportase gratis a los nuevos colonos. Pero sólo se le autorizó a aceptar agricultores. Se consideró que la explotación minera en manos de los franco-californianos constituiría una amenaza -por la cercanía de Sonora y California- para la integridad territorial de México. De esta manera se malogró el plan de Thiele. Sin la atracción de las minas, sus paisanos se negarían a viajar al Imperio de Maximiliano. Thiele intentó entonces, inútilmente, que las autoridades modificasen su resolución. Es más, en noviembre fue destituido como agente de colonización.

Es interesante señalar que la compañía de Jecker, enterada del interés de Bazaine en impulsar la inmigración franco-californiana a Sonora, le propuso que adquiriese los terrenos que, según el banquero, le pertenecían en aquella provincia (Vid. supra, p. 58). El militar se vio obligado a rechazar la oferta. Al pedir la necesaria autorización de su gobierno, se revelaría su intento de sabotear el plan de Gwin, que al cabo era el proyecto apoyado oficialmente por Francia. Almada, op. cit., p. 404; Coleman op. cit., v. XVII, p. 498; García, op. cit., v. 1, p. 739-742, 753, 766-767, v. 2, p. 814-815; Gaulot, Sueño..., p. 249; Hanna, Napoleón III..., p. 174-175; Shields, Inmigración..., p. 60-65; Shields, "Sonora...", p. 368-373.

52. Coleman, idem; Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 596; Corti, op. cit., p. 314, 350; La Londe a su gobierno, México, 28 de abril de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 96; Hanna, ibidem, p. 149; McPherson, op. cit., p. 375.
53. Vid. supra, p. 33, 37-38.
54. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 365-366; Corti, op. cit., p. 314; Lilia Díaz, "Introducción" y "Prólogo", en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 1, p. X y v. 4, p. XII; Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 122; Hanna, Napoleón III..., p. 153.
55. Hanna, ibidem, p. 153-154.
56. Dano a su gobierno, México, 29 de agosto de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 183.
57. Dano confirmó su creencia sobre las exageraciones que propiciaba la leyenda de la riqueza sonorenses cuando, meses después, el ingeniero Guillemin-Tarayre, enviado a México por el gobierno francés con la misión de estudiar y describir los yacimientos minerales, le leyó las notas que había tomado durante su largo recorrido por el Imperio Mexicano. Guillemin explicaba en ellas que la situación de violencia que imperaba en Sonora y Sinaloa le había impedido entrar al interior de aquellas provincias, aunque desde Guaymas y Mazatlán se había podido formar una idea general de las condiciones del territorio (Blumberg, op. cit., p. 77; Dano a su gobierno, México, 29 de agosto de 1865, en Díaz, idem; Francia, op. cit., v. 2, p. 347-348, 422-431, v. 3, p. 173-210, 243-296; Maldonado, op. cit., p. 180; Shields, Inmigración..., p. 32; Shields, "Sonora...", p. 340). Declaraba

que Sonora seguía rodeada, "como las tierras desconocidas, de prestigio y de magia", lo que de ninguna manera respondía a la descripción de "un nuevo El Dorado". (Guillemintarayre al ministro de Instrucción Pública, México, agosto de 1865, en Francia, ibidem, v. 2, p. 423). La agricultura podía desarrollarse en sus mesetas y en sus valles; en especial, en los de los ríos Yaqui y Mayo. Mas, aunque existían abundantes placeres auríferos y minas de oro, plata y cobre, su explotación se dificultaba por el abandono en que se encontraba la mayoría, tanto por la escasez de agua como porque se hallaban muy diseminadas. (Ibidem, v. 2, p. 353, 422-431, v. 3, p. 217, 298).

58. Vid. supra, p. 167-170, 172-173, 193, 199, 201-203.
59. Vid. supra, p. 231-232, 234-235.
60. Blumberg, op. cit., p. 77; Coleman, op. cit., v. XVII, p. 498; Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 117-118, 122; Hanna, Napoleón III..., p. 155; McPherson, op. cit., p. 376.
61. Arroyo a su gobierno, Nueva York, 3 de enero de 1865, en Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 101; ver también Almada, op. cit., p. 404.
62. Arroyo a su gobierno, Nueva York, 7 de febrero de 1865, en Lefèvre, ibidem, v. 2, p. 102.
63. Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 117; McPherson, op. cit., p. 375; Palavicini, op. cit., v. 2, p. 50; Shields, Inmigración..., p. 58-59; Shields, "Sonora...", p. 366-367.

64. Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, idem; ver también Dano a su gobierno, México, 29 de junio de 1865, en ibidem, v. 4, p. 136.
65. Dano a su gobierno, México, 29 de junio de 1865, en ibidem, v. 4, p. 137; McPherson, op. cit., p. 375; Shields, Inmigración..., p. 59; Shields, "Sonora...", p. 367.
66. Vid. supra, p. 240 ss.
67. Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 117-118; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 95; McPherson, op. cit., p. 376, 386; Rolle, op. cit., p. 64; Shields, Inmigración..., p. 58; Shields, "Sonora...", p. 366.
68. Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 116, 118, 120; ver también Dano a su gobierno, Puebla, 18 de junio de 1865, en Ibidem, v. 4, p. 123; Hanna, Napoleón III..., p. 155, 192; Shields, Inmigración..., p. 60 y Shields, "Sonora...", p. 368.
69. Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 118.
70. Vid. supra, p. 251.
71. Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 118, 120; Shields, Inmigración..., p. 56; Shields, "Sonora...", p. 364.
72. Dano a su gobierno, Puebla, 11 de junio de 1865, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 123; Dano a su gobierno, México, 29 de agosto de 1865, en ibidem, v. 4, p. 183.

73. Dano a su gobierno, Puebla, 18 de junio de 1865, en ibidem, v. 4, p. 123.
74. Vid. supra, p.240 ss.
75. Gwin al editor de El Diario del Imperio, México, 27 de junio de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 594; El Diario..., México, 26 de junio de 1865, p. 593-594; Dano a su gobierno, México, 29 de junio de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 137; Duvernois, op. cit., p. 236; Hanna, Napoleón III..., p. 155; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 104; McPherson, op. cit., p. 377; El pájaro verde..., México, 21 de junio de 1865, p. 3; Rivera, op. cit., v. 2B, p. 976; Shields, Inmigración..., p. 56; Shields, "Sonora...", p. 364; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 1128-1129.
76. Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 596; Dano a su gobierno, México, 29 de junio de 1865, en Díaz, idem, y 11 de agosto de 1865, en ibidem, v. 4, p. 169; Hanna, idem; Lefèvre, idem; McPherson, idem; Shields, Inmigración..., p. 56-57; Shields, "Sonora...", p. 364-365.
77. (sin autor), "Parte no oficial", en El Diario..., México, 26 de junio de 1865, p. 593-594; ver también Arrangoiz, op. cit., p. 638-639; Coleman, ibidem, v. XVII, p. 498; Gwin a su familia, México, 29 de junio de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 594; Hanna, idem; Lefèvre, ibidem, v. 2, p. 104-106; McPherson, idem; Shields, idem; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 1131-1132.

Diez días después de rechazar el proyecto de Gwin, Maximiliano promulgó un decreto en el que estableció que nadie podría explotar los recursos del subsuelo "sin haber obtenido antes la concesión expresa y formal de las

autoridades competentes, y con la aprobación del Ministerio de Fomento". De esta manera, el emperador afirmaba públicamente su decisión de vigilar de cerca el aprovechamiento de la riqueza mexicana. "Decreto estableciendo las reglas a que debe sujetarse el denunciado y explotación de las minas", en México, op. cit., v. 5, p. 69.

78. La Orquesta..., México, 28 de junio de 1865, p. 2-3; El pájaro verde..., México, 27 de junio de 1865, p. 3; Shields, Inmigración..., p. 57; Shields, "Sonora...", p. 365.
79. Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 596; McPherson, op. cit., p. 377; Shields, Inmigración..., p. 57-58; Shields, "Sonora...", p. 365-366.
80. Gwin al editor de El Diario del Imperio, México, 27 de junio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 594-596; ver también Shields, idem.
81. Vid. supra, p. 231-231.
82. Gwin al editor del El Diario del Imperio, México, 27 de junio de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 594-596; Shields, Inmigración..., p. 50, 57; Shields, "Sonora...", p. 358-365.
83. Coleman, ibidem, v. XVII, p. 498; Gwin a su esposa e hijos, México, 29 de junio de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 593-594; Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 596-597; McPherson, op. cit., p. 377; Shields, Inmigración..., p. 56, 58; Shields, "Sonora...", p. 364, 366.

84. Gwin a su esposa e hijos, México, 29 de junio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 594; Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 596-597; McPherson, idem; Rolle, op. cit., p. 62; Shields, Inmigración..., p. 57-58; Shields, "Sonora...", p. 365-366
85. Coleman, ibidem, v. XVII, p. 499; Gwin a Napoleón III, México, 3 de julio de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 597; Hanna, Napoleón III..., p. 155; McPherson, ibidem, p. 377-378; Rippey, op. cit., p. 249; Shields, Inmigración..., p. 58; Shields, "Sonora...", p. 366.
86. Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 606-607; Hanna, ibidem, p. 155, 197; McPherson, ibidem, p. 377-379; Rolle, op. cit., p. 65, n. 10; Shields, Inmigración..., p. 58; Shields, "Sonora...", p. 366.
87. Coleman, idem; Johnson, op. cit., v. 8, p. 65; Hanna, ibidem, p. 155; McPherson, ibidem, p. 378; Shields, Inmigración..., p. 58; Shields, "Sonora...", p. 366.
88. Coleman, ibidem, v. XVII, p. 497; Johnson, idem.
89. Vid. supra, p. 121-122, 172.
90. Vid. supra, p. 192.
91. "Defensa del archiduque de Austria por los C.C. Lics. Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega en el proceso que se le formó en la ciudad de Querétaro", en Riva Palacio, op. cit., p. 50; ver también Arrangoiz, op. cit., p. 882; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 91-92, 438, 440; Ollivier, op. cit., p. 221; Shields, "Sonora...", p. 373-374 y Zamacois, op. cit., v. 18, p. 1777.

92. Vid. supra, p. 231-232,

93. Vid. supra, p. 251-253 y Vid. infra, p. 276, n. 51.

VIII. Sonora, causa de dificultades internacionales.

A) La actitud norteamericana frente a los planes de Gwin durante la Guerra Civil.

La opinión pública norteamericana manifestó, desde un principio, una gran preocupación por la Intervención Francesa en México y por el establecimiento del Imperio de Maximiliano. La oposición aumentó ante los incesantes rumores de que Sonora había sido cedida a Napoleón III y de que grupos de confederados se dirigían a aquella provincia con la intención de participar en la creación de un protectorado francés dirigido por Gwin. Los planes del ex-senador de California propiciaron una honda hostilidad. Se le acusaba de conspirar contra la Unión, de propiciar una guerra contra Francia y tratar de obtener, de esa manera, un aliado para el Sur.<sup>1</sup>

Las noticias divulgadas por la prensa avivaron la inquietud.<sup>2</sup> La voz de alarma se dio desde 1862: Napoleón III codiciaba el oro sonorense y, con el fin de garantizar el pago de la deuda mexicana, se aseguraría el derecho de explotación de las minas del norte de México. Corrió luego la versión de que Gwin intentaba convertirse en duque de Sonora y que sería enviado a la nueva colonia francesa en calidad de virrey.<sup>3</sup> Existía además el temor de que Maximiliano reconociera al gobierno del Sur y le proporcionase ayuda militar desde la frontera con Arizona. Dadas sus simpatías por los confederados, se consideraba probable que el monarca mexicano

alentase la colonización de aquella región de su Imperio,<sup>4</sup>

Sin embargo, algunas publicaciones no tomaban a mal los planes de Gwin. Una de ellas declaró que el traslado de los mineros de California a Sonora libraría a los Estados Unidos de la población más inútil del mundo. Otra expresó su esperanza de que terminase la Guerra de Secesión con la salida hacia México de todo el ejército confederado. Decía igualmente que, con el tiempo, y habitada por norteamericanos, Sonora pediría, como Texas, su anexión a la Unión Americana.<sup>5</sup>

Por su parte, ante los acontecimientos del país vecino, el gobierno de los Estados Unidos prefirió adoptar una política de neutralidad. La Guerra Civil impedía ayudar a los juaristas; de hacerlo, Francia protegería a su vez a los Estados Confederados. Mientras el Norte no triunfase en el campo de batalla, no sería posible solucionar los problemas mexicanos.<sup>6</sup>

La política exterior de la Unión fue intrincada y cautelosa durante esos años. William H. Seward, secretario de Estado del presidente Lincoln, reconocía a Benito Juárez como gobernante legítimo de México y sostenía que las instituciones republicanas eran características de América, pero casi a la vez dejaba pensar al gobierno francés que, con los años, su gobierno reconocería a la nueva monarquía, si ésta gozaba de un genuino apoyo popular. Evitaba así un acuer

do entre el Sur y Napoleón III e impedía que Maximiliano tomara alguna de las medidas con las cuales quizá hubiese podido salvar a su Imperio: aliarse con los Estados Confederados, impulsar una colonización masiva del interior de México con inmigrantes procedentes de los estados esclavistas y del sudoeste de los Estados Unidos o negociar con el emperador galo el pago de la enorme deuda mexicana, a cambio del establecimiento de un protectorado francés en Sonora.<sup>7</sup>

Los planes de Gwin y de Napoleón III constituían efectivamente un asunto de gran interés y preocupación para el gobierno norteamericano. En los círculos oficiales se decía que la colonia propuesta por el ex-senador se convertiría en refugio de confederados y base para atacar a la Unión. Se preguntaban algunos si su proyecto no era, en realidad, el fundamento de un programa francés para fomentar el comercio mediante la construcción de ferrocarriles que, a través de Texas y de Sonora, comunicasen el océano Atlántico con el Pacífico. Desde Guaymas, la marina gala podría lanzarse a proteger el intercambio comercial en el centro y el norte del Pacífico, regiones en las que, ciertamente, se convertirían en una amenaza para el comercio y la seguridad estadounidenses. No faltó quien sugiriese la anexión de las provincias del norte de México a fin de prevenir una conquista por parte de los franceses.<sup>8</sup>

El general Grant declaró que Gwin era "'un rebelde del orden más virulento'". Temeroso de que organizara una

invasión de California, Grant indicó al general McDowell, jefe del Departamento del Pacífico, que se preparase para rechazar a los invasores, perseguirlos y tomar posesión del territorio del que hubieran partido, reteniéndolo hasta que Washington asegurase "'una indemnización por el pasado y seguridad para el futuro'". Como estos sucesos serían responsabilidad del régimen imperial mexicano, el gobierno de los Estados Unidos tendría una justificación para intervenir en el país del sur y ayudar a las autoridades legítimas a recuperar el poder.<sup>9</sup>

Alarmado por los rumores del interés francés en Sonora, Seward había ordenado -desde 1863- que se investigara lo que tenían de cierto. William L. Dayton, su embajador en París, se entrevistó entonces con Drouyn de Lhuys. Este negó que su país quisiera apoderarse de aquella provincia, pero reconoció que se procuraría retenerla hasta que Francia recuperase sus inversiones.<sup>10</sup>

La negativa del ministro de Asuntos Extranjeros y el escaso desarrollo del proyecto de Gwin tranquilizaron temporalmente a Seward. Se dio cuenta de que, más que a su gobierno, la empresa sonorenses provocaría graves dificultades a cualquier régimen mexicano y que, en realidad, no justificaba una declaración de guerra a Francia. No obstante, cada vez que se le presentaba la oportunidad, el secretario de Estado insistía -por la vías diplomáticas- en que la cesión

de Sonora, o aun el establecimiento de una hipoteca sobre sus minas, no sería bien acogida por el pueblo norteamericano. Los Estados Unidos no deseaban anexarse ningún territorio de México, sino solucionar sus problemas sobre la base de su <sup>11</sup> unidad e independencia.

Las seguridades que brindaba el gobierno francés no resultaron suficientes para evitar el comentario y la inquietud pública frente a los designios sonorenses del emperador de Francia y del antiguo senador de California. Diversos periódicos de Nueva York se hicieron eco de ellos en los primeros meses de 1865. El Tribune describió a Gwin como un hombre bastante inteligente "'que podría atraer colonos y desarrollar los recursos del noroeste'" de México, si bien agregaba que, con su colaboración, Napoleón III no recuperaría nunca sus inversiones, ya que el ex-senador era de los <sup>12</sup> que pedían dinero, no de los que lo obsequiaban. El Herald opinó que Gwin era demasiado listo "para poner en peligro su persona o plan en una causa ya perdida"; no era creíble que <sup>13</sup> realmente se propusiera ayudar a los confederados. El World reconoció que el plan de Napoleón III estaba bien concebido. El monarca se había dado cuenta de que el Sur sería derrotado: sus partidarios encontrarían un refugio ideal en la colonia francesa de Sonora, que así se poblaría, y el gobierno norteamericano no podría someterlos, pues en tanto no se completase el ferrocarril transcontinental, le sería muy difícil <sup>14</sup> sostener una larga acción militar en aquella región.

Al comenzar 1865, John Bigelow, sucesor de Dayton -quien había fallecido-, planteó de nuevo la cuestión sonora a Drouyn de Lhuys. Probablemente preocupado por la insistencia norteamericana, el ministro se apresuró a explicar que Francia, tras indagar sobre su conveniencia, había procurado establecer una garantía para el pago de sus préstamos con el producto de las minas de Sonora, aunque nada había decidido todavía.<sup>15</sup> Algunos días después, el 8 de febrero, Le Moniteur Universel, periódico oficial del Segundo Imperio, declaró que los rumores eran infundados. Esa misma noche, en el palacio de las Tullerías, Napoleón III manifestó en tono familiar a Bigelow que lamentaba las afirmaciones de los diarios, pero que no había "'nada de cierto'" en ellos. El embajador respondió que había quedado satisfecho con el artículo publicado por Le Moniteur aquella mañana. A lo cual, el emperador añadió "riendo" que deseaba "'salir completamente de ese negocio!'"<sup>16</sup>, no continuar con él. Pese a ello, en el mes de marzo, Napoleón III alentó nuevamente los planes del ex-senador Gwin.<sup>17</sup>

Seward pareció aceptar las explicaciones de los franceses. Afirmó estar seguro -lo comentó con los representantes de Chile y Venezuela en Washington- de su intención de no quedarse con porción alguna del territorio mexicano.<sup>18</sup> Lo cierto es que, aunque no lo hubiese creído, el secretario de Estado hubiera tenido que conformarse. No tenía pruebas que permitieran exigir una aclaración y la Guerra Civil, sin concluir, le impedía mostrar más firmeza.

Empero, las autoridades de la Unión tomaron una serie de medidas preventivas. Sin enfrentar directamente al gobierno francés, dificultaron con ellas la permanencia de los soldados galos en el noroeste de México y complicaron la realización de los planes de Gwin. A la vez, deseaban impedir que los confederados, atraídos por las promesas del ex-senador de California y con el pretexto de explotar los ricos yacimientos de Sonora, formasen una colonia cerca de la frontera con Arizona, desde la cual pudieran cercar y atacar sus posiciones. Así, desde 1864, uno de sus barcos, el Saranac, de común acuerdo con oficiales juaristas como el general Pesqueira; empezó a patrullar el Golfo de California.

En enero del año siguiente, el gobierno del Norte prohibió la exportación de forraje desde cualquiera de sus puertos. La disposición afectó seriamente a los cuerpos del ejército francés estacionado en los litorales del Pacífico, donde no abundaba el forraje indispensable para la caballería. Estableció además, con sentido estratégico, un nuevo departamento militar que comprendía Arizona y el sur de California. El general Mason quedó al frente, con la misión de organizar regimientos mexicanos y norteamericanos que vigilasen el territorio. Bazaine describió a Mason como un "hombre conocido por sus ideas hostiles a la influencia y a la intervención francesas en América" y los periódicos de los Estados Unidos declararon que la medida tomada era "de precaución contra las tentativas a las que los 'Franco-Maximiliano-Mexicanos'...

podían querer entregarse de ese lado de la frontera"<sup>22</sup>.

Mientras tanto, el general McDowell quiso detener la inmigración de los partidarios de Gwin hacia México. Dispuso que nadie saliese de los puertos de California sin haber obtenido un pasaporte firmado o enviado por él y probado satisfactoriamente un motivo pacífico para viajar.<sup>23</sup> McDowell estaba convencido de que los planes del ex-senador gozaban del apoyo de Napoleón III y eran contrarios a las "instituciones, influencia y progreso"<sup>24</sup> norteamericanos. Por su parte, Joseph Charles Ridge, un inglés culto y rico, promotor de ferrocarriles, trató de probar que tenían un carácter exclusivamente industrial y financiero. De nada sirvió. Tanto él como otros agentes de Gwin fueron expulsados del Departamento del Pacífico.<sup>25</sup>

La resistencia de la opinión pública, de la prensa y del gobierno norteamericanos a la intervención de Francia en Sonora y a la realización de los planes de Gwin, fueron una muestra más del expansionismo "popular y espontáneo"<sup>26</sup> que había caracterizado siempre las relaciones estadounidenses con México. Fueron reflejo de la creencia general arraigada en el ánimo popular: a los Estados Unidos estaba destinado el dominio del océano Pacífico y de las provincias mexicanas del norte. Incluso aquellos que simpatizaban con los propósitos del ex-senador de California estaban seguros. Más tarde o más temprano, la nueva colonia de confederados se integraría a la

Unión Americana; Napoleón III se equivocaba al pensar que Gwin le concedería alguna ventaja territorial o económica. En cualquier caso, si originalmente su proyecto pretendía detener la expansión norteamericana, a la larga no haría más que favorecerla.

La posibilidad de que el Imperio galo y el mexicano se aliaran con el Sur obligó a Seward a proceder con extrema cautela. Pretendió aceptar o aceptó las explicaciones que dieron los franceses, pero no tenía pruebas suficientes para proceder en otra forma y no le convenía una dificultad en el exterior sin haber solucionado el problema interior. Trataba de ganar tiempo para poder exigir, finalmente, el cumplimiento de la Doctrina Monroe. Con esta política, el secretario de Estado logró que Maximiliano y Napoleón III esperasen confiados un reconocimiento que no pensaba otorgar al primero y evitó que trataran de asegurar, en alguna forma peligrosa para la Unión, la situación de la nueva monarquía y la recuperación de las inversiones de Francia.

El gobierno de Napoleón III, por su parte, no tenía interés en indisponerse con los norteamericanos. Empleó todas las vías para tranquilizarlos: el periódico oficial, el ministro de Asuntos Extranjeros, el mismo emperador que, preocupado, se tomó la molestia de comprometerse personalmente con John Bigelow. De esta manera, Napoleón III renunciaba de fondo a algunos de sus sueños más preciados: la explotación de una re-

gión que pudiera entregar a Francia sus fabulosas riquezas agrícolas y minerales, su poblamiento con inmigrantes europeos, los que, al mezclarse con los mexicanos, mejorarían la sociedad, proporcionarían un nuevo baluarte capaz de detener el casi incontenible avance territorial e institucional de los Estados Unidos.

B) La intervención de Matías Romero.

Los propósitos del emperador de Francia y del ex-senador de California causaron gran inquietud a Matías Romero, representante del gobierno de Juárez en Washington. El joven embajador -tenía 25 años de edad cuando ocupó el puesto en 1862- conocía bien los rumores que corrían. Desde el principio supo que Napoleón III pretendía quedarse -por medio de una compra o de una hipoteca- con algunas provincias del noroeste de México, colonizarlas y explotar sus minas con el fin de garantizar el pago de todas las deudas del nuevo Imperio. Estaba enterado de que el marqués de Montholon había celebrado con-  
27  
venios en relación con Sonora y Baja California y de que el Tratado de Miramar incluía un artículo secreto en el que Maxi-  
28  
miliano autorizaba su ocupación por los franceses. Tampoco desconocía la existencia de los planes de Gwin ni que grupos de inmigrantes procedentes del Norte y del Sur de los Estados Unidos, ante la posibilidad de una derrota confederada, estaban  
29  
presto a partir de California rumbo a la costa occidental mexicana, con "la  
30  
intención de sostener primero a Maximiliano con objeto de alzarse después..."

Aunque sabía que el secretario de Estado de Lincoln quería desentenderse, por algún tiempo, de lo que sucedía en México, Matías Romero procuró atraer su atención hacia el problema sonorenses, con el propósito de que hiciera algo concreto para solucionarlo. De manera que el embajador se entrevistaba con Seward cada vez que podía y le enviaba cartas y memorandos

a los que anexaba recortes periodísticos con alarmantes noticias. <sup>31</sup> Trató también de conseguir otros apoyos. Escribió, por ejemplo, a Winter Davis, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados, señalándole que el silencio de su gobierno "sobre tan importante asunto se toma <sup>32</sup> como una prueba de su asentimiento a los proyectos de Francia".

Pese a la insistencia de Romero, el secretario de Estado no cambió de actitud. Fiel a su política de neutralidad y a su propósito de no adquirir compromisos en México, se limitó a comunicarle que los franceses le habían asegurado que no tenían la intención de apoderarse de Sonora. <sup>33</sup> Le agradecía sus informes, que juzgaba "muy importantes" y merecedores de una <sup>34</sup> "seria consideración". Pero eso era todo. A lo más que llegó fue a revelar -sin ofrecerle nada- que las autoridades de la Unión tenían prevista, desde el comienzo de la lucha de Secesión, la posibilidad de una guerra con algún país europeo y que estaban <sup>35</sup> preparadas para cuando llegase el momento.

En el otoño de 1864 corrió la voz de que Seward estaba dispuesto a reconocer al archiduque Maximiliano como emperador de México. A fin de impedirlo, Matías Romero y el general Doblado -militar juarista que, al parecer, había viajado a los Estados Unidos por motivos de salud- aceptaron la sugerencia de un partidario -un anónimo Mr. P...- de ofrecer a Washington la venta de Baja California y de una parte de Sonora que les proporcionase un puerto en el mar de Cortés. En realidad, no

tenían la intención de adquirir una obligación con ellos, sino darles alicientes para que no establecieran relaciones diplomáticas con el nuevo gobierno monárquico,<sup>36</sup>

El embajador, más que decidir por sí mismo "una cuestión de tanta trascendencia", a la que se oponían, además, sus propias ideas,<sup>37</sup> pretendía averiguar la reacción de las autoridades de la Unión ante la posibilidad de semejante arreglo. Estaba seguro de que, mientras continuase la Guerra Civil, los norteamericanos no harían nada por Juárez, ni siquiera a cambio de un traspaso de territorio, ya que esto equivaldría a enemistarse con Francia. Mas consideraba probable que, al terminar la contienda, encontrasen un pretexto para brindar al México republicano su ayuda militar o económica. Era obvio que no lo harían gratuitamente. Como pago pedirían la cesión de Sonora, de Baja California o de Tehuantepec, regiones que habían condiciado durante muchos años. También era factible que Napoleón III, al no poder adueñarse de todo el país, redujese sus pretensiones a Sonora o Tehuantepec. Le sería fácil entonces obligar a Maximiliano a liquidar sus deudas con alguno de esos territorios, en los que, de inmediato, concentraría sus tropas. En ese momento, México debería darlos por definitivamente perdidos.<sup>38</sup>

Romero indicaba a sus superiores la necesidad de reflexionar antes de que se presentase cualquiera de estos acontecimientos. Pedir a los norteamericanos que arrojasen de Mé-

xico a los invasores y pagarles con las provincias que les interesaban. O bien, permitir que los franceses las conquistasen, proclamaran su independencia y constituyesen una barrera entre los dos vecinos, aunque, en ese caso, existiría el peligro de que se repitiese la historia de Texas. En suma, lo que el diplomático proponía era "explotar la contradicción entre Francia y los Estados Unidos para jugar mejor la carta mexicana y, en la situación difícil de la ocupación, neutralizar las ambiciones de una potencia con las de otra".

El embajador se entrevistó con Seward el 24 de noviembre. En forma extraoficial y con la aclaración previa de que no estaba de acuerdo, le sugirió la posibilidad de una enajenación territorial. El funcionario le respondió que el reconocimiento de Maximiliano iba contra los intereses norteamericanos. Deseaba que México consolidase "un Gobierno nacional" que lo tornara "próspero y floreciente", sin que tuviese la necesidad de ceder un ápice de su territorio. Le aseguró que su gobierno no abrigaba la intención de expandir sus fronteras a costa de sus vecinos, así que no debía temer por lo que sucediese después de la Guerra de Secesión. Sus compatriotas estarían demasiado ocupados con la cuestión de la esclavitud y con la reconstrucción del país, como para pensar en apoderarse de alguna provincia mexicana.

El gobierno juarista debió considerar que Romero se había extralimitado en sus funciones. Sin recriminarlo direc-

tamente, Sebastián Lerdo de Tejada, el ministro de Relaciones Exteriores le manifestó que si bien las leyes del Congreso habían otorgado amplias facultades al Ejecutivo, éste se proponía respetar "la restricción de no perjudicar la independencia e integridad del territorio"<sup>42</sup>. El mismo Juárez le recomendó que desconfiase de cualquier proposición que las amenazara y le pidió que hiciera todo lo que pudiese por ayudar a la causa de la República, pero que se abstuviese de vender o hipotecar el país o alguna de sus partes.<sup>43</sup>

Por algún tiempo, el joven embajador pareció tranquilizarse. Empero, en enero del año siguiente, su preocupación aumentó de nueva cuenta al leer una carta que había recibido de México el general Doblado, escrita por una persona enterada de la política que se proponía seguir el gabinete imperial. El documento señalaba que, en pocos meses, Lincoln reconocería a Maximiliano y favorecería, secretamente, la adjudicación a Francia de todo lo que quedase al norte de una línea trazada a través de México, desde el río Yaqui en el Pacífico hasta el Pánuco en el Golfo, es decir, Baja California y casi todo el territorio de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.<sup>44</sup>

La misiva añadía que la concesión beneficiaría a los tres gobiernos. Al de la Unión, ya que una colonia gala en aquella región bloquearía cualquier intento de expansión confederada.<sup>45</sup> Al de Napoleón III, cuyo prestigio aumentaría cuando pudiese declarar que ese era "'el hecho más glorioso'" de su reinado.<sup>46</sup>

Disgustaría a Maximiliano quien, antes de acceder, vacilaría y trataría de oponerse. Mas terminaría por aceptar la pérdida de unas provincias que sólo de nombre pertenecían a México, porque de tal modo protegería a su Imperio de los ataques de los filibusteros, saldaría su deuda con los franceses y, según la carta, obtendría 300 millones con los que podría promover la inmigración al país. Además, tanto los Estados Unidos como Francia tenían gran interés en que la nueva colonia acogiese a todos los ex-soldados que quedasen desocupados al <sup>47</sup>terminar la Guerra de Secesión.

Romero creyó conveniente comunicar a Seward el contenido de la carta. Su contestación fue alentadora. Reiteró la determinación de su gobierno de no reconocer al monarca mexicano. Agregó que tampoco apoyaría el arreglo del que se hablaba, totalmente impracticable, cuyos autores "debían haber estado soñando" cuando lo imaginaron. En cuanto a los 300 millones, el austríaco no conseguiría lo que "no podría <sup>48</sup>negociarse en Europa ni para los Estados Unidos",

No del todo tranquilo, el embajador se sintió obligado a remitir al secretario de Estado una nota de protesta contra cualquier cesión o hipoteca del territorio que Maximiliano hubiera hecho o estuviese a punto de hacer a favor de los franceses. Manifestaba que la posible oposición del "usurpador" a las demandas de Napoleón III no garantizaba la integridad de México, puesto que, al final, tendría que tran-

sigir con "su protector". Era de presumirse, además, que no defendería a una nación que no era la suya, en la que permanecía gracias al apoyo de un ejército extranjero, "por saciar una ambición ciega de mando que para castigo suyo" ejercía <sup>49</sup> sólomente "en apariencia".

La respuesta de Seward fue -según Romero- tan explícita como podía serlo en las circunstancias en que se encontraban. <sup>50</sup> Se limitaba a comunicarle que guardaría su nota en los archivos del Departamento de Estado para usarla cuando fuese necesario, como testimonio de su conducta hacia el asunto de la concesión y "evidencia... del celo y patriótico cumplimiento de sus funciones como Ministro de México en los Estados Unidos...". <sup>51</sup>

En los meses siguientes, el representante de Juárez en Washington procuró mantenerse al corriente de cuanto sucedía en torno a la supuesta cesión de las provincias mexicanas. Se enteró de que el monarca francés había perdido el interés <sup>52</sup> en obtenerla, al darse cuenta de que con ello suscitaría un conflicto con los Estados Unidos y que, por el mismo motivo, Maximiliano había rechazado el proyecto de establecer una colonia <sup>53</sup> confederada en el noroeste de su Imperio. Supo también que Gwin había regresado a París con el fin de recuperar el apoyo de Napoleón III, el cual -contra lo que cabía esperar- había ratificado sus planes <sup>54</sup> y prometido que, en breve, sus tropas ocuparían Sonora.

Matías Romero no creía en las "seguridades" dadas por los franceses a los norteamericanos, pese a que en la propia capital gala se hubiesen refutado los rumores de una concesión de territorios. Pensaba que se les había dado "más crédito del que merecían" y que, en varias ocasiones, sus palabras "habían sido contradichas por los hechos"<sup>55</sup>. Sin embargo, carecía de evidencias para probarlo. No le quedaba más que confiar en la prudente política seguida por el gobierno yanqui y esperar que, al terminar la Guerra de Secesión, sostuviese la causa republicana de México.

El joven embajador se había percatado claramente de que la administración de Lincoln estaba decidida a mantener una estricta neutralidad ante el conflicto en el país vecino y a evitar que una diferencia con Francia provocase su alianza con los Estados Confederados. Mientras la Guerra Civil continuara, Juárez y sus partidarios no obtendrían de la Unión más que un apoyo moral. Sin embargo, Romero tenía motivos para inquietarse. La contienda podía durar muchos años, durante los cuales el gobierno de Maximiliano y la colonia de Gwin podrían consolidarse con la colaboración de Napoleón III. Inclusive podría suceder que, ante una situación de hecho, los Estados Unidos reconocieran al nuevo Imperio y olvidasen a sus antiguos protegidos.

El representante de Juárez en Washington tenía una gran responsabilidad: conseguir el auxilio diplomático, militar y económico del único país amigo que estaba en posibilidad

de ayudar a los mexicanos para expulsar al archiduque austriaco y al ejército de Bazaine, restaurar el régimen republicano y evitar que prosperasen los planes de Gwin. Con objeto de lograrlo, trató, por todos los medios, de atraer la atención de Seward. Le envió recortes periodísticos, lo presionó a través de personas influyentes, se entrevistó con él repetidas veces. Llegó a sugerir que México, a cambio de su apoyo efectivo, estaría dispuesto a entregar a los norteamericanos algunas de las provincias que siempre les habían interesado. Enemigo de la concesión, al proponerla Romero corrió varios riesgos. El secretario de Estado podía haber aceptado y archivado el proyecto hasta el momento en que le conviniese ponerlo en práctica, pero también su gobierno podía haber sido acusado de vender territorio a cambio de auxilio yanqui.<sup>56</sup> Además, de haberse tomado en cuenta su insinuación, se hubiera justificado -sin quererlo- uno de los pretextos del emperador galo para intervenir en América: detener la expansión de los Estados Unidos.

C) La cuestión sonorense después de la Guerra Civil.

Al terminar la Guerra de Secesión, la diplomacia norteamericana se caracterizó por la actitud moderada que asumió frente a los acontecimientos en el país vecino. Tanto Andrew Johnson -que había ocupado la presidencia el 14 de abril, después del asesinato de Lincoln- como William H. Seward, estaban decididos a no provocar una guerra que perjudicaría no sólo a Francia, sino igualmente a los Estados Unidos. Creían, además, que no era necesario llegar a ese extremo. Bastaban Maximiliano y Napoleón III para restaurar el gobierno republicano de Juárez y expulsar a los invasores: el primero por su incapacidad para gobernar y sostener su Imperio sin la protección de los soldados galos; el segundo por su deseo de retirarse de la empresa mexicana y no tener conflictos en el extranjero.<sup>57</sup>

Seward se vió obligado a encarar la oposición de la opinión pública que exigía una intervención militar en el sur del río Bravo y en cumplimiento de la Doctrina Monroe. Se enfrentó al desocupado y victorioso ejército de la Unión, el cual, alentado por el general Grant, deseaba emprender una marcha triunfal sobre territorio mexicano y derrotar a las tropas del mariscal Bazaine. Aunque sus enemigos lo acusaron de debilidad, el secretario de Estado no cambió de parecer.<sup>58</sup> Negó a Juárez ayuda oficial en armas, hombres o dinero, más lo apoyó con su política exterior que pasó de la estricta

neutralidad de los años anteriores a la protesta vigorosa, las recriminaciones y, finalmente, las negociaciones que dieron término a la ocupación gala de México.<sup>59</sup>

Tanto las autoridades como la opinión pública norteamericana estaban preocupadas por los rumores de la adjudicación del noroeste de México a Francia y por los planes del antiguo senador de California. Los comentarios periodísticos continuaban y contribuían a aumentar la inquietud. Hacia junio de 1865, el New York World aseguró que Gwin consolidaría su proyecto en poco tiempo. Anunciaba también que el doctor Thomas Massey había establecido una oficina para reclutar colonos, pero hacía la advertencia de que se trataba de un negocio privado del que no se hacía responsable el gobierno de Maximiliano.<sup>60</sup> El mismo mes, el Times de Nueva Orleans manifestó que los confederados se estaban congregando en México. No cabía la menor duda del cercano éxito del ex-senador quien, como director general de inmigración a Sonora, Chihuahua, Tamaulipas y Durango, tendría "poderes extraordinarios y ocho mil tropas francesas para respaldarlo". Contaría además con 10 mil sureños. Estos, armados y subvencionados por el gobierno imperial mexicano, tendrían la misión de proteger a los inmigrantes. Reveló que los confederados proclamaban "seriamente" que eran los únicos que podrían "salvar al Imperio", por lo cual "se reunirían por millares al llamado de Gwin, y levantarían un baluarte intransitable contra la agresión americana".<sup>61</sup>

El gobierno, la prensa y la opinión pública de los Estados Unidos estaban especialmente alarmados por la posibilidad de que se estableciera una colonia de confederados en el norte de México y de que los soldados vencidos integrasen las guarniciones de vigilancia de la frontera. A más de que sería indignante que colaborasen con una monarquía que la Unión no reconocía, constituirían un peligroso elemento de resistencia. Había, en efecto, motivos para temer. Los planes de Gwin habían llamado la atención de miles de norteamericanos, especialmente sureños, que veían en el Imperio Mexicano un refugio ideal. La derrota de su ejército, la devastación de la Confederación, la bancarrota económica, la revolución social y el temor a las represalias del enemigo decidieron a muchos de ellos. En agosto, en los departamentos fronterizos, se les <sup>62</sup> contaba por millares. La administración tenía que hacer algo urgente si deseaba evitar males mayores.

El nuevo representante de Napoleón III, el marqués de <sup>63</sup> Montholon, describió perfectamente el sentir del gobierno de Washington. "Una sola cuestión -expresó- inquieta aún muy seriamente a los políticos de este país con respecto a sus relaciones con Francia. Se trata de una idea que no se les puede quitar de la cabeza, esto es, que [los franceses] tenemos la intención de establecernos de manera permanente en México y que sólo esperamos una ocasión favorable para hacernos <sup>64</sup> ceder Sonora". Y agregó: "Gwin es para ellos un espantajo".

Poco después de la rendición del ejército confederado, John Bigelow informó al Departamento de Estado que Napoleón III había prometido otra vez ayuda militar al ex-senador de California, a fin de que pudiese llevar a cabo sus operaciones mineras. Es posible que Seward no diera crédito al rumor de que Maximiliano cedería Sonora a Gwin o a los franceses. Empero, no tenía tampoco la certeza de que el emperador de México -como el de Francia- no protegiese al norteamericano. A fin de averiguar su posición, el funcionario estaba decidido a usar todos los medios. Por lo pronto, facilitó a varios periódicos amigos la nota de protesta que Romero le había entregado el 6 de febrero contra cualquier enajenación territorial y la respuesta que él le había dado. De esta manera, el asunto Sonora-Gwin recibió gran publicidad. El resultado inmediato fue que la opinión pública se inclinó a favor de la causa de Juárez.

A pesar de que las autoridades norteamericanas disponían de una abundante información, carecían de pruebas concretas que pudiesen justificar una reclamación directa al gobierno galo. No fue sino hasta el verano cuando Matías Romero proporcionó las evidencias que, al fin, les permitieron actuar.

Un oficial juarista, el coronel Enrique A. Mejía, había obtenido del gobierno de Maximiliano un salvoconducto para entrar al Imperio, con el propósito de atender algunas propiedades que había heredado. Durante su estancia en la ciu-

dad de México, inventó un rifle del que se decía que disparaba con precisión sesenta tiros por minuto. Al no poder fabricarlo en México, decidió viajar a los Estados Unidos. Antes de partir, William Corwin,<sup>69</sup> encargado de negocios de la Legación norteamericana, le pidió que se llevara algunos despachos que dirigía al Departamento de Estado. Como temía que lo registrasen, le indicó que los recibiría en Veracruz, a donde los enviaría por otro conducto.<sup>70</sup>

Las precauciones de Corwin resultaron justificadas. Al llegar al puerto, el coronel Mejía fue arrestado por órdenes de Galloni d'Istria, el director general de policía, quien había dispuesto que lo vigilasen desde su llegada al país. Sus baúles fueron inspeccionados y recogidos tanto sus papeles como su rifle,<sup>71</sup> al que el jefe de policía definió como una "máquina infernal destinada a ser fatal a la caballería y tal vez a S.M."<sup>72</sup> Le pidieron también que entregase las notas oficiales que llevaba consigo. Como negó tenerlas, fue reducido a prisión e incomunicado durante ocho días. Finalmente, la falta de pruebas para acusarlo y el salvoconducto que portaba obligaron a sus carceleros a ponerlo en libertad. Le restituyeron sus pertenencias y se le permitió embarcar rumbo a La Habana.<sup>73</sup>

A bordo, al revisar los papeles que le habían devuelto, Mejía encontró cinco cartas que, al parecer, en la revisión de equipaje previa al embarque, se le habían quitado a

otro pasajero. Los documentos resultaron decisivos para la terminación definitiva del asunto sonoreense. Se trataba de las misivas que Gwin, su hijo y Massey, uno de sus socios, dirigían a sus familiares y amigos en los Estados Unidos y Europa.<sup>74</sup> El coronel estaba enterado de que Napoleón III había ordenado a Bazaine que respaldase militarmente al ex-senador; conocía los planes de colonización del noroeste y que, de acuerdo con Gwin, las tropas galas habían iniciado el camino a Sonora. Esto le permitió evaluar la correspondencia que, en forma supuestamente accidental, había caído en sus manos. Fue por ello que decidió entregarla al representante de Juárez en Washington.<sup>75</sup>

El joven diplomático de inmediato percibió el gran valor de esta documentación. Resentido por la política de neutralidad de Seward y por su confianza en las palabras de los franceses, Romero temía que no enseñara las cartas al presidente ni atendiese debidamente los informes que contenían. Por consiguiente, resolvió no entregarlas al Departamento de Estado sino pedir una audiencia en la Casa Blanca.<sup>76</sup>

A lo largo de dos entrevistas, el embajador comunicó a Johnson que habían llegado a sus manos "documentos de la más alta importancia, que manifestaban... los planes de Gwin respecto a la colonización de México con habitantes del Sur de los Estados Unidos... el apoyo que tenía de Napoleón... lo que esperaba de Maximiliano" y la participación de algunos

ciudadanos norteamericanos en el asunto, Le mostró y explicó el contenido de las misivas. Cuando el presidente comentó que el ex-senador no podría llevar a cabo sus planes puesto que el Imperio de Maximiliano no duraría mucho tiempo, Romero se apresuró a replicar que el austríaco permanecería "todo el tiempo necesario para causar grandes males tanto a México como a los Estados Unidos...", si no se modificaba la política exterior estadounidense. Johnson no lo contradijo. Se limitó a pedirle que enviase los documentos a Seward, "puesto que no tardarían en ser muy útiles..." A pesar de la reticencia del presidente, el mexicano se sintió satisfecho con los resultados de sus entrevistas. Según él, el jefe de Estado le había demostrado, por "las maneras, mas que las palabras", que estaba dispuesto a defender la doctrina Monroe<sup>78</sup>".

Por otra parte, Matías Romero comunicó al general Grant el contenido de la correspondencia interceptada. El militar no aprobaba la política pacifista de Seward y quizá podría intervenir con tales pruebas frente al presidente. Empero, su primera reacción fue negativa. Exclamó que, al parecer, Gwin "no había conseguido nada" y que era imposible "que consiguiera algo", después de haber concluido la Guerra de Secesión. El embajador alegó que las cartas mostraban que Napoleón III había ordenado al mariscal Bazaine que ayudase al ex-senador de California; el rechazo de Maximiliano carecía de importancia puesto que, por depender de Francia, se vería obligado a acceder a cuanto le pidiese su protector.

Añadió que Gwin se proponía "llamar a México a todos los descontentos del Sur, organizarlos allí con el auxilio de la Francia para suscitar en lo futuro nuevas dificultades a los Estados Unidos". Grant le ofreció entonces que hablaría con el presidente. Así lo hizo. Días después, le aseguró que Johnson pensaba lo mismo que él respecto a los asuntos mexicanos. Esto, según Romero, significaba precisamente que estaba "en favor de la vindicación completa de la Doctrina <sup>79</sup> Monroe".

Junto con los originales de las cartas interceptadas y una misiva en la que el coronel Mejía refería la forma en que habían llegado a su poder, Romero envió a Seward un mensaje en el que le pedía que las utilizara de la manera más conveniente para la "seguridad e intereses" de su país. Con los mismos argumentos empleados ante el general Grant, el embajador explicó al secretario de Estado que, aun sin mostrarlo claramente, los cinco escritos permitían suponer que Gwin era "hostil a los Estados Unidos"; se proponía llevar a la frontera a todos los norteamericanos descontentos que residiesen en el Sur, con el fin de "organizarlos allí bajo la protección y con la ayuda de los franceses"; además, hacían claro el hecho de que Napoleón III había dado instrucciones concretas a Bazaine con el fin de que proporcionara al ex-senador lo que requiriese para el desarrollo de su plan y, si bien no se había obtenido todavía el consentimiento de Maximiliano, era evidente que el emperador me-

xicano terminaría por hacer lo que le pidiesen, igual su colega francés como sus partidarios, confiados en que el proyecto de Gwin constituía "la única salvación del llamado imperio"<sup>80</sup>.

Tal vez Seward no creía en un traspaso de Sonora a Francia, mas el temor de que Napoleón III patrocinara un movimiento de inmigración a través del río Bravo lo decidió a emplear mayor energía en las negociaciones que llevaron al fin de la ocupación francesa de México. La lectura de la correspondencia interceptada lo había persuadido de la deslealtad de Gwin y de su familia, de su pretensión de obtener concesiones de tierras mineras en las provincias del norte y de que el ex-senador de California estaría a cargo de su explotación. Creía, además, que se esperaba la llegada de muchos capitalistas y colonos procedentes de los Estados Confederados; los cuales, con la protección de Napoleón III, aseguraban que su empresa promovería el éxito de Maximiliano y perjudicaría a los Estados Unidos.<sup>81</sup>

El secretario de Estado remitió a John Bigelow instrucciones de transmitir sus conclusiones y mostrar una copia de los documentos a Drouyn de Lhuys. Lo autorizó a comunicarle que, tanto el pueblo como el gobierno norteamericanos, veían "con impaciencia" la prolongada intervención de Francia en México por cuyas instituciones republicanas sentían una gran simpatía. La reorganización militar y política de los rebeldes sureños del otro lado de la frontera y la ayuda de

Napoleón III o de Maximiliano a los planes del ex-senador se considerarían como un peligro, "o al menos una amenaza contra los Estados Unidos". Finalmente, el embajador debía pedir al ministro de Asuntos Extranjeros que le proporcionase "una seguridad de que las pretensiones del doctor Gwin y de sus socios" no habían sido autorizadas por el gobierno francés.<sup>82</sup>

A principios de agosto, Bigelow transmitió a Drouyn de Lhuys, casi textualmente, las instrucciones de Seward. Con el propósito de hacer más presión, agregó que Benjamín Wood, editor del New York Daily News, encargado de reunir fondos para la empresa de Gwin, había sido hecho "prisionero político, por pretendidas actividades traidoras".<sup>83</sup><sup>84</sup>

La nota del embajador yanqui, calificada por la emperatriz Eugenia de "casi descortés", fue respondida "en términos firmes y convincentes".<sup>85</sup> El ministro manifestó el día 7 que, si bien Napoleón III tenía la intención de dar todas las explicaciones que se le pidiesen con "un espíritu conciliatorio" y sobre la base de "documentos auténticos o hechos concretos", no estaba dispuesto a aceptar cualquier requerimiento que se le hiciese "en un tono conminatorio" y fundado en "vagos alegatos" y "documentos de carácter dudoso". Por lo demás, no tocaba a un funcionario galo dar informaciones acerca de las "especulaciones" de los inmigrantes llegados a México. No obstante, estaba enterado -y el gabinete de Washington lo estaba también- de que Maximiliano permitiría la entrada de

aquellos confederados que lo hicieran "individualmente y sin armas". Les daría, por un sentimiento humanitario, la ayuda que necesitaran e inmediatamente los dispersaría por todo el Imperio, exigiéndoles que se abstuvieran de realizar todo aquello que pudiese "despertar la justa susceptibilidad de las naciones vecinas". En cuanto a Francia, su gobierno había manifestado en varias ocasiones a las autoridades norteamericanas su resolución de "observar, en todas las cuestiones internas que puedan agitar o dividir a la Unión, una imparcial y escrupulosa neutralidad". Como garantía de sus intenciones ofrecía "la palabra de Francia", en la que cualquier "potencia amiga" podía confiar. El ministro concluía su carta con una punzante alusión a las violaciones a la neutralidad, en asuntos mexicanos, por parte de los Estados Unidos y con la aseveración de que, pese a ello, los franceses estaban decididos a dar su aval a "la honorabilidad del pueblo americano".<sup>86</sup>

Advertido por Montholon de que los norteamericanos tenían la intención de responder a cualquier provocación, incluso con la guerra, Drouyn de Lhuys le escribió -para que lo informase a Washington- que el gobierno francés no estaba acostumbrado a recibir presiones. No sólo las tropas se retirarían poco a poco y a medida que el orden se restableciera en México, sino que la repatriación sería más rápida si los Estados Unidos dejaban de favorecer la anarquía y apoyar al partido enemigo del Imperio".<sup>87</sup>

Desconcertado por la "sensibilidad" mostrada por el ministro de Asuntos Extranjeros, John Bigelow prefirió postergar su respuesta hasta que no tuviese noticias del Departamento de Estado. Mientras tanto, consideró que el "silencio" sería su réplica más efectiva".<sup>88</sup>

Finalmente, el embajador no tuvo que responder. El 24 de agosto, Seward acusó recibo de su despacho de principios de mes. Acababa de leer su correspondencia mexicana: Corwin le aseguraba que, aunque Maximiliano había aceptado con anterioridad la idea de un protectorado galo sobre Sonora, en ese momento ya no tenía ningún interés en los proyectos de Gwin, al grado de que había rechazado públicamente toda asociación con él.<sup>89</sup> Por consiguiente, el secretario de Estado consideró que la contestación del ministro de Asuntos Extranjeros lo autorizaba a pensar que "esos planes y especulaciones, ya que eran hostiles a los Estados Unidos, serían desaprobadas por las autoridades que actúan en México bajo la dirección o en cooperación con el emperador de Francia". Comunicó a Bigelow que no debía preocuparse: el presidente se sentía "satisfecho con la renovada seguridad" que había obtenido de la neutralidad de los franceses.<sup>90</sup>

Poco después, el diplomático estadounidense se entrevistó con el ministro galo. Por el tono de su misiva del día 7, le dijo, había colegido que no apreciaba debidamente su esfuerzo por "conservar el buen entendimiento entre nuestros respectivos países..." Como su deber era comunicarle

cualquier hecho que lo amenazara, le había sorprendido que considerase que las cartas relativas al antiguo político de California, "acerca de cuya legitimidad no podía haber <sup>91</sup>duda", no merecían su atención.

Drouyn de Lhuys le respondió que él había impugnado el contenido de la correspondencia interceptada, no el tenor del mensaje que lo acompañaba. No juzgaba apropiado que se interpelase a otro gobierno, con base en ese tipo de documentos. Por lo demás, no había hecho más que expresar la irritación que mostraba el emperador cuando se le interrogaba acerca del ex-senador. Reconoció que Napoleón III había recibido a Gwin en varias ocasiones y que él lo había visto dos veces, pero negó que se hubiese llegado a algún acuerdo. Agregó que Bigelow debía conformarse, tanto con las buenas intenciones mostradas por los monarcas de Francia y México hacia los Estados Unidos, como con la seguridad de que su país no deseaba otra cosa que abandonar América lo <sup>92</sup>antes posible.

En adelante, el asunto Sonora-Gwin fue omitido de la correspondencia oficial entre Francia y los Estados Unidos. Sin embargo, todavía tuvo algunas secuelas. Se llegó a decir que el gobierno norteamericano estaba dispuesto a reconocer a Maximiliano a cambio de algunas concesiones, entre ellas la de Sonora, Y, en vista de la indignación provocada en el Norte por el éxodo de confederados, a fines de año el

Senado pidió al presidente Johnson que lo informase acerca de las actividades del antiguo senador por California con objeto de atraer hacia México a sus conciudadanos descontentos.<sup>93</sup>

Es interesante señalar que Drouyn de Lhuys no olvidó completamente la cuestión. A principios de 1866, Bigelow recibió una extraña propuesta del ministro francés. Francia repatriaría sus tropas en cuanto los Estados Unidos aceptaran la cesión de Sonora y se comprometiesen a no intervenir en los asuntos de México y a pagar la deuda exterior de este país. El embajador se limitó a responderle que su gobierno no estaba dispuesto a interferir con ninguna autoridad que fuese reconocida como legítima por el pueblo mexicano.<sup>94</sup> Lo que significaba que no estaba de acuerdo con ninguna de las condiciones que se habían propuesto.

El fin de la Guerra de Secesión no modificó la orientación general de la política exterior norteamericana. El gobierno mantuvo una actitud de neutralidad. No se trataba de provocar una guerra innecesaria que, a la larga, perjudicaría tanto a Francia como a México y los Estados Unidos. En cambio, con un poco de paciencia las cosas se arreglarían por sí mismas: las tropas galas regresarían a Europa, el nuevo Imperio se derrumbaría y Juárez restablecería el sistema republicano.

Ante la posibilidad de que Maximiliano cediese Sonora a Napoleón III y de que se estableciera una colonia confederada en el noroeste, el incansable Matías Romero trató de

conseguir de los yanquis un apoyo no sólo moral sino diplomático, económico y bélico. Obtuyo, al fin, algunas pruebas de la culpabilidad de Gwin. Con ellas en su poder, el secretario de Estado -que posiblemente dudaba de la veracidad de lo que se decía- mostró más firmeza en lo que se refería a la cuestión sonorensis: ya no preguntó, sino que exigió una respuesta. Tras esta reclamación se iniciaron las negociaciones que terminaron con la ocupación gala de México.

La extraña reacción de Drouyn de Lhuys hizo evidente que su gobierno estaba más comprometido de lo que reconocía. Mostró una gran dignidad, pero cedió al final cuando ofreció a John Bigelow que el ejército francés se retiraría gradualmente. Con su partida, la doctrina Monroe fue reivindicada: nadie habría de disputar, en el futuro, el dominio de los Estados Unidos sobre el continente americano.

Notas

1. Blumberg, op. cit., p. 77; Coleman, op. cit., v. XVII, p. 497; Corti, op. cit., p. 343; Dawson, op. cit., p. 387; García, op. cit., v. 2, p. 853; Hanna, Napoleón III..., p. 191, 212; Shields, Inmigración..., p. 42, 59; Shields, "Sonora...", p. 349-350, 367.
2. Vid. supra, p. 240 ss.
3. Al ex-senador le molestó el título de duque que la prensa le había otorgado gratuitamente. Al enterarse manifestó su indignación y declaró que no sólo no era cierto, sino que no había en el mundo un poder que pudiese convertirlo en duque. McPherson, op. cit., p. 382, n. 107.
4. Acuña, op. cit., p. 83; García, op. cit., v. 1, p. 670; El pájaro verde..., México, 8 de marzo de 1865, p. 2, y 24 de marzo de 1865, 3; (sin autor), "Los franceses en Sonora", Nueva York, 18 de julio de 1862, en Romero, Correspondencia..., v. 2, p. 1175-1176; (sin autor), "La guerra mexicana y los bonos Jecker", Nueva York, 14 de marzo de 1863, en ibidem, v. 3, p. 292; Romero a su gobierno, Washington, 9 de marzo de 1865, en ibidem, v. 5, p. 111; Shields, Inmigración..., p. 51; Shields, "Sonora...", p. 359; La Sombra..., México, 21 de marzo de 1865, p. 4; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 968, 1129-1130.
5. Shields, Inmigración..., p. 52; Shields, "Sonora...", p. 360.
6. George Baker (ed.), The works of William H. Seward, 5 v., nueva ed., Boston, Houghton, Mifflin and Company, 1884. mapas, v. 5, p. 399-400; Blumberg, op. cit., p. 16-19; Blumenthal, op. cit., p. 111; Callahan, American..., p. 292; Corti, op. cit., p. 118-202; Fuentes Mares, Juárez y la intervención, p. 29; Hanna, Napoleón III..., p. 67, 107, 212;

- Carlos Pereyra, El mito de Monroe, ensayo preliminar de Julio Irazusta, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez 1969, 318 p. (Los clásicos latinoamericanos), p. 143-144; Romero, México..., p. 717; Henry W. Temple, "William H. Seward", en Bemis, op. cit., v. 7, p. 106-107; Ernesto de la Torre Villar, La Intervención francesa y el triunfo de la República, introducción, selección y notas de..., 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1968. (Vida y pensamiento de México), v. 1, p. 42-43.
7. Blumberg, ibidem, p. 16-19, 75-78; Corti; ibidem, p. 118-119; Hanna, ibidem, p. 69-70, 106-108, 212; Pereyra, ibidem, p. 144-145; Romero, idem.
  8. Coleman, op. cit., v. XVII, p. 497; Seward a Dayton, Washington, 18 de agosto de 1864, en EE. UU. National Archives, MP (ms), Diplomatic instructions of the Department of State 1801-1906. France, v. 17, p. 148; Hanna, ibidem, p. 152-153; McPherson, op. cit., p. 361, 380; Rippey, op. cit., p. 248; Shields, Inmigración..., p. 42; Shields, "Sonora...". p. 350.
  9. Grant a McDowell, (sin lugar), 8 de enero de 1865 en McPherson, ibidem, p. 379; ver también Rolle, op. cit., p. 65, n. 10.
  10. Shields, Inmigración..., p. 42-43; Shields, "Sonora...", p. 350-351.
  11. Baker, op. cit., v. 5, p. 399-400; Callahan, American..., p. 292, 299; Seward a Dayton, Washington, 15 de septiembre de 1864, en EE. UU. Diplomatic..., v. 17, p. 157-158; Shields, Inmigración..., p. 43; Shields, "Sonora...", p. 351.
  12. (sin autor), "France in Mexico", Nueva York, 27 de enero de 1865, en Shields, Inmigración..., p. 51-52 y Shields, "Sonora...", p. 359-360.

13. Shields, Inmigración..., p. 52; Shields, "Sonora...", p. 360.
14. Shields, Inmigración..., p. 51; Shields, "Sonora...", p. 359.
15. Bigelow a Seward, París, 20 de enero de 1865, en EE. UU., Despatches..., v. 56, núm. 8.
16. Bigelow a Seward, París, 9 de febrero de 1865, en ibidem, v. 56, núm. 25; ver también Seward a Bigelow, Washington, 7 de marzo de 1865, en EE. UU., Diplomatic..., v. 17, p. 280-281; McPherson, op. cit., p. 375, 379; Romero a su gobierno, Washington, 9 de marzo de 1865, en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 112.
17. Vid. supra, p. 231-232.
18. Seward a Bigelow, Washington, 7 de marzo de 1865, en EE. UU., Diplomatic..., v. 17, p. 280-281; Romero a su gobierno, Washington, 9 de marzo de 1865, en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 112.
19. Acuña, op. cit., p. 84; Dabbs, op. cit., p. 143, n. 30; Montholon a su gobierno, México, 28 de marzo de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 95; García, op. cit., v. 2, p. 718-719; McPherson, op. cit., p. 380; Shields, Inmigración..., p. 52-53; Shields, "Sonora...", p. 360-361.
20. Dabbs, ibidem, p. 131, n. 88; Montholon a su gobierno, México, 10 de mayo de 1865, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 99; García, ibidem, v. 1, p. 670, 718-719, v. 2, p. 947.

21. Bazaine a su gobierno, (México), 28 de marzo (de 1865), en García, ibidem, v. 1, p. 718-719.
22. Montholon a su gobierno, México, 28 de marzo de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 95.
23. Montholon a su gobierno, México, 28 de marzo de 1865, en idem; García, op. cit., v. 1, p. 718-719; McPherson, op. cit., p. 380; Romero a su gobierno, Washington, 23 de febrero de 1865, en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 79; Shields, Inmigración..., p. 52-53; Shields, "Sonora...", p. 360-361.
24. McDowell a Grant, (sin lugar), 12 de marzo de 1865, en McPherson, idem.
25. McPherson, ibidem, p. 379-380. Vid. supra, p. 210-211.
26. Josefina Zoraida Vázquez, "Los primeros tropiezos", en Historia general de México. obra preparada por el Centro de Estudios Históricos, 4 v., México, El Colegio de México, 1976. ils, mapas. v. 3, p. 1-84, v. 3, p. 77.
27. Vid. supra, p. 121-122.
28. Vid. supra, p. 168-169.
29. Romero a su gobierno, Washington, 16 de noviembre de 1861, en Romero, Correspondencia..., v. 1, p. 597-598 y en Topete, op. cit., p. 177-178, Romero a su gobierno, Washington, 5 de agosto de 1862, en Romero, ibidem, v. 2, p. 323; Romero a su gobierno, Washington, 4 de diciembre de 1862, en ibidem, v. 2, p. 645-646 y en Topete, ibidem, p. 254-255; Romero a Winter Davis, Washington, 21 de marzo de 1864, en Romero,

- ibidem, v. 4, p. 112, 114; Romero a su gobierno, Washington, 13 de mayo de 1864, en ibidem, v. 4, p. 169-170; Romero a su gobierno, Washington, 26 de mayo de 1864, en ibidem, v. 4, p. 189-190; Winter Plumb a Romero, Nueva York, 22 de noviembre de 1864, en ibidem, v. 4, p. 441-442; Romero a Seward, Washington, 7 de diciembre de 1864, en ibidem, v. 4, p. 458-459 y en Chávez Orozco, op. cit., p. 34; Seward a Romero, Washington, 7 de enero de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 2-3; Romero a su gobierno, Washington, 8 de febrero de 1865, en ibidem, v. 5, p. 56-57; Romero a su gobierno, Washington, 28 de febrero de 1865, en ibidem, v. 5, p. 98.
30. Romero a Seward, Washington, 7 de diciembre de 1864, en ibidem, v. 4, p. 459.
31. Hanna, Napoleón III..., p. 108; Shields, Inmigración..., p. 5 y Topete, op. cit., p. 78.
32. Romero a Winter Davis, Washington, 21 de marzo de 1864, en Romero, Correspondencia..., v. 4, p. 112, 114.
33. Romero a su gobierno, Washington, 4 de diciembre de 1862, en ibidem, v. 4, p. 645 y en Topete, op. cit., p. 254-255.
34. Seward a Romero, Washington, 7 de enero de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 2-3 y en Chávez Orozco, op. cit., p. 35.
35. Romero a su gobierno, Washington, 4 de diciembre de 1862, en Romero, ibidem, v. 2, p. 645 y en Topete, op. cit., p. 254-255.
36. Romero a su gobierno, Washington, 19 y 22 de octubre de 1864 y 28 de marzo de 1865, en Romero, ibidem, v. 4, p. 391-392, 396-397, v. 5, p. 171; Roeder, op. cit., p. 871-873; Topete, ibidem, p. 78, n. 197; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 447-448.

37. Romero a su gobierno, Washington, 19 de octubre de 1864, en Romero, ibidem, v. 4, p. 392.
38. Romero a su gobierno, Washington, 22 de octubre y 12 de noviembre de 1864, en ibidem, v. 4, p. 396-397, 405-407; E. L. Plumb a Romero, Nueva York, 30 de octubre de 1864, en ibidem, v. 4, p. 400-401; Salomon, op. cit., p. 135-136.
39. Romero a su gobierno, Washington, 12 de noviembre de 1864, en Romero, ibidem, v. 4, p. 405-407.
40. Salomon, op. cit., p. 137; ver también Topete, op. cit., p. 78.
41. Romero a su gobierno, Washington, 24 de noviembre de 1864, en Romero, Correspondencia..., v. 4, p. 439-440 y en Topete, ibidem, p. 293-294; ver también Romero a su gobierno, Washington, 28 de marzo de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 171; Roeder, op. cit., p. 871-873 y Topete, ibidem, p. 78.
42. Lerdo de Tejada a Romero, Chihuahua, 26 de enero de 1865, en Romero, ibidem, v. 6, p. 34; ver también Romero a su gobierno, Washington, 28 de marzo de 1865, en ibidem, v. 5, p. 171 y Topete, idem.
43. Juárez a Romero, Chihuahua, 22 de diciembre de 1864, en Romero, ibidem, v. 5, p. 60; Romero a su gobierno, Washington, 9 de febrero de 1865, en ibidem, v. 5, p. 59; Roeder, op. cit., p. 871-873; Topete, idem; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 447-448.
44. Blumberg, op. cit., p. 77; Callahan, American..., p. 298-299; Romero a su gobierno, Washington, 19 de enero de 1865,

- en Romero, ibidem, v. 5, p. 27 y en Topete, ibidem, p. 295-296; fragmento de una carta recibida por el general Doblado, México, 28 de diciembre de 1864, en Romero, ibidem, v. 5, p. 28; Romero a Seward, Washington, 6 de febrero de 1865, en ibidem, v. 5, p. 45-47. Romero a su gobierno, Washington, 8 de febrero de 1865, en ibidem, v. 5, p. 56; Shields, Inmigración..., p. 45, 52; Shields, "Sonora...", p. 353, 360; Zorrilla, idem.
45. Romero a su gobierno, Washington, 19 de enero de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 27 y en Topete, op. cit., p. 295-296; fragmento de una carta recibida por el general Doblado, México, 28 de diciembre de 1864, en Romero, ibidem, v. 5, p. 28; Shields, Inmigración..., p. 45; Shields, "Sonora...", p. 353.
46. Fragmento de una carta recibida por el general Doblado, México, 28 de diciembre de 1864, en Romero, idem.
47. Callahan, American..., p. 298-299; Romero a su gobierno, Washington, 19 de enero de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 27 y en Topete, op. cit., p. 295-296; fragmento de una carta recibida por el general Doblado, México, 28 de diciembre de 1864, en Romero, ibidem, v. 5, p. 28; Romero a Seward, Washington, 6 de febrero de 1865, en ibidem, v. 5, p. 45-47; Shields, Inmigración..., p. 45, 57; Shields, "Sonora...", p. 353, 360.
48. Romero a su gobierno, Washington, 19 de enero de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 27 y en Topete, idem.
49. Romero a Seward, Washington, 6 de febrero de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 45-47; ver también Blumberg, op. cit., p. 77; Romero a su gobierno, Washington, 27 de febrero de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 93 y en Chávez Orozco,

- op. cit., p. 46; Shields, Inmigración..., p. 52; Shields, "Sonora...", p. 360 y Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 448.
50. Romero a su gobierno, Washington, 27 de febrero de 1865, en Romero, idem y Chávez Orozco, idem.
51. Seward a Romero, Washington, 25 de febrero de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 94 y en Chávez Orozco, ibidem, p. 46-47; ver también Callahan, American..., p. 299.
52. Vid. supra, p. 208-209.
53. Vid. supra, p. 255.
54. Vid. supra, p. 231-232. Romero a su gobierno, Washington, 23 de febrero, 9 de marzo y 4 de mayo de 1865, en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 79, 112, 291.
55. Romero a su gobierno, Washington, 24 de junio de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 401-403 y en Chávez Orozco, op. cit., p. 49; ver también Romero a su gobierno, Washington, 9 de marzo de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 112.
56. Topete, op. cit., p. 78.
57. Blumenthal, op. cit., p. 11; Hanna, Napoleón III..., p. 201; Pereyra, op. cit., p. 147-148; Romero a su gobierno, Washington, 24 de junio de 1865, en Chávez Orozco, op. cit., p. 47 y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 401-403.
58. A cambio, el presidente recibió ayuda de particulares: aventureros y representantes de la iniciativa privada interesados en colaborar con él. Robert W. Frazer, "Maximilian's Propaganda Activities in the United States, 1865-1866", en The Hispanic American Historical Review, Durham, North Caro-

lina, The Duke University Press, v. XXIV, núm. 1, febrero de 1944, p. 4-29, p. 4-5; Pereyra, ibidem, p. 148.

59. Blumenthal, op. cit., p. 11; Corti, op. cit., p. 343; Frazer, idem; Hanna, Napoleón III..., p. 201; Pereyra, ibidem, p. 147-148; Romero a su gobierno, Washington, 24 de junio de 1865; en Chávez Orozco, op. cit., p. 47 y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 401-403.
60. Blumberg, op. cit., p. 77; Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 602; Corti, idem; informe de Montholon, (sin lugar), 14 de julio de 1865 y Dano a su gobierno, México, 11 de agosto de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 148-149, 169; Rolle, op. cit., p. 63; Shields, Inmigración..., p. 55; Shields, "Sonora...", p. 363; Zamacois, op. cit., v. 17, p. 1128-1130.
61. "Correspondence" del New Orleans Times, Veracruz, 1° de junio (de 1865), en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 603; ver también Rippey, op. cit., p. 248-249 y Rolle, idem.
62. Blanchot, op. cit., v. 2, p. 293; Dano a su gobierno, México, 10 de agosto de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 161; Hanna, Napoleón III..., p. 189, 191-192; Hill, op. cit., p. 118; McPherson, op. cit., p. 357; Shields, Inmigración..., p. 52, 59; Shields, "Sonora...", p. 360, 367-368.
63. Vid. supra, p. 252.
64. Informe de Montholon, (sin lugar), 14 de julio de 1865, en Díaz, Versión... Informes diplomáticos, v. 4, p. 148-149; ver también Blumberg, op. cit., p. 77; Dano a su gobierno, México, 11 de agosto de 1865, en Díaz, ibidem, v. 4, p. 169.

65. Vid. supra, p. 231-232.
66. Vid. supra, p. 300-301.
67. Blumberg, op. cit., p. 77-78; McPherson, op. cit., p. 380; Romero a su gobierno, Washington, 11 de mayo de 1865, en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 311; Shields, Inmigración..., p. 52; Shields, "Sonora...", p. 360.
68. McPherson, idem; Shields, idem.
69. Se trata de William Corwin, hijo. Su padre, el embajador, había recibido órdenes de no tratar diplomáticamente con las autoridades imperiales. Fue así como, en septiembre de 1864, Corwin padre abandonó el país y dejó a su hijo a cargo de la Embajada. Corti, op. cit., p. 280; Hanna, Napoleón III..., p. 117; Zorrilla, op. cit., v. 1, p. 439-440.
70. "Correspondance" del New Orleans Times, Veracruz, 1° de junio (de 1865), en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 603; Mejía a romero, Washington, 1° de julio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 597, en Chávez Orozco, op. cit., p. 73, en Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 97 y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 460; Galloni Loysel, México, 21 de mayo de 1865, en Lefèvre, ibidem, v. 2, p. 96. 99.
71. "Correspondance" del New Orleans Times, Veracruz, 1° de junio (de 1865), en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 603; Mejía a romero, Washington, 1° de julio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 597-598, en Chávez Orozco, idem, en Lefèvre, ibidem, v. 2, p. 97 y en Romero, idem; Galloni a Loysel, México, 21 de mayo de 1865, en Lefèvre, ibidem, v. 2, p. 96.
72. Galloni a Loysel, México, 21 de mayo de 1865, en Lefevre,

ibidem, v. 2, p. 97; ver también "Correspondence" del New Orleans Times, Veracruz, 1º de junio (de 1865), en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 603.

73. "Correspondence" del New Orleans Times, Veracruz, 1º de junio (de 1865), en Coleman, idem; Mejía a Romero, Washington, 1º de julio de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 598, en Chávez Orozco, op. cit., p. 73, en Lefèvre, idem y en Romero, Correspondencia..., v. 5, p. 460.

74. Las cartas interceptadas eran cinco:

a) (Gwin) a su esposa e hijas, (México, 18 de mayo de 1865), en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 599, en Chávez Orozco, ibidem, p. 51-52 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 404-405.

b) (Gwin) a Winthrop, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 599-600, en Chávez Orozco, ibidem, p. 50-51, y en Romero, ibidem, v. 5, p. 403-404.

c) Gwin hijo a su madre, (México), 16 y 18 de mayo (de 1865), en Chávez Orozco, ibidem, p. 52-54 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 405-406.

d) Massey a Wood, México, 18 de mayo de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 600-601, en Chávez Orozco, ibidem, p. 54-55 y Romero, ibidem, v. 5, p. 406-407.

e) Journalist al editor del New York Daily News, México, 19 de mayo de 1865, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 601-602, en Chávez Orozco, ibidem, p. 55-57 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 407-408.

Ver también Romero a su gobierno, Washington, 24 de junio de 1865, en Chávez Orozco, ibidem, p. 49-50 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 401-403; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 98-99 y McPherson, op. cit., p. 380..

75. Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 593; Mejía a Romero, en Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 598, en Chávez Orozco, ibidem, p. 73, en Lefèvre, ibidem, v. 2, p. 97-99 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 460; McPherson, idem.
76. Romero a su gobierno, Washington, 24 de junio y 8 de julio de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 401-403, 455-458 y en Chávez Orozco, ibidem, p. 48-49, 68.
77. Romero a su gobierno, Washington, 24 de junio de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 401-403 y en Chávez Orozco, ibidem, p. 49.
78. Romero a su gobierno, Washington, 8 de julio de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 455-458 y en Chávez Orozco, ibidem, p. 66-69.
79. Romero a su gobierno, Washington, 26 de junio de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 417-418.
80. Romero a Seward, Washington, 8 de julio de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 598-599, en Chávez Orozco, op. cit., p. 71-73 y en Romero, ibidem, v. 5, p. 458-459; ver también Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 99; McPherson, op. cit., p. 380 y Rippy, op. cit., p. 248-249.
81. Blumberg, op. cit., p. 77; Coleman, ibidem, v. XVIII, p. 593, 597; Seward a Bigelow, Washington, 13 de julio de 1865, en ibidem, v. XVIII, p. 603-604, en Chávez Orozco, ibidem, p. 74-75 y en EE. UU., Diplomatic..., v. 17, p. 401-404; Romero a su gobierno, Washington, 24 de julio de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 500-501; Romero a su gobierno, Washington, 23 de enero de 1866, en ibidem v. 7, p. 59-60 y en Chávez Orozco, ibidem, p. 123; Domenech, op. cit., v. 2, p. 364; McPherson, ibidem, p. 358, 378-382.

82. Seward a Bigelow, Washington, 13 de julio de 1865, en Coleman, idem, en Chávez Orozco, ibidem, p. 74-76 y en EE. UU. Diplomatic..., idem; ver también Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 99; McPherson, ibidem, p. 378-379, 381; Seward a Romero, Washington, 18 de julio de 1865, en Romero, ibidem, v. 5, p. 479 y Romero a su gobierno, Washington, 24 de julio de 1865, en ibidem, v. 5, p. 500-501.
83. Vid. supra, p. 249.
84. Bigelow a Drouyn de Lhuys, París, 1° de agosto de 1865, en Chávez Orozco, ibidem, p. 76-78, en EE. UU., Despatches..., v. 58, núm. 157, y en Zamacois, v. 18, segunda parte, p. 67-70; ver también Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 604; Corti, op. cit., p. 408; Domenech, op. cit., v. 2, p. 364; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 99; McPherson, op. cit., p. 381 y Romero a su gobierno, Washington, 23 de enero de 1866, en Romero, Correspondencia..., v. 7, p. 60 y en Chávez Orozco, ibidem, p. 123.
85. Eugenia a Carlota, (sin lugar), 28 de septiembre de 1865, en Corti, ibidem, p. 668.
86. Drouyn de Lhuys a John Bigelow, París, 7 de agosto de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 604-605, en Chávez Orozco, op. cit., p. 78-79 y en EE. UU., Despatches..., v. 58, núm. 157; ver también Eugenia a Carlota, (sin lugar), 28 de septiembre de 1865, en Corti, idem; Domenech, op. cit., v. 2, p. 364; Lefèvre, op. cit., v. 2, p. 99-101; McPherson, op. cit., p. 381; Romero a su gobierno, Washington, 23 de enero de 1866, en Romero, Correspondencia..., v. 7, p. 60 y en Chávez Orozco, ibidem, p. 123 y Zamacois, op. cit., v. 18, segunda parte, p. 72.
87. Corti, ibidem, p. 348; Niox, op. cit., p. 503-504.

88. Bigelow a Seward, París, 10 de agosto de 1865, en Coleman, op. cit., v. XVIII, p. 605, en Chávez Orozco, op. cit., p. 76 y en EE. UU, Despatches..., v. 58, núm. 157.
89. Vid. supra, p. 259-260.  
Seward a Bigelow, Washington, 24 de agosto de 1865, en Coleman, idem, en Chávez Orozco, ibidem, p. 80, en Domenech, op. cit., v. 2, p. 366 y en EE. UU., Diplomatic..., v. 17, p. 424-426; Romero a su gobierno, Washington, 23 de enero de 1867, en Romero, Correspondencia..., v. 7, p. 60 y en Chávez Orozco, ibidem, p. 123-124.
90. Seward a Bigelow, Washington, 24 de agosto de 1865, en Coleman, idem, en Chávez Orozco, ibidem, p. 80, en Domenech, idem, en EE. UU., idem; ver también McPherson op. cit., p. 382; Romero a su gobierno, Washington, 23 de enero de 1866, en Romero, idem, y en Chávez Orozco, ibidem, p. 123-124.
91. Bigelow a Seward, París, 31 de agosto de 1865, EE.UU., Despatches..., v. 58, núm. 165; ver también McPherson, ibidem, p. 381-382.
92. Bigelow a Seward, París, 31 de agosto de 1865, en EE. UU., Despatches..., idem; ver también McPherson, idem; Shields, Inmigración..., p. 59-60 y Shields, "Sonora...", p. 368.
93. Blanchot, op. cit., v. 3, p. 36; Hanna, Napoleón III..., p. 197-197; McPherson, ibidem, p. 382; Romero a su gobierno, Washington, 23 de enero de 1866, en Romero, Correspondencia..., v. 7, p. 59-60 y en Chávez Orozco, op. cit., p. 122.
94. Callahan, American..., p. 320; Glantz, Un folletín..., p. 40.

## IX, Conclusiones,

Los relatos de viajes, la expedición de Raousset-Boulbon, los informes diplomáticos y los intereses económicos de especuladores como J. B. Jecker y el duque de Morny explican la atracción de Napoleón III por Sonora. Después de la Independencia, algunos viajeros, aventureros, diplomáticos y especuladores franceses describieron aquella provincia de México como un verdadero El Dorado. Apuntaban que los mexicanos no la aprovechaban debidamente; lo había impedido su negligencia y la inestabilidad política, económica y social en la que vivían. Sin embargo, los filones de oro, plata y otros metales sólo esperaban que alguien los explotase para recompensarle con riquezas sin fin. Y ese alguien debía ser Francia. Al patrocinar la inmigración europea, latina y católica a aquella región, obtendría tierras para su excedente de población, un importante punto de apoyo para su comercio y su industria y una posición que le permitiría aumentar su poder e influencia política. La nueva colonia constituiría, además, una barrera a la inminente expansión de los Estados Unidos. De esa manera, se limitaría el creciente poderío del país sajón y se evitaría la repetición de la historia de Texas en el noroeste mexicano.

Al intervenir en México, Napoleón III trató de que se cumplieren en Sonora todos esos vagos y poco reales supuestos. Pensó que el lugar era ideal para iniciar la renovación de

la sociedad mexicana con ayuda de colonos latinos y europeos y para levantar el primer bastión que detendría la avanzada territorial y republicana de los Estados Unidos. La explotación de sus ricas minas llenaría las arcas imperiales y el cultivo del algodón solucionaría la grave escasez que, a causa de la Guerra de Secesión, aquejaba a las fábricas galas. Por otro lado, el momento era favorable: ocupados en su lucha interna, los norteamericanos no tratarían de hacer respetar la Doctrina Monroe.

En la Convención de Londres, Francia se comprometió, junto con Inglaterra y España, a no buscar adquisiciones territoriales o ventajas particulares en México. Sin embargo, después de que los ingleses y los españoles regresaron a Europa, Napoleón III juzgó conveniente intervenir en el noroeste. El embajador Montholon y el general Bazaine recibieron órdenes de obtener la concesión de las minas no denunciadas de Sonora. El emperador francés imaginó que con el producto de su explotación, no sólo cubriría los gastos de guerra y las reclamaciones francesas, sino que también justificaría la enorme inversión en vidas y bienes que había significado la aventura mexicana. Mas el creciente descontento del Cuerpo Legislativo y de la opinión pública, lo obligaron a modificar el proyecto primitivo de permanecer en México un largo tiempo. Declaró entonces que los confederados, resentidos con el gobierno de la Unión, serían bien recibidos en Sonora. En su propósito de apresurar el fin de la Intervención, el emperador mexicano había olvidado no más

bien ignorado- que se trataba de protestantes anglosajones, capaces de iniciar, en cualquier momento, la expansión norteamericana hacia el sur.

Sostenida por el poder de un ejército extranjero y preocupada por los rumores de que Juárez había otorgado concesiones en el noroeste de México á ciertos intereses mineros norteamericanos, la Regencia tuvo que acceder a las demandas galas. En un tratado sumamente criticado por algunos autores, pero aplaudido por otros, se entregó a Francia el dominio económico y militar de Sonora: durante los quince años siguientes, sus representantes podrian explotar las minas no denunciadas o no trabajadas, vigilarlas militarmente, cobrarse sus deudas con los metales que extrajesen y dar concesiones a compañías particulares.

Tanto los jefes franceses como los regentes mexicanos trataron de conseguir, por medio de la diplomacia, la adhesión del gobierno de la provincia. Fracasaron. Frente a los filibusteros de Raousset-Boulbon y los norteamericanos del St. Mary's, Sonora había mostrado su decisión de defender, a toda costa, la integridad e independencia de México. En esta ocasión fue Ignacio Pesqueira, el gobernador, quien manifestó, de manera inequívoca, su lealtad a la República y su animadversión hacia la Intervención y el Imperio.

En Francia, mientras tanto, Napoleón III creyó haber encontrado al dirigente que necesitaban sus planes. William M. Gwin, ex-senador de California, estaba dispuesto a participar

personalmente en ellos, Aunque ni sus simpatías sureñas y esclavistas, ni su firme defensa del "destino manifiesto" y de la expansión sobre México, lo acreditaban como el jefe más apropiado para la empresa sonorese, el emperador francés confió en él. El ex-senador lo libraba de la responsabilidad de intervenir directamente en aquella remota región, sin que perdiera por ello el beneficio de la explotación de las minas y la garantía del pago de sus deudas.

Napoleón III aprobó el llamado "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua". En él, Gwin proponía fomentar la colonización de Sonora y Chihuahua con europeos y norteamericanos -de preferencia californianos y confederados. Los inmigrantes explotarían los inmensos recursos agrícolas y mineros de aquellas provincias; defenderían la frontera norte de las agresiones norteamericanas y lucharían contra las depredaciones de los indios salvajes. Los resultados beneficiarían grandemente al Imperio Mexicano: prosperarían las finanzas y el comercio, los nuevos impuestos aduanales y mineros engrasarían el tesoro y se pagaría en poco tiempo la enorme deuda extranjera. El plan de Gwin era, en realidad, impracticable: se basaba en hechos no comprobados, olvidaba muchos obstáculos, proponía soluciones simplistas y pretendía lograr objetivos inalcanzables. Pero, sobre todo, era peligroso: si bien el ex-senador había declarado que Sonora y Chihuahua formaban parte de México, lo más fácil sería, por ejemplo, que los colonos, cansados del

desorden y de la falta de atención del gobierno, se rebelaran contra el Imperio y declarasen su anexión a los Estados Unidos.

A pesar de que París había aprobado el plan de Gwin como la política que tendría que adoptar el nuevo emperador de México, Maximiliano sintió, desde el principio, gran desconfianza hacia el norteamericano. Pensaba que él, al igual que los colonos confederados, trabajaría a favor del Sur, no de México, y que, si aceptaba sus propuestas, acabaría por perder una región del Imperio Mexicano. Para no enemistarse con Napoleón III aparentó aprobar el "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua" y, sin embargo, se negó terminantemente a conceder a Francia el derecho de explotación de las minas sonorenses no denunciadas o no explotadas. Acosado por presiones externas e internas, y deseoso de librarse de la responsabilidad de la aventura mexicana lo más pronto posible, el emperador galo tuvo que conformarse; tal vez pensó en que insistiría de nuevo, cuando el archiduque comenzara a sentirse abrumado por el peso de la deuda francesa.

Gwin trató de poner en práctica su plan en cuanto llegó a México. Aunque contaba con el sólido respaldo del embajador Montholon y el apoyo, bastante relativo, del general Bazaine, fracasó en su empeño. El austríaco y sus ministros lo eludían para no darle una respuesta definitiva; estaban decididos a evitar el desarrollo del proyecto, pero no querían disgustar a Napoleón III, Gwin y sus amigos acudieron entonces

a otros medios con objeto de lograr sus propósitos, Siempre fue en vano. Finalmente, Maximiliano encontró un pretexto para no discutir con Montholon el asunto de la concesión minera, cuando el embajador lo amenazó con conquistar Sonora de cualquier manera. Lo acusó, entonces, de actuar más allá de sus instrucciones y declaró que en adelante sólo trataría al respecto con su colega de Francia. No pensaba hacerlo. A una carta en la que el emperador galo le recomendaba a Gwin como el hombre más adecuado para dirigir la empresa sonorensis, el monarca mexicano respondió evadiendo de nuevo el asunto y consiguió, una vez más, su aplazamiento.

En Francia, la garantía minera suscitó comentarios muy desfavorables entre el público, la prensa y los diputados liberales del Cuerpo Legislativo. Estas críticas y, sobre todo, el próximo fin de la Guerra de Secesión -se temía que cualquier intento de colonizar la frontera mexicana del norte terminase en una guerra con los Estados Unidos- determinaron la suspensión del apoyo francés a los proyectos de Sonora. En consecuencia se comunicó a México la decisión del gobierno. La noticia desalentó a Gwin quien, pese a todo, no perdió el ánimo y decidió regresar a Europa a reconquistar el favor de Napoleón III.

Gwin permaneció en Francia menos de un mes. Durante este tiempo reanimó el interés del emperador por la colonización del noroeste mexicano y, a solicitud del francés, elaboró otro plan. Este, semejante al primero, propuso además que

la colonización se extendiese no sólo a Sonora y Chihuahua, sino también a Sinaloa y Durango; que se eliminase o expulsara a los apaches y que las tropas galas fuesen sustituidas gradualmente por inmigrantes. Napoleón III aprobó el proyecto y pidió al ex-senador que regresase de inmediato a México. Mas, para no comprometerse demasiado en aquellas provincias, el monarca escribió a Bazaine dejando para él y Maximiliano la decisión final sobre la empresa sonorensis. Gwin creyó, equivocadamente, que en la carta se ordenaba a Bazaine que lo respaldara militarmente. Fue por ello que, nuevamente ilusionado, emprendió de inmediato el retorno.

Los planes del ex-senador de California dieron mucho que hablar en México. Los periódicos reflejaron el debate político. Ante el silencio del gobierno, buscaron noticias en los alarmantes artículos que publicaban los periódicos norteamericanos. Sin embargo, no todos les concedieron el mismo crédito. Los grandes periódicos, por su parte, afirmaron que Maximiliano no accedería jamás a la garantía minera que se le pedía. Los humorísticos -más pequeños- armaron, por el contrario, un gran escándalo. Abundaban las críticas contra Francia, lo que obligó a Bazaine a detener a los responsables y a hacerlos juzgar por un tribunal militar. La reacción popular frente a una medida que se consideró arbitraria decidió al emperador mexicano a enfrentarse al jefe militar; promulgó una ley de libertad de imprenta y liberó a los periodistas arrestados. La prensa francesa e intervencionista de la ciudad de México trató de justificar

la actitud de Bazaine y de promover la colonización del noroeste. No consiguió nada. Las cosas se pusieron más difíciles para sus partidarios. Los periódicos grandes empezaron a apoyar a los humorísticos: manifestaron su oposición a la concesión sonorense y a la inmigración extranjera. Es interesante señalar que esta indignación revelaba algo importante: en algunos sectores de la población urbana, al menos entre los colaboradores y entre los lectores de la prensa nativa, se empezaba a fraguar una conciencia nacional, dispuesta a defender, a toda costa, la integridad y la independencia de su país.

Pese al triunfo de la Unión en la Guerra de Secesión, Gwin llegó a México muy animado. Buscó socios, discutió con ellos la empresa sonorense y ofreció concesiones mineras y ferrocarrileras. Aunque no lo creía indispensable, deseaba conseguir el respaldo de Maximiliano y charlar con él, ya que así facilitaría el desarrollo de sus planes. Sin embargo, el emperador estaba fuera de la Capital y habían de pasar algunos días antes de que regresara a ella. El norteamericano tuvo que confiar en Bazaine -quien no se tomó la molestia de comunicarle que había decidido no apoyarle-, pues no había nadie más que pudiese ayudarlo. Su amigo Montholon había sido trasladado a Washington y el nuevo embajador, Alphonse Dano, se mostraba bastante escéptico ante la cuestión de Sonora. Al ex-senador no le quedaba más que aguardar. Lamentablemente para él, la espera fue inútil.

Aunque no la había considerado importante, el principal obstáculo con el que Gwin tropezó fue la oposición de Maximiliano. El emperador, libre de la presión de Napoleón III, no deseaba enemistarse con los Estados Unidos -soñaba con obtener su reconocimiento- ni tampoco contrariar la actitud nacionalista de la prensa y la opinión pública. Por ello rechazó, definitivamente, los proyectos de colonización del noroeste de México y autorizó la declaración, en el periódico oficial, de que su gobierno no tenía la menor relación con el ex-senador y sus planes. Gwin, indignado, quiso protestar y reivindicar su nombre públicamente. No pudo hacer nada. Derrotado, emprendió el regreso a su patria a principios de julio de 1865.

Desde el principio de la Intervención de Francia en México, la opinión pública y la prensa norteamericanas manifestaron una gran preocupación ante cualquier comentario sobre la cesión de Sonora y por la posibilidad de que Gwin, ayudado por inmigrantes confederados, crease un protectorado francés en esa provincia. Reflejaban así una actitud característica de los Estados Unidos: el expansionismo, la creencia de que les estaba destinado el dominio del océano Pacífico y del norte de México. Por su parte, el gobierno de Lincoln prefirió actuar con cautela. La Guerra Civil le impedía ayudar a Benito Juárez; de hacerlo propiciaría la alianza de los Estados del Sur con Napoleón III y Maximiliano. Por ello, aunque apoyaba la causa de la República, hizo creer a los franceses que, con el tiempo, consideraría la posibilidad de reconocer a la nueva monarquía,

si ésta probaba que gozaba, realmente, de apoyo popular,

Alarmado por los rumores sobre la entrega del noroeste de México a Francia, William H. Seward, el secretario de Estado, investigó -en varias ocasiones y por las vías diplomáticas- lo que tenían de cierto. La prensa oficial, el ministro de Asuntos Extranjeros y el emperador galos aseguraron que no pretendían quedarse con ese territorio, sino garantizar con la explotación de sus minas el pago de sus deudas. Durante un tiempo, esta seguridad y la falta de desarrollo de los planes de Gwin tranquilizaron a Seward. Sin embargo, se tomaron algunas medidas -por ejemplo, se prohibió la exportación de forrajes desde cualquiera de los puertos norteamericanos del Pacífico- a fin de que se dificultase la permanencia de las tropas de Bazaine en el noroeste de México y se complicara la realización de los planes del ex-senador.

Los proyectos de Napoleón III y de Gwin causaron gran inquietud a Matías Romero, representante de Juárez en Washington. Molesto por la política de neutralidad seguida por Seward, el joven embajador trató de atraer su atención hacia el problema sonorense, con el objeto de que hiciese algo para remediarlo. Se entrevistó con él, lo presionó a través de personas influyentes, lo abrumó con cartas, memorandos, recortes periodísticos y, para evitar el reconocimiento de Maximiliano como monarca de México, llegó al extremo de proponerle la venta de Baja California y de una parte de Sonora. Sabía que mientras durase la guerra entre el Norte y el Sur, los norteameri-

canos no harían nada por ayudar a Juárez. Era, además, enemigo de la venta. Pero quiso correr el riesgo para averiguar cuál sería la reacción yanqui frente a su propuesta. Seward no aceptó y, en repetidas ocasiones, le aseguró que su gobierno no tenía la menor intención de reconocer a Maximiliano o de expandir sus fronteras sobre México y que, además, los franceses habían refutado los rumores sobre la concesión de Sonora. Matías Romero tuvo que conformarse. No tenía más que hacer ante la cautelosa política seguida por las autoridades de la Unión; debía confiar en que, al derrotar a la Confederación, sostuviesen la causa republicana de su país.

Sin embargo, con el triunfo del Norte en la Guerra de Secesión, la política exterior norteamericana se siguió caracterizando por su moderación frente a los sucesos mexicanos. El gobierno de Washington no quería provocar una guerra que juzgaba innecesaria y que perjudicaría igualmente a Francia, México y los Estados Unidos. Al fin, la diplomacia varió: de la estricta neutralidad pasó a las protestas, las acusaciones y, a la postre, a las negociaciones que pusieron punto final a la Intervención de Francia en México.

En cuanto a la cuestión de Sonora, el fin de la lucha contra el Sur no borró la seria preocupación que el gobierno, la prensa y la opinión pública yanquis sentían ante los rumores acerca de la cesión del noroeste de México, los planes de Gwin y la posibilidad de que, cerca de la frontera, se fundase una colonia de confederados. Era necesario que las autori-

dades hiciesen algo para evitar males mayores; no sólo los franceses podrían establecerse definitivamente en Sonora, sino que los nuevos colonos, dirigidos por Gwin y resentidos por la derrota de la Confederación y las secuelas de ésta, podrían convertirse en un peligroso elemento de resistencia.

En el verano de 1865, Matías Romero proporcionó al gobierno norteamericano las pruebas que necesitaba para presentar una reclamación al gobierno francés. Con ellas en su poder, John Bigelow, el embajador de los Estados Unidos en París, envió una protesta a Drouyn de Lhuys, el ministro de Asuntos Extranjeros. En una carta muy indignada, Drouyn le respondió que Napoleón III no estaba dispuesto a recibir presiones, ni tampoco a aceptar las recriminaciones que se le hacían en tono poco adecuado, si bien, agregaba, podía confiar en la neutralidad gala ante cualquier cuestión que agitase o dividiese a la Unión. En una entrevista posterior, el ministro aseguró al embajador que el emperador francés y Gwin no habían llegado a ningún acuerdo.

En el futuro, el asunto Sonora-Gwin dejó de causar preocupaciones. Tras él, se iniciaron las negociaciones que culminaron con la retirada gradual del ejército francés. Con la ayuda de los Estados Unidos, México había salvado su integridad y recuperado su dignidad e independencia. Pero, al mismo tiempo, la Doctrina Monroe se había fortalecido. En adelante, la influencia norteamericana sería la más importante, no sólo en el noroeste, sino a todo lo largo y a todo lo ancho del territorio mexicano.

X. Fuentes bibliográficas.

Libros:

- ACUÑA, RODOLFO F., Sonoran strongman. Ignacio Pesqueira and His Times, Tucson, Arizona, The University of Arizona Press, 1974. X 180 p., ils.
- ALMADA, FRANCISCO R., Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses, introducción de..., Chihuahua, Impresión en los talleres arrendatarios de impresora Ruiz Sandoval, 1952. 860 [ 2 ] p.
- AMPERE, JEAN JACQUES, Promenade en Amérique. Etats-Unis - Cuba - Mexique, 2 v., nueva ed., París, Michel Levy freres, 1856.
- ARONSON, THEO, Las abejas doradas. Historia de los Bonaparte, nota de..., traducción de Enrique de Obregón, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1971. 454 p., ils. (Biografías Gandesa. "Figuras imperiales", 5).
- ARRANGOIZ, FRANCISCO DE PAULA, México desde 1808 hasta 1867, prólogo de Martín Quirarte, 3a. ed., México, Editorial Porrúa, 1974. LII [ 6 ] 968 p. (Colección "Sepan cuántos...", 82).
- ATHERTON, GERTRUDE, California. An Intimate History, revised and enlarged by..., New York, Blue Ribbon Books, Inc., 1935. XII 356 p., ils.
- BAKER, GEORGE (ed.), The works of William H. Seward, 5 v., nueva ed., Boston, Houghton, Mifflin and Company, 1884. mapas.

- BANCROFT, HUBERT HOWE, History of California, preface by..., 7 v., San Francisco, A. L. Bancroft & Company, 1884-1890. (The works of Hubert Howe Bancroft, 18-24).
- BELTRAMI, J. C., Le Mexique, prologue et préface par..., 2 v., Paris, Delaunay, Libraire, 1830.
- BEMIS, SAMUEL FLAGG, La diplomacia de Estados Unidos en la América Latina, prefacio de..., advertencia del editor, traducción de Teodoro Ortiz, México, Fondo de Cultura Económica, 1944. 466 p., ils., mapas. (Relaciones internacionales, IV).
- BEMIS, SAMUEL FLAGG (ed.), The american secretaries of state and their diplomacy, 15 v., New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1963-1964. ils.
- BLACK, HENRY CAMPBELL, Black's Law Dictionary. Definitions of the Terms and Phrases of American and English Jurisprudence, Ancient and Modern with Guide to Pronunciation, prefaces to the first and second edition by..., prefaces to the third and fourth edition by the publisher, 4a. ed., St. Paul, Minn., West Publishing Co., 1951. XVI-1882 p.
- BLANCHOT, CHARLES, Mémoires. L'Intervention Française au Mexique, préface par M. le Comte de Moüy, 3 v., Paris, Librairie Emile Nourry, 1911. ils.
- BLUMBERG, ARNOLD, The diplomacy of the mexican empire, 1863-1867, preface by..., Philadelphia, The American Philosophical Society, 1971. 152 p., ils. (Transactions of The American Philosophical Society. New Series. Volume 61, part 8).

- BLUMENTHAL, HENRY, France and the United States; their diplomatic relations, 1789-1914, Chapel Hill, University of North Carolina, 1970. XIV - 312 p.
- BOCK, CARL H., Prelude to Tragedy. The Negotiation and Breakdown of the Tripartite Convention of London, October 31, 1861, preface by..., Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1966. 800 p.
- CALLAHAN, JAMES MORTON, American foreign policy in mexican relations, preface by..., New York, The MacMillan Company, 1932. X-644 p.
- CALLAHAN, JAMES MORTON, "The mexican policy of southern leaders under Buchanan's administration", en Annual report of the American Historical Association for the year 1910, Washington, [s.e], 1912. 726 p. p. 133-152.
- CALVO BERBER, LAUREANO, Nociones de historia de Sonora, introducción de..., México, Librería de Manuel Porrúa, 1958. IV - [8] 328 p.
- CASE, LYNN M. (ed.), French Opinion on the United States and Mexico, 1860-1867. Extracts from the Reports of the Procureurs Généraux, preface and introduction by..., New York, D. Appleton-century Company, 1936. XXIV-452 p., mapa.
- CASTAÑEDA BATRES, OSCAR, La Convención de Londres. (31 de octubre de 1861), México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, 1962. 76 p. (Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la guerra de Intervención, 1).

- CAUGHEY, JOHN WALTON, California, New York, Prentice-Hall, Inc., 1940. XIV 680 p., ils., mapa. (Prentice-Hall books on history).
- CAUGHEY, JOHN W, y ERNEST R. MAY, A History of the United States, Chicago, Rand McNally & Company, 1965. 814 p., ils., mapas. (Rand McNally History Series).
- COLEMAN, EVAN J. (comp.), "Senator Gwin's plan for the colonization of Sonora", en The Overland Monthly, San Francisco, Overland publishing company, segunda serie. v. XVII y XVIII, núm. 101 y 102, mayo y junio de 1891. p. 497-519, 593-607.
- COMBIER, C., Voyage au Golfe de Californie. Grands courants de la mer. Courants généraux atmosphériques.- Usages de la vie maritime.- Tempêtes vers le pôle austral. Poissons et oiseaux de la mer. Description de la Sonora et de ses richesses minérales. De la Basse Californie, ses volcans, ses produits. Pêche des perles. La chaîne des cordillères, ses forêts. Nuits de la zone torride, préface par.., accompagné d'une carte de la Sonora, dressée par M. V. A. Malte-Brun, Paris, Arthus Bertrand, éditeur, [s.f.]. XVI-544 p.
- COPPEY, HYPOLITE, El Conde Raousset-Boulbon en Sonora, liminar de Fernando Pesqueira, traducción de Alberto Cubillas, México, Librería de Manuel Porrúa, 1962. 52 p. (Biblioteca sonorensis de geografía e historia, 2).
- CORRAL, RAMON, "El señor general don Ignacio Pesqueira. Reseña Histórica del Estado de Sonora. 1856-1877", en Obras históricas, prólogo de Horacio Sobarzo, Hermosillo, Fondo "Alberto Cubillas", 1959. (Biblioteca sonorensis de geografía e historia). v. 1, p. 25-146.

- CORTI, EGON CAESAR, Maximiliano y Carlota, prólogo de..., traducción de Vicente Caridad, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1971. 708 p.
- COSIO VILLEGAS, DANIEL, "La riqueza legendaria de México", en Ensayos y notas, justificación de la tirada de..., 2 v., México, Editorial Hermes, 1966. p. 39-72.
- CHAVEZ OROZCO, LUIS, "Introducción al estudio de la historia de la intervención francesa y del imperio de Maximiliano", en La intervención francesa y el imperio de Maximiliano cien años después: 1862-1962. Estudiado cien años después por historiadores mexicanos y franceses, edición preparada por Arturo Arnáiz y Freg y Claude Bataillon, México, Asociación mexicana de historiadores, Instituto Francés de América Latina, 1965. 218. [4] p., ils. p. 35-49.
- CHAVEZ OROZCO, LUIS (ed.), Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México. 1865-1866, investigación y prólogo de..., México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961. 168 p. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Segunda Serie, 13).
- CHEVALIER, MICHEL, Le Mexique ancien et moderne, París, Librairie de L. Hachette, 1863. 622 p.
- DABBS, JACK AUTREY, The french army in Mexico, 1861-1867. A study in military government, preface by..., The Hague, Mouton & Co., 1963. 340 p., ils., mapa. (Studies in American history, 2).
- DANSETTE, ADRIEN, Deuxieme république et second empire, París, Librairie Arthème Fayard, 1942. 344 p. (Connaissance de l'histoire).

DANSON, DANIEL, The mexican adventure, preface by..., Londres, G. Bell & sons LTD, 1935. VIII-434 p., ils.

DIAZ, LILIA, "El liberalismo militante", en Historia general de México, obra preparada por el Centro de Estudios Históricos, 4 v., México, El Colegio de México, 1976. ils., mapas. v. 3, p. 85-162.

DIAZ, LILIA (ed.), Versión francesa de México. Informes diplomáticos, prólogo, introducciones y traducción de..., prefacio de Luis González, 4 v., [México], El Colegio de México, 1963-1967.

DIAZ, LILIA (ed.), Versión francesa de México. Informes económicos. 1851-1867, introducción, selección y traducción de..., prólogo de Carlos Tello, advertencia de Jean Béliard, 2 v., México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974. (Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Serie Documental, 4 y 5).

DOMENECH, EMMANUEL, Histoire du Mexique. Juárez et Maximilien. Correspondances inédites des présidents, ministres et généraux Almonte, Santa-Anna, Gutiérrez, Miramón, Márquez, Mejía, Woll, etc., etc., de Juárez, de l'empereur Maximilien et de l'impératrice Charlotte, 3 v., 2a. ed., París, Librairie internationale, 1868.

DOMENECH, MANUEL, Recuerdos de la época de la intervención. México tal cual es (1866). La verdad sobre su clima, sus habitantes y su gobierno, proemio, traducción y apéndice de Salvador Contreras, Querétaro, Demétrio Contreras, imprimió, 1922. / 4 /-IV-322 p.

DOMMARTIN, M. HIPPOLYTE DU PASQUIER DE, Les Etats-Unis et le Mexique: l'intérêt européen dans l'Amérique du Nord, préface par..., París, Librairie de Guillaumin, 1852. [4] - 88 p., mapa.

- DUFLOT DE MOFRAS, M. [Eugène], Exploration du territoire de l'Oregon, des Californies et de la Mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842, avant-propos et avertissement par..., 2 v., Paris, Arthus Bertrand, éditeur, 1844. ils.
- DUPLESSIS, PAUL, Aventures mexicaines, 3a. ed., Paris, Alexandre Cadot, éditeur, [s.f]. [4] 324 p. (Oeuvres de Paul Duplessis).
- DUPLESSIS, PAUL, La Sonora, 2 v., 3a. ed., Paris, Alexandre Cadot, éditeur, [s.f.].
- DUPLESSIS, PAUL, Un mundo desconocido o viajes contemporáneos por Méjico, nota y traducción de José Leses y Moreno, Madrid, Imprenta de La Correspondencia de España, 1861. 218 p.
- DUVERNOIS, CLEMENT, L'intervention française au Mexique accompagnée de documents inédits et d'un long mémoire adressé par l'empereur Maximilien a l'empereur Napoléon et remis a Paris par l'impératrice Charlotte, préface et introduction par..., Paris, Amyot, éditeur, 1868. XVI-414 p.
- EINSTEIN, LEWIS, "Lewis Cass", en SAMUEL FLAGG BEMIS (ed.), The american secretaries of state and their diplomacy, 15 v., New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1963-1964. ils. v. 6, p. 297-386.
- EE. UU. NATIONAL ARCHIVES, MP (ms), Despatches from United States Ministers to France, 1789-1869.
- EE. UU. NATIONAL ARCHIVES, MP (ms), Diplomatic instructions of the Department of State 1801-1906. France.

- FERRY, GABRIEL (Louis de Bellemare), Le coureur des bois ou les chercheurs d'or, 2 v., 4a. ed., París, Librairie de L. Hachette et Cie., 1856.
- FERRY, GABRIEL, Les révolutions du Mexique, préface par George Sand, notice sur la vie et les ouvrages de Gabriel Ferry par de Bellemare, París, E. Dentu et Librairie Centrale, 1864. XX-256-[2] p.
- FOSSEY, MATHIEU DE, Le Mexique, introduction par..., París, Henri Plon, éditeur, 1857. VIII-582 p.
- FRANCIA, Archives de la Commission Scientifique du Mexique publiées sous les auspices du Ministère de l'Instruction Publique, 3 v., París, Imprimerie Impériale, 1865-1867. ils.
- FRAZER, ROBERT W., "Maximilian's Propaganda Activities in the United States, 1865-1866", en The Hispanic American Historical Review, Durham, North Carolina, The Duke University Press, v. XXIV, núm. 1, febrero de 1944. p. 4-29.
- FUENTES MARES, JOSE, Juárez y el imperio, advertencia de..., 2a. ed., México, Editorial Jus, 1972. 252 p., ils. (Colección "México heroico", 25).
- FUENTES MARES, JOSE, Juárez y la intervención, 2a. ed., México, Editorial Jus, 1972. 244 p., ils. (Colección "México heroico", 8).
- FUENTES MARES, JOSE, Juárez y los Estados Unidos, 5a. ed., México, Editorial Jus, 1972. 244 p., mapas. (Colección "México heroico", 29).

- GARCIA, GENARO (ed.), Correspondencia Secreta de los Principales Intervencionistas Mexicanos. El sitio de Puebla en 1863. Causa contra el gral. Leonardo Márquez, 2a. ed., México, Editorial Porrúa, 1972. XII-808 p., ils. (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Publicados por Genaro García. Biblioteca Porrúa, 51).
- GARCIA, GENARO (ed.), La Intervención Francesa en México según el Archivo del Mariscal Bazaine, textos en español y francés, 2 v., 2a. ed., México, Editorial Porrúa, 1973. ils. (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Publicados por Genaro García. Biblioteca Porrúa, 54 y 55).
- GAULOT, PABLO, Sueño de imperio. La verdad de la expedición a México según documentos inéditos de Ernest Louet, pagador en jefe del cuerpo expedicionario, prefacio de..., traducción de Enrique Martínez Sobral, México, A. Pola, editor, 1905. 372-[ 8 ] p.
- GAULOT, PAUL, La vérité sur l'expédition du Mexique d'après les documents inédits de Ernest Louet, payeur en chef du corps expéditionnaire, préface par..., 3 v., 3a. ed., París, Paul Ollendorf, editeurs, 1889-1890.
- GLANTZ, MARGO (ed.), Un folletín realizado: la aventura del conde De Raousset-Boulbon en Sonora, prólogo de..., textos de Hypolite Coppey, Henri de la Madélène, Ernest Vigneaux, A. De Lachapelle, Manuel María Giménez, José María Yáñez, México, Secretaria de Educación Pública, 1973. 172 p., ils. (SEP/SETENTAS, 75).
- GLANTZ, MARGO (ed.), Viajes en México. Crónicas extranjeras (1821-1855), selección, traducción e introducción de..., dibujos de Alberto Beltrán, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964. 500 p., mapas.

- HANNA, ALFRED JACKSON y KATHRYN ABBEY HANNA, Napoleón III y México, traducción de Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1973. 290 p.
- HANNA, ALFRED J. y KATHRYN ABBEY HANNA, "The Immigration Movement of the Intervention and Empire as Seen Through the Mexican Press", en The Hispanic American Historical Review, Durham, North Carolina, The Duke University Press, v. XXVII, núm. 2, mayo de 1947. p. 220-246.
- HARMON, GEORGE D., "Confederate Migration to Mexico", en The Hispanic American Historical Review, Durham, North Carolina, The Duke University Press, v. XVII, núm. 4, noviembre de 1937. p. 443-487.
- HASLIP, JOAN, Imperial adventurer. Emperor Maximilian of Mexico, London, Sphere Books Ltd., 1974. 495 p., ils., mapa. (Cardinal).
- HELGUERA, MARGARITA M., "Posibles antecedentes de la intervención francesa", en Historia mexicana, México, El Colegio de México, v. XV, núm. 1, julio-septiembre de 1965. p. 1-24.
- HIDALGO, JOSE MARIA, Proyectos de Monarquía en México, introducción de..., prólogo de Angel Pola y Benjamín de Gyves, México, F. Vázquez, ed., 1904. XVI-384-XXX p.
- HILL, LAWRENCE F., "The confederate exodus to Latin America. I", en Southwestern Historical Quarterly, Austin, The Texas state historical association, v. XXXIX, núm. 2, octubre de 1935. p. 100-134.

Historia general de México, obra preparada por el Centro de Estudios Históricos, 4 v., México, El Colegio de México, 1976. ils., mapas.

HUMBOLDT, ALEJANDRO DE, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Editorial Porrúa, 1966. CLXXX-696 p., ils., mapas. (Colección "Sepan Cuántos...", 39).

JOHNSON, ALLEN y DUMAS MALONE (ed.), Dictionary of american biography, under the auspices of the American Council of Learned Societies, 22 v., New York, Charles Scribner's Sons, 1946. mapas.

La intervención francesa y el imperio de Maximiliano cien años después: 1862-1962. Estudiado cien años después por historiadores mexicanos y franceses, edición preparada por Arturo Arnáiz y Frag y Claude Bataillon, México, Asociación mexicana de historiadores, Instituto Francés de América Latina, 1965. 218- $\lrcorner$ 4 $\rceil$  p., ils.

LEARNED, H. BARRETT, "William Learned Marcy" en SAMUEL FLAGG BEMIS (ed.), The american secretaries of state and their diplomacy, 15 v., New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1963-1964. ils. v. 6, p. 145-296.

LEFEVRE, EUGENE, Documentos oficiales recogidos en la secretaría privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en México, introducción y traducción de..., 2 v., Bruselas y Londres,  $\lrcorner$ s.e. $\rceil$ , 1869.

LEPIDUS, HENRY, The History of Mexican Journalism, preface by..., Columbia, Missouri, The University of Missouri Bulletin, 1928. 88 p. (Journalism series, 49).

- LOPEZ CAMARA, FRANCISCO, Los fundamentos de la economía mexicana en la época de la reforma y la intervención (La vida agrícola e industrial de México según fuentes y testigos europeos), advertencia de., México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, 1962. 96 p. (Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la guerra de Intervención, 7).
- McPHERSON, HALLIE M., "The Plan of William McKendree Gwin for a Colony in North Mexico, 1863-1865", en The Pacific Historical Review, Glendale, California, The Arthur H. Clark Company, v. 2, núm. 4, diciembre de 1933. p. 357-386.
- MALDONADO-KOERDELL. M., "La obra de la Commission Scientifique du Mexique", en La intervención francesa y el imperio de Maximiliano cien años después: 1862-1962. Estudiado cien años después por historiadores mexicanos y franceses, edición preparada por Arturo Arnáiz y Freg y Claude Bataillon, México, Asociación mexicana de historiadores, Instituto Francés de América Latina, 1965. 218-  
[ 4 ] p., ils. p. 161-182.
- MANERO, VICENTE L. (ed.), Documentos interesantes sobre colonización: los ha reunido, puesto en orden cronológico y los publica Vicente L. Manero, México, Imprenta de la V. e hijos de Murguía, 1878. 120 p., ils., mapas.
- MARTINEZ LEAL, MARGARITA, Posibles antecedentes de la intervención francesa de 1862 (a través de las obras de viajeros franceses), introducción de..., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras (tesis), 1963. 256 p.

- MERCIER DE LACOMBE, H., Le Mexique et les Etats-Unis, revue et augmentée par.., 2a. ed., París, E. Dentu, Libraire-éditeur, 1863. 164 p.
- MEXICO, Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político, administrativo y judicial del imperio, 7 v., México, Imprenta de Andrade y Escalante e Imprenta de A. Boix, a cargo de M. Zornoza, 1865. ils.
- MILLER, ROBERT RYAL, Arms across the border: United States aid to Juárez during the french intervention in México, preface by..., Philadelphia, The American Philosophical Society, 1973. 68 p., ils. (Transactions of The American Philosophical Society. New Series. Volume 63, part 6).
- MILLER, ROBERT RYAL, "Plácido Vega: a mexican secret agent in the United States, 1864-1866", en the Americas. A quarterly review of inter-american cultural history, Washington, Academy of American Franciscan History, v. XIX, octubre de 1962. p. 137-148.
- MONTLUC, LEON DE, Correspondance de Juárez et de Montluc ancien consul général du Mexique accompagnée de nombreuses lettres de personnages politiques relatives à l'expédition du Mexique publiée par M. Léon de Montluc, préface historique de..., París, G. Charpentier et Cie., éditeurs, 1885. [ 6 ]-364 p.
- MORENO, DANIEL, Los Intereses Económicos en la intervención francesa, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, 1962, 44 p, (Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la guerra de Intervención, 5).

- NILES, BLAIR, Passengers to Mexico. The last invasion of the Americas, New York, Farrar & Rinehart, 1943. 390 p.
- NIOX, GUSTAVE LEON, Expédition du Mexique, 1861-1867. Récit politique et militaire, préface par..., París, Librairie Militaire de J. Dumaine, 1874. [8]-770 p.
- OLLIVIER, EMILE, Expedición de México, presentación del editor, nota preliminar de Martín Quirarte, introducción y traducción de Manuel Puga y Acal, discurso de ingreso de Henri Bergson a la Academia Francesa pronunciado el 24 de enero 1918, al ocupar el sitio que antes correspondía a Emilio Ollivier, traducido por Juan O. Díaz Lewis, México, Cámara de Diputados, 1972. L-252 p.
- PALAVICINI, FELIX FULGENCIO, México, historia de su evolución constructiva, escrita en parte y dirigida por Félix F. Palavicini, con la colaboración de José Almaraz, Manuel Andrade Priego, Francisco de A. Benavides [y otros]..., 4 v., México, Distribuidora editorial "Libro, S. de r. l". 1945. mapas.
- PEREYRA, CARLOS, El mito de Monroe, ensayo preliminar de Julio Irazusta, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1969. 318 p. (Los clásicos latinoamericanos).
- PERKINS, DEXTER, A History of the Monroe Doctrine, acknowledgments, foreword and preface by..., Boston, Little, Brown and Company, 1955. XIV-462 p.
- PITT, LEONARD, The decline of the Californios. A social history of the spanish speaking californians. 1846-1890, preface by..., Berkeley, University of California press, 1966. X-[2]-324 p., ils.

- PRADALIE, GEORGES, Le second empire, 5a. ed. puesta al día, París, Presses universitaires de France, 1974. 126-  
[ 2 ] p. ("Que sais-je?", 739).
- QUIRARTE, MARTIN, Historiografía sobre el imperio de Maximiliano, explicación previa de..., apéndice de Alberto Hans, "La guerra de México según los mexicanos", traducido por..., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. 264-[ 2 ] p. (Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 9).
- RAMIREZ CABANAS, JOAQUIN, Gastón de Raousset. Conquistador de Sonora, México, Ediciones Xóchitl, 1941. 192 p., ils. (Vidas mexicanas, 3)
- RICHARDSON, JAMES DANIEL (comp.), A compilation of the messages and papers of the presidents, 1789-1897, notes by..., 10 v., Washington, Government Printing office, 1896-1899. ils.
- RIEGEL, ROBERT E., America moves west, preface by..., 3a. ed., New York, Henri Holt and Company, 1957. XII-660 p.
- RIPPY, J. FRED, The United States and Mexico, preface by..., New York, F. S. Crofts & Co., 1931. XII-424 p., ils.
- RIVA PALACIO, MARIANO y RAFAEL DE LA TORRE, Memorándum sobre el proceso del archiduque Fernando Maximiliano de Austria, México, Imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1867. IV-110-56 p.

- RIVERA CAMBAS, MANUEL, Historia de la Intervención Europea y Norte-Americana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo, introducciones de..., advertencia y apuntes para una bibliografía sobre Manuel Rivera Cambas de Jorge Denegre Vaught, prólogo de Leonardo Pasquel, 5 v., México, Editorial Academia Literaria, 1961. ils. (Colección Reforma e Imperio).
- ROEDER, RALPH, Juárez y su México, prólogo de Raúl Noriega, ensayo sobre Ralph Roeder de Andrés Henestrosa, México, Fondo de Cultura Económica, 1972. XVI-1102 p.
- ROLLE, ANDREW F., The lost cause. The Confederate Exodus to Mexico, preface by..., foreword by A. L. Rowse, Norman, University of Oklahoma Press, 1965, XVI-248 p., ils.
- ROMERO, MATIAS (ed.), Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868. Colección de documentos para formar la historia de la intervención, introducciones de..., 10 v., México, Imprenta del gobierno, 1870-1892.
- ROMERO, MATIAS, Mexico and the United States. A study of subjects affecting their political, commercial, and social relations, made with a view to their promotion, Nueva York, G. P. Putnam's sons, 1898. XXVI-760 p. ils.

- SALOMON, NOEL, Juárez en la conciencia francesa, 1861-1867, introducción de..., prólogo de Emilio O. Rabasa, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1975. 162-[6] p., ils., mapa. (Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Tercera época. Serie Obras Monográficas, 7).
- SCHEFER, CHRISTIAN, Los orígenes de la intervención francesa en México (1858-1862), prólogo de..., traducción de Xavier Ortiz Monasterio, México, Editorial Porrúa, 1963. 270 p., ils.
- SCHOLES, WALTER V., Mexican Politics During the Juárez Regime. 1855-1872, Columbia, Missouri, University of Missouri Press, 1957. [14]-190 p., ils.
- SHIELDS, JAMES C., Inmigración y colonización durante el segundo imperio mexicano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras (tesis), 1958. [8]-222 p.
- SHIELDS, JAMES C., "Sonora y los franceses", en Revista de Historia de América, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, núm. 46, diciembre de 1958. p. 337-374.
- SOBARZO, HORACIO, Crónica de la aventura de Raousset-Boulbon en Sonora, proemio de..., México, Librería de Manuel Porrúa, 1954. 222 p., mapa.
- TELLO, MANUEL (ed)., Voces Favorables a México en el Cuerpo Legislativo de Francia (1862-1867), recopilación, prólogo, notas y traducción de..., 2 v., México, Edición del Senado de la República, 1967. XX-738 p.

- TEMPLE, HENRY W., "William H. Seward", en SAMUEL FLAGG BEMIS (ed.), The american secretaries of state and their diplomacy, 15 v., New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1963-1964. ils. v. 7, p. 3-118.
- TOPETE, MARIA DE LA LUZ, Labor diplomática de Matías Romero en Washington, 1861-1867, introducción de..., México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1976. 460 [4] p., ils. (Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Tercera época. Serie Obras Monográficas, 8).
- TORRE VILLAR, ERNESTO DE LA, La Intervención francesa y el triunfo de la República, introducción, selección y notas de 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1968. (Vida y pensamiento de México).
- TORRE VILLAR, ERNESTO DE LA, "Las notas sobre Sonora, del Capitán Guillet (1864-1866)", en Yan. Ciencias Antropológicas, México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, núm. 1, 1953. p. 46-59.
- TURNER, FREDERICK C., La dinámica del nacionalismo mexicano, prefacio de..., traducción de Guillermo Gaya Nicolau, México, Editorial Grijalbo, 1971. 406 p. (Colección nuestras cosas, 6).
- VAZQUEZ, JOSEFINA ZORAIDA, "Los primeros tropiezos", en Historia general de México, obra preparada por el Centro de Estudios Históricos, 4 v., México, El Colegio de México, 1976. ils., mapas. v. 3, p. 1-84.

- WECKMANN, LUIS (ed.), Las relaciones franco-mexicanas. Tomo I. 1823-1838, introducción de..., prefacio de Daniel Cosío Villegas, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961. XIV-370 p. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Guías para la Historia Diplomática de México, 1).
- WECKMANN, LUIS (ed.), Las relaciones franco-mexicanas. Tomo II. 1839-1867, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1962. XII-460 p. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Guías para la Historia Diplomática de México, 2).
- WYLLYS, RUFUS KAY, "Henry A. Crabb - A Tragedy of the Sonora Frontier", en The Pacific Historical Review, Berkeley, California, University of California Press, v. IX, núm. 2, junio de 1940. p. 183-194.
- WYLLYS, RUFUS K., Los franceses en Sonora (1850-1854). Historia de los aventureros franceses que pasaron de California a México, prefacio de..., nota y traducción de Alberto Cubillas, México, Editorial Porrúa, 1971. X-276 p., ils., mapa. (Biblioteca Porrúa, 49).
- ZAMACOIS, NICETO DE, Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en las de los conventos de aquel país, introducción de..., 20 v., Barcelona y Méjico, J. F. Parrés y Cía., 1876-1882, ils., mapa.

---

ZARATE, GABRIEL DE (trad.), Papeles y correspondencia de la familia Imperial de Francia encontrados en las Tullerías, (Documentos relativos a la intervención francesa en México), traducción de..., México, Tipografía mexicana, 1873. 216 p.

ZORRILLA, LUIS G., Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América. 1800-1958, introducción de..., 2 v., México, Editorial Porrúa, 1965. mapas.

Periódicos:

El buscapié, periódico rojo, satírico y burlesco; ilustrado con caricaturas y grabados, redactor en jefe y responsable: Francisco José Enciso, bisemanal, ciudad de México.

El cronista de México. Periódico de política, de noticias religiosas, nacionales y extranjeras, de ciencias, literatura, variedades y avisos, editor: José Sebastián Segura, diario, ciudad de México.

El Diario del Imperio, oficial, diario, ciudad de México.

El pájaro verde. Religión, política, literatura, artes, ciencias, industria, comercio, medicina, tribunales, agricultura, minería, teatros, modas, revista general de la prensa europea y del nuevo-mundo, editor: Mariano Villanueva, diario, ciudad de México.

La orquesta. Periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas, editor: Manuel Villegas, bisemanal, ciudad de México.

La Sombra. Periódico joco-serio ultra-liberal y reformista. Escrito en los antros de la tierra por una legión de espíritus, dirigidos por Asmodeo, editor: Pedro P. Sánchez, bisemanal, ciudad de México.

L'Ere nouvelle. Journal des idées et des intérêts Franco-Mexicains,  
editor: E. Masseras, diario, ciudad de México.

L'Estafette. Journal français, editores: Ch. de Barrès y J. E.  
Caire, diario, ciudad de México.

**XI. Sumario.**

I. Introducción.....	1.
II. El interés francés por Sonora.	
A) Lo que lo explica.....	6.
1. La leyenda de la riqueza de Sonora según los viajeros franceses.....	6.
2. La aventura de Raousset-Boulbon.....	22.
3. Los informes de los diplomáticos franceses.	41.
4. Los intereses de Jecker en Sonora.....	55.
B) El significado de Sonora dentro de los "proyectos mexicanos" de Napoleón III.....	69.
III. Francia busca asegurar las minas de Sonora.	
A) La conveniencia de intervenir en Sonora.....	109.
B) El tratado con la Regencia.....	120.
C) Tras la adhesión de Sonora.....	128.
IV. William M. Gwin interviene en los "proyectos sonorenses" de Napoleón III.	
A) El nuevo colaborador.....	144.
B) El "Plan de colonización de Sonora y Chihuahua".	155.
C) La desconfianza de Maximiliano.....	166.
V. El primer fracaso de Gwin en México.	
A) Maximiliano aplaza su decisión.....	190.
B) Napoleón III suspende su apoyo al proyecto de Sonora.....	204.

VI. El regreso de Gwin a Francia.....	225.
VII. El segundo fracaso de Gwin en México.	
A) La actitud nacionalista de la prensa mexicana..	240.
B) Las nuevas esperanzas de Gwin.....	247.
C) El rechazo de Maximiliano.....	255.
VIII. Sonora, causa de dificultades internacionales.	
A) La actitud norteamericana frente a los planes de Gwin durante la Guerra Civil.....	285.
B) La intervención de Matías Romero.....	295.
C) La cuestión sonoreña después de la Guerra Civil.....	304.
IX. Conclusiones.....	333.
X. Fuentes bibliográficas.....	345.